

Cuadernos del Sur

BROCATO
PLA
ALTVATER
WINNICK

Cuadernos del Sur

Número 1 ■ Enero - Marzo de 1985

Buenos Aires - Argentina
Ed. Tierra del Fuego

Consejo Editorial

**Argentina: *Eduardo Basz / Carlos A. Brocato /
Eduardo Lucita / Roque Pedace / Carlos Suárez***

**México: *Alberto Di Franco / Adolfo Gilly /
José María Iglesias (editor) / Alberto J. Pla***

Italia: *Guillermo Almeyra*

**El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina.**

Publicado por © *Editorial Tierra del Fuego*

Número 1

Argentina, noviembre de 1984

Toda correspondencia deberá dirigirse a:

**En Argentina:
Apartado Postal
Buenos Aires
Argentina**

**En México
EDITORIAL TIERRA DEL FUEGO
Nebraska 43-402
México-03810-D.F.**

INDICE

SOLO A MODO DE PRESENTACION		3
CARLOS A. BROCATO	<i>Golpismo y militarismo en la Argentina</i>	5
EDUARDO LUCITA	<i>Argentina: Reorganización del movimiento social y proyecto alternativo</i>	33
ALBERTO J. PLA	<i>Heterogeneidad y profundidad de la crisis mundial</i>	51
ELMAR ALTVATER	<i>Una recuperación malsana</i>	89
ADOLFO GILLY	<i>La mano rebelde del trabajo</i>	101
ANDREW WINNICK	<i>Rápido despliegue y guerra nuclear</i>	137
RENNE POZNANSKI	<i>Mayakovsky y la revolución, la ilusión del encuentro</i>	159
RESEÑA DE LIBROS	<i>Carlos Suárez</i>	193

Sólo a modo de presentación

Una revista es lo que sus artículos y materiales le confieren ser, no lo que su presentación-editorial anuncia o promete que será. Verdad sencilla y seguramente compartida. Pero hace una década la mayor parte de los intelectuales argentinos, y nosotros entre ellos, hubiéramos desbordado esa sencillez y estampado en estas páginas las virtudes y primicias del proyecto intelectual que inaugurábamos. Hace dos décadas, hasta lo hubiéramos hecho con entusiasmo contagioso y cierta cuota de soberbia por nuestras ideas. Lo hemos hecho muchos, o todos. Pero el hoy de nuestra sociedad es el de una profunda crisis de declinación que, al cabo de ocho años de dictadura, nos ha instalado en la fragmentación. A ello hay que añadir, por su estrecha correlación con el espacio en que una revista de esta índole habrá de operar, el atraso teórico y de debate en que estamos sumidos. Su gravedad devastadora es tal que todo pronóstico de recuperación a este respecto se aleja más allá del corto plazo.

Somos conscientes de esta situación y, además, de nuestra modesta capacidad grupal para contribuir a revertirla. Por eso hemos decidido renunciar a una presentación-editorial que hable por lo que la revista, sólo ella, deberá refrendar. Quisiéramos decir, sí, que la hacemos porque, en definitiva, mantenemos nuestra confianza en la capacidad removedora de las ideas y conservamos entera nuestra convicción de que el socialismo es el único resultado positivo a que puede dar lugar la remoción histórico-social buscada; vale decir, la reorganización racional, igualitaria y democrática de la sociedad en que vivimos. Deseamos, pues, aportar a la recuperación del debate durante tantos años estancado. Nos ayudarán a ello publicaciones

independientes afines de otros países, como Cuadernos Políticos de México, New Left Review de Gran Bretaña y Critiques de l'Economie Politique de Francia, con las que hemos conversado y acordado formas de colaboración e intercambio de materiales y experiencias.

Aspiramos, también, a coadyuvar a la desdogmatización del pensamiento socialista, de cuya esclerosis y distintos doctrinarismos mundiales el lector tiene suficiente noticia, y más conocimiento aún de la parálisis esterilizante que registran las distintas corrientes orgánicas que lo practican en la Argentina. Inducir, en suma, a la reflexión independiente, creadora, pluralista. Por ello mismo, este Consejo rechaza toda tentación de erigir su acuerdo de trabajo en una nueva versión de verdades apriorísticas presuntamente compartidas por sus integrantes, a la vez que acogerá en estas páginas colaboraciones que, siendo aportes sólidos de investigación y reflexión, no puedan ser inscritas en términos generales en dicho pensamiento o cuyos autores se declaren enrolados en otras corrientes.

La conjugación en esta revista de distintas individualidades comporta, por último, como el lector lo habrá advertido por la ubicación geográfica de sus integrantes, un esfuerzo concreto, no sólo declarativo, de reenlazar la dispersión argentina a que nos han condenado los regímenes dictatoriales y nuestra declinación. Por encima de los debates y disensiones, esta confluencia de colaboradores alojados en distintas latitudes constituye un modo eficiente y sin estridencias de luchar contra la fragmentación de nuestra comunidad y en particular de su intelectualidad. Y ya hemos dicho demasiado.

Consejo Editorial

Golpismo y militarismo en la Argentina

Carlos Alberto Brocato

a) El golpismo

Es un lugar común adentrado* en nuestra mentalidad democrática media el que el golpismo ha impedido el desarrollo de políticas de transformación. Resulta difícil arrancarla de esta tautología que esteriliza toda posibilidad de análisis fecundo. Cuando los gobiernos de estas últimas siete décadas impulsaban políticas de “transformación” —no importa ahora la intensidad de ellas— y de ese modo el apoyo popular se hacía sentir, el golpismo no aparecía en el panorama político del país para “impedirlos”. El golpismo reverberó siempre en el calendario argentino cuando, por el contrario, los gobiernos institucionales incumplían esas transformaciones o las abandonaban. En algunos casos, simplemente se precipitaban en la esterilidad y la corrupción, como ocurrió con la segunda presidencia de Yrigoyen y la de la señora Isabel Martínez de Perón. En la etapa anterior, los militares no se atrevían a salir de los cuarteles pese a las sugerencias de los sectores más reaccionarios o directamente éstos esperaban la maduración de las circunstancias. El general Dellepiane no dio el golpe contra Yrigoyen en 1919, a pesar de que éste le había dejado virtualmente el poder en sus manos en la Semana Trágica y sectores oligárquicos presionaban al Ejército para darlo. Tampoco tuvieron éxito las tentativas prematuras, como lo demuestran las que se verificaron en el gobierno de Perón apenas la

* El texto que publicamos a continuación es parte de un capítulo del libro del autor, *Moral y terror en la Argentina*, que la editorial Sudamericana-Planeta tiene en prensa.

política económica de éste comenzó a sufrir dificultades alrededor de 1950-1952; la situación maduró en 1955.

Desde luego que los agentes materiales del golpismo han sido la oligarquía y las Fuerzas Armadas, como también han sido, junto con la Iglesia, los factores de poder que se opusieron a las transformaciones. Pero esto es pura perogrullada y se lo sabía de antemano. Cuando en 1921 se aprueba en Santa Fe, con intervención preponderante de los demócratas progresistas, una Constitución provincial ejemplar por su contenido progresista y modernizador, era previsible que los sectores confesionales y oligárquicos la combatieran; lo que no resultó tan previsible fue que el gobierno democrático-populista de Yrigoyen la anulara apelando a la vía antidemocrática de la intervención federal. ¿Cuál es la explicación histórico-política de este episodio? ¿Que la oligarquía se opuso a la transformación o que la democracia populista capituló a esa oposición y abandonó la transformación? Fuerza social, apoyo social, tenían de sobra cuando iniciaron su mandato para recorrer el camino de esas transformaciones y vencer a los oponentes históricos. Y esa fuerza social les alcanzaba también para mantener sujetas a las Fuerzas Armadas.

Cuando la fuerza política en el gobierno comienza a perder su capacidad de mediación institucional de las demandas sociales de los distintos sectores, empieza el periodo crítico. Se desatan entonces pujas sectoriales de carácter corporativo y con prácticas de esa índole, porque esos sectores, en especial el movimiento obrero organizado, han ido fortaleciendo el carácter corporativo por las repetidas carencias que han encontrado en los partidos a la satisfacción de sus demandas, pese a las promesas electorales que los han inducido a votarlos. En las dos últimas décadas, esta dialéctica de realimentación se ha constituido en un verdadero círculo vicioso. A partir del momento que esbozamos, clásicamente repetido, las fuerzas sociales organizadas o los grupos de interés sectorial desbordan los diques políticos partidistas. La respuesta ante esto ha sido la única de que podía valerse la incapacidad democrático-populista: la represión de los sectores populares. La lucha se agudiza y da lugar a la etapa de ingobernabilidad creciente de la sociedad civil, que pasa en mayor o menor tiempo a conformar una crisis. Esto se acompaña por lo general con signos de descomposición del elenco gobernante, lo que da motivos suplementarios a los que reclaman el golpe pero, ob-

viamente, no es lo decisivo. La razón de fondo estriba en que tales situaciones inclinan a las masas populares a traspasar las instancias partidistas tradicionales; no se necesita ser un politicólogo para comprender que inician de ese modo la búsqueda de otro camino. *El golpismo aparece y ha aparecido siempre para interrumpir estos reprocesamientos.*

Es verdad que lo que aparece más desnudo como razón del golpe es el “desorden” de la sociedad civil que el Estado no puede controlar pues el gobierno que lo administra es impotente para ello. No negamos que esto sea una razón desde la perspectiva clasista de los sectores dominantes; al fin de cuentas, frente al “desorden” sólo le queda a la burguesía el “orden profesional” de la Institución Militar para restaurar el Orden Social. Esto ha sido siempre así en todos los estados nacionales y nadie se sorprenderá por ello. Pero constituye sólo una parte de la “doctrina” golpista; la otra es la más dinámica y esencial, y también, por qué no reconocérselos, la más inteligente y previsor. Lo que inclinó a los sectores dominantes a buscar el socorro de la intervención militar es la necesidad de impedir los probables reagrupamientos sociales y recomposiciones políticas que facilitaría el mantenimiento de la democracia institucional. En el último golpe, un político conservador, Alvaro Alsogaray, tuvo un acto fallido curioso; no recuerdo otro caso. Pidió públicamente que las Fuerzas Armadas esperaran por lo menos tres meses, pues según su pronóstico el plan económico del ministro Mondelli llevaría a un desastre y terminaría con el prestigio del peronismo. Perdió de vista, en su ofuscación, un detalle: había que darlo, precisamente, antes de que eso ocurriera.

No se me ocurre pensar que ese desbordamiento político de los sectores populares conduzca linealmente al socialismo, como se ilusiona la concepción clientelista de nuestra izquierda orgánica. Pero no cabe duda de que abre la vía de recomposiciones políticas, desgajamientos, reagrupaciones. No es arbitrario pensar, por ejemplo, que si el montonerismo hubiese tenido una política de masas, no de foquismo armado, y la continuidad institucional no hubiera sido interrumpida, su variante de Partido Auténtico no hubiese concluido seguramente en un sello. Del mismo modo como la aseveración de Alsogaray, si se la despoja de sus aspectos tremendistas, readquiere su razonabilidad política de pronóstico. Las dirigencias políticas ar-

gentinas, a las cuales se les puede achacar muchas cosas menos falta de olfato pragmático, percibieron siempre esta amenaza. Tanto esta percepción de autodefensa de la clase política como su coherencia burgués-democrática, que los induce a cerrar filas cuando el “desorden” se precipita, los ha complicado, por vía expresa o por omisión cautelosa, con todos los golpes habidos. Desnudamente, los radicales apoyaron el golpe del 55 contra los peronistas y éstos apoyaron el golpe del 66 contra los radicales. En el del 76, todos lo apoyaron o consintieron como un fenómeno inevitable de la “naturaleza” política argentina: quién si no las Fuerzas Armadas podía enderezar el aquelarre del gobierno de Isabel Perón.

La República es mirada de distintas maneras por los conservadores y por los demócratas populistas argentinos, pero ambos coinciden en su defensa, puesto que cada crisis institucional de las que hemos hablado se presenta ante sus ojos como una probable quiebra de ella en el mediano y largo plazo. La “república”, se sabe, es el andamiaje político-institucional de un edificio económico-social de intereses. Por ello es que cada vez que los republicanos argentinos, tanto los de derecha como los de centro, han comprobado que las masas superaban en sus reclamos la capacidad de lo que ellos estaban dispuestos a otorgarles, y con ese reclamo insatisfecho se ponía en crisis la estabilidad de la “república”, han recurrido al golpismo militar o lo han aceptado como un mal “menor” inevitable, necesario. Cada vez que nuestros republicanos democrático-populistas han sumido a la república en la ineptitud, la corrupción administrativa, la impotencia gubernamental, la lucha de facciones, la demagogia estúpida —con lo que han inducido la intervención “reordenadora” del militarismo, al que previamente le han suministrado la concepción redentorista de última contención o dique o reaseguro de la república burguesa (la “Patria”)—, no han visto otro remedio que apelar al golpismo militar o lo han aceptado como un mal “menor” inevitable, necesario.

Las diferencias de discurso, en las que se expresan los dos matices republicanos, no alcanzan para encubrir la coincidencia de fondo. La historia política argentina ha probado con creces dos cosas: una, que los sectores burgueses subalternos se han valido siempre de las masas populares y constituido con ellas frentes nacionales policlasistas como único medio eficaz de enfrentar con éxito a la burguesía

central y hegemónica; otra, que cada vez que esos gobiernos frentistas han arribado a la circunstancia crítica en que esas masas exigen imperiosamente su parte en la redistribución e incluso más, con lo que inician un reclamo que alcanza también los intereses de la propia burguesía subalterna y por ende pone en tela de juicio la estructura del capitalismo dependiente, estos sectores “nacionales” de la burguesía han optado siempre por abandonar a las masas, comba-tilas y poner a la orden del día el acuerdo de fondo con la burguesía central. El punto de intersección de ese acuerdo reanudado ha sido el consentimiento del golpe, la intervención resguardadora de la Institución Militar. Cuando Perón comprobó que las fuerzas militares leales serían derrotadas por las golpistas, entregó el gobierno a una junta de generales y abandonó a “sus” masas a la cruel represión que sucedió después. Evitó con ello la intervención de los sectores populares, que ellos reclamaban espontáneamente. La conflictividad “republicana” se resuelve siempre en el marco de las Fuerzas Armadas, con su intervención o su arbitraje. Si este mecanismo ha sido consentidamente reiterado puesto que las fuerzas políticas han sido incapaces de resolver institucionalmente la conflictividad social, ¿qué sentido tiene en ellas sorprenderse por el golpismo militar y condenarlo? No se le encuentra otro que el de disimular la propia responsabilidad con respecto a las crisis de ingobernabilidad y auto-exculpase de la intervención militar a la que apelan o consienten.

Las diferencias de discurso consisten en que la oligarquía asume descarnadamente la autoría intelectual del golpe; no tiene contradicciones ideológicas al respecto y tanto sus prohombres como sus amanuenses pequeño burgueses encuentran distintos modos de justificarlo.¹ Los demócratas populistas no encuentran otra salida que

¹ El golpismo de Lugones (la “hora de la espada”) encontró su otra cara en el desprecio por la participación democrática de las masas y la decisión que éstas tomaron en la elección del 5 de abril de 1931, en la provincia de Buenos Aires, en la que votaron por los radicales: “Las elecciones de Buenos Aires enseñan una vez más que el sistema vigente no tiene cura. Aplíquelo quien lo aplique, el resultado es que entrega la suerte de la Nación al instinto de las turbas inorgánicas”. Las elecciones fueron anuladas. Treinta años después la historia cíclica argentina repitió el episodio: las elecciones “piloto” (primera tentativa de levantar la proscripción al peronismo) del 18 de marzo de 1962 en la misma provincia, ganadas por Framini, el candidato peronista, fueron anuladas. Y hubo, también, la frasecilla lugoniana, esta vez ideada por Américo Ghioldi: “He aquí la algarabía sudorosa vomitada por el suburbio”. Tanto uno como otro no son socialmente oligarcas, sino sus amanuenses ideológicos de las capas medias.

un discurso ambivalente: lo consienten, por un lado, como el “mal menor” y, por el otro, lo condenan formalmente, institucionalmente. Es inevitable que el golpismo militar haya puesto a todo democrata argentino ante una contradicción político-ideológica difícil y casi irresoluble, una aporía por cierto del pensamiento burgués-democrático. Fueron constituyendo así un recurrente discurso contradictorio con el que se pretende condenar el golpismo militar a la vez que se intenta salvaguardar la institución militar. Tal gambito lógico fue articulado sin desnudar toda su incoherencia mientras los golpes nacían como cuartelazos, fisonomía que mantienen hasta 1955.

En efecto, hasta el de esa fecha los golpes se urdían en la clandestinidad conspirativa, aunque parte de los arrestos trascendieran públicamente. Vale la pena recordar que Uriburu afiataba los detalles del levantamiento con sus ideólogos civiles en casas particulares y hasta era “seguido” por la policía, como cuenta Laferrère en sus memorias. Eran cuartelazos de regimientos y sectores de las Fuerzas Armadas, que cruenta o incruentamente se enfrentaban entre sí en los prolegómenos y a veces en su desarrollo. Ningún gobierno civil, hasta 1955, careció de unidades militares leales en el momento del golpe, a las que convocó con distinta suerte. Entre el de 1955 y el de 1966 se produce una etapa de transición en esta modalidad, que alcanza su punto crítico en el enfrentamiento entre “azules” y “colorados” en abril de 1963. Por el contrario, a partir de 1966 el golpe se institucionaliza: es la Institución Militar toda, orgánicamente, funcionando a través de sus “comandos naturales”, que se alza. El golpe no se gesta ya conspirativamente en la casa de nadie ni en el estudio de nuestros “doctores”; se analiza y planifica, y se dispone, en las oficinas de los comandos en jefe, a voz descubierta, con órdenes de reglamento, cablegramas de rutina. Ya no son chirinadas de coroneles o generales sino actos institucionales; las tres fuerzas soldadas. Que algunos oficiales superiores, en una actitud estrictamente personal y sin estorbar en lo más mínimo la operación golpista, den un paso al costado y piden el retiro, como sucedió en el golpe de 1966, no afecta la fisonomía que estamos señalando. En el golpe de 1976, ni siquiera hubo esos gestos románticos, de otra época.

El golpe de 1966, que inaugura la nueva etapa, registra un episodio revelador, en el que debe repararse. Poco antes del alzamiento

la fuerza Ejército emite un comunicado antigolpista.² Sea cual fuere la razón predominante que los impulsa: tentativa de frenarlo, disuasión sobre la sociedad civil, inercia o residuo principista, lo cierto es que el comunicado se transforma, visto históricamente, en un hito. Nunca más las Fuerzas Armadas volvieron a decir cosa semejante, ni pueden decirla en virtud de la institucionalización que el golpismo ha sufrido en sus concepciones —y en las de la sociedad civil—, ni, por todo esto, siquiera pensarla. Un oficial argentino ha incorporado ya con firmeza en su conciencia la legitimidad del golpismo como reaseguro de la república burguesa en los “momentos difíciles”. Puede ser que todavía queden algunos oficiales que no hayan completado el tránsito y permanezcan en la noción del “mal necesario”. Condenar el golpismo con decisión, ninguno. De las escuelas militares salen ya preparados con esa idea que el general Onganía expone hoy sin hesitaciones: “Si un gobierno constitucional es malo, los militares tienen la obligación moral de reemplazarlo”. Es una de las funciones de la Institución.

A partir, por consiguiente, del golpismo institucionalizado, el gambito democrático-populista de que he hablado se ha hecho insostenible y manifiestamente mistificador: cuestionan el golpismo institucional y defienden la institución golpista. De este callejón a que los impulsan “razones de Estado”, la salvaguardia de *este* Estado, no puede salirse sino a través de una fractura irreparable del pensamiento democrático-burgués en que se fundan. Los partidos argentinos no lo han hecho nunca y no lo harán tampoco ahora; invocan por tanto, y cada vez con menos convicción, la falencia gastada de los “sectores” golpistas de las Fuerzas Armadas, o, como hoy, las de las “cúpulas”, a las que se adjudica exclusivamente la vocación golpista; el resto de los subordinados serían golpistas a disgusto o por “obediencia debida”. El gambito exculpador se ha convertido en una parodia.

² En cinco breves puntos condensa el pasado y lo despide: reafirma su lucha por el “imperio de la constitución”; recuerda que la “función de gobierno” ha demostrado ser nefasta para la fuerza; advierte a los sectores civiles que lo propician las consecuencias negativas de “pretender quebrar el orden institucional, atentando así contra los derechos y garantías individuales establecidos por la Constitución Nacional”, con lo que se favorece al extremismo; y afirma por sobre todo “que no cree en el ‘gobierno militar’ como solución para los problemas argentinos” (*La Prensa*, 2 de abril de 1966). El 27 de junio daban el golpe.

La convalidación del papel resguardador de la Institución Militar y la necesidad consiguiente de negociar políticamente con ellas han conducido al republicanismo argentino a esta crisis actual de su discurso democrático. En estas últimas décadas sólo hubo un republicano consecuente, el doctor Illia. Invitado a renunciar, en la tarde del 27 de junio de 1966, se negó a ello y a toda negociación con los golpistas. Y se mantuvo solo, con un reducido grupo de amigos políticos y personales (la UCR, hay que decirlo, lo abandonó a su suerte), para que lo sacaran a empujones de la Presidencia, como lo hicieron, no como a un republicano manso y negociador, como tantos otros.³ Cuatro años después nos volvió a ofrecer otra lección de republicanismo consecuente. Cuando el "presidente" Levingston, vistas las presiones del movimiento popular contra la dictadura, fabricó un "diálogo político" e invitó a los ex presidentes, todos concurren menos el doctor Illia, quien respondió con una carta pública que concluía de este modo: "Sin embargo, el origen de su poder de decisión política, la caducidad del sistema republicano representativo y federal, la supresión en sus esencias de los derechos civiles e individuales, origina una incompatibilidad moral y espiritual que hace innecesaria y superflua nuestra entrevista. Dios guarde a usted".⁴ Ningún republicano argentino de las últimas décadas ha sido capaz

³ Dela "planificación" de este desalojo ha quedado consignado un relato penoso, delincuencia, en una revista de los amigos civiles de los golpistas. El comandante en jefe del Ejército, general Pascual Pistarini, ante la resistencia del doctor Illia, habló esa noche con el general Julio Alsogaray, al mando en ese entonces de los regimientos de Palermo.

"Pistarini. — Julio, te tengo que encomendar una misión desagradable.

"Julio. — ¿Cuál?

"Pistarini. — El Dr. Illia tiene que irse de la Casa de Gobierno. Recién vuelven Alvarez y Benigno Varela y parece que se ha puesto "duro". Alguien tiene que cumplir la misión.

"Julio. — ¿Y me elegís a mí?

"Pistarini. — Sí. Me parecéis el indicado.

"Julio. — Perfecto. Ya mismo me pongo en camino.

"Pistarini. — El panorama es así: Fonseca tomó el Departamento de Policía. El Regimiento 3 está acampado a tres o cuatro cuadras de la Casa de Gobierno. Hablé con Marcelo D'Elia para evitarle los problemas propios del Regimiento de Granaderos. No intervendrá. En la presidencia hay bastante gente, algunos exaltados, vamos a ver si los podemos alejar antes de que lleguéis. Cuidate...

"Julio. — Despreocupate."

(*Extra*, a. 5, núm. 47, junio de 1969, p. XVI).

⁴ *La Nación*, 10 de octubre de 1970.

de semejante respuesta. Ningún demócrata populista argentino está dispuesto a asumir esta verdad y arrostrar las consecuencias políticas que ella impone.

b) Los papeles políticos adjudicados a las Fuerzas Armadas

El ejercicio golpista no ha nacido en las entrañas de las Fuerzas Armadas sino en el raquitismo de nuestra democracia civil; pero esta mecánica histórica verificable ofrece también, y no podía ser de otro modo, doctrinas políticas expresas que han reforzado el golpismo o lo han inducido al asignarle a los militares cometidos políticos que no son los específicos. Uno de ellos es el de protección y reaseguro de las instituciones, del Orden. En el principio de los estados nacionales, esto parecía lógico; en los estados capitalistas actuales con democracia institucional estable, lo sigue pareciendo, o al menos el pensamiento republicano puede sostenerlo sin que ningún ciudadano se sonría por semejante pretensión. Decirlo con seriedad en la Argentina de hoy, es casi humor negro. Y no hablamos de los expositores de derecha o de los centristas más capituladores, impávidos y ceremoniosos cuando lo reafirman. Se puede encontrar la doctrina también en los representantes más radicalizados de la democracia populista. Uno de ellos, hoy, lo repite: “La decisión política de subordinar las fuerzas armadas al gobierno civil pasa por convertirlas en *custodio del orden jurídico* y no en inquisidores y dueñas de hacienda y vida de los argentinos”.⁵ La metáfora final, típica de ese engolamiento comiteril de la prosa radical, no consigue diluir el humor que la precede: ¿custodio del orden jurídico la institución que desde hace cincuenta años lo viene violando?

Expositores de otro sector del arco político son más francos y no necesitan arroparse con metáforas de barricada: “De modo que lo único que aquí falta demoler, para que la Argentina se transforme en el Monumento al Escombro, son las Fuerzas Armadas. Los arrebatos antimilitaristas, que han proliferado como hongos con las primeras lluvias democráticas, sostienen que las Fuerzas Armadas se

⁵ Reportaje al diputado radical Marcelo Sturbin, *Nueva Presencia*, núm. 331, 4 de noviembre de 1983; el subrayado me pertenece.

han autodestruido en el ‘proceso’. Se trata de una peligrosa verdad a medias. Porque el antimilitarismo no sólo aprovecha los graves errores cometidos por los militares para castigarlos políticamente, sino para multiplicar *siné die* la condena y que *la Argentina quede inerme para siempre*”.⁶ Está claro: ni la policía ni los cuerpos “anti-subversivos” ni la gendarmería ni nada es suficiente; sin la Institución Militar la sociedad argentina queda en la indefensión. Hay una lógica de clase en esta aseveración y no se nos ocurre en este sentido cuestionarla. Pero sí señalar que esta “lógica” es la que conduce a la contradicción democrática de que hemos hablado: si se les asigna un papel redentorista a los militares para cuando llegan las crisis y, obviamente, uno de tutelaje latente antes de que lleguen, ¿cómo achacarles que se convenzan de ellos y los practiquen? En suma, se aprueba el uso y se cuestionan formalmente los abusos: “Aquí hay que castigar los ilícitos ‘institucionales’ y los ilícitos económicos del ‘proceso’, pero no se puede juzgar y castigar en masa a los militares que actuaron en cumplimiento de órdenes”.⁷ Es gracioso: ¿desde cuándo un oficial debe obediencia a la orden anticonstitucional de violar el orden constitucional? ¿Qué son “ilícitos institucionales”? ¿Por qué no hablar de *un* “ilícito institucional”, el que la Institución Militar comete en la persona jurídica de la República? Aquí acaba la “lógica” de estos razonadores.

Lo que estos razonamientos ponen al desnudo es la aceptación *realista* —otra vez la *Realpolitik*— de que la institucionalidad del Estado argentino está en crisis. La descomposición a que lo sometió la dictadura militar es cuestionada formalmente por nuestros demócratas pero aceptada históricamente como inevitable; en el centro de esta contradicción se mueve, incómoda, la intención democrática de reinstitucionalizarlo. La crisis del Estado argentino se define por la distorsión estructural del todo y las partes. El Estado es la institución máxima de las sociedades nacionales; es el ente racional en el que se articula la racionalidad de la república burguesa dotándola de forma jurídica. En él confluyen, a través de un proceso de transacciones que da lugar a síntesis normativas más o menos estables, los intereses de las diversas clases que constituyen la Nación y

⁶ *Tiempo Argentino*, 31 de julio de 1983; el subrayado me pertenece.

⁷ *Ibidem*.

que se formalizan según el predominio de los sectores dominantes que sustentan el Poder (de base económica). Es la institución, o debe serlo, *totalizadora*; dentro de ella se sitúan, con mayor o menor coherencia social, las instituciones particulares, que regulan fragmentos de la sociedad civil. Hoy, una de las partes, la Institución Militar, ha tomado la función del Estado y éste se la ha supeditado. Se mejante operación de violencia jurídica y racional no puede hacerse sino a costa de una profunda quiebra de la institucionalidad global, que es lo que ha ocurrido en la Argentina. Ante esa quiebra, estos razonadores juegan a que todo consiste en que estuvo cerrado el Parlamento y hubo “ilícitos institucionales”, abusos, en fin, que es todo lo que debe corregirse.

Ningún militar ha aceptado en estos ocho años, *ni aceptará*, otra articulación normativa para juzgar sus actos que no sea la de la Institución Militar. Toda la síntesis normativa que la sociedad nacional confeccionó en el Estado en un siglo de existencia como República ha sido girada al museo arqueológico. La normativa preexistente del Estado argentino es de vez en cuando invocada, pero todos sabemos que son citas bibliográficas. Dicho de otro modo: cosas de civiles. El Estado *es* la Institución Militar. Por eso el general Nicolaides decía con *su* racionalidad: “Estoy decidido a comprometer toda mi autoridad, todo mi prestigio y hasta mi vida, si fuera necesario, para asegurar que cada uno de los hombres que participaron de esta gesta tendrán el respaldo que corresponde a un combatiente *que actuó en el marco institucional de su Fuerza* en respuesta a una agresión llevada a cabo por un enemigo artero”.⁸ Esta es la Institución rectora, totalizadora, para los militares argentinos.

Es obvio que tal concepción no es nueva. Hasta 1955 el golpismo militar no viola en profundidad las leyes del juego del Estado; se presenta como contenido por él, sujeto en su comportamiento por la normativa de la sociedad civil, que transgrede, pero rindiendo cuenta de algún modo a esa normativa. Interrumpe una parte importante de la normativa del Estado, pero no lo sustituye, no lo arrasa. La acordada de la Suprema Corte del 10 de septiembre de 1930 legitima el golpe, y no ha habido en la Argentina otra doctrina ju-

⁸ *Clarín*, 16 de febrero de 1983; el subrayado me pertenece.

risprudencial que ésa.⁹ Es impensable entre nosotros la que aplicaron los griegos con su dictadura y las condenas consiguientes a los militares golpistas. El golpe uriburista, engrendado militarmente bajo concepciones fascistizantes y reabsorbido al poco tiempo —traicionado, según los uriburistas— por el liberalismo oligárquico, es un ejemplo del entretejido que une al militarismo con la sociedad política, que no se corta del todo. El pasaje del 55 de Lonardi a Aramburu es una maniobra política de estilo similar. Y el propio curso del régimen militar del 55 muestra también la modalidad que señalamos: combina la represión violenta con... ¡una Asamblea Constituyente! Todavía hay márgenes para tales contradicciones. Pero el golpe del 66 es la entera sustitución del Estado preexistente y el del 76 directamente su arrasamiento. No sólo en éste los jueces, por ejemplo, antepusieron los documentos golpistas a la Constitución en sus juramentos; en el del 66 también ocurrió lo mismo. Y hoy esos jueces, como ocurrió ayer, no son declarados *de facto* sino que el poder político constitucional negocia su continuidad. También negocia la continuidad del arrasamiento del Estado.

La concepción militar que tan crudamente ha expuesto el general Nicolaides, cuando era comandante en jefe, no puede ser aceptada enteramente por un gobierno constitucional, desde luego. Origina una contradicción jurídica insalvable, ante la cual nuestra democracia populista vuelve a intentar resolverla por el camino de la negociación política. Por consiguiente, el cordón umbilical no podrá disimularse. No aceptarán, lo dijeron, otra articulación normativa para juzgar sus actos que la de la Institución Militar. Ahí está el primer fruto de la negociación: las reformas al Código de Justicia Militar. Los militares serán juzgados por Tribunales Militares.

Otro papel político que se le adjudica a las Fuerzas Armadas es el de la lucha contra el comunismo. No me detendré en describir qué es o puede ser “comunista” para la mentalidad militar; tarea ímproba seguramente para el que lo intente. Habría que indicar simplemente que el “peligro comunista” está latente siempre en la sociedad en las etapas de cierta estabilidad institucional; se torna actuante y se

⁹ El constitucionalista Sánchez Viamonte, al estudiar la *doctrina de facto*, ubica su nacimiento en la jurisprudencia argentina de la Suprema Corte en el año 1865, cuando se legitima la asunción del general Mitre, gobernador de Buenos Aires, del poder nacional.

agiganta en las crisis. Todo desborde popular de las formaciones políticas democrático-populistas es activado, según esta concepción, por los “agentes del caos” y conduce inexorablemente al comunismo. Pero esta concepción militar, también, ha nacido en la sociedad civil.

El golpe del 30 inauguró este espantapájaros justificatorio: de las propias filas alvearistas del radicalismo se alertó que la deblacle del gobierno de Yrigoyen “abría las puertas al comunismo”. Había, desde luego, que evitarlo. El GOU (Grupo Obra de Unificación), la logia militar en la que Perón realizó sus preparativos políticos en el golpe de 1943, tiene un documento fundacional en el que analiza las perspectivas políticas de esos años. Una de las posibilidades era, para este grupo, la siguiente: “Triunfo del Frente Popular, disfrazado como Unión Democrática, que busque inmediatamente o en forma mediata la revolución comunista (caso de España o de Chile)”. La naturaleza intelectual del fantasmático pronóstico es reveladora de la fobia anticomunista de estos militares.

Desde su inicio Perón se presentó ante las Fuerzas Armadas y la oligarquía como un eficaz freno a toda tentativa comunizante. Lo explicó sin rodeos en aquel famoso discurso inicial en la Cámara de Comercio, que fue acompañado, desde luego, de otro, obrerista, en la CGT. (Esta astucia pragmático-criolla del doble mensaje, que degradó los usos políticos durante cuatro décadas, fue tolerada, aceptada y festejada por la sociedad civil argentina). Hoy, todavía, el peronismo no sólo reivindica su papel de freno anticomunista sino que se lo ofrenda a las clases dominantes nativas y a las Fuerzas Armadas: “Cuando la perspectiva del tiempo permita escribir la historia de este medio siglo entonces todos verán claro lo que hoy algunos no saben todavía percibir. Y es que la presencia del justicialismo como movimiento que galvanizó a una imensa parte del pueblo despertando la expectativa cordial de nuestra América fue el factor aglutinante cuya influencia, en un momento evolutivo peligroso, cubrió la vacancia abierta por la indefensión de la República conservadora en trance de desaparecer; y que gracias a tal factor comunitario, y a la aparición de esa tercera posición, clara y distinta, nuestro pueblo y nuestro Estado no quedaron atrapados por la embestida marxista ni por el influjo deletéreo de las internacionales del capitalismo. ¿Por qué si no, a diferencia de la inmensa mayoría de

los países de Occidente, nuestras fuerzas sindicales en virtud de una visión integralista y profundamente cristiana no aceptaron y no aceptan la dialéctica de la lucha de clases?”.¹⁰

Cada vez que, en las crisis de ingobernabilidad, apareció la “vacancia abierta por la indefensión de la República” (conservadora, radical o peronista) y las fuerzas políticas no pudieron cerrarla, aparecieron las Fuerzas Armadas para soldar la grieta. ¿Qué pueden reprocharle los demócratas populistas al golpismo? ¿Qué sentido tiene cuestionarles los abusos cuando han legitimado el uso? Es razonable que un general como Camps intente encubrir los abusos cometidos agitando el uso convalidado: no hubo represión para él sino “una guerra que se le ganó a un bando; ese bando fue el marxista y esa guerra la ganaron las Fuerzas Armadas”. Aplicaron la misma doctrina: cuando la vacancia abierta por el peronismo en 1973-1976 no la pudo cerrar éste, la cerraron ellas.

Uno de los modos recientes de encubrir esta doctrina de fondo consiste en atribuir a la “doctrina de seguridad nacional” todos los males, de tal modo que su abandono sería la panacea que redemocratizaría a nuestros militares. La mencionada “doctrina” no es ni más ni menos que la reformulación y actualización, en virtud de las nuevas circunstancias continentales y nacionales, de la antigua y vigente concepción que confiere a la Institución Militar el papel de reaseguro del sistema capitalista dependiente. Desde luego que una parte de la doctrina proviene del exterior, es universal y trae la marca de fábrica de la reacomodación imperialista después de la llamada “guerra fría”, como también de las nuevas estrategias contrainsurgentes que impuso el proceso latinoamericano abierto por la revolución cubana. ¿Qué cambia sustancialmente esto con respecto a la misión tradicional asignada a las fuerzas militares en cada sociedad nacional?

La Ley de Residencia (4144), aprobada el 23 de noviembre de 1902, decía en su artículo 2º (los demás eran de forma): “El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida de todo extranjero cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público”. La “seguridad nacional” significaba en esos momentos lo mismo que

¹⁰ Declaración del Movimiento Nacional Justicialista del 18 de junio de 1980, publicada en los diarios.

significa hoy. Al día siguiente se declara el estado de sitio y se hace intervenir al Ejército para sofocar la huelga. Esta afectaba la “seguridad nacional” y es, por lo tanto, brutalmente aplastada. Hoy se nos quiere convencer de que la “doctrina de seguridad nacional” es una teoría inédita surgida hace dos décadas. Antes, estábamos poco menos que en la gloria y las Fuerzas Armadas se dedicaban sólo a los desfiles.

La segunda mistificación que envuelve esta retórica democratista de la “doctrina de seguridad nacional” estriba en despojar a las fuerzas políticas de toda responsabilidad con respecto a ella. Se fabrica así la imagen de que los militares han autogenerado tal “doctrina” y la han impuesto *manu militari* sobre la sociedad civil. Es el viejo mecanismo de nuestra clase política de fraguar chivos expiatorios. Para ello es indispensable omitir que fue durante un gobierno constitucional, el de Frondizi, cuando se inicia la instauración de esta doctrina. Allí aparece la idea del “frente interno”, cuya defensa fue reiteradamente expuesta por su ministro del Interior, doctor Vítolo, junto con la concepción de las “fronteras ideológicas” y la “guerra contrarrevolucionaria”

El 21 de julio de 1961 Frondizi envía al Parlamento su proyecto represivo de Ley de Defensa de la Democracia, que se corresponde con estas “doctrinas”. El 2 de octubre de ese año se inaugura en la Escuela Superior de Guerra el Curso de Guerra Contrarrevolucionaria, que educará a cientos de oficiales en la idea de que el objetivo actual es ganar la guerra contra los comunistas internos. Hicieron esto con la convalidación del gobierno constitucional y la propia presencia del Presidente de la República en la inauguración. Onganía tenía antecedentes institucionales de sobra para promulgar la ley 17.401 (anticomunista) y entronizar la Doctrina de Seguridad Nacional. Del mismo modo se procedió en la presidencia constitucional de Isabel Perón con las leyes y decretos que confirieron poderes abusivos a las Fuerzas Armadas, reforzados en la corta presidencia provisional del doctor Italo Lúder. Para fraguar la imagen de que hablamos hay que olvidarse de todo esto. La desmemoria es una de las argucias predilectas de nuestra clase política.

Este ha sido, en suma, el conflicto histórico de fondo de nuestra historia política contemporánea y la razón esencial del golpismo; de la solución que se le dio siempre emana la corresponsabilidad de la

democracia populista. Nuestros demócratas-burgueses fueron consecuentes como burgueses e inconsecuentes como demócratas. En nombre del mantenimiento del orden social existente, eligieron el autoritarismo militar para impedir el desprendimiento de los sectores populares de su influencia, su posible tránsito hacia el comunismo... Es irrelevante que después protesten contra los “excesos” del militarismo. Pero el costo de esta pusilanimidad política de nuestros demócratas centristas ha sido trágico y debe ser señalado sin dobleces: no sólo frustraron toda posibilidad de liberación nacional (y social) sino que coinauguraron la quiebra institucional permanente y consumieron a la sociedad civil en la declinación que llega hasta hoy. No son los testigos de este proceso, sino sus coprotagonistas.

Hay otro papel político que se ha adjudicado a las Fuerzas Armadas y que, de suyo, ha reforzado el golpismo mesiánico. Constituye un subproducto de la *Realpolitik* a partir de la comprobada inevitabilidad cíclica del golpismo y de los espejismos, algunos fundados para la época, que indujo el origen militar de Perón y la ligazón siempre conservada por éste con las Fuerzas Armadas. Empiezan allí a aflorar las estrategias políticas cívico-militares, forma resignada y, piensan sus cultores, habilísima de compatibilizar lo “factible”: si no podemos evitar la intervención de los militares, busquemos la forma de hacer algo en acuerdo con ellos. Para fundamentar tales estrategias era indispensable un ingrediente: había, debía de haber o tenía que haber “sectores” militares pertinentes. Esta mitología ha durado décadas, ha ilusionado a corrientes políticas enteras y ha sembrado de equívocos grotescos nuestra historia política. El más resonante de todos ha sido el del Partido Comunista en la década del 60. Eterno descubridor de sectores “sanmartinianos”, “constitucionalistas”, “profesionalistas”, etcétera, redescubrió el ala “legalista” en los “azules” de 1963. Apostó con toda su facundia al democratismo del Comunicado n° 150 de Campo de Mayo y a su cabeza, el “legalista” Onganía. (Ignoro si también creyeron que el redactor del comunicado, Mariano Grondona, era un “demócrata”). Tres años después el curioso democratismo de Onganía se revelaba como corporativismo neofascistizante. ¿Fueron los militares los que engendraron la ilusión primigenia? El último general de este tipo que detectaron fue... Videla. Criticaban los elementos fascistas “enquistados” en su gobierno, que era la mu-

letilla peceísta de esa época reciente. La ilusión de los “sectores” y la negativa paralela a juzgar la responsabilidad de las Fuerzas Armadas de conjunto originó la teoría del “quiste”. La dictadura de Videla tenía en su cuerpo una protuberancia maligna, el “quiste” fascista, que debía extirpar.

Los montoneros, que se burlaban de este ilusionismo del PC, confeccionaron el suyo cuando les llegó el momento. Hasta el 25 de mayo de 1973 las Fuerzas Armadas eran un “ejército de ocupación”. Pero he aquí que en los primeros meses del gobierno constitucional se produce el Operativo Dorrego, intento mutuo de conjunción política a través de tareas civiles, profusamente promocionadas, en esa localidad bonaerense. De inmediato se reemplaza la anterior doctrina: ahora los montoneros también descubren que siempre habían existido dos alas, un ejército “mitrista” y uno “de liberación”. Formidable entelequia. Un año después archivaron lo de los dos “sectores” y retornaron al “ejército de ocupación”. Son los modos de hacer política en la Argentina, nuestro estilo nacional, mezcla de picardía del Viejo Vizcacha y “piolada” de porteño. Todavía hoy una dirigente vinculada a estos sectores insiste: “Los mismos militares fusiladores de 1956 siguen encaramados en la cúpula del Ejército Argentino, pero no en el Ejército de San Martín y de Perón”.¹¹ ¿Dónde está ese ejército mitológico de San Martín y de Perón? Desde luego que siempre alguien podrá responder: en la “oficialidad joven”...

Hasta el posadismo, la vertiente trotskista más delirante de la Argentina, armó su fábula de un frente con “sectores” de las Fuerzas Armadas. Cómo sorprenderse de que haya militares convencidos de que integran esos “sectores” de que les hablan los ideólogos civiles; cada vez que un coronel o un general se aprestan a un golpe y balbucean alguna idea “nacional” se sienten portadores de una tradición y una programática que les han inventado los civiles. Nadie quiere acordarse hoy de que cada vez que la política de Martínez de Hoz sufría andanadas críticas se reunía el generalato y le ratificaba su apoyo. Los sectores militares “nacionalistas” son un invento del nacionalismo argentino, que reidealizó a su turno el llamado “nacionalismo de izquierda”. Jauretche fue un impulsor pertinaz de esa

¹¹ *La Voz*, 10 de junio de 1983.

confianza en la participación “nacional” de sectores militares y, por su influencia, sentó escuela; sus epígonos suelen hoy olvidarse de ello, cuando la realidad reciente ha demostrado que las Fuerzas Armadas en bloque sostuvieron la política antinacional del Proceso.

Parte de esta ilusión es mera reminiscencia del acuerdo que, en el nacimiento del peronismo y bajo circunstancias nacionales y mundiales especiales, se realizó entre el sector militar que encabezaba Perón y sectores sindicales. Muchos dirigentes sindicales justicialistas mantuvieron la esperanza, en especial durante la denominada “resistencia peronista” y la década del 60, de que tal alianza podía repetirse. Vana espera que sirvió para recrear la ilusión de la existencia del mentado sector “nacional”. Sin esa ingenuidad, el desarrollismo continúa tocando la misma cuerda: “Sin sumar a las Fuerzas Armadas al proceso de desarrollo y al frente nacional, no hay estabilidad democrática posible”.¹² Invitaciones para “sumarlas” ha habido innumerables, pero éstas decidieron, por razones que el desarrollismo no nos suministra, sumarse a la política opuesta. No importa, algún día se lo conseguirá.

Cada vez que un expositor de estas teorías de los “sectores” se ve obligado a demostrar su nebulosa existencia, una y otra vez se abriga con dos nombres: Mosconi y Savio, generales nacionalistas. Es un fenómeno curioso de demostración lógica: estos dos jefes militares parecen contener en sus personas los susodichos “sectores”. Es el mecanismo simbólico al que recurre el ilusionismo político. Frondizi, cuando estampó este juicio de mero deseo: “ pese a todos los errores que han cometido, las Fuerzas Armadas son también un factor de construcción dentro de la Nación”,¹³ no encontró otro medio para demostrar lo indemostrable que el gastado latiguillo: citó los ejemplos de Manuel Savio y Enrique Mosconi. Imbuido seguramente de esta retórica civil hueca, un general del Proceso extendió la lista: “... no nos separará nunca del Ejército que fue y será de San Martín, Belgrano, Güemes, de Savio, Mosconi y Ricchieri, de Larrabure, Sánchez y Berdina”.¹⁴ Y completó la noble idea: “El Ejército está comprometido con la suerte de la Nación y decidido a

¹² *La Nación*, 16 de agosto de 1983.

¹³ *La Nación*, 16 de octubre de 1983.

¹⁴ *Clarín*, 24 de septiembre de 1983.

cumplir su misión de salvaguardar su libertad, su soberanía y su dignidad”. Está visto: nos arrebataron las libertades políticas y civiles. usurparon la soberanía del pueblo y sometieron la sociedad civil a la indignidad mayor de su historia en nombre de Savio y de Mosconi. No nos preocupa el metalenguaje castrense. Pero el civil ¿hasta cuándo persistirá?

c) Los papeles históricos adjudicados a las Fuerzas Armadas

La función profesional de un militar es la de la guerra; la función inicial de los ejércitos fue precisamente ésa: guerrear cuantas veces la Nación era atacada o cuando se decidía atacar a otras. Expansión y sometimiento es la razón de la guerra, para ejercerlos o para defenderse de ellos. Este es el enfoque histórico-social general. Hay guerras imperialistas de ocupación y hay guerras nacionales de defensa o de liberación. Guerra nacional defensiva es, por ejemplo, la del pueblo paraguayo contra los tres ejércitos latinoamericanos que lo sometieron; uno de esos ejércitos era el de nuestro país. Otro ejemplo es el de los ejércitos sanmartinianos que acometieron la guerra de liberación contra el imperio español. Estas guerras son las que legitiman el rol histórico de los ejércitos, pues contribuyen a fundar la autonomía política en el marco de la integridad territorial obtenida. Esta es una parte de la tradición “sanmartiniana”

Tales guerras de liberación se acompañaron de un proceso de transición, de un pasaje histórico (económico, político, institucional) cuyas características completas no analizaremos aquí. Durante ese periodo se hizo difícil que los ejércitos y sus jefes se aislaran del proceso de recomposición política interior al que habían dado lugar con su intervención. Podría decirse que, desde el punto de vista actual de un “ejército regular permanente”, debían ceñirse, conseguida la independencia político-militar, a resguardar las fronteras de ese espacio territorial conseguido (el espacio geográfico de la Nación naciente) y abstenerse de las luchas internas en las que se debatía qué tipo de *soberanía* se imponía y qué sectores sociales y regionales predominaban en la construcción del nuevo poder. La historia muestra que esto no fue así, y los jefes con sus ejércitos participaron de lleno en la puja interna. Los historiadores pueden sostener que fue así porque no pudo ser de otra forma, y fundamentarlo. Pe-

ro, precisamente, la concepción “sanmartiniana” fue exactamente la opuesta. Se la aplauda o se la cuestione, ésa fue la concepción de San Martín, por la cual se negó de modo terminante como jefe de ejércitos a participar con ellos en las luchas intestinas y se alejó del país. El corolario que se infiere de esto es sencillo: *es absolutamente falso que las Fuerzas Armadas argentinas, tanto en la fase de ejércitos de línea del siglo XIX como en la fase moderna de ejército regular permanente del siglo XX, hayan continuado la tradición “sanmartiniana”*.

La tradición sanmartiniana murió con San Martín, hasta el momento en que éste se mantuvo al frente de los ejércitos libertadores y pudo imponer su concepción “sanmartiniana”. A partir de su alejamiento, los jefes militares ponen sus efectivos al servicio de todas las luchas sectoriales, regionales y faccionales de la época. No sólo no siguieron la tradición sanmartiniana sino que la descompusieron en pocos años. Entrelazados en la lucha por el nuevo poder, entre la burguesía porteña y las del interior, no son ni más ni menos condenables que la sociedad civil, ni en las violencias sangrientas que se desencadenaron ni en el carácter faccional que tiñó muchas de esas luchas; resulta simplemente inadmisible conferirles un papel “patriótico” o “nacional” por encima de otros argentinos.

Pero la historia de aquel periodo muestra algo más: que el golpismo no nació en 1930 sino en 1820. Desde el principio de su existencia organizada el poder de las armas se utilizó y fue utilizado en nuestra sociedad para violar la institucionalidad precaria que iba surgiendo. Costumbre latinoamericana, escierto. El embajador estadounidense en Buenos Aires John Pitkin le comentaba a su secretario de Estado, Mr. Blaine, en carta del 14 de febrero de 1891: “El capricho con que un oficial puede aquí vestir su uniforme en cualquier tentativa en favor o en contra del gobierno es una de las muchas peculiaridades latinoamericanas”.¹⁵ Tenía razón de sobra al decirlo. El 1º de octubre de 1820 debuta el golpismo: el coronel Manuel Pagola se apodera de la ciudad de Buenos Aires para derrocar al gobernador Martín Rodríguez, con apoyo de los dorreguistas. El 23 de agosto de 1822 Rivadavia, ministro de Rodríguez, denuncia otra conspira-

¹⁵ Courtney Letts de Espil, *Noticias confidenciales de Buenos Aires a USA. 1869-1892*. Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1969, p. 198.

ción; están comprometidos en ella el doctor Gregorio Tagle y el teniente coronel Rufino José Bauzá. El 19 de marzo de 1823 estalla lo que en 1822 había sido abortado; los amotinados son derrotados por fuerzas leales. El 1° de diciembre de 1828 ocurre el golpe militar del general Juan Lavalle contra el gobernador Manuel Dorrego: éste es fusilado el 13 del mismo mes. En junio de 1839 es descubierta la conspiración contra Rosas del coronel Ramón Maza; éste es ejecutado el 27. El 24 de junio de 1852 el general Urquiza da un golpe y se apodera del gobierno de la provincia de Buenos Aires. El 11 de septiembre del mismo año, ausente Urquiza de Buenos Aires, el general José María Pirán le da el contragolpe al gobernador delegado, José Miguel Galán. El 24 de septiembre de 1874 Mitre, perdedor en las elecciones que gana Avellaneda, da un golpe militar para impedir que éste asuma, sin éxito. La lista de los golpes de 1930 en adelante es bastante conocida; es bueno recordar la que jalona el 1800. Nuestros hombres de armas tienen un golpismo congénito, que no tiene nada que ver con la tradición “sanmartiniana”; ésta sólo existe en la historiografía de *Billiken*.

La otra función antisanmartiniana que las Fuerzas Armadas cumplieron durante el siglo XIX fue la del fraude electoral. No lo inventaron ellas ni son sus máximos responsables: fueron las fuerzas políticas de la sociedad civil las que sentaron el hábito. Mitre ganó su elección presidencial con la eficaz colaboración de “sus” coroneles de provincias; esto lo denunciaron los hombres públicos de la época, que tenían más vigor y grandeza que los nietos raquíuticos de la nuestra. En rigor, se sabe, ningún presidente argentino del siglo pasado se libra de este estigma. El hecho común de que muchos hombres públicos fueran a la vez militares y de que las fuerzas militares no tuvieran la estructura profesional actual imponen un juicio mediano de la responsabilidad militar y adecuado a las circunstancias históricas. Desde luego que lo tenemos en cuenta; pero no estamos elaborando ese juicio afinado sino sencillamente mostrando que el espíritu y las tradiciones con que se nimba a las Fuerzas Armadas son inexactos y mistificados.

Si todo esto no pareciera suficiente para desmistificar el rol “sanmartiniano”, hay dos intervenciones militares del siglo XIX que, por su importancia, revelan la función opresora y reaccionaria que la sociedad civil le asignó en los hechos a las Fuerzas Armadas y que éstas

cumplieron: la guerra contra el Paraguay y la Campaña al Desierto. La primera fue iniciada por Mitre y rematada en la presidencia de Sarmiento; formamos, junto con el Brasil del emperador y el Uruguay de Venancio Flores, la Triple Alianza. Sus ejércitos infligieron una masacre al pueblo paraguayo: quinientos mil muertos. La mitad de la población y las nueve décimas partes de sus hombres. Fue una de las carnicerías más miserables que se perpetró entre latinoamericanos. Detrás de esta guerra estaba el imperio británico; fue financiada por Bharingy Rostschild y en menor medida por el Banco de Londres. Para justificar nuestro ingreso en la contienda, se fabricó y manipuló una agresión paraguaya a una lancha argentina; más o menos como explicar la guerra del 14 por el atentado de Sarajevo. Por la injuria a nuestra lanchita no tuvimos más remedio que ensangrentar al pueblo guaraní; es la historia que escribió nuestra clase dominante. La guerra contra el Paraguay fue tan abominable y extraña a nuestro pueblo que a Urquiza se le desbandaron dos ejércitos completos en Entre Ríos: los hombres preferían vivir al margen de la ley, perseguidos, antes que ir a esa guerra. Miles y miles de enganchados a la fuerza se sublevaron en todo el país eligiendo la misma suerte. Los ejércitos “sanmartinianos” que fueron al Paraguay iban con el fusil a la espalda. Lo denunciaron hombres de la época, como el poeta Guido y Spano. Pero no importa: todo lo que deslucen a nuestros militares ha sido cuidadosamente omitido en la historia que se enseña en las escuelas y en los discursos oficiales; la democracia populista, aquí también, consiente, convalida.

La llamada Campaña al Desierto es el otro gran episodio de mistificación. En primer lugar, no era un “desierto”: estaba habitado por comunidades indígenas. La fábula del “desierto” es la reproducción colonialista de la que utilizó el imperio español para encubrir la conquista, sometimiento y exterminio de las civilizaciones precolombinas. Fue la política brutal de nuestra clase dominante sobre minorías nacionales oprimidas; para ponerla en práctica disfrazó de “empresa civilizadora” lo que simplemente era la expansión de la acumulación capitalista sobre las tierras feraces que aquellas comunidades habían poseído desde siempre. El brazo armado que las sometía y les arrebató la tierra tuvo que ser prolijamente bruñado de todos los detalles molestos que pudieran opacar su heroica tarea. Tan heroica que, fruto del inmenso despojo, nació un sector de la

oligarquía terrateniente y se reforzó considerablemente la existente; a su vez, innumerables coroneles partícipes de la hazaña tuvieron desde ese momento campos y, con ello, complemento a sus sueldos: empezaron a gozar del festín argentino de la renta de la tierra. Del mismo modo como los norteamericanos heroizaron su exterminio interno y crearon el épico y romántico Far West, nosotros inventamos la heroicidad evangelizante de la Campaña al Desierto. En ella no figuran, claro está, las mantas usadas por enfermos de viruela que algunos de nuestros héroes distribuían entre los indios amigos con el santo propósito de que se beneficiaran con alguna epidemia. *Genocidio*, eso es lo que fue la Campaña al Desierto. Y *genocidio* fue, también, la masacre paraguaya.

¿Por qué extrañarse hoy de la matanza de miles de argentinos como si fuera la primera vez que ocurre en la historia nacional, ejecutada obviamente por hombres a los que la sociedad civil armó, continuó armando y no está dispuesta, al parecer, a desarmar? ¿Por qué extrañarse hoy de que hayan vuelto a complacer los intereses imperialistas mandando hombres a El Salvador para que combatan la revolución popular, a Honduras para que hostiguen a Nicaragua y a Bolivia para que secunden a los golpistas?¹⁶ Es la misma extrañeza de aquella frase de Pellegrini en 1906, tantas veces citada admirativamente por nuestros demócratas, que advierte sobre el peligro de que el “león” se desenjaule¹⁷: “ese día se habrá constituido esta institución, que es garantía de las libertades del país, en un verdadero peligro y en una amenaza nacional”. Lo único reivindicable de esa tirada de Pellegrini es el democratismo formal y cierto aire de pronóstico, que es lo que entusiasma a nuestros demócratas, convencidos de que el golpismo, o desenjaulamiento, comienza en 1930; el resto es pura falacia, que Pellegrini envuelve con su vigor oratorio. Las fuerzas militares venían desenjauladas desde hacía décadas inducidas por los sectores dominantes, a los que pertenece Pellegrini independientemente de las discrepancias formales que mantiene con ellos y de la fracción de ellos a la que está ligado. Falacia pura es que la insti-

¹⁶ Perón no pudo mandar soldados argentinos a Corea a luchar junto a los norteamericanos porque la movilización popular se lo impidió, no por el disgusto de nuestros generales ni de los sectores dominantes.

¹⁷ Rememoraba la expresión de San Martín: “El Ejército es un león que hay que tener enjaulado para soltarlo el día de la batalla”.

tución militar “es garantía de las libertades del país”, dicho precisamente en la época en que los Pellegrini las mandaban aplastar al movimiento obrero naciente (¿función específica?). A menos de que ese movimiento, integrado predominantemente por *inmigrantes*, no fuera considerado por Pellegrini como parte del “país” sino, por el contrario, como el que amenazaba sus “esencias”. He aquí el detalle que explica la parte sustancial de su fraseología.

Este es otro de los papeles históricos mistificados que se le ha adjudicado a la Institución Militar y que toma cuerpo con la creación del servicio militar obligatorio en 1901. “Quienes proyectaron el sistema vigente — analiza bien un grupo de derechos humanos, por lo que vale la pena la transcripción *in extenso* — asignaron al Servicio Militar Obligatorio dos funciones centrales: una, la de constituirse en una escuela de moralidad para la ciudadanía, convirtiendo al ejército en ‘... un poderoso instrumento de moralización pública’, y otra, la de actuar como una especie de antídoto contra el cosmopolitismo en una sociedad formada por inmigrantes e hijos de extranjeros. A tal fin la oficialidad — también ella reformada y jerarquizada — se convertía en portadora del espíritu mismo de la nacionalidad, colocada por encima de los conscriptos y por extensión de todos los civiles, actuando como transmisora y custodia, para lograr así la ‘rendición’ del conscripto inculto, ignorante y perverso. Consecuentemente, desde el momento mismo de su concepción el Servicio Militar Obligatorio fue creado con el objetivo de intervenir sobre el cuerpo social, quitando a la sociedad civil, a la sociedad en definitiva, el control sobre ella misma. Resulta evidente que en los últimos cincuenta años el Servicio Militar Obligatorio fue un instrumento a través del cual las Fuerzas Armadas ejercieron su poder sobre el resto de la sociedad”.¹⁸

Para sofrenar el peligro indicado se fortaleció el poder militar con el servicio militar obligatorio, no para reforzar las libertades del país. Era la época en que no sólo la oligarquía se desmelenaba por este peligro sino también los demócratas populistas como Rojas, Gálvez y tantos otros nacionalistas, que veían en esos organismos obreros impulsados por la ola inmigrante y en la ola inmigrante misma el más inmediato peligro de desnaturalización de la “nacionalidad”.

¹⁸ Frente de Oposición al Servicio Militar Obligatorio. “Fundamentos”, s/d. [1984].

Unos y otros coincidieron en ponerle remedio y vieron en las Fuerzas Armadas al perfecto custodio de la “nacionalidad”. ¿Por qué extrañarse de que cada vez que los militares nos aplastan invoquen con omnipotencia esa custodia del Ser Nacional, de la cual se sienten depositarios exclusivos, inmejorables e insustituibles? La sociedad civil argentina les confirió esa soberbia.

De este conjunto abigarrado de facultades históricas mistificadas hay que señalar, por último, la de la defensa de la “soberanía”. Esta mistificación no se ha originado en el militarismo sino en el nacionalismo; la asignación del papel a las Fuerzas Armadas es un añadido. La esencia de esta mistificación consiste en igualar, confundir y por último sustituir el concepto de “integridad territorial” por el de “soberanía nacional”. Es la concepción nacionalista la que operó esta inversión actual, moneda corriente de la democracia populista. El concepto de “soberanía” atañe estrictamente al “ejercicio del poder por el pueblo”, como lo estableció el derecho público burgués; del mismo modo como para el derecho feudal la soberanía residía en el rey. La “integridad territorial” es un concepto accesorio, que define la conservación del espacio nacional, el mantenimiento de sus fronteras geográficas. Ese espacio debe conservarse “íntegro”, no debe admitirse su fragmentación ni su posesión por nadie, pues la Nación se ha instalado en él porque sostiene derechos históricos que lo legitiman. Para defender la integridad de su territorio de toda tentativa externa de desintegrarlo, el Estado-Nación forma y mantiene fuerzas armadas capaces de tal función. Aquél es la configuración jurídico-política que acompaña la aparición y consolidación de naciones independientes, producto, en el caso de la nuestra y otras latinoamericanas, de la subdivisión en mercados autónomos que las burguesías regionales imponen con el desmembramiento del virreinato. Esta es, entonces, la función primigenia asignada a los ejércitos: defender la integridad territorial.

En rigor, ésta es toda la función que el pensamiento burgués y democrático puede asignar a las Fuerzas Armadas sin sonrojarse. Pero el pensamiento no es el Poder. Y éste, que reposa en una estructura de clase, debe defenderse, *naturalmente*, de la lucha de clases, tanto de las antagónicas como de las fracciones subalternas de la propia. Por lo tanto, las fuerzas militares cumplen una segunda función: resguardar ese Poder, ser su brazo armado. El derecho constitucional

burgués lo invoca con lo de las “conmociones internas”; el pensamiento democrático-burgués articuló más prolijamente el encubrimiento: si el ataque interno (sublevación, revolución social o lo que sea) intenta derrocar el poder republicano (primer disfraz) y éste es, por esencia, el de la soberanía del pueblo (segundo disfraz), se infiere que lo que se ataca es el poder del pueblo, su soberanía (tercer disfraz o conclusión). Este reconfortante silogismo permite el traspaso siguiente: las Fuerzas Armadas, al defendernos de todo ataque, externo o interno, defienden nuestra soberanía, vale decir, la del pueblo. He aquí expuestos los núcleos lógico-ideológicos de toda esta sofistería. A esta altura de nuestro razonamiento me parece más bien ocioso demorarnos en desmontar esta mistificación; los comportamientos históricos que ya se indicaron lo han mostrado con creces.

Pese a todo lo que ha ocurrido en nuestra historia lejana, lo que viene sucediendo desde 1930 y lo que aconteció en el periodo 1976-1983, nuestros demócratas populistas continúan sosteniendo imperturbables este papel mistificado que le asignan a las Fuerzas Armadas. Hasta tenemos declaraciones en las que se les ofrenda todo el paquete: “La reestructuración de las FF. AA. para devolverlas a su papel constitucional de custodias de la soberanía del pueblo y de la independencia política y económica...”¹⁹ Es la claudicación completa ante el militarismo mesiánico y la realimentación del mesianismo futuro; ante esto, ¿a qué queda reducida la cháchara antigolpista? ¿Por qué les achacan a los militares que se hayan imbuido de ese tutelaje con que nos hacen marcar el paso cada vez que no sabemos ejercer nuestra soberanía; que se haya hecho carne en ellos la idea de que podían, pudieron y pueden colocarse por encima de nosotros para proteger la Nación, cuyas esencias están depositadas en ellos y no-

¹⁹ Partido de Izquierda Nacional, declaración del 9 de agosto de 1983.

Aun los demócratas más radicalizados se mantienen envueltos en esta mistificación sin saber en realidad de qué hablan. Néstor Vicente, por ejemplo, dice que “en lo militar deben cumplir su deber que es resguardar la soberanía del país” (*Democracia*, núm. 9, 16 de agosto de 1983), y Miguel Monserrat pontifica: “volver a su misión específica: ser brazo armado de la Nación en defensa de su soberanía” (*Nueva Presencia*, núm. 315, 15 de julio de 1983). ¿De qué hablan? Una “nación”, un “país” no tienen soberanía; en todo caso, tendrán “independencia”. ¿Se refieren a eso? ¿O repiten la mistificación nacionalista de “soberanía” por “integridad territorial”? Imposible saberlo; forma parte del nivel teórico de nuestra clase política.

sotros desleímos con nuestros desórdenes; que se hayañ convencido de que están subordinados a la Constitución pero cuantas veces la Patria lo necesite la subordinarán a sus actas salvadoras? La sociedad argentina no quiere asumir, como en tantas otras cosas, que estas Fuerzas Armadas son las que ella creó, pagó, consintió y aduló.

Consideraciones en torno a la reorganización del Movimiento Social y un Proyecto Alternativo*

Eduardo Lucita

Plantearse avanzar conceptualmente en la definición de un cuerpo de ideas que permita ir construyendo una propuesta alternativa para enfrentar la crisis, requiere reconocer tanto el carácter como la articulación de las crisis local e internacional.

Es evidente también que precisa de una delimitación de los escenarios futuros en los que inevitablemente se han de conjugar las confrontaciones sociales, y de un replanteo de la intervención consciente que viabilice el desarrollo y concreción de aquellas políticas alternativas.

Observado desde un horizonte temporal el desarrollo de la crisis no es otra cosa que un espacio histórico transicional en el que se operan profundas reestructuraciones en la esfera de lo político, lo económico y lo social. Y es en su propio desarrollo, en la medida que va modificando las relaciones existentes entre capital y trabajo, que la crisis encierra en sí misma los contenidos de su resolución. Que esta opere en la dirección de recrear las formas de dominación burguesas, o en la dirección de modificar sustancialmente las relaciones sociales de producción, dependerá de numerosos factores, de orden local e internacional, entre los cuales conciencia y organización juegan un rol más que preponderante.

Es en este sentido que en este ensayo subyace la hipótesis de que en la Argentina no está planteada, como viabilidad inmediata, ninguna transformación radical de la sociedad, lo que no necesariamente ha de llevar a despreciar las posibilidades de actuar sobre las condiciones concretas de tal manera que permitan la recomposición del movimiento social y abran nuevas posibilidades para un futuro no tan lejano.

1. *La Crisis*

La crisis es un momento de interrupción del proceso de acumulación y reproducción del capital. Es un momento inherente al ciclo de producción capitalista, en el que prevalecen la depresión y el estancamiento, y en el cual aquél provoca una suerte de expurgación de sus agentes económicos más débiles y menos competitivos.

Contrariamente a la fase expansiva, ésta es una fase de inutilización y destrucción de medios de producción, incluida la fuerza de trabajo humana: “el paro forzoso no es más que destrucción deliberada de fuerza de trabajo”.¹

Cuando, como en el caso argentino, este momento económico coincide con lo que en trabajos anteriores hemos caracterizado como “el fin de un ciclo histórico”, con el consiguiente estallido del juego de alianzas que daba base al proyecto nacional burgués, y las clases dominantes aparecen a la búsqueda de un nuevo bloque de poder, la crisis se muestra como la resultante de un fenómeno mucho más complejo, que atraviesa todo el tejido de la sociedad argentina, y en el que se yuxtaponen elementos de origen económico y no económicos.²

Esta complejidad, resultante de la crisis nacional más profunda que se combina con la grave recesión mundial prolongada, pone en evidencia por primera vez en forma tan descarnada, el agotamiento de las estructuras, la quiebra del equilibrio societal y la emergencia de nuevas situaciones que muestran a la sociedad argentina frente a un cuadro de rasgos cuasi apocalípticos, como maniatada, irresoluta, incapaz de movilizar sus fuerzas potenciales.

En el marco de la crisis mundial, cuyas tendencias generales sería necesario analizar en profundidad, el capitalismo dependiente argentino, apresado por la internacionalización del capital en su fase más parasitaria, ha perdido los grados de autonomía relativa que os-

¹ Pep Subirós, “Qué Crisis”, *Viejo Topo* -Extra nº 8. Barcelona 1980.

² Elmar Altvater, “Una recuperación malsana”, señala: “Las crisis pasadas fueron esencialmente crisis económicas, sin gran relieve para las formas sociales y políticas de la conflictividad sindical y obrera. Pero ahora la crisis se presenta como ‘gran crisis’, con consecuencias para todo el tejido social. La crisis es estructural, de la forma de acción y de la conflictividad de los trabajadores. [...] La crisis de hoy no es solamente una crisis de desarrollo capitalista, sino también de la forma de este desarrollo social, de las formas políticas de regulación de un modelo capitalista”

tentara durante varias décadas, y forma parte él mismo, y es expresión a su vez, de esa crisis generalizada.

La Argentina participa tanto de la globalidad como de la morosidad de esta crisis. Globalidad que se expresa en la interacción de los elementos no económicos que cabalgan sobre la crisis económica: crisis en la sociedad civil y en el Estado; crisis de los valores éticos y humanos; de las ideologías y de los modelos referenciales; crisis en los esquemas de relaciones entre las clases y las fracciones de clases; crisis también en los mecanismos de las relaciones internacionales.

Morosidad que se muestra en la lentitud con que se desarrolla, sin que aparezcan los mecanismos que tradicionalmente llevaban a su resolución. Esta prolongación inusitada lleva a que “la sociedad se instale en la crisis”, con su secuela de acostumbramiento y promiscuidad social.³

Pasada ya la euforia, compartida por la inmensa mayoría de la población, por haberse sacudido una dictadura tan nefasta como sangrienta, la crisis, que por una suerte de ilusionismo colectivo pareció esfumarse en ese corto período poselectoral, ha reingresado a la escena recayendo con toda su intensidad y condicionamientos.

La burguesía argentina, como clase, que a través de su fracción política triunfante se mostraba en una decidida ofensiva política, aparece hoy desconcertada, envuelta en la impotencia para administrar la coyuntura.

Pero si grande es su desconcierto, no le van en zaga la incapacidad y limitaciones de que hace gala la izquierda para comprender la naturaleza y el carácter del período que atraviesa el capitalismo dependiente argentino y plantearle a la sociedad su propia alternativa.

Luego de varias décadas de un tortuoso, insuficiente y deformado desarrollo del capitalismo local, en cuyo proceso político la izquier-

³ En una conferencia dada en Buenos Aires a mediados de 1983 el economista español Ramón Tamames, exponiendo acerca de las razones por las cuales, a pesar de la crisis, la demanda global no se ha hundido hasta niveles comparables a la de los años 30, señalaba la existencia de ciertos mecanismos que permiten que la *sociedad se instale en la crisis*: “...en otras palabras, al tiempo que se amortigüen los efectos de la depresión haciendo que no haya los fenómenos de inquietud social y de fascismo de los años 30, se hace posible, también, *que la crisis se prolongue indefinidamente*. Hay pues todo un alargamiento de la misma, de tal modo que la sociedad acaba resignándose al paro masivo, a los contingentes de jóvenes que apenas llegan a tener trabajo fijo, y a una situación que presentada hace diez años nos habría parecido insoportable”

da argentina se insertó aferrándose a los moldes clásicos de su intervención política, economicismo y estatismo con los cuales se autoconvencía de que nada se modificaba, se encuentra ahora prisionera de una suerte de perplejidad teórica, ante una situación cuya fluidez enseña que son muchas las mutaciones ocurridas, ante las que no tiene otra respuesta que la agitación y el reclamo salarial.

Los resultados electorales han dejado como saldo en los círculos áulicos de la izquierda orgánica y en algunos cenáculos intelectuales, la imagen de que la sociedad argentina en estos duros años de represión indiscriminada se ha derechizado. Me parece que siendo ésta una verdad en sí misma, un balance más serio del resultado de las elecciones del 30 de octubre de 1983 arrojaría un saldo más complejo y contradictorio, que torna ociosas las adjetivaciones simplificadoras. Señala, por el contrario, un punto de inflexión en nuestra historia contemporánea que abre nuevas posibilidades pero que también nos pone frente al desafío de revalidar la capacidad teórica y práctica de la izquierda para hacer política de masas en un marco de pluralidad democrática.

En este sentido lo que aquí interesa destacar, como dato emergente de esta nueva e insoslayable realidad, es el retroceso impuesto a la izquierda,⁴ que resulta incapaz de ofrecer como alternativa una propuesta progresista para salir de la crisis. En el esquema clásico la izquierda acumulaba fuerzas durante largos períodos aguardando el estallido de las crisis recurrentes para proponer la ruptura con el capitalismo y ofrecer el socialismo como salida.

¿Pero es este esquema válido hoy, con la situación actual y en una sociedad como la Argentina?

Desde una visión materialista de la historia estamos convencidos de que en un sentido histórico no hay solución de fondo ni duradera. No hay solución económica ni política alguna que aspire a transformar la sociedad argentina que no se sustente en la socialización de los medios de producción; en la eliminación de la sociedad de clases; en la participación activa de las masas populares; en la más amplia de-

⁴ Nos parece indudable que la burguesía ha avanzado sobre este retroceso. Ha usufructuado el fraccionamiento de la izquierda, se ha apoderado de los contenidos humanistas, progresistas y pacifistas del socialismo y ha aislado a la izquierda de la sociedad real.

inocracia social. En síntesis, no hay solución de fondo posible fuera de un régimen socialista. Pero es verdad a su vez que éste no está planteado en términos de viabilidad concreta en la Argentina mediata.

Más aún, es probable que la salida de esta crisis no sea el socialismo ni un régimen fascistizante, sino el mantenimiento de las relaciones de dominación capitalista bajo la forma de un régimen político democrático. Dependerá en gran parte de la actitud que muestren las fuerzas progresistas y la izquierda en general, y especialmente del rol que asuma nuestra clase obrera para que este régimen se amplíe en forma creciente o por el contrario marche cada vez más en la perspectiva de una democracia controlada. No debe descartarse la posibilidad de una nueva aventura golpista: en una sociedad corporativa atomizada las ilusiones mesiánicas de un autoritarismo paternalista están siempre latentes. Pero debe reconocerse que tanto el contexto externo como la situación misma al interior de las instituciones de las fuerzas armadas son bastante diferentes a las verificadas en otras épocas.

Sin embargo, lo anterior no me impide afirmar que en nuestro país está llegando la hora del socialismo. Aunque parezca contradictorio, por primera vez en cuatro décadas las propuestas de corte socialista, serias y responsables, asentadas sobre la problemática concreta de la sociedad real existente, que superen los marcos meramente agitativos, pueden, en la medida de que avance el proceso de recomposición social y política de la clase, y en esto la militancia marxista tiene un rol destacado que jugar, hacerse carne en las grandes masas trabajadoras. Ha de ser así porque la crisis generalizada a escala mundial no deja espacios para nuevos modelos distribucionistas para un reformismo estatal o para impulsar la formación de capitales por la vía externa. Modelos de acumulación que de una u otra forma incorporaban en su desarrollo a la clase.

Por el contrario se visualiza un proceso de recomposición social en que las clases dominantes buscarán recrear su formas de dominación sobre la base de una alianza del Estado y las cúpulas oligopólicas, y como contrapartida un avance de las masas trabajadoras hacia posiciones sociales y políticas con un contenido de clase cada vez mayor.

En lo que sigue me propongo enunciar algunos lineamientos generales que permitan avanzar en la articulación de una propuesta

alternativa a partir de un supuesto básico: la etapa inaugurada el 10 de diciembre de 1983 tiene un carácter esencialmente democrático-burgués, bajo la total hegemonía de la burguesía, pero el sostenimiento, consolidación y ampliación de los márgenes de este régimen democrático dependen fundamentalmente de la actitud que hacia él asuman los trabajadores, las fuerzas progresistas y la izquierda en general.

2. Un Replanteo Indispensable

El movimiento obrero, las clases populares, la propia izquierda requieren imperiosamente de la estabilidad y ampliación del régimen democrático. Para recomponer su cuerpo social, para saldar el debate de su experiencia anterior, para rearmarse teórica y políticamente. Lo que está en juego en las discusiones actuales, muchas veces en forma larvada y sin explicitar, es una definición acerca del rol de la democracia en una estrategia socialista.

Pero esta implícita revalorización de la democracia burguesa, como sistema de mediaciones de la conflictividad social, en una sociedad cuyas contradicciones alcanzan momentos lacerantes pero que no son explosivas en el sentido de que no alcanzan a impugnar en forma valedera la dominación burguesa, requiere el acompañamiento de un replanteo global de las concepciones políticas.

El punto de intersección de estas dos coordenadas: revalorización democrática/replanteo político, se ubica en el centro del modelo clásico de la izquierda argentina, la táctica de intervención política y el problema del poder. Ciertamente un planteo de este tipo, asentado en una sociedad como la nuestra y no en otra, lleva inevitablemente a una traslación del eje central alrededor del cual se estructuraba tradicionalmente la militancia marxista: lucha económica y asalto al Estado burgués.

La disociación entre predominio económico y hegemonía política que se traducía en forma recurrente en la ecuación dictadura/democracia; régimen militar/régimen de partidos (este último bastante débil por cierto), era acompañada por la mayoría de la izquierda con una política inversa a este movimiento pendular: en tiempos de dictadura se luchaba por recuperar la democracia, en

tiempos de la democracia se la denunciaba como una trampa que la burguesía le tendía a los trabajadores.⁵

Sería pueril interpretar que hay aquí un abandono de viejas posiciones del marxismo en cuanto a que el régimen democrático es una forma política de control social por parte de las clases dominantes. Por el contrario, sostengo que es la naturaleza misma de la burguesía como clase, la que la hace profundamente antidemocrática; pero debe reconocerse que cada tramo de democracia ganado en la sociedad civil, cada espacio conquistado en la sociedad política, es en última instancia producto de las luchas del movimiento obrero y los sectores progresistas, muchas veces bajo la dirección de fracciones de la burguesía enfrentadas con otras fracciones o con sectores oligárquicos tradicionales. Pero en ningún caso, debe subrayarse, resultaron conquistas concedidas graciosamente.⁶

En países como el nuestro, con un desarrollo capitalista insuficiente y deformado, pero desarrollo al fin, el avance hacia el socialismo requiere cuando menos de una consideración política distintiva por la democracia y una lucha constante por ampliar los límites de la misma. Entre socialismo y democracia existe una relación biunívoca. El socialismo, para que resulte como tal, exige de la democracia, de la misma forma que la democracia para que pueda realizarse plenamente, plantea la necesidad del socialismo como régimen político.

Lo que sí me parece indispensable impugnar, y contribuir a desterrar con una praxis superadora, es una concepción meramente

⁵ Claro está que no podemos dejar de reconocer que esto no fue el resultado de una simple ceguera política. Es el producto de la impostación de esquemas sobre una sociedad cuya peculiar forma de desarrollo capitalista dio como resultante una burguesía débil en términos de clase y una clase obrera fuerte en términos corporativos. Esta fortaleza le permitió una y otra vez defender sus intereses inmediatos —las condiciones en que vende y reproduce su existencia pero no le alcanzaba— encerrada en los estrechos límites del nacionalismo burgués para plantearse la hegemonía en la sociedad y la cuestión del poder. Como contrapartida, la burguesía no veía cuestionada su dominación ideológica sobre la sociedad, pero se mostraba incapaz de administrar políticamente los avatares del proceso de acumulación y del ciclo económico.

⁶ Liliana de Riz, en un trabajo presentado en el Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-México, define así la situación: "Sin duda la democracia representativa como régimen político no es neutral; refuerza los privilegios de los ya privilegiados (para usar un lenguaje del *ancién régime*) [...] Como se sabe la democracia representativa fue siempre una conquista de las clases subordinadas y no un regalo de las burguesías"

táctica de la cuestión de la democracia burguesa, que en el marco del economicismo y el estatismo clásicos resultaba instrumentada simplemente como una mediación para el reagrupamiento y la recomposición de fuerzas luego de los duros años de dictadura. Creo que este planteo, que obviamente no pretende ser en sí mismo original, apunta a un horizonte más amplio de la cuestión de la democracia y a una dimensión distinta del problema del poder.

Otra vez pareciera necesario aclarar, ante tanto esquematismo doctrinario, que esto no supone ningún abandono de las tesis de asalto al Estado; pero sí constituye un reconocimiento, o al menos un intento de comprensión, de los rasgos más salientes de nuestra sociedad civil y política. La primera con una compleja articulación social, una gran estratificación en sus clases sociales, la segunda con fuertes mediaciones a nivel de los aparatos del Estado.

En otros términos, en la Argentina es viable, partiendo de una lectura lo más acabada posible de la sociedad que pretendemos transformar, plantearse la radicalización de la sociedad como un proceso social que en la medida en que avanza, cuando los trabajadores luchan por reformas sociales y políticas cada vez más profundas, va reformando las instituciones, recuperando espacios y cuotas de hegemonía, y autotransformando su propio sujeto histórico, preparándose en última instancia para el objetivo del poder. Sin dejar de lado obviamente el valor de las *crisis políticas* que pueden llevar en determinadas condiciones, a un salto cualitativo en la situación general y al movimiento obrero a plantearse con firmeza y posibilidades aquel objetivo.

Claro está que no siempre las reformas tienen como efecto crear los elementos de la nueva sociedad dentro de la vieja; en muchos casos son absorbidas por el sistema o son el resultado de necesidades propias de éste. Pero las reformas tienden a mejorar las condiciones para que la clase que históricamente ha de negar la sociedad existente recupere espacios, gane en conciencia y organización, en definitiva acumule fuerzas para aniquilar a esa misma sociedad.

Es aquí donde encontramos un punto de interacción entre reforma y revolución.⁷

⁷ E. Altwater, *op. cit.*, refiriéndose a la crisis en Europa señala: "Un modelo alternativo al actual no puede ser un modelo revolucionario, porque no es este el tiempo en que

Me parece que lo que permite distinguir una política reformista de una revolucionaria no son tanto los métodos de acción, ni la ostentación de posiciones intransigentes en todo momento y lugar, sino la verificación de una política que sin llevar a depositar confianza en el capitalismo, muestre que las reformas no son un método para transformar radicalmente la sociedad, pero que reconozca que ellas encierran cambios progresivos que favorecen e impulsan el proceso social en el cual debe insertarse la actividad política consciente del movimiento obrero, impulsándolo y apoyándose en los cambios que en cada momento le resulten más favorables. En síntesis, la reforma como elemento transicional que en cada caso sedimente en términos de conciencia y organización.

3. Hacia una Alternativa Progresista frente a la Crisis

La tasa de interés y la usura institucionalizadas; la prepotencia y la soberbia; el poder omnipotente y la corrupción generalizada; la represión indiscriminada y la sumisión social; la mediocridad y la ausencia de valores, aparecen precisamente como la medida de todos los valores de esta sociedad a la que han despojado de sus aptitudes máspreciadas.

¿Cómo calificar un balance del pasado reciente? ¿De un proceso que a la par que ha fortalecido las cúpulas oligopólicas —que dominan ampliamente los mercados en que actúan— ha forzado un serio retroceso social desarticulando las mediaciones que los trabajadores habían construido durante las décadas anteriores? ¿Cómo definir la sociedad real existente, corroída en sus entrañas por la pérdida de identidad y la ausencia de un proyecto de país?

La Argentina semeja hoy una sociedad carnívora, que vaciada de sus contenidos solidarios se devora a sí misma. Es en estas condiciones de debilidad extrema en que la sociedad civil ha ingresado en un nuevo período de democracia burguesa.

sea posible una revolución en Europa occidental; a mi juicio no puede ser más que un modelo reformador. Sin embargo de un modelo reformador es preciso valorar dos variantes: la luxemburguista, que apunta a una cierta dialéctica entre revolución y reformismo, y la de un reformismo que trata de reinstalar o de recuperar el viejo modelo de compromiso entre capital y trabajo. Este modelo de compromiso en mi opinión no es posible, no puede funcionar”.

El régimen bipartidista sancionado por el resultado electoral del 30 de octubre de 1983, muestra un punto de acuerdo básico: avanzar sobre los espacios que fue forzado a ceder el movimiento obrero y popular. Es en este contexto referencial que una propuesta de izquierda frente a la crisis debe partir inexorablemente de la recomposición física del movimiento social, planteándole a la sociedad toda reconocer como punto de partida una verdad absoluta: no hay posibilidad de cambio alguno, el futuro esperado será cada día más lejano si las desigualdades sociales permanecen inalterables; si el acceso al trabajo, al saber y a la vivienda digna siguen cancelados; si la justicia no se efectiviza en las desapariciones y los negociados, en la guerra malvinera; si la distribución del poder y la riqueza, exclusivamente creada por quienes sólo viven de su trabajo, quedan intactos.

Me parece indispensable que la propuesta tienda a reorientar la actividad de los activistas y militantes hacia la recuperación de los espacios de libertad perdidos. En la vida social y política; en el modelo de crecimiento y en la producción; en la organización y el control de las instituciones; en la prolongación de la jornada de trabajo y en los ritmos de producción; en las condiciones generales de vida del hombre y la mujer trabajadora. Y en la reconquista de estos espacios avanzar en el camino de su reorganización democrática y su independencia política.

Esto ha de requerir, en el plano de la política concreta, jerarquizar los esfuerzos tendientes a la recuperación sindical, a través de la conformación de frentes antiburocráticos, pluralistas y democráticos en cada gremio y a escala nacional, que no se queden en el control de los organismos de base (comisiones internas, cuerpos de delegados, comités de lucha), sino que se planteen alcanzar las conducciones nacionales de los sindicatos para desde allí avanzar en la participación de la clase obrera en la economía y en el Estado.

Unidad social e independencia de clase constituyen así los términos indisolubles de una propuesta que haciendo eje en la crisis impulse y fortalezca el desarrollo del proceso de autorganización de la clase, que deberá necesariamente ir acompañado de un intento de recomponer, sobre nuevas bases políticas, el agente de cambio social histórico de nuestro país —clase obrera/pequeña burguesía—, puntualmente fracturado por una instancia que los enfrentó electoralmente encuadrándolos detrás de dos alternativas políticas bur-

guesas, similares en su propuesta económica y fundamentalmente disímiles en los contenidos políticos.

Desde esta perspectiva me parece imprescindible que la intervención política contenga un replanteo general: ¿cuál es el significado de la libertad de trabajo para el desocupado? ¿qué es la independencia para la mujer trabajadora víctima de la segregación jurídica, política, profesional y social? ¿cuál es el concepto de libertad para los jóvenes frente a una realidad societal que los cercena cotidianamente? ¿qué es la alegría para la juventud que no conoce más que un mundo represivo, que excluye a los jóvenes del trabajo, la educación y la cultura?

En este mismo sentido y desde las complejidades de la sociedad moderna se nos está planteando nuevos problemas políticos, en la superficie reflejo sin duda de las sociedades avanzadas, pero en lo profundo producto de la internacionalización del capital y del carácter totalizador de la crisis generalizada a escala mundial. Nuevos problemas políticos, que aún embrionarios, están generando una nueva dinámica social y escapan al control de los propios partidos, ya que expresan esas nuevas necesidades sociales en forma más llana y cristalina, y a los que se debe obligadamente dar respuesta. Los movimientos por los derechos humanos y por la paz, el antimilitarismo y el uso racional de los recursos naturales; la interacción entre desarrollo económico, medio ambiente y calidad de vida; la problemática familiar alrededor del divorcio, el aborto y la tenencia de los hijos; los movimientos juveniles, culturales y vecinales; los problemas derivados de la drogadicción creciente, la nueva expresión del feminismo y los nuevos contenidos de las relaciones sexuales.

Una propuesta progresista, de izquierda, asentada en un análisis marxista de la realidad, debe tender a hacer avanzar de conjunto todas estas cuestiones de la vida social, ligándolas, en una perspectiva de clase, con los objetivos y la dinámica propia del movimiento obrero. Al igual que en el plano del trabajo gremial hay que ayudar a la constitución y desarrollo de estos movimientos, incorporándose a la vida propia que ya van alcanzando, sin pretender tutelarlos ni tampoco adueñarse de los mismos.

La gran tarea de los marxistas argentinos en esta crisis global del capitalismo dependiente es la de reorientar hacia el socialismo este amplio abanico de fuerzas progresistas que brotan de los conflictos y

contradicciones de la vida cotidiana, uniéndolos a los objetivos históricos de los trabajadores.

¿Pero sobre qué base material asentar estas propuestas? ¿Es posible fortalecer, sostener, ampliar el régimen democrático en el marco de una recesión económica que por su profundidad y permanencia no parece tener precedentes? ¿Es posible la democracia sin crecimiento económico? ¿Cómo salir de la crisis con un millón de desocupados y un sueldo mínimo que no satisface las necesidades elementales del trabajador y su familia? ¿Con un aparato productivo desactivado y un régimen financiero que inmoviliza la riqueza creada por el trabajo social? ¿Cómo reactivar la economía con un endeudamiento externo que succiona la escasísima generación de excedentes económicos?

Enfrentar la crisis e iniciar las transformaciones en democracia que la sociedad argentina requiere con urgencia conforman una unidad; en la encrucijada actual ambos requerimientos son inseparables, se realimentan mutuamente y la una requiere de la otra para ser efectivas. La primera implica enfrentar y resolver con decisión los problemas internos y externos que enfrenta la Nación. La segunda exige avanzar sobre las estructuras de la dependencia y los centros de dominación nativos que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas; ambas requieren de la ampliación de la democracia y de la activa participación de las masas obreras y populares, en la perspectiva de ir conformando una profunda reforma en el aparato del Estado, que permita construir un futuro esperanzado, diferente del angustioso presente.

Se trata de establecer en estas condiciones de debilidad extrema cómo se retoma el proceso de acumulación y reproducción del capital, reconociendo que la cuantía y la orientación del mismo están en función del grado de participación a alcanzar en las decisiones y de quién controle dicho proceso. Dar un nuevo y fuerte impulso al crecimiento económico en la Argentina requiere concentrar todos los recursos nacionales para restablecer la demanda interna, recomponiendo el poder adquisitivo de la población, privilegiando los niveles de ocupación productiva, recomponiendo las condiciones de eficiencia y rentabilidad de los factores productivos y permitiendo la necesaria capitalización empresaria para mantener una actividad productora sostenida.

Resulta imprescindible realizar un esfuerzo serio para comprender la naturaleza y el carácter de la crisis local y su interrelación con la internacional, de modo que la salida de la misma no constituya una agudización de la propia crisis o una vuelta a un régimen autoritario. La transformación progresista en camino al socialismo de nuestra sociedad pasa hoy por impulsar una política en la que los trabajadores logren modificar sustancialmente la relación de fuerzas con la burguesía. Y en las condiciones actuales el movimiento obrero no se recompondrá solamente con la agitación y la lucha económica.

Y esto, mal que les pese a los marxistas dogmáticos, supone reconocer la necesidad de una salida negociada a la crisis.

Hoy no es posible plantear con responsabilidad la reorganización de la economía sobre nuevas bases sin contemplar una política de planificación articulada sobre la base de un compromiso que determine niveles de precios, tarifas y salarios, tasas de inversión y ocupación productiva.⁸

Negarse a este tipo de negociación, con el clásico argumento de que los obreros no deben meterse a resolver los problemas de los capitalistas, me parece que es no darse cuenta de que el propio movimiento obrero es parte de esta crisis global y es arrastrado por ella, detrás de lo que se ha dado en llamar “el uso capitalista de la crisis”. Es dejar librado el ajuste y la política de empleo a las fuerzas del mercado, a que la política de austeridad imponga fatalmente la disciplina social y el autoritarismo de estado.⁹

⁸ Resulta inevitable una referencia al Pacto Social de 1973. Entre esta situación y aquella hay diferencias cualitativas abismales.

En 1973 el Pacto Social implicaba en lo económico un intento de la burguesía de acordar la magnitud y la regulación de la tasa de explotación. En lo político representaba un serio esfuerzo, no carente de inteligencia, de desviar hacia la conciliación a una clase obrera cuya combatividad venía en alza desde muchos años atrás, y que se sentía fortalecida por el amplio triunfo electoral del peronismo, asimismo intentaba asentar sobre una base material sólida la reconstitución del bloque de poder sobre el que se asienta el peronismo. Hoy una salida negociada a la crisis no es otra cosa que tratar de ampliar el espacio político para permitir la reconstitución física del movimiento obrero, que ha perdido peso específico, en términos absolutos y relativos, en la sociedad, es tratar de cambiar la correlación de fuerzas que resulta totalmente desfavorable. No implica ningún tipo de compromiso ni alianza de clases de tipo estratégico.

⁹ Carlos Abalo, CIDE, México, en el trabajo: “Argentina, Políticas Económicas Alternativas” reflexionando acerca de los países subdesarrollados que podrían o no ingresar en una fase de semindustrialización elabora el siguiente razonamiento que nos interesa rescatar aquí: “La sociedad argentina está frente a esa encrucijada y ese proble-

En el plano político concreto plantearse la resistencia frontal implica a mi juicio agudizar la crisis sin que estén prefiguradas las condiciones para resolverla en términos favorables. Dejar librado el ajuste a las fuerzas del mercado es, en estas condiciones, sujetarse al dominio de la oferta y la demanda, que es la lógica de la economía política burguesa. Cuando de lo que se trata es de articular una propuesta que trate de amarrar las principales variables sociales a la lógica de la economía política de la clase obrera.

Resulta obvio que un tipo de negociación como la enunciada encierra una política concesiva en ciertos aspectos, pero esto no debe espantarnos. Más debieran asustarnos las perspectivas del desarrollo de la crisis. Lo posible, en rigor y sin eufemismos es afirmarse en la propia crisis para avanzar en otros planos la participación en la dirección y gestión del sector público; el control de gestión y de los costos en el sector privado; en la definición de la cuantía y la orientación de las inversiones; en la participación popular en el control de los precios y en las distintas etapas de la intermediación.

Se trata, como contrapartida, de ir avanzando en la hegemonía en la sociedad, democratizando la vida interna de las fábricas y lugares de trabajo; impulsando una política de participación que tienda a ocupar espacios y transformar el aparato del Estado sometándolo a presiones, haciéndolo más permeable a las libertades públicas.¹⁰ Es en definitiva tender a incrementar a través de los organismos naturales de las masas, la participación de los trabajadores en la economía y en el Estado.

Se trata de afirmarse en el presente para enfrentar el futuro y en este proceso los trabajadores deben ir definiendo su propio *proyecto*

ma no se resuelve exclusivamente con la revolución social. El mundo de los próximos veinte años posiblemente no sea el del socialismo, y el capitalismo librará grandes batallas para reestructurarse. Negarse a estudiar y discutir la forma que asumirán los problemas de la crisis y de la reestructuración resguardándose en fórmulas generales o en excusas ideológicas, es una manera de negarse a considerar cuáles serán las mejores condiciones materiales que favorecerán el futuro cambio social. [...] El objetivo implícito en la propuesta es que el posible perfil industrial debe resguardar, en la medida de lo posible, la magnitud y la homogeneidad de la clase obrera, que sigue siendo el principal motor de cambio social”

¹⁰ Esto incluye como cuestión específica una nueva relación entre las Fuerzas Armadas y la sociedad civil. La democratización en los distintos aspectos: formación, reclutamiento, estructura cuartelera y organización jerárquica; y redefinir la relación entre profesionalismo y obligatoriedad del servicio militar por los civiles.

político alternativo, que defina un perfil productivo, una inserción internacional, que tienda a movilizar la capacidad potencial de capitalización que nuestro país aún dispone y que puede tornarse efectiva sí, y solo sí, se extraen de raíz los mecanismos especulativos vigentes y la dependencia de los compromisos externos. Esto es: enfrentar la crisis haciendo que el mayor aporte para conjurarla recaiga sobre quienes más se han beneficiado con ella.

En este sentido, las nacionalizaciones aparecen como el centro neurálgico para iniciar el proceso de transformaciones, porque significan una ruptura decisiva con la influencia dominante de los grupos del gran capital, nativo y extranjero, y un paso importante para avanzar en la reorientación progresiva del aparato productivo. Se trata de utilizar una forma democrática para limitar la fuerza omnipotente de las cúpulas oligopólicas y relanzar un sector público que opere como motor de un desarrollo nacional y moderno.

La reorganización del sistema financiero y del sector externo por medio de nacionalizaciones en la banca y el comercio exterior, resultan así la piedra angular de la futura planificación. En el plano industrial las nacionalizaciones deberán significar en los sectores estratégicos la ampliación del sector público con la concreción de un fuerte y eficiente sector industrial estatal. En el plano agropecuario deberán satisfacer las necesidades de apropiación de parte de la renta diferencial del suelo.

Pero en lo inmediato la prioridad absoluta tiene que ser el embate contra la *desocupación*. Eliminar el paro forzoso, frenar la destrucción de “trabajo vivo” debe ser el eje de la propuesta. La argumentación no es difícil: si la sociedad exige de sus miembros una actividad productiva útil y honorable, a los trabajadores les asiste todo el derecho de exigirle a esa misma sociedad la seguridad de su existencia.

Hay que evitar “que la sociedad se instale en la crisis”, y es necesario tener en cuenta que por primera vez en muchos años la burguesía argentina tiene ante sí la posibilidad real de escindir estructuralmente al movimiento obrero en ocupados y desocupados, y arrojar a la marginalidad social a miles de jóvenes que anualmente pretenden incorporarse al mercado de trabajo.

¿Pero cómo compatibilizar empleo e inflación? Maximizar lo primero requiere controlar lo segundo. Y este no se ha de lograr con medidas monetaristas, recortes del presupuesto público y bajas en los

salarios reales. Las causas de la inflación, y también de la desocupación, se ubican en las mismas estructuras de un sistema agotado, que en su agotamiento no puede ya satisfacer las necesidades sociales de la humanidad. El esquema de relanzamiento de la economía mundial se basa en forma creciente en la utilización de tecnologías de punta que no crean puestos de trabajo, sino que arrojan cada vez más obreros al paro forzoso.¹¹

De ahí que la lógica de la economía política de la clase obrera deba, en el caso de nuestro país, orientarse en su formulación programática hacia una relación técnica de producción que facilite el manejo de tecnologías intermedias, que permitan el control del desarrollo tecnológico nacional y no aumenten la dependencia, que compatibilice la modernización del proceso productivo con la creación de puestos de trabajo, que se complemente con la reducción escalonada de la jornada laboral y el reparto del trabajo existente. Por ello la importancia de que los trabajadores participen en forma creciente tanto de las decisiones como del control de la estrategia inversora.

Complementariamente debe operarse sobre el gasto público. No se trata simplemente de su reducción en abstracto como en el planteo monetarista, desde nuestra perspectiva no importa tanto el monto del mismo, sino su reasignación y composición interna. Se trata de reasignar el gasto, transfiriendo recursos improductivos a actividades productivas, y éstas racionalizarlas para hacerlas en forma eficiente.

4. *Final*

En las páginas precedentes se ha intentado conceptualizar, tal vez en forma no del todo sistemática, algunas líneas de trabajo, primeros esbozos para un debate posterior. Transformar éstas en una propuesta de acción práctica, requerirá someterlas a la validación de una intensa discusión colectiva.

¹¹ Ramón Tamames, *op. cit.*, hablando del desarrollo tecnológico indicaba, "...ello hace posible que en realidad haya dejado de funcionar una de las principales proposiciones keynesianas, de que la inversión genera empleo; porque la inversión en informática y en desarrollos automatizadores en las fábricas, lo que hace es destruir empleo"

Estos párrafos recogen ideas de algunas de las proposiciones aprobadas en el Congreso Extraordinario del Partido Socialista Francés, reunido en Créteil, Francia, el 24 de enero de 1981.

Es posible que se señale que las mismas constituyen un abandono de principios ortodoxos, un intento solapado de socialdemocratización, o tal vez que ellas constituyen un modelo inacabado de corte neo-luxemburguista. Sin embargo creo haber diseñado una interrelación entre la dinámica del proceso de autorganización y la necesidad de plasmar un proyecto alternativo desde una perspectiva de clase.

He intentado afirmarme en lo único de positivo que le veo a esta crisis: que ella abre la oportunidad de que la clase obrera marche en pos de su unidad social y su independencia política depositando cada vez más confianza en sus propias fuerzas.

Después de la intensa experiencia vivida en las décadas pasadas podemos ahora parafrasear a Engels en la introducción a *La lucha de clases en Francia*: “La historia nos ha enseñado a nosotros y a todos los que como nosotros pensaban (es decir a los que en 1848 creían inminente el triunfo del proletariado), que nos equivocábamos al discurrir así [...] El tiempo de las sorpresas, de las revoluciones operadas por minorías insignificantes puestas a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado a la historia. Cuando se trata de acometer un cambio completo a la organización social es preciso que las masas hayan empezado por comprender el fin que se persigue y adónde se las lleva...”

Hoy podemos también reconocer que lo fundamental es alcanzar el objetivo propuesto, pero que tan importante como éste es la forma en que a él se llegue, ya que de ella depende en gran parte el futuro del socialismo que se quiere construir, y esto pone en relieve la necesidad de que los trabajadores avancen en la definición de su propio *proyecto político consciente*.

¿Se podrá concretar esto? ¿Cuál ha de ser su contenido futuro? ¿Con qué fuerzas sociales se cuenta realmente? ¿Serán capaces los partidos de izquierda de comprender la naturaleza y envergadura de la crisis y obrar en consecuencia? Contestar estas cuestiones demandaría un trabajo adicional de características prospectivas, sobre un escenario cuyos límites no resultan fácilmente predecibles. Tal vez debiera recurrirse a la metáfora gramsciana: “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”.

Buenos Aires, mayo de 1984

Heterogeneidad y profundidad de la crisis mundial

Alberto J. Pla

1. La crisis mundial capitalista como crisis global del sistema y no sólo coyuntural

La crisis mundial actual* tiene diversas facetas que no es simple resumir. Crisis del sistema capitalista mundial por cierto, pero una crisis de nuevo tipo, en la cual convergen las modificaciones sufridas en el funcionamiento global del sistema, así como la crisis paralela en los países llamados del “socialismo real”, y además la crisis en los países dependientes.

Tracemos primero una gran línea de análisis, alrededor de la cual iremos incorporando otros elementos. En primer lugar la crisis actual, a diferencia de las otras dos grandes crisis del sistema mundial capitalista (1873 y 1930) no es sólo económica (o predominantemente económica), sino global. De allí su especificidad. Es crisis económica y política, pero también social, y afecta los mecanismos de acumulación del capital, la superacumulación monopólica multinacional, las capacidades políticas de maniobra de esas corporaciones

* Versión abreviada del texto publicado en *Coyoacán*, México, No. 16, enero-marzo de 1984. Fue presentado como ponencia en el II Encuentro de Historiadores de la ADHILAC (México), realizado en Puebla del 25 al 29 de abril de 1983.

y, como corolario, las relaciones monopolio-Estado metropolitano. Por su profundidad es más una crisis estructural que coyuntural.

En cada período de la historia del capitalismo existieron potencias metropolitanas que accedieron a una hegemonía en relación a las otras. O en caso de no existir esa hegemonía en forma clara, se presenciaba una lucha entre varios aspirantes a ejercerla.

Sin hacer un bosquejo histórico sobre este tema, es evidente que Inglaterra ejerció esa hegemonía a partir de la revolución industrial y las guerras napoleónicas, y ello continuó, de manera ya ampliamente demostrada, hasta la crisis de 1873-1896. La fase de descenso del ciclo Kondratieff de 1873-1896, termina por cuestionar esa hegemonía británica. En esa coyuntura se debe contabilizar la llamada segunda revolución industrial (acero, química, motor a explosión, etc.), que deja obsoletas formas de funcionamiento del capital británico, para no insistir en la pérdida de su supremacía marítima, hasta ese momento incontestable.

El mundo se regía por el patrón oro, pero su referencia era la libra esterlina británica. Y con la nueva competencia interimperialista que lleva a la primera guerra mundial, Inglaterra termina por perder aquella hegemonía que hacía que su política estableciera la pauta a partir de la cual tomaban posición las otras metrópolis, ya sea alineándose, aliándose, u oponiéndose en la medida de sus posibilidades.

El conflicto suscitado lleva a una crisis de liderazgo que es claro hasta la depresión de 1930. A partir de allí y del lento proceso de supremacía norteamericana, abierto en realidad ya a partir de la primera guerra mundial, se irá construyendo la hegemonía mundial de Estados Unidos.

Si ya en la década de los años treinta Estados Unidos muestra estar en condiciones de asumir esa hegemonía, su principal rival será la Alemania nazi. La guerra mundial decide el conflicto y a partir de 1945 Estados Unidos es ya la metrópoli hegemónica del mundo capitalista.

Del dominio de la libra esterlina se pasa al dominio del dólar. Si las bombas atómicas sobre Japón en 1945 ratifican esa voluntad de predominio de Estados Unidos (aparte del significado de advertencia a la URSS), su papel en la reconstrucción europea (Plan Marshall) muestra, contradictoriamente, que Estados Unidos no puede hege-

monizar si no reconstruye una Europa aliada y sometida. Todo ello ante el peligro que significaban tanto la URSS como los movimientos revolucionarios de posguerra en todo el mundo. Y este sistema funcionó hasta 1971 (para mencionar una fecha clave, aunque no única).

Dice Samir Amin que entonces se abre un período semejante al tránsito de la antigüedad al feudalismo. Un largo período de decadencia y de formación de nuevas realidades socio-económicas, en el cual estamos inmersos ahora. En realidad esta comparación ilustra en cuanto a la profundidad de la crisis actual y la crisis de hegemonía por la decadencia de Estados Unidos, pero para hablar en términos tan generales como los usados por Amin, se debe decir que esa larga “transición” ya comenzó en realidad en 1917 con el triunfo de la revolución rusa.

Por eso también hay una originalidad suplementaria en la actual crisis, y es que la disputa por la hegemonía no es sólo interimperialista como antes (en este sentido no cuenta, en 1930, la nueva existencia de la URSS) sino que ahora la URSS y también las revoluciones coloniales inciden en forma directa para hacer oscilar la balanza de esa misma disputa interimperialista.

Aquí ya es importante señalar que frente a los países dependientes (llamados del Tercer Mundo) ni Estados Unidos ni la Unión Soviética controlan o determinan de manera directa sus procesos socio-políticos. El llamado Tercer Mundo tiene abiertos nuevos caminos, nuevas posibilidades, y si Estados Unidos fue derrotado en Vietnam, la URSS no tuvo nada que ver con los triunfos de Cuba (1959) o de Nicaragua (1979), para citar ejemplos extremos.

La competencia en la arena mundial por una nueva hegemonía en el mundo (que no está descartado que pueda recuperar Estados Unidos), está planteada tanto en términos económicos como militares. Y en los dos partidos políticos de Estados Unidos se han ido decantando dos tácticas distintas para conseguir esa recuperación.

Si en términos militares hay un equilibrio entre Estados Unidos y la URSS, Reagan busca romper ese equilibrio para recuperar la hegemonía perdida, si ello es necesario aun a costa de otra guerra mundial (sólo que esta vez sería atómica). Por el contrario, si se llegara a controlar el proceso de reorganización económica capitalista sobre la base de la recuperación de la hegemonía de Estados Unidos,

la perspectiva no sería la guerra, sino el triunfo de algunos de los proyectos del Partido Demócrata. En resumen, los dos grandes partidos de Estados Unidos dan prioridad a la economía (demócratas) o a la guerra (republicanos) como estrategia (no sólo como táctica) para que Estados Unidos recupere aquella hegemonía perdida hace alrededor de una década.

Sólo que las alternativas deben implementarse en un mundo imprevisible, pues ni la URSS controla a sus aliados (Polonia y las reiteradas intervenciones militares en Europa del Este), y además China expresa otros intereses; ni Estados Unidos y el imperialismo controlan a los países dependientes (permanente conflicto norteamericano).

2. La crisis económica

La vamos a considerar aquí, no en sí misma, para hacer un análisis de toda la economía, sino en cuanto tiene su presencia como crisis global del sistema imperialista. Algunos argumentos son imprescindibles.

El punto central debe fijarse en las condiciones que hicieron que Estados Unidos perdiera su hegemonía. Hemos dicho que se puede fijar alrededor de 1971 ese momento. De allí surgirán los intentos de otras potencias para ubicarse frente a la nueva situación y sacar provecho.

En primer lugar, ¿por qué Estados Unidos perdió esa hegemonía hacia 1971? Como producto de hechos que se venían dando tanto a nivel económico como militar, allí culmina un proceso. Su signo evidente es que se terminan los acuerdos de Bretton Woods de 1945 y el dólar ya no está atado al patrón oro. Ya no serán más 36 dólares por onza, sino que el dólar fluctuará al igual que otras monedas. Se acabó el privilegio del dólar y el oro llegó a cotizarse hasta a 800 por onza. El resultado: la economía norteamericana entra en una espiral inflacionista como todas las otras. Su ritmo puede ser menor (al principio muy lento) pero en la actualidad el dólar debe competir con las otras monedas fuertes, y ostensiblemente con el marco alemán. A ello se une la competencia por los mercados en donde sus aliados (y a su vez competidores) lo desplazan o lo confrontan con éxito.

Pero al considerar el problema del mercado es necesario referirse

al papel de los grandes monopolios, de las multinacionales. En este sentido estamos de acuerdo con Arrighi cuando afirma que hay una triple insumisión: del capital, del trabajo y de la periferia. De esta triple insumisión, veamos por ahora sólo la del capital, aunque es necesario aclarar que las tres insumisiones son revueltas contra el Estado. Quien más las sufre es el Estado norteamericano, desgarrado por su crisis de hegemonía y que —como Estado— no encuentra la forma de implementar una política que discipline al capital, al trabajo y al llamado “Tercer Mundo”, especialmente en nuestro caso de análisis: Latinoamérica. Todo ello se debe combinar con la perspectiva de enfrentar (los medios pueden ser diversos) a la presencia mundial soviética.

El capital multinacional —a diferencia del capital monopolístico formado ya a fines del siglo XIX— compite sobre la base de la innovación tecnológica y la diferenciación de los productos (tecnología, diseño, etc.) y no como antes bajando los precios de mercancías semejantes (los precios de monopolio que liquidaban a los competidores y que al controlar el mercado, luego se recuperaban). La prioridad así, es la inversión diversificada, símbolo de lo que tradicionalmente se llama “progreso” y no de un intercambio (guerra) comercial entre mercancías semejantes.

Anteriormente, como la competencia se hacía en el mercado, en los períodos de expansión —o sea de mayores inversiones de capital— el resultado era una baja de precios. En la actualidad, por el contrario, y dadas las nuevas modalidades del capital multinacional, hay inflación, o sea alza de precios. Y la característica predominante de la crisis se traduce en la *stagflation*, pues aún con inflación hay recesión, lo que sería un absurdo en la economía capitalista de hace unos 50 años. La consecuencia de la *stagflation* ya es muy conocida desde la crisis en Estados Unidos de los años 1957-1960, además de inflación de precios, desocupación en porcentajes importantes. Pero si en 1958 la desocupación llegó a ser en Estados Unidos de alrededor de un 6 % de la fuerza de trabajo, en la actualidad se ha acercado a un 11 %, hecho inédito en la sociedad norteamericana.

Alrededor de 1971 se suman diversos elementos que muestran la pérdida de hegemonía de Estados Unidos: el deslinde del oro con respecto al dólar; inflación del dólar dejado a fluctuar; pero al mismo tiempo Estados Unidos ya no puede dictar condiciones a sus socios

como lo hacía antes y surge la Trilateral (1974-1976) en donde las grandes potencias imperialistas se alían para hacer frente a la crisis generalizada; el Estado norteamericano no puede someter a su política a las multinacionales de su propio país; ascenso del Japón y competencia japonesa en el mercado interno de Estados Unidos; utilización por parte de Japón de robots y nuevas técnicas de producción a pesar de que este país debe importar casi todas sus materias primas básicas, etc. A ello se une la crisis político-social, cuya manifestación más estruendosa es la derrota norteamericana en Vietnam (1973-1975). En menor medida, pero muy importante por su valor estratégico al desenvolverse en las propias espaldas del imperialismo, se debe ubicar la rebelión latinoamericana.

Así, la única respuesta del imperialismo pudo ser militar: contrainsurgencia y dictaduras amigas como las del cono sur. Pero el proceso no pudo ser detenido y el alzamiento en Centroamérica y el Caribe lo prueban. Sin haber podido controlar este nuevo desafío, ya se agotan las dictaduras del cono sur y Estados Unidos no cuenta sino con sus propias fuerzas. Sus aliados naturales miembros de la NATO están a la expectativa de nuevos mercados en la zona, lo que se une al hecho de que varios de los países europeos tienen gobiernos socialdemócratas que aíslan más todavía la política belicista del Estado norteamericano.

Pero volvamos a las multinacionales, la banca y el mercado. Las multinacionales, que han reemplazado a los monopolios tradicionales, crean nuevas formas de relación con los estados, y también existe una modificación en la relación capital-trabajo, lo que veremos un poco más adelante.

Si con el fenómeno del imperialismo la expansión de los monopolios desde finales del siglo XIX era extensiva, ahora la expansión de las multinacionales es intensiva. No discutiremos cómo se fue desarrollando este proceso históricamente. Pero esta diferencia es importante y hoy es una realidad. Ello significa que no se trata simplemente de vender a los países dependientes bienes de capital obsoletos, o de ir a buscar una composición orgánica del capital más baja como producto de la baratura de la mano de obra o la cercanía a las materias primas; sino que aún manteniéndose esa política para ciertas zonas del mundo, de lo que se trata es que ahora hay inversiones de alta tecnología en el exterior. Especialmente multinacionales de Estados Unidos han generado en el exterior, como producto de sus

inversiones intensivas, intereses propios en ese ámbito, exterior al propio Estados Unidos. Es más, la banca mundial aparece cada vez en forma más abierta como lo que siempre ha sido: instrumento específico de las transnacionales y no sólo del Estado. El Estado, que tiene su propia dinámica (en este caso, Estados Unidos), debe negociar con esos poderes. Nuevamente aparece claro que quien gobierna es el capital y no el Estado, aunque el capital no es unívoco sino polifacético y entre el poder económico y el poder político se establecen estrechas relaciones, no lineares ni mecánicas.

El mercado mundial es entonces el campo donde existe una confrontación interimperialista y donde ya no predomina la anterior hegemonía de Estados Unidos. Eso no quiere decir que no siga siendo el principal competidor (por la hegemonía capitalista), pero desde hace más de diez años es sólo el competidor más importante, y el ascenso alemán y japonés es el más serio desafío. Por eso Estados Unidos debe plegarse al mercado mundial y entrar en una liza a la que se había desacostumbrado. De ahí también las repercusiones internas de esta crisis en Norteamérica, en relación a la cual basta por ahora mencionar los 12 millones de desocupados oficialmente reconocidos como tales.

Dice David S. Yaffe: "Con una masa relativamente decreciente de plusvalía, con respecto a una masa creciente de capital constante, la competencia se convierte para esta masa decreciente, en elemento vital en el proceso de acumulación. La competencia es el resultado de la lucha por las ganancias y las sobreganancias, que acompañan el alza de la productividad del trabajo"

Veamos una tendencia histórica: si en 1914 la inversión de Estados Unidos en el exterior era del 6 % del total, en 1935 alcanzó el 35 % y en 1970 fue del 60 % . Para los otros países imperialistas, este proceso se hará notar a partir de 1970, en donde Inglaterra y Francia tenían un porcentaje de inversión en el exterior del 20 % (se debe tener en cuenta que son viejos inversores imperialistas), Alemania tenía el 4.5 % y Japón el 3 % del total, pero ya en 1970 las tasas de crecimiento eran significativas de un cambio en las proporciones, pues el crecimiento de las inversiones en el exterior crecía mucho más en Alemania y Japón que en Estados Unidos. Para Alemania la tasa anual de crecimiento era de 172 % (entre 1966-1970) y la de Japón, en esos años, era del 272 % .

Como lo muestra Harry Magdoff, las ventas de todas las multinacionales del mundo en sus filiales extranjeras fueron, en 1971, de 330 mil millones de dólares; mientras que las exportaciones de todas las economías capitalistas sumaron, ese mismo año, 312 mil millones de dólares. Es decir que se ha desenvuelto en el mercado mundial lo que se denomina comercio cautivo, que es el que realizan entre sí filiales de una misma multinacional. Resultado: ya son más importantes las inversiones y el comercio de las multinacionales que todo el comercio capitalista. Y esas multinacionales son un puñado de empresas en el mundo, precisamente las que alentaron el funcionamiento de la Trilateral, donde se buscaba el acuerdo multinacionales-estados imperialistas. Su languidez actual es también un signo claro de la dificultad de los acuerdos.

Esto se une a lo que afirmamos anteriormente sobre la banca mundial: cada vez más es instrumento de las multinacionales y no del Estado, que poco puede manipular si no es en acuerdo con las grandes empresas. Ya entre 1960 y 1972 los depósitos en sucursales extranjeras de los más grandes bancos de Nueva York comparados con sus depósitos domésticos, se incrementaron de ser el 8.5 % (en 1960) a ser el 65.5 % (en 1972). La transnacionalización del capital no es un concepto tendencial, es una realidad que en la crisis actual se muestra en toda su amplitud, por el papel que juega esa banca mundial.

Otro elemento para el análisis: de las 211 compañías manufactureras más grandes del mundo capitalista, con ventas por más de mil millones de dólares al año cada una, sólo 12 son propiedad del Estado. Una vez más surge claro que no es el Estado quien dirige la economía, sino a la inversa: es la economía quien dirige al Estado. En una relación múltiple, dialéctica, heterogénea por cierto, ya que es necesario evitar la visión absurda de determinaciones mecanicistas.

En estas condiciones, la acumulación del capital no homogeneiza sino que reproduce en otra escala, mundial, la heterogeneidad del sistema.

Esto pone de manifiesto lo inadecuado de pretender que en el mundo ha aparecido un nuevo modo de producción, que sería un modo de producción estatal, categoría que Henri Lefebvre aplica tanto a la URSS como a Estados Unidos. Sería éste un M.P. Estatal dis-

tinto a lo que se llama capitalismo monopolista de Estado. Si dejamos aparte el análisis de la URSS, vemos que no sólo en Estados Unidos sino en países de larga trayectoria socialdemócrata, como Suecia, no es el Estado el mayor propietario de empresas. Y en Estados Unidos, incluso empresas de transportes (ferrocarriles), o servicios (correos, etc.), son privadas. Por lo tanto, sólo existe un comportamiento capitalista distinto por la existencia de las multinacionales, pero que mantiene todos los rasgos del modo de producción capitalista.

Es de señalar que Lefebvre aplica a México el modo de producción estatal, y lo fundamenta en su “voluntad” antimperialista, a pesar de su cercanía a Estados Unidos y también por haber hecho la reforma agraria y una industrialización importante. Habría entonces acción sostenida del Estado, incluso contra las empresas “nacionales” Toda esta concentración de poderes e iniciativas llevaría al Estado en México hacia convertirse en un modo de producción estatal, con lo que abriría la posibilidad de una “nueva revolución por arriba”. Si en 1976-1980 Lefebvre podía especular de esta manera, la actual crisis ha desnudado a ese Estado mexicano. La política económica está dictada desde afuera (FMI, multinacionales, banca mundial) y no por ningún modo de producción estatal. Lo cual no anula que existan márgenes de lucha entre el Estado y la burguesía, en disputa por fracciones de las cuotas de beneficio. Consideramos que estos supuestos nuevos modos de producción (estatal o capitalista de Estado) son sólo especulaciones que no se basan en el análisis de una realidad, que debe contemplar no sólo la evolución del capitalismo como sistema, sino también las contradicciones dentro del mismo, los diferentes ritmos y métodos de acumulación sea en países metropolitanos o dependientes, etc. Bajo ningún punto de vista es aceptable la confusión entre industrialización (en países dependientes) o estatizaciones y estos supuestos nuevos modos de producción.

En resumen, nos encontramos con la siguiente situación mundial: Europa y Japón reconstruidas después de 1945 y con un aparato industrial más moderno en forma global (Estados Unidos siguen teniendo ventaja en sectores neurálgicos de alta tecnología, etc.), especialmente en su capacidad productiva, son incontrolables por parte de Estados Unidos, a causa de su pérdida de hegemonía. Es más, el gobierno de Estados Unidos ha intentado que las multinacionales nor-

teamericanas aumenten sus inversiones en el propio Estados Unidos, a lo cual ellas se resisten. O sea que las multinacionales con sede en Estados Unidos han traspuesto las fronteras nacionales de una manera mucho más amplia que la que puede surgir de una simple exportación de capital. Las multinacionales integradas con la banca mundial y aprovechando un mercado mundial, estudian sus inversiones en Estados Unidos, de igual manera que al invertir en Japón o en Europa. El actual gobierno de Estados Unidos, que ante la crisis de hegemonía ha elegido como camino de solución el curso a la guerra, se encuentra con un gran escollo en estos nuevos intereses, ya ampliamente desarrollados, de las multinacionales. Y decimos ampliamente desarrollados porque su existencia viene de lejos. No hay más que pensar en las dificultades de Roosevelt al estallido de la segunda guerra mundial cuando, en industrias tan sensibles como la química y el aluminio, los monopolios se negaban a producir aduciendo sus acuerdos cartelizados con sus hermanas alemanas.

Al referirse a la acumulación de poder por parte del Estado, dice Marx en *El XVIII Brumario*, acerca del Estado francés: “Con su inmensa organización burocrática y militar, con su mecanismo estatal complejo y artificial, su ejército de funcionarios de medio millón de hombres, su otro ejército de ciento cincuenta mil soldados — terrible cuerpo parásito que recubre como una membrana el cuerpo de la sociedad francesa, cubre todos los poros de la misma”. Trasladado a nuestra época es necesario multiplicar en forma brutalmente alta todas las características señaladas en el Estado moderno burgués (la sola Municipalidad de Nueva York tiene más de 300,000 empleados). No obstante, a pesar de generar y desarrollar intereses propios a esa masa de funcionarios, militares y políticos, los términos dialécticos de la contradicción se mantienen y, en definitiva, si todo ello es producto de la sociedad capitalista, los intereses del estado en forma inmediata no coinciden casi nunca con la totalidad de los intereses de cuya clase es representación institucionalizada. La relativa “autonomía” del Estado hace de las mismas necesidades de las relaciones entre las clases (hay mediaciones y reciprocidad de mediaciones, pues las clases no son nunca entes pasivos, sólo receptivos) y en nuestro caso de análisis a nivel internacional, se abona el terreno para las aventuras políticas y militares, y las audacias desafiantes, sobre la base de implementar ideologías propias (o variantes

propias dentro de una misma ideología): la de la clase dominante representada en el Estado.

Digamos de paso que en estas circunstancias se inscribe la crisis energética mundial, puesto que si pudo surgir la OPEP y jugar el papel que ha tenido en los últimos diez años, ello es otro signo de esa pérdida de hegemonía de Estados Unidos, y más aún de cierto vacío hegemónico a nivel mundial imperialista. No en vano, en la actualidad, uno de los objetivos imperialistas es destrozarse a la OPEP, a la cual se le intenta achacar ser causa de la crisis económica actual, cuando su incidencia, si bien importante, no es lo esencial: en 1980 el balance de pagos de todos los países de la OPEP era de 10 mil millones de dólares, mientras que una sola empresa, la Citicorp de Nueva York, tenía un balance igual y los 15 bancos internacionales más importantes llegaban a un balance de pagos de 1,270 mil millones de dólares (George Corm, "Menaces sur le système financière international", *Le Monde Diplomatique*, París, marzo 1983).

A todo esto se une la crisis de las direcciones obreras, socialistas y revolucionarias, que no han podido aprovechar la crisis mundial del capitalismo. Los avances (Irán, Nicaragua, etc.) son extremadamente limitados, cuando no contradictorios, después de lo que se creó como expectativa ante la debacle imperialista en Vietnam.

Después de 1973, y a medida que aumentaron la inflación y el desempleo en las metrópolis, los partidos socialdemócratas y comunistas sólo han jugado un papel de mediadores en los conflictos. La crisis social de 1968-1970 no llevó a la imaginación al poder sino, en algunos casos, a gobiernos socialdemócratas que ahora desde el Estado (desde el interior mismo del poder) siguieron cumpliendo su rol mediador (el caso más extremo es el alemán). Ayudado por estas carencias de opciones anticapitalistas el sistema toma respiro. No obstante, aún no resolvió ni sus contradicciones más desgarrantes, ni ha conseguido establecer un nuevo *statu-quo*.

Si las multinacionales produjeron una decadencia de lo que era clásicamente la competencia en el mercado mundial, no hay un fin de la competencia sino una nueva relación intercapitalista multinacional, que se expresa en un nuevo tipo de competencia y ello trae inseguridad en los capitales, retracción en la inversión, etc., hasta tanto una nueva hegemonía fuerte no les dé nuevamente confianza.

Hay una interrelación dialéctica entre coalición interimperialis-

ta y competencia de mercado. donde los alineamientos por intereses pueden hacer variar las políticas aplicadas. Esos intereses son económicos en primer lugar, pero político-militares en forma inmediata también.

De allí que la existencia de gobiernos socialdemócratas en Europa (Suecia, Francia, Grecia, España, Austria; y donde en general existe una relación de fuerzas pareja entre derecha e izquierda, como en Alemania, Noruega, Portugal, Italia, etc.), y la existencia de fuertes presiones por la paz, la defensa ecológica, por el desarme (*detente* militar) hacen aún más histérica la reacción del gobierno de Reagan que lisa y llanamente no puede imponer condiciones ni a sus propios aliados (ejemplo: el gasoducto transiberiano).

O sea que el mundo no está dividido en Este-Oeste por un lado y Norte-Sur por el otro, sino que en cada uno de los cuatro polos las crisis internas están a la orden del día, además de que se interinfluyen, con la particularidad de que ninguno de los polos tiene "estabilidad"

Falta de hegemonía implica inestabilidad, desorientación. Y lo que están haciendo las metrópolis es buscar acuerdos para establecer nuevos ejes hegemónicos (armonías, estabilidades). Estados Unidos busca especialmente acuerdos con Japón, y Alemania los busca en Europa. No obstante la situación es muy fluida y no es insignificante el papel que pretende jugar la URSS en todo ello. Un mundo que aparece multipolar, debería facilitar a los países dependientes mejores condiciones para la lucha por la liberación nacional y social, pero ello no se hace en la perspectiva de competencias (o pseudo-chantajes) de las burguesías nacionalistas frente a las metrópolitanas, ni tampoco con retoques al sistema capitalista, política preferida de todos los reformismos. Lo que está en crisis es el sistema y de lo que se trata no es de salvarlo administrando mejor la crisis, sino tender a crear un mundo nuevo, en la perspectiva socialista.

Si el capitalismo y el proceso de acumulación a escala mundial, especialmente desde finales del siglo XIX, llevaron a sobrevalorar el papel jugado por los estados nacionales metropolitanos, que garantizaron a través del intercambio desigual (a nivel mundial) y del control de la realización de la plusvalía; en el último período de poco más de diez años los estados ya no pueden dirigir aquellos procesos, y el papel de los estados, en su rol político (tomados separadamente o

en su conjunto) se encuentran en una situación de inferioridad (o de dependencia) aún en su papel político de dominación, en beneficio de las firmas multinacionales (no es un ejemplo menor el de la ITT y su papel al derrocar al gobierno de Allende, en Chile, en 1973).

La pregunta surge así: ¿quién hace de gerente de la crisis, las multinacionales o los estados metropolitanos? En el complejo juego de interacción y mutua dependencia, en última instancia el Estado aparece como protagonista (actuando, expropiando, administrando la violencia, la guerra) pero son Estados que se ven constreñidos a actuar así, y los verdaderos sujetos que determinan a veces están más allá de las fronteras. El aparato económico ha intentado siempre aparecer desligado del ejercicio directo del poder. Así apareció todavía en las crisis anteriores del sistema. En la actualidad ya no tiene alternativas para marginarse. Debe defender sus mecanismos de acumulación-reproducción, y los estados metropolitanos en crisis de hegemonía no le ofrecen todas las garantías necesarias. El capital multinacional interviene cada vez más directamente con o sin acción paralela del Estado; y éste ya no es la representación concentrada de los monopolios, pues la economía se internacionalizó y como consecuencia el Estado nacional (todos los estados nacionales) se debilitaron. Así como el mercado mundial de los monopolios no es el mismo mercado mundial de las multinacionales, en la misma medida han cambiado las relaciones mutuas entre Estado y empresas. El mismo capital y sus representantes como tal capital, cada vez deben dar más la cara.

3. La internacionalización del capital y el trabajo

Si por una parte el capital multinacional no se somete a las órdenes del Estado, por la otra, y aparte de lo que podamos considerar sobre ese Estado imperialista, hoy debe enfrentar y establecer nuevas relaciones de trabajo, nuevas condiciones de funcionamiento del capital.

La internacionalización del capital lleva a una mayor división internacional del trabajo. De allí que en el mercado mundial no se trate simplemente de un deterioro de los términos de intercambio en forma clásica (precios bajos de materias primas a cambio de precios altos por los productos manufacturados), sino que ahora hay pro-

ducción manufacturera de los países dependientes, pero que no se dirige a un mercado interior, como en la etapa de “sustitución de importaciones”, sino que ahora produce en función de un mercado mundial y con capital transnacional. Entonces la crisis financiera actual (excedentes de producción y créditos excesivos de la banca mundial) afecta también a las multinacionales en el “exterior” (o sea en los países dependientes). El único sector económico, a nivel mundial, que no está en crisis es la economía de guerra. Es de notar que hasta el ciclo depresivo de 1974-1976 también se había salvado la industria de las computadoras, sistemas, microprocesadoras, informática en fin.

Las deudas impagables del llamado Tercer Mundo y la crisis de control imperialista llevan hasta el borde del abismo a la economía mundial transnacionalizada, ante la posibilidad de un *crack* financiero por deudas impagas y falta de liquidez monetaria, que tienen su origen, por otra parte, en los intereses multinacionales multiplicados, en los propios países dependientes. En 1983 el servicio de la deuda de los 12 países más endeudados representa cerca de 190 mil millones de dólares. Destaquemos que así se pagan solamente intereses sobre los intereses, pero no el capital adeudado.

Si los ciclos, como decía Trotsky, “son fenómenos derivados y no fundamentales de la estructura económica”, es lógico concluir que el ciclo crítico global y prolongado de la economía capitalista es la expresión de la crisis de todo un sistema, y que sólo tiene expresión superficial (es decir en la superficie) en las deudas, la inflación, la iliquidez, la desocupación y la contracción comercial derivada.

La crisis generalizada tiene efectos acumulativos y la prolongación de la crisis con sus saltos espasmódicos desde hace más de diez años, que ponen a tambalear a todo el sistema, aparece sin que los estados imperialistas atinen a ponerse de acuerdo sobre la medicina a utilizar, o incluso entrando en una competencia que trata de sacar provecho propio y de cierta manera inmedatista.

Es de señalar que la empresa multinacional implica una elevada tasa de crecimiento de la productividad. Pero en condiciones de crisis da como resultado: alta producción aunque a un ritmo menor y desempleo, tanto en los países imperialistas como en los dependientes.

Los obreros mantienen su disputa con el capital, pero a diferencia

de lo que sucedió en otras oportunidades, la disputa se da en la fábrica, pero no en la sociedad. No estamos en 1968-1970 y la falta de verdaderas movilizaciones de masas, en forma activa y con sentido clasista en las metrópolis, es evidente. El hecho de que se destaquen las marchas “pacifistas” y “ecologistas” es ya todo un síntoma.

Esta disputa obrera en la fábrica no es producto de una conciencia socialista, sino producto de las transformaciones técnicas y culturales en las nuevas condiciones de producción (del taylorismo-fordismo a las microprocesadoras y el robot), o sea es una lucha por el empleo y el salario, en condiciones de desocupación prolongada en cada sociedad metropolitana.

Relativizando lo anterior es necesario siempre tener en cuenta que la lucha de clases a nivel económico (de la fábrica) es también política, pero no obstante es una lucha dentro del sistema y sin vulnerarlo, sólo en el mejor de los casos por reformarlo. Por el contrario, la lucha de clases a nivel de la sociedad identifica enseguida intereses históricos de la clase, y sus motivaciones pasan a ser de inmediato no sólo políticas en forma explícita, sino también de enfrentamiento al Estado.

El mismo desempleo (y su amplitud) tiene un efecto desmovilizador y hay un aumento de la tasa de explotación. Remontar este primer efecto desmovilizador requiere direcciones políticas y organizar, incluso fuera de las fábricas, la resistencia a las políticas del Estado y de las empresas organizando a los desempleados y a los marginados, presentes siempre en forma congénita al desarrollo urbano-industrial capitalista.

4. La presencia de la URSS y la crisis del “socialismo real”

Por una parte hay un resurgimiento de rivalidades interimperialistas. Ello se puede apreciar en las noticias cotidianas de la prensa. Son rivalidades semejantes a las que llevaron ya en este siglo a dos guerras mundiales. Pero la semejanza es sólo eso, una semejanza. Hay razones de mayor profundidad que hacen que los conflictos se den a niveles muy superiores. Mencionamos solamente: multinacionales que no son controladas por los estados (sus estados sede); división internacional del trabajo que unida a la nueva tecnología industrial agudiza la crisis clásica de sobreproducción; una banca

mundial ligada a las multinacionales que busca aplicar recetas monetaristas (anti-keynesianas) al descontrol catastrófico de las finanzas internacionales; desempleo con inflación sin perspectivas de mejora inmediata (o de muy leve mejoría) a pesar de recetas socialdemócratas (keynesianas) en algunos países europeos. En fin, agudización de las tensiones en cuanto a políticas enfrentadas en la lucha por la nueva hegemonía capitalista.

La presencia de la URSS en estas condiciones se convierte, en el mercado mundial, en la presencia de un antagonista que si bien no es parte de la lucha por una hegemonía en el campo capitalista, sí tiene capacidad de intervención en el mercado mundial, donde precisamente se desenvuelve esta lucha. Las preferencias de la URSS por favorecer (o buscar acuerdos) con Europa están explicitadas claramente. De allí que sobre la base de una política de distensión militar, la URSS pueda conciliar con los europeos (especialmente con los socialdemócratas) y contribuir a debilitar la presencia de Estados Unidos.

Como contrapartida surge la coherencia de la política de Reagan (que es la de un sector importante de la burguesía norteamericana): no puede obligar a las transnacionales a que inviertan en Estados Unidos para que ayuden a darle oxígeno a la economía nacional, entonces se lanza a la militarización. Las multinacionales no están en contra de esta política, pero para ellas la guerra es una perspectiva extrema. Si el Estado puede hacer esto es porque existe también una vocación ideológica en una parte de la burguesía norteamericana con delirios de grandeza, que busca la nueva hegemonía sobre la base de un triunfo militar. Pero como éstos no son los tiempos de la vieja política del “gran garrote” o del “destino manifiesto”, esta política debe basarse en misiles intercontinentales. La alternativa que tiene la administración Reagan — ante la renuencia de las multinacionales — es, en el plano económico, establecer una política abiertamente proteccionista, pero ello está sólo insinuado hasta ahora pues cada medida que se tome afecta a todo el esquema mundial, pues, como ya dijimos, la crisis no es sólo económica sino global.

La paulatina “desnacionalización” o “transnacionalización” de las empresas líderes y la banca mundial atenta contra la recuperación de la hegemonía norteamericana, pero al mismo tiempo son factor que acelera el rearme y el peligro de un holocausto nuclear.

Aquí surge dramáticamente y en escala mundial la vigencia de aquella afirmación marxista de que ninguna clase dominante se va de la historia por su propia voluntad, sino que hay que expulsarla, y eso sólo se consigue con la violencia revolucionaria.

La URSS, por su parte, a pesar de intervenir en el mercado mundial, o paralelamente a ello, también tiene su crisis interior. No puede controlar —aunque aún domina— a su zona de influencia (Polonia) y sólo puede expandirse militarmente (Afghanistan). Los movimientos de liberación (Nicaragua) tienen su propia dinámica, y aun no siendo producto de una acción soviética, la URSS los aprovecha, especialmente en su significado de crearle nuevos problemas al imperialismo.

Las crisis de los partidos comunistas, especialmente desde el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, está marcada por una tendencia (que luego es reforzada por las intervenciones militares en Hungría y Checoslovaquia) que los hace impotentes para presentarse como alternativas de poder en el mundo capitalista. Si a ello se une la crisis de Polonia, de infinita mayor importancia que las anteriores, es posible visualizar la parálisis de esos partidos que los inhabilita para ser un refuerzo eficaz de la política exterior soviética.

En los países dependientes, los partidos comunistas atraviesan crisis que los convierten en minorías permanentes, y desenvuelven no sólo actitudes reformistas puramente mediadoras, sino que hasta incluso colaboracionistas con regímenes militares represivos, cuyo ejemplo más abyecto es el del Partido Comunista de Argentina y su apoyo a Videla. Por otra parte, ¿con qué autoridad pueden hablar de democracia después de Checoslovaquia y Polonia? Para hacerlo deben distanciarse de la URSS (por ejemplo, los eurocomunistas), y esto es ya de por sí otro signo de la crisis en el campo del “socialismo real”

Entonces la URSS sólo puede competir con el imperialismo sobre la base del mantenimiento del mercado mundial y la coexistencia, lo que por cierto no favorece ninguna perspectiva optimista para los movimientos de liberación nacional y social.

El sistema burocrático estatal soviético no ha generado ninguna alternativa, en la vía del socialismo. Es más, la represión agudizada en el caso de Polonia muestra la incompatibilidad del sistema burocrático-estatal con la democracia socialista. El movimiento obrero polaco recorrió, en el campo del “socialismo real”, en una

forma casi clásica, lo que los clásicos del marxismo (Marx, Engels, Lenin) entendieron que era la dinámica de la revolución proletaria socialista. Pero que ahora no se desarrolló en un país capitalista, sino en uno donde la burguesía ha sido expropiada y el Estado es burocrático y represivo.

Dice Mink, al referirse a la rebelión obrera polaca contra las estructuras burocráticas represivas, que “no se trata sobre todo de una competencia por el poder, ya que se sabe que la competencia por el poder entraña inevitablemente represión, y que si aquella llega a resultados reales, es decir a la toma del poder, ello conducirá a la intervención soviética”. Por ello distingue dos lógicas paralelas pero distintas en las luchas obreras polacas: una positiva (o positivista) y otra romántica. “La lógica positivista consiste en crear organizaciones de autodefensa en el interior”, ya que el problema consiste en saber qué se puede hacer en un sistema “totalitario sin provocar la represión”. La estrategia consiste, entonces, en buscar reformas dentro del sistema mismo.

La lógica “romántica” de la lucha de clases deriva a formas insurreccionales, que Mink califica de “todo o nada”. Esto implica organización clandestina, profundizar las contradicciones con el régimen dentro de los límites autorizados, para derivar a una defensa y ejercicio de la democracia socialista de base. La revolución política antiburocrática rápidamente se pone a la orden del día.

Si el proceso polaco recién empieza en sus fases agudas, hay que reconocer que los obreros han sabido combinar dosis adecuadas de “positivismo” y de “romanticismo” (negociación dentro de la ley y preparación de la revolución política), pero a partir de este comienzo no solucionado aún por la burocracia soviética, Polonia continúa presente como ejemplo a seguir para otros países del Este europeo (Hungría, RDA). De ahí que la URSS sólo ha tenido un éxito parcial al frenar el proceso polaco. Su contagio a los otros países seguramente también se dará en una mezcla de positivismo y romanticismo para luchar por una auténtica democracia socialista integral.

A nivel mundial, la crisis interna en el bloque del “socialismo real” tiene su expresión en el mantenimiento de concepciones stalinistas no superadas ni siquiera por los eurocomunistas: Socialismo en un solo país, abandono de los movimientos de liberación o no promoción de los mismos excepto cuando triunfen por sí mismos, y revo-

lución por etapas; lo que no sólo muestra la incapacidad de la burocracia soviética (y de los partidos comunistas) para ubicarse en las nuevas coyunturas internacionales, sino que además garantizan al capitalismo que la URSS no los molestará en poner orden en su casa. Las tensiones se instalan dentro del sistema y no en la perspectiva revolucionaria.

Si la alternativa es una mayor rebelión en Europa Oriental y crisis de las burocracias, lo que también trará una mayor incidencia de la URSS en las relaciones con las burguesías imperialistas, para el mundo dependiente significa que en el conflicto Norte-Sur deberán actuar con débiles aliados potenciales, aunque como ya se sabe una vez desencadenada una acción político-social, hay inevitablemente realineamientos.

Si bien los conflictos Norte-Sur y Este-Oeste no pueden ser totalmente separados uno de otro, las respectivas crisis de cada bloque hacen que la interdependencia se afloje. Los países dependientes deberán encontrar sus propias respuestas al desafío de la crisis de hegemonía en el mundo capitalista metropolitano.

Por otra parte, dentro de la misma Unión Soviética y de los países del Este europeo, de economía centralmente planificada, el mantenimiento del salariado y la organización del trabajo de acuerdo a normas capitalistas se expresa en la adopción temprana del taylorismo, ya no como métodos de racionalización del trabajo a aprovechar en lo que llaman "la organización científica" del trabajo, sino también en el intento de una superación de aquel taylorismo.

Si el taylorismo descalificaba al trabajo humano y tendía a disminuir la capacidad de resistencia obrera, los soviéticos pretenden ahora haber superado esa etapa, cuando lo único que han hecho es incorporar el fordismo (trabajo en cadena), que ellos denominan taylorismo "de nuevo tipo". No obstante en la URSS el problema esencial de un buen funcionamiento taylorista-fordista (ultradivisión del trabajo más trabajo en cadena) es la irregularidad en el abastecimiento, tanto de materia prima como de repuestos, como lo demuestra el grupo de estudios Urgense.

En la URSS no hay "disciplina producto de la desocupación", ya que ésta no existe. Sólo subocupación en las propias fábricas. Pero los obreros tienen gran poder de negociación, lo que hace "difícil la sumisión del trabajo"

La introducción del fordismo en la URSS crea una modificación del mercado interno pues “los bienes de consumo durable están en el corazón del fordismo”, y para mantener un poder de compra en el mercado interno, la administración debe elevar los salarios.

O sea que, si una de las características del taylorismo-fordismo en la URSS, según Urgense, es su arritmia como consecuencia de su irregular abastecimiento de materias primas y repuestos, sumados a los cortes de electricidad, etc., que detienen la cadena, por otro lado han producido un mercado interno diversificado con productos durables (heladeras, estufas, etc., sin llegar aún al automóvil como consumo de masas) y como su consecuencia aumento de salarios para garantizar el poder de compra.

En tales condiciones se mantiene en esas economías planificadas centralmente la no existencia de crisis económicas y la ausencia de desocupación. La otra cara de la moneda es que la introducción del fordismo tiende a eliminar aquel salario atenuador de las diferencias sociales, y por el contrario introduce un salario que adquiere dimensiones semejantes a las del salariado capitalista. Entonces, si bien ideológicamente “las economías planificadas centrales no pueden reconocer oficialmente el abandono del pleno empleo y la introducción de una forma de disciplina capitalista del trabajo por medio de la desocupación”, como afirma Urgense, lo cierto es que al convertir por ejemplo a Hungría en un verdadero campo de experimentación en dirección al fordismo, se introducen mayores elementos potenciales de crisis dentro del conjunto de países del “socialismo real”. Porque, como dice Claude Durand muy acertadamente, “la crisis del taylorismo es a la vez la crisis de una cierta concepción de la utilización de la mano de obra y una crisis del sistema de autoridad. Conciérne tanto a la explotación económica de los trabajadores como a la concepción de las relaciones sociales de producción. En este sentido desborda la empresa y tiene un alcance social general”. Por ello, si la URSS pudo estar al margen y no ser afectada por la crisis de 1930, ahora las condiciones han cambiado y las contradicciones del Estado soviético y demás países del “socialismo real” se muestran cada vez más como parte de un mundo integrado, no sólo por el mercado mundial, sino tanto por la crisis de ese mercado como por la crisis global que trasciende lo económico y se proyecta a lo político-social. Hungría, por ejemplo, adhirió en mayo de

1982 al FMI y en ese país ya se habla de recesión y “crecimiento cero”; además, aparece la desocupación ya sin disfraz, al cerrarse empresas no rentables. Hay aumento de precios de artículos de consumo, deterioro de los términos de intercambio, devaluación monetaria de un 11 % y desocupación. Una vez más se demuestra que el socialismo como proyecto y la economía de mercado son incompatibles (datos de *Le Monde Diplomatique*, París, junio de 1983).

Por último, es conveniente puntualizar que nuestro planteo no sólo es la antítesis, sino que tendencialmente es totalmente divergente del de aquellos que plantean la existencia del modo de producción estatal para la URSS. Ni la URSS inventó un nuevo modo de producción basado en la política, como pretende Henri Lefebvre, ni hay un acercamiento entre el modelo estatal de la URSS y el de Estados Unidos. Diferencias estructurales los separan.

Este supuesto modo de producción estatal, basado en el Estado y la política y no en lo económico (o sea que no define nuevas o distintas relaciones sociales de producción), tiene una tríada esencial: burocratas, tecnócratas y militares. Así, la tendencia será, para Lefebvre, que los estados absorben la economía y lo político es lo determinante y decisivo (el carácter represivo del Estado). Por nuestra parte (y sin entrar a discutir aquí el carácter social de la URSS), no podemos aceptar que de lo que se trata es que nuevas clases medias se han apoderado del poder y de los estados (comprendido aquí Estados Unidos). Por el contrario, la economía muestra su poder, incluso en la forma de utilizar las formas políticas estatales y las “clases medias”.

5. Los países dependientes y la crisis mundial global (con énfasis en América Latina)

La CEPAL señala en su último informe publicado en enero de 1983, doce aspectos de cómo se manifiesta la crisis en América Latina. Resumamos al extremo los datos correspondientes a 1982: el Producto Bruto total de América Latina cayó 1 %, cosa que no sucedía desde hace 40 años; el producto por habitante cayó aún más, 3 %, teniendo en cuenta el crecimiento de la población, o sea hay una caída del poder adquisitivo del salario; mayor deterioro en los términos del intercambio, lo que redujo el ingreso total (excepto en países exporta-

dores de petróleo) a los índices más bajos de los últimos 50 años; alta desocupación urbana y pérdida de dinamismo económico; devaluaciones monetarias y altas tasas de inflación; el aumento de los precios al consumidor fue del 45 % (ponderada por la población fue del 80 %), que es la tasa más alta de la historia latinoamericana; el comercio exterior cerró con déficit sin precedentes de 14 mil millones de dólares de pérdidas en las reservas de oro y divisas; el pago de intereses y utilidades del capital extranjero marcó otro récord, ya que ascendieron a 34 mil millones de dólares (lo que significa que en los dos últimos años creció un 100 %); la fuerte remesa de divisas al exterior no se compensó con nuevos ingresos, que si en 1981 fueron de 42 mil millones de dólares, en 1982 fueron sólo de 19.2 mil millones de dólares; la deuda externa global ascendió a 274 mil millones de dólares; hubo una disminución neta del valor de las exportaciones, etcétera.

Como se puede apreciar, son todos indicadores críticos, pero todos sumados no son de por sí el factor de la crisis mundial, sino un síntoma. Queremos enfatizar que la crisis no es producto del mundo dependiente, cuyas burguesías no supieron administrar bien, sino que la crisis tiene origen metropolitano con repercusiones en todo el mundo. Tomemos un ejemplo. Mucho se habla de la tremenda deuda pública de América Latina y especialmente de algunos estados como México, Brasil, Argentina. La CEPAL afirma que toda la deuda exterior de América Latina es de 274 mil millones de dólares. Pues bien, la sola deuda de Estados Unidos sobrepasa los 200 mil millones de dólares, y se prevé que en este año 1983 llegará por lo menos a 300 mil millones de dólares. Podemos decir entonces que hay una relación "normal" de la deuda, sin que por ello se justifique el latrocinio perpetrado en sus propios países por las burguesías latinoamericanas y sus socios transnacionales. Lo anormal es la crisis global del sistema en que está insertada la deuda. Y no hay ni una sola burguesía latinoamericana, por más revolucionaria que se proclame, que busque soluciones fuera del marco del imperialismo y las transnacionales. En este sentido los reclamos de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) no son ni más ni menos que darse el mezquino objetivo de volver atrás a la historia, tratando de reinstalar, mundialmente, un neo-keynesianismo, que obviamente es asumido como receta interna al sistema, para su salvación y para volver

a probar, en un círculo vicioso, otra vez alternativas populistas y desarrollistas.

Como el sistema capitalista debe crecer o morir, así también deben crecer los números rojos en los papeles de los estados latinoamericanos. Pero todos saben que éstas son deudas que sólo parcialmente se pueden pagar. El resto queda como anclaje para el chantaje y el sometimiento. Y no hay burguesía que luche contra esto, sino que sus límites de acción están en la negociación y nuevas concesiones. La espiral del funcionamiento del mercado y las inversiones crece y se amplía, pero el circuito lleva siempre alternativamente a riquezas relativas y aumento de la tasa de explotación del trabajo y de la explotación nacional.

En el caso de México se suma al hecho real y cierto del impacto de la crisis mundial y el saqueo de capitales en divisas al exterior, los hechos traumáticos de la nacionalización bancaria, las devaluaciones de la moneda y el control de cambios. No obstante todos estos hechos son magnificados tanto por los empresarios como por el Estado para obtener nuevas ventajas sobre un movimiento obrero y popular, atado a las burocracias sindicales, que como grupo de presión sólo hacen declaraciones verbalistas pidiendo cordura pero sin poner en cuestión ni en peligro el libre accionar del Estado, tan responsable antes como ahora por permitir el supernegociado empresario, que especula con la desocupación y la inflación, para mejorar las condiciones para la reproducción del capital. Si la triple relación Estado-sindicatos-empresarios es ya tradición en el llamado sistema de economía mixta de la “revolución mexicana”, en condiciones de crisis, y ante una burocracia sindical que actúa como apéndice estatal, la única alternativa es que el Estado y los empresarios conseguirán mejorar las condiciones de funcionamiento de las empresas capitalistas a no ser que estallen movimientos de masas incontrolables.

El tipo keynesiano de Estado existente en México desde Cárdenas entra en una crisis que es parte de la crisis más general y su eventual permanencia depende ya de factores ajenos al propio Estado, por ejemplo el desenvolvimiento de la crisis mundial misma por un lado, y la capacidad (o no) del movimiento obrero y de la izquierda para cuestionar las bases de la forma de desarrollo de economía “mixta”, es decir de superar el modelo casi agotado y vacilante del Estado keynesiano o neo-keynesiano.

6. La opción socialdemócrata: raíz y esencia de su pretendida originalidad

Como producto tanto de las nuevas condiciones de funcionamiento del mundo a partir de la segunda guerra mundial, como mucho más recientemente la crisis de autoridad soviética y de los partidos comunistas, la socialdemocracia ha experimentado un crecimiento que no era posible prever hace varias décadas. No sólo se reconstituyó, sino que pasó a ser casi dominante en la política europea (y dominante en la izquierda). A partir de ahí busca intervenir en América Latina de una manera más novedosa, aunque también contradictoria. Para ello ha debido cambiar sus consignas puramente anticomunistas y anticastristas de antaño, apoyando a movimientos revolucionarios como en Nicaragua y El Salvador. Lo mismo en relación a los países del cono sur y Brasil; por otra parte, es significativo de qué manera se siente identificada con el régimen mexicano.

Este cambio de la política de la Internacional Socialista es aprobado en el Congreso que realiza en 1976 en Ginebra. Las elecciones europeas favorecen el protagonismo socialdemócrata en la crisis actual.

A partir de la crisis de 1930, se fue configurando lo que se llamó el Estado keynesiano, tanto en Europa como en Estados Unidos, cuando se implementó el *New Deal* de Roosevelt. El Estado liberal-conservador quedaba para la historia y si la burguesía se hizo reformista desde el Estado, la socialdemocracia encontró que podía competir en ese terreno, o sea institucionalizar su reformismo (por otra parte de vieja data) en y desde el poder. Esto no vulneraba los principios generales del socialismo reformista, sólo que ahora sus opciones de ser gobierno se ampliaron. A ello ayudó la crisis burguesa alimentada por las consecuencias de la primera guerra mundial y la posguerra. Si Suecia fue socialdemócrata desde 1932 (cuando en Estados Unidos Roosevelt gana las elecciones por primera vez), en la actualidad hay una larga experiencia de política reformista socialdemócrata en el poder.

El Estado social, o *Welfare State*, es el Estado de la democracia social sobre el que ya hemos escrito anteriormente: se trata del Estado keynesiano. Con Mandel podríamos decir, simplifícadamente, que la crisis actual es un ataque al Estado keynesiano para volver a for-

mas autoritarias de poder. El Estado social o keynesiano daba prioridad al mantenimiento del empleo; el nuevo esquema autoritario simbolizado en la economía por el nuevo monetarismo de la escuela de Chicago da prioridad a la lucha contra la inflación. Si en América Latina hay ejemplos claros de ambos extremos (keynesianismos expresados en populismos desarrollistas del tipo Cárdenas, Perón, etc., y monetarismo como en los casos de las dictaduras del cono sur en la actualidad), también hay situaciones híbridas, y una de ellas es la que expresa la política del Estado mexicano en la crisis mundial actual.

Dicen Buci Glucksman-Therborn que el “keynesianismo ha coincidido con el fordismo y el desarrollo de una nueva composición de la clase obrera”. Y la socialdemocracia europea encontró en la revolución keynesiana de la posguerra “su base ideológica y su praxis experimental”. Para ello implementó una forma diferente de “administración de la economía capitalista”. Si bien todo esto es muy correcto, no lo es cuando estos autores sostienen en forma equivocada que esta nueva situación del Estado “exige una ruptura histórica y teórica interna en el marxismo, ya que trastoca sus análisis originales”. Y decimos que se equivocan pues, al contrario de lo que ellos afirman, no hay una transformación cualitativa del Estado (en cuyo caso se trataría de un Estado no-capitalista), sino que se trata del mismo Estado capitalista funcionando distinto: su forma ha cambiado, no su esencia.

Ya Otto Bauer en los años treinta y a partir de la experiencia del socialismo austro-húngaro desarrolló una estrategia más compleja, que Antonio Moscato sintetiza diciendo que se “centra en el problema de la conquista de algunos medios y de la política de alianzas”. Así, Bauer acepta que allí donde la burguesía opone su violencia al proletariado, quizá sea necesaria la fuerza obrera para imponerse. Pero en Austria (caso temprano de democracia social o Estado Keynesiano, al igual que Suecia) sólo es necesaria la “violencia defensiva” y la clase obrera “se apropiará del poder dentro de pocos años por medios legales de la misma democracia”

Quien se ha apropiado del poder ha sido la socialdemocracia pero no para hacer una política obrera (excepto en sus límites reformistas), sino para administrar al capitalismo mejor que la burguesía. Dicen Buci Glucksman-Therborn: “Verdaderos partidos keyne-

sianos, enraizados en la gestión estatal, los partidos socialdemócratas devienen cada vez más clientelistas, corporatistas, interclasistas, tecnocráticos”.

Y ese Estado keynesiano quizá no habría podido desarrollarse —afirman esos autores— “sin la *pax americana*, el desarrollo de un sistema monetario internacional apoyado en el dólar y haciendo posible la acumulación internacional”. O sea que este tipo de Estado pudo surgir como consecuencia de la hegemonía de Estados Unidos que garantizaba un cierto “orden internacional”. Pero esto se acabó hace más de diez años y la crisis mundial es también la crisis de un modelo de Estado capitalista. Ese reformismo masivo que pudieron implementar los gobiernos socialdemócratas se trueca ahora y deben administrar estados con fuerte desocupación, inflación y crisis de mercados, lo que es alimento de convulsiones sociales.

Consecuentes con sus planteos eurocomunistas estos autores llegan a plantear que en tanto ese Estado keynesiano exista, los análisis economicistas y catastróficos de Lenin deben ser revisados. Aclaremos que para ellos catastrofismo es sinónimo de revolución, y entonces lo que están postulando es lo mismo que ya dijo Otto Bauer en forma más completa hace ya muchos años.

Por ello, vaciando de contenido un concepto de Gramsci (a quien hacen aparecer como un eurocomunista *avant la lettre*), el concepto de “revolución pasiva” que en el autor italiano era casi coincidente con el concepto de reformismo de Lenin en tanto y cuanto ambos se refieren a la posibilidad de una amplia política reformista desde el Estado, tratan de darle a ese concepto un contenido de “nueva teoría”. La revolución puede ser violenta (catastrófica) pero dada la preeminencia del Estado keynesiano (o de democracia social) esa revolución puede ser “pasiva”

Para Gramsci la cosa está expresada claramente y dentro de límites precisos: “El concepto de revolución pasiva me parece válido no solamente para Italia, sino para todos los países que *modernizan el Estado a través de una serie de reformas* y de guerras nacionales sin pasar por una revolución política de tipo radical-jacobina”. ¿Es que este concepto de Gramsci, muy claramente expresado, puede ser instrumentalizado como sustituto de la necesidad de la revolución socialista? Lo que sucede es que la diferencia entre socialdemocracia y eurocomunismo, en lo esencial y aparte de detalles secundarios,

consiste solamente en que los socialdemócratas han sido y son gobierno en muchos países europeos y los eurocomunistas en cambio han entrado en crisis, sin poder convertirse en alternativa de poder.

Consecuentemente estos autores rechazan el “modelo de revolución política jacobina-radical”, que ha sido “retomada por la revolución rusa y las diferentes teorizaciones de la revolución permanente”. Por ello —dicen— la estrategia de hegemonía intenta recomponer la unidad revolucionaria de las masas en lo “nacional-popular”.

El Estado capitalista sufre una revolución modificadora pasiva “por arriba”, lo que no sólo configura al Estado keynesiano, sino a los “estados de compromiso nacional popular (populistas)”. El Estado no es entonces el Estado de la clase dominante “sino que en ciertas condiciones un Estado se constituye y se desarrolla a partir de una alianza, de un ‘compromiso’, más o menos histórico”. El Estado es entendido entonces como “compromiso histórico”, o sea el Estado neutro, sobre todo si el gobierno es socialdemócrata, ya que hasta ahora los intentos del Partido Comunista italiano no tienen resultados a la vista.

En las condiciones económicas de la crisis actual el Estado keynesiano ha sufrido su principal derrota en Estados Unidos. Pero la pelea sigue a nivel internacional y en Europa no hay nada decisivo, a pesar de algunos triunfos de la socialdemocracia entre 1981-1982. La socialdemocracia europea se ha volcado al mundo dependiente y busca en América Latina construir alternativas diferentes a las auspiciadas por Estados Unidos o la URSS. Hay aquí dos grandes líneas cruzadas: crisis de los partidos comunistas como consecuencia, entre otras razones, de su servil política pro-soviética; y nueva toma de posición socialdemócrata, que abandona como concepción central el anticomunismo para apoyar a los movimientos nacional-populares.

Si los partidos comunistas en crisis han dejado un amplio campo de acción a la socialdemocracia, el fracaso de otros populismos de tinte nacionalista también los ayuda en ese sentido. Pero en tanto socialdemocracia se identifica con los estados de democracia social (keynesianos), su base está establecida en cierto funcionamiento del capitalismo: taylorismo, fordismo, producción en masa, alta (o no deprimida) capacidad de consumo masivo, plena ocupación (o muy escasa desocupación), etc. Para ello deben proponer opciones en

América Latina, y la socialdemocracia se desgarrar, pues como la crisis no es sólo económica entran en juego todos los factores. Y tanto puede ser socialdemócrata Monge de Costa Rica, aliado a Estados Unidos, como Ungo del FDR de El Salvador. La política internacional socialdemócrata atraviesa un momento crucial de definiciones y ellas tienen incidencia en los países latinoamericanos, donde la crisis de dirección revolucionaria puede hacer volver la vista a una opción reformista matizada y altamente promocionada.

No obstante, en cualquier circunstancia es necesario tener en cuenta que el reformismo (viejo o nuevo) no aspira a derrocar al modo de producción capitalista, sino que sólo pretende su reforma: un funcionamiento más armónico del orden social actual. Por eso se han convertido en promotores y guardianes de las actuales formas de Estado, aspirando a garantizar las libertades democráticas, con lo cual se terminan sus objetivos reformistas frente al Estado, y al mismo tiempo garantizan la supervivencia del capital. O sea que actúan como los mediadores sociales en aras del sistema. Pero el problema estriba en que más mediaciones implican reciprocidad de mediaciones y la clase obrera y los pueblos explotados no son entes pasivos, sólo receptivos. La dialéctica de la mediación-contramediación puede deparar sorpresas inesperadas.

7. Post-scriptum

En los meses de mayo y junio hubo dos reuniones internacionales: la primera en Williamsburg, donde estuvieron los 7 países industrializados, y la segunda en Belgrado, donde funcionó la VI UNCTAD. El fracaso de ambas en sus intentos por solucionar la crisis es significativo. No obstante se ha generado una discusión —aún vigente— donde altos funcionarios económicos y políticos se contradicen.

La polémica sobre la “recuperación” de las economías metropolitanas es uno de los puntos: a la euforia de la administración norteamericana se contraponen economistas (algunos en puestos de gobierno) que relativizan la misma, y para ello se basan en datos sobre el mantenimiento de la desocupación, la crisis sostenida del mercado de materias primas cuyos precios son los más bajos desde hace 30 años; la crisis de sobreproducción, que tiene que ver con las excelentes condiciones climáticas después de 1977 que hace que el *stock* ac-

tual incidirá por 2 o 3 años para impedir una recuperación importante; la discusión sobre las tasas de crecimiento en el primer semestre de 1983 que si fueron de alrededor del 4 % en Estados Unidos, son también las más bajas que se obtienen después de una recesión en lo que va del siglo, y que siempre se situaron entre un 7 u 8 % ; la vigencia de una austeridad autoimpuesta, que si muestra una leve baja en los costos de producción, ello se debe a la alta cifra de desocupados y a la baja en el precio del petróleo; y así se puede seguir sumando argumentos. No obstante, hay un punto donde todos reconocen un éxito: la tasa de inflación bajó en Estados Unidos. El FMI, más cauto, si bien sigue a los propagandistas de la administración Reagan, sólo admite la posibilidad de un crecimiento de un 1.5 % en 1983 sobre el año anterior para los países industrializados. No obstante, se trata de un crecimiento relativo, ya que entre 1960 y 1980 (con un leve ascenso sólo entre 1965-1970) hubo una caída global de la tasa de rentabilidad de la industria manufacturera en los países industrializados: Estados Unidos, del 17 al 12 % ; Alemania del 13 al 8 % ; Francia, del 19 al 12 % ; Gran Bretaña, del 12 al 4 % ; y Japón del 33 al 14 % .

El crecimiento notable de Japón se muestra si vemos el crecimiento del Producto Nacional Bruto (PNB), que lo lleva a desplazar a todos los competidores, menos a Estados Unidos. Asimismo, se debe destacar que la suma de los otros países industrializados ya supera a Estados Unidos, cosa también inédita.

Si el desempleo en Estados Unidos se mantiene, como un costo social elevado para salir de la crisis, no es diferente en los países de la CEE, que para diciembre de 1982 tenían 12 millones de desocupados (10.8 % de la población activa total) y donde sólo en Francia hay una tendencia a frenar el aumento mientras que los demás no tienen perspectiva de poder realizarlo.

El enfrentamiento en Williamsburg fue entre socios metropolitanos y Francia no consiguió que se tratara de una nueva política monetaria, a lo que siguió una fuerte devaluación del franco. En la VI UNCTAD el enfrentamiento fue entre países industrializados y países dependientes (el Grupo de los 77). El choque allí fue frontal y hubo un fracaso completo en los intentos de arreglar la deuda, que asciende a 700 mil millones de dólares. Estados Unidos se mantiene en el planteo de que su propio éxito particular en salir de la crisis ejercerá

a posteriori un efecto benéfico para la economía mundial. Mientras tanto, los países pobres tienen que esperar y aguantar..., incluso el aumento de las tasas de interés. El fracaso de las negociaciones Norte-Sur mantiene en toda su vigencia la recesión comercial y la no solución de la crisis financiera con las grandes deudas de los países dependientes.

Hay que tener en cuenta que Estados Unidos exporta a los países dependientes el 40 % de sus exportaciones y cosa parecida sucede con los demás industrializados. No obstante, y como producto de la crisis en los países receptores, hay caída de la demanda y baja absoluta del comercio de importación, lo que fomenta la desocupación de las propias metrópolis. El caso de México es un buen ejemplo: en el primer semestre de 1983 tiene un gran superávit de 6,500 millones de dólares en su balanza comercial, sobre la base de reducir drásticamente las importaciones (que más del 40 % afecta directamente a los exportadores norteamericanos). Si bien México "controla" su crisis, la misma situación se da en otros países; por ejemplo Argentina, que sin controlarla y debido al mismo mecanismo de reducir importaciones tiene una balanza comercial favorable de 1,800 millones de dólares en el primer semestre.

En resumen, y para terminar, es necesario tener en cuenta que el objetivo del capitalismo no es la producción sino la ganancia. Mientras ésta se mantenga y no haya "peligro social", el sistema funciona satisfactoriamente. Esa ganancia incluso crece en la crisis (las multinacionales del petróleo), pero entonces el "riesgo social" pasa a tener una gran importancia. Dos siglos de industrialización capitalista no han podido solucionar los problemas de abastecimiento y crecimiento sin sobresaltos mayores. La crisis muestra que cada vez es menos reproducible el pasado. Inseguridad e insatisfacción se multiplican aún en la población "ocupada". El mercado mundial no consigue reintegrarse y la competitividad aumenta a ritmo más acelerado que la recuperación, aun cuando las direcciones metropolitanas continúan controlando el proceso.

El artículo ya tiene año y medio de haber sido escrito. Podemos aprovechar esta nueva publicación por un lado para confrontarlo con la realidad de los hechos, y por el otro para complementarlo con algunas referencias actuales. En esta nota sólo nos dedicaremos a lo segundo, ya que nada esencial de lo primero nos hace cambiar de posición. Dejaremos por lo tanto de lado las consideraciones sobre la crisis social y política y nos referiremos a algunos aspectos económicos de la crisis.

1. En la segunda mitad de 1983 y la primera mitad de 1984 ha habido una cierta recuperación de la economía norteamericana. La propaganda metropolitana así lo destaca. No obstante dicha recuperación es muy relativa y más bien confirma la debilidad del sistema que su fortaleza. Anotemos algunos hechos:

a) Los sectores indicativos de la salud de la economía norteamericana han sido los del automóvil y la construcción. Si en 1981 se producía unos 7 millones de automóviles por año, en 1982 (año más bajo de la producción) ésta cayó a 4,5 millones de unidades. En 1984 hay un aumento del 25 %, lo que lleva la cifra a alrededor de 6 millones, según la estimación oficial. Es decir, recuperación sí, pero aún no al nivel de 1981. La construcción por su parte mejoró más, pero sólo recién está alcanzando los niveles de 1981. Esto deberá, por lo tanto, conjugarse con otros indicadores.

b) La producción industrial creció 13 % en 1983 y un promedio anual del 14 % en el primer semestre de 1984. Esto sucedió, en primer lugar, por el aumento en los gastos militares (hasta picanas eléctricas exporta Estados Unidos, considerados por ellos como instrumentos normales de uso policial). El déficit presupuestario anual sube a unos 200 mil millones de dólares. Esta es la inyección para el sector militar de la economía, lo que redundará en aquellos índices positivos. Su contrapartida son los índices negativos del presupuesto, elemento que indica la vulnerabilidad de la empresa productiva y su creciente dependencia del Estado.

c) La tasa inflacionaria en los Estados Unidos bajó en 1983 a un 5.5 % y en 1984 es de alrededor de un 4.5 %. Esto es tomado como

uno de los grandes éxitos de la "reaganomics". Pero en 1960 era del 2 % , o sea que se atenuó la inflación, pero aún no fue derrotada. Es más, se puede prever que la tendencia antinflacionaria ya está tocando techo.

d) La tasa de ganancia en los Estados Unidos aumenta y al mismo tiempo aumentan los pobres. En 1984 los salarios aumentaron 3.5 % , pero los precios de los artículos básicos lo hicieron en un 5 % . Es decir, una baja del salario real. A ello se une la desocupación no controlada, ya que si bajó en porcentaje no disminuye en cantidad de personas. La desocupación en todos los países imperialistas era, en su conjunto, de unos 10 millones hacia 1970; ahora tiene unos 35 millones y su número sigue aumentando inexorablemente. Las nuevas tecnologías son parte contradictoria de este fenómeno, ya que son imprescindibles para ser competitivos pero al mismo tiempo aumentan la desocupación. La reciente huelga de la General Motors en los Estados Unidos se produjo porque la empresa despidió a más de 30 mil trabajadores ya que las innovaciones tecnológicas y la relocalización de la producción los hacían superfluos.

e) El déficit de la balanza comercial en los Estados Unidos sigue en ascenso: en 1980 fue de 25 mil millones de dólares; en 1982 fue de 36 mil millones. Pero en 1983 fue de 61 mil millones de dólares y en 1984 ya serán más de 100 mil millones. Los datos de 1984 muestran la siguiente evolución según el Departamento de Comercio: Segundo trimestre fueron 25 mil 700 millones de dólares; tercer trimestre fueron de 33 mil 300 millones de dólares; o sea, que en nueve meses de 1984 fue aumentando a un ritmo anual de 113 mil 200 millones de dólares, casi a un ritmo doble que en 1983.

f) La exportación de manufacturas de los Estados Unidos a los países dependientes bajó de 61.5 mil millones de dólares en 1981 a 45.3 mil millones de dólares en 1983. Más aún, hacia América Latina la caída entre esos dos años fue de 31.5 mil millones a 16.9 mil millones de dólares. Por otra parte las importaciones de los Estados Unidos de bienes manufacturados ha aumentado de 42.5 mil millones de dólares en 1973 a 124 mil millones de dólares en 1980; 145 mil millones en 1982 y 163 mil millones de dólares en 1983, poniendo en evidencia una precariedad en la autosuficiencia que se expresa en los déficits (comercial y presupuestario) y la necesidad del proteccionismo.

g) La agricultura en Estados Unidos pasa por una fase crítica, que el *Financial Times* de Londres estima que puede arrasar con el 10 % de los agricultores entre 1984-85. La deuda de los agricultores es la mayor amenaza a aquellos banqueros locales que tienen comprometidas sus carteras con el futuro de esta actividad.

2. La recuperación económica en los Estados Unidos arrastra a la recuperación a los países europeos y a Japón. No obstante, ello es relativo por la sobrevaluación de la moneda (el dólar) y las altas tasas de interés en Estados Unidos (la *prime rate*). Las tasas llegaron en 1984 al 13 % anual y ahora (noviembre de 1984) han bajado al 11.75 % . De todas maneras son tasas usurarias a las que si le restamos la inflación dejan una tasa de beneficio neta del 7 % . El resultado es que Estados Unidos succiona capitales de todo el mundo. Ello le permite financiar sus déficits, pero al mismo tiempo indica que la recuperación es frágil, malsana, y a costa del resto del mundo. La contradicción es que Estados Unidos debe bajar las tasas en bien del funcionamiento general del sistema, pero al mismo tiempo ello le reportará menos recursos para financiar sus propios déficits.

3. Decíamos en nuestro artículo que uno de los recursos a que podía optar Reagan era el proteccionismo. Apenas insinuado antes, era contradictorio con su ideología monetarista. Pero una cosa es la ideología y otra la realidad. Actualmente el proteccionismo en Estados Unidos, para hacer competitiva su economía, es una amplia realidad. Reagan se ha vuelto en este aspecto, “keynesiano”, a la fuerza. Este proceso es uno de los mayores indicadores de la debilidad estructural, a largo plazo, de la economía norteamericana, pues su estructura productiva deja de ser competitiva y necesita las muletas del proteccionismo como cualquier país “subdesarrollado”, ya que Japón y Europa sí han introducido un alza en la productividad que les permite una tasa de reproducción del capital más alta.

4. La fragilidad del sistema bancario internacional y la incidencia de la deuda de los países dependientes es un hecho esencial. Si tomamos los préstamos de los grandes bancos a los deudores latinoamericanos (sólo a los de América Latina) nos encontramos con que todos ellos han prestado por encima de su propio capital en cantidades enormes: El Manufacturer Hannover lo hizo por encima del 240 % ; el Lloyds por encima del 228 % ; el Midland por encima del 213 % ; el Chase Manhattan por encima del 175 % ; el Citi-

corp por encima del 170 % y siguen en la lista otros 7 bancos que lo hicieron en más del 100 % por encima de su propio capital. La deuda mundial incobrable sigue siendo una bomba de tiempo sujeta al peligro de cualquier detonante social.

5. Todo ello se une al hecho de que Estados Unidos no ha producido un recambio tecnológico que le permita competir con sus otros socios metropolitanos. Estos, por el contrario, penetran el mercado interno de Estados Unidos, que debe recurrir al proteccionismo para defenderse. Más aún debe hacerlo para protegerse de productos provenientes de países del Tercer Mundo y ostensiblemente de América Latina (impuestos a productos alimenticios, acero, manufacturas, etc.).

Estados Unidos ha exportado la inflación al resto del mundo y como un boomeran, en tanto la recuperación es sólo parcial, la misma regresará a Estados Unidos.

Las nuevas tecnologías, complementadas con la nueva organización del trabajo, aumentan las ganancias a costa de profundizar la crisis estructural del sistema, ya que el aumento de la extracción de plusvalía no sigue el mismo ritmo y los niveles asimilables de desocupación y crisis están en los límites de lo "aceptable" por la sociedad. De ahí el énfasis militarista de su economía. El capitalismo norteamericano no ha producido ni produce una nueva "revolución" que permita reciclar al trabajo y reproducir en tasas altas al propio capital. La alternativa militarista, por su parte, es una fuga hacia el futuro tratando de ganar tiempo. Reagan habla de la necesidad de preparar "la guerra de las galaxias" después de su reelección y al mismo tiempo avanza hacia otra guerra más cercana en Centroamérica.

6. En relación con los países latinoamericanos la deuda externa sigue siendo el flagelo principal, sin desconocer o minimizar todos los problemas inherentes a las crisis sociales y políticas que están presentes. Veamos primero un ejemplo general de la deuda externa latinoamericana y luego otro ejemplo específico en el caso de México, que sirve como modelo.

a) El financiamiento disponible en América Latina en 1977 era de 8 mil 700 millones de dólares (diferencia entre la afluencia neta de capitales que eran de 17 mil 300 millones y los pagos netos de utilidades e intereses que eran de 8 mil 600 millones). En 1979 se re-

gistra la cifra mayor, de 14 mil 800 millones de dólares. A partir de ahí cae el financiamiento disponible y calculándolo de la misma manera tenemos el siguiente resultado:

Años	Afluencia de capitales	Pagos	Financiamiento negativo
1982	16.600	36.800	—20.200
1983	4.500	34.000	—29.500

(en millones de dólares)

La caída brutal de la afluencia de capitales entre 1982-83, se mantiene en 1984. La desconfianza no es sólo económica. La inestabilidad y la crisis social latinoamericanas están presentes allí.

b) El mecanismo de la deuda externa es un círculo vicioso. Veamos el ejemplo de México, que aplicó políticas que merecen el elogio sin retaceos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y la banca internacional en su conjunto, y que son al mismo tiempo un destacado ejemplo de la aplicación de sus recetas. México tiene una deuda externa de unos 90 mil millones de dólares (la segunda de América Latina, después de Brasil). El BID calcula que en 1984 México pagará por intereses y amortizaciones unos 20 mil 600 millones de dólares. En años subsiguientes los montos oscilarán alrededor de esa suma. Para 1990 habrá pagado un total de 136 mil 975 millones de dólares. No obstante, de cumplirse el plan de pagos, para esa fecha (1990) México seguirá debiendo 64 mil 886 millones de dólares. El mundo capitalista desarrollado (metropolitano, imperialista) sobrevive sobre la base de una usura brutal que implica el saqueo del Tercer Mundo. A todo esto México consigue convertirse en el modelo elogiado por el FMI, a costa del descenso del nivel de vida de la masa de la población. Entre 1982-84 la participación del salario en el PIB, que en 1976-77 era del 40 por ciento, bajó a ser sólo del 28 por ciento del total, resultado semejante al que impuso la dictadura militar argentina entre 1976-78. Cumplir las metas del FMI lleva implícito la aplicación de este tipo de medidas. La deuda incontrolable (y que los banqueros no quieren cobrar si-

no mantenerla como base de la usura) permite la succión de cientos de miles de millones de dólares al mundo dependiente. El capitalismo en crisis lleva así al límite de la resistencia a todo el mundo y las “recuperaciones” al estilo de los Estados Unidos son la justificación para la riqueza de un pequeño polo de la sociedad y el retroceso y la miseria para el resto del mundo. ¿Hasta cuándo? Ya en Europa algunos sectores del capital se han pronunciado por una condonación global de las deudas del Tercer Mundo. ¿Qué significaría esto, en la hipótesis de que pudiera hacerse? Simplemente que el sistema capitalista aceptara hacer borrón y cuenta nueva para empezar otra vez. Ganarían así un tiempo histórico, pero los centros decisivos del capital no pueden aceptar tal perspectiva. Desde nuestra propia perspectiva surgiría una pregunta distinta ¿empezar otra vez qué?, ¿la espiral que llevó a esta crisis?

Autores mencionados en el texto

AMIN, Samir, “Crise, socialisme et nationalisme”, en *La crise, quel crise?*, Máspero, París, 1982.

ARRIGHI, Giovanni, “Une crise d’hégémonie”, en *La crise, quel crise?*, *op. cit.*

BUCI-GLUCKSMAN, Christine y THERBORN, Göran, *Le défi social-démocrate*, Máspero, París, 1981.

CEPAL, “Notas sobre el desarrollo y la economía de América Latina”, en *Servicio de Informaciones de Naciones Unidas-CEPAL*, núm. 373, enero de 1983.

DURAND, Claude, *El trabajo encadenado*, Blume, Madrid, 1979.

LEFEBVRE, Henri, *De l’Etat*, Union Générale d’Editions, París, 1976-78, 4 volúmenes.

LUXEMBURGO, Rosa, *La acumulación del capital*, Tilcara, Buenos Aires, 1963.

MAGDOFF, Harry, *Ensayos sobre el imperialismo*, Nuestro Tiempo, México, 1982.

MANDEL, Ernest, “La recesión generalizada de 1974-76 en la economía capitalista internacional”, en *Revista Críticas de Economía Política*, núm. 3, México, abril-junio 1977.

MANDEL, Ernest, *Marxismo abierto*, Grijalbo, Barcelona, 1982.

MARX, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, (*Grundrisse*), Siglo XXI, México, 1975, 3 vols.

MINK, G., "Le pouvoir d'Etat et le mouvement social en Pologne", en *Revis-
ta Critiques de l'Economie Politique*, núm. 19, París, Abril-junio, 1982.

MOSCATO, Antonio, Introducción, en Roman Rosdolsky, *Socialdemocra-
zia e tattica rivoluzionaria. La terza via dell'austromarxismo*, Celuc Libri,
Milán, 1979.

PLA, Alberto J., *El problema del Estado, la democracia social y el populis-
mo*, Escuela de Historia, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1982.

THOMPSON, Edward P., *Miseria de la teoría*, Grijalbo, Barcelona, 1981.

TROTSKY, León, "La curva del desarrollo capitalista", en *Revista Críticas
de Economía Política*, núm. 3, *op. cit.*

URGENSE, "Un taylorisme arrhythmique dans les économies planifiées du
centre", en *Revista Critiques de l'Economie Politique*, núm. 29, *op. cit.*

YAFFE, David S., "La teoría marxista de la crisis, del capital y del Estado",
en *Revista Críticas de Economía Política*, núm. 16-17, México, julio-
diciembre de 1980.

Una recuperación malsana*

Elmar Altvater

La formulación de un proyecto alternativo por parte de los sindicatos depende de la interpretación de la crisis contemporánea, del grado de dificultades que encuentra la aplicación concreta de políticas económicas alternativas, de las tradiciones de los sindicatos de los diversos países en Europa occidental (las tradiciones sindicales en Alemania, por ejemplo, son muy diferentes de las de los sindicatos italianos o los sindicatos suecos, etc.). La formulación de un proyecto alternativo también depende, naturalmente, de las experiencias del obrero, o de los obreros, en los últimos diez años y de la situación del país en el ámbito internacional, en el mercado mundial. En mi opinión, el carácter de la crisis contemporánea es tal que vuelve vano repetir, como en el pasado, la reivindicación de una política de ocupación plena o de una política antinflacionista, o incluso de mejoras sociales para las clases subalternas; como tampoco permite insistir en la necesidad de democracia industrial, de control; es decir, en pocas palabras, de un nuevo modelo de desarrollo económico-social. Todo esto se terminó. Las estructuras de crecimiento económico hoy son cualitativamente diferentes.

Se han producido, por ejemplo, cambios en la ocupación sectorial, cambios en el proceso de producción, las nuevas tecnologías, las nuevas industrias en Europa occidental o en el mercado mundial. También ha cambiado la estructura del capital: el capital por obrero, por ejemplo, e incluso la calidad del trabajo, han cambiado mucho con respecto a los años pasados. La crisis de hoy, la crisis de la economía, es una crisis de calidad y no sólo una crisis de cantidad. Significa una crisis de credibilidad de ciertos entes económicos. Esto

quería decir Joan Robinson cuando hablaba de la crisis como crisis de la economía y de la ciencia económica: ya no se trata, ahora, de la cantidad de trabajo y de ocupación sino de la calidad del trabajo y de la ocupación. Por eso se necesitan nuevas soluciones para esta crisis, que no están en la agenda de la economía política tradicional. Son necesarias una economía política y soluciones políticas cualitativamente diversas de las tradicionales. Gracias al carácter de la crisis, podemos hablar de un fracaso de los proyectos alternativos tradicionales, es decir el keynesianismo o de proyectos llamados de “Keynes Plus”

La crisis se presenta como proceso de reestructuración de gran relieve y alcance para todas las estructuras y actores sociales, ya se trate de los sindicatos como de otras organizaciones de la izquierda. Las luchas de los años setenta fueron la manifestación más alta de lucha de clases en el modelo capitalista denominado keynesiano, sobre la base de una estructura definida principalmente por cuatro puntos:

1) acumulación de capital como proceso privado: es la primera caracterización del viejo modelo que ahora ha llegado al término de su desarrollo;

2) fin de una política de ocupación plena, mediante la intervención del Estado en la economía, aún limitándose —y esto es muy importante— a la esfera de la circulación y no interviniendo en la esfera de la producción;

3) la socialización de los perjuicios del desarrollo a través de las instituciones del Estado social, punto muy conflictivo en los países de Europa occidental;

4) finalmente, y no menos importante, este modelo se define también por la presencia de un portador subjetivo del modelo, es decir las organizaciones de la democracia social, de la socialdemocracia en Alemania y tal vez también del Partido Comunista Italiano y las socialdemocracias de los países escandinavos, etc.

Esta forma de socialización capitalista se presentó como condición preliminar de los éxitos de la conflictualidad de clase en los últimos años; pero este modelo ahora está en crisis.

Un modelo de “relaciones industriales” que fue el marco de la lucha de clases durante una década por lo menos, ahora ya no se sostiene. En este sentido la crisis significa no solamente la ruptura de una tendencia de desarrollo, sino también y sobre todo una ruptura

de las formas precedentes de la lucha de clases: no es una ruptura de los *desarrollos cuantitativos*, sino una ruptura de la *forma cualitativa* de desarrollo y de lucha de clases. Hasta los años setenta, en cambio, cada crisis o recesión, después de la segunda guerra mundial, tuvo sólo un carácter coyuntural.

Las crisis pasadas fueron esencialmente crisis económicas, sin gran relieve para las formas sociales y políticas de la conflictualidad sindical y obrera. Pero ahora la crisis se presenta como “gran crisis”, con consecuencias para todo el tejido social. La crisis es una crisis estructural, una crisis de la forma de acción y de conflictualidad de los trabajadores.

Muchos escritores políticos han destacado en los últimos años este punto que, por lo tanto, no es original, pero sigue siendo igualmente un punto nodal. La crisis de hoy no es solamente una crisis del desarrollo capitalista, sino también una crisis de la forma de este desarrollo social, de las formas políticas de regulación de un modelo capitalista. Esta valoración conduce a una primera consecuencia: las políticas económicas alternativas no se pueden referir sólo a los procesos de desarrollo, entendiendo la crisis como proceso cuantitativo de las variables económicas, (la desocupación, entonces, se combate con más dinero, más gastos, en forma cuantitativa). En cambio, la crisis se presenta ahora como proceso de ruptura de una forma, de un tejido de prácticas sociales. Se trata de la crisis de un modelo, la crisis del keynesianismo, como ya he dicho, la crisis del viejo concepto de trabajo, crisis de las instituciones del mercado mundial, crisis del *Welfare State*.

Por lo tanto no se puede optar por una política alternativa dentro del mismo marco social del pasado, en los últimos diez años. Precisamente éste es el punto que hace muy difícil el desarrollo de un proyecto alternativo que necesariamente debe reflejar también el tejido social y el cambio social.

La crisis es tan grave, que incluso la forma del desarrollo se encuentra en grandísima dificultad. Teóricamente se puede decir que la crisis se presenta, en sentido económico, con dos caras. Se puede describir, en primer lugar, como la separación del crecimiento económico con respecto al crecimiento de la ocupación; y luego, como la separación de la acumulación monetaria con respecto a la acumulación real, del capital productivo. El crecimiento del comercio

mundial en los años pasados, por ejemplo, tuvo tasas de crecimiento de alrededor del 6 por ciento real; pero el crecimiento del sistema de crédito internacional ha tenido tasas de crecimiento de más del 20 por ciento y a veces hasta del 30 por ciento anual.

Por lo tanto, hay una separación de la tasa de crecimiento real con respecto a la tasa de crecimiento del comercio mundial, o también del crecimiento del producto social internacional con respecto a la tasa de crecimiento de la liquidez internacional. Estas dos separaciones —una, la del crecimiento económico y el crecimiento de la ocupación; la otra, la del sistema real y el sistema monetario— son las dos caras de la crisis. La primera separación se expresa como desocupación en los países de capitalismo desarrollado, pero también en los países del capitalismo subdesarrollado; un desocupación que no se reduce paralelamente con la tasa de crecimiento del producto social. La otra separación, la del sistema monetario y el sistema real, se muestra como una tendencia de crisis en el sistema de crédito internacional, especialmente como crisis de endeudamiento de los países del Tercer Mundo.

El carácter estructural de la desocupación es un resultado del cambio del “cuerpo” o del “sistema” económico. Como demuestran varias investigaciones de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), y de investigadores de diversos países de Occidente, la *rentabilidad* del capital encuentra cada vez mayores obstáculos. La tasa de acumulación cae. Pero esto no significa necesariamente que también la cantidad de ganancias caiga de inmediato; al contrario, normalmente la caída de la tasa de ganancia va unida a un crecimiento de las ganancias absolutas. Esto que parece una expresión teórica, en cambio tiene un enorme alcance práctico. En efecto, las ganancias que no son estrictamente necesarias para mantener la tasa de acumulación en el sector productivo, son ganancias que se utilizan cada vez más para inversiones monetarias, para la especulación, para la compra de títulos y valores en lugar de inversiones productivas. Se trata de un cambio en las acciones de los grandes capitales, no sólo en Europa occidental sino también en Estados Unidos. Esta actividad por parte de los empresarios es muy racional, ya que se puede ganar más en el mercado de acciones que con inversiones en la fábrica. Las altísimas tasas de interés son los factores responsables de este cambio de actitud de los capitalistas. Pero la alta

tasa de los intereses, igualmente, se puede explicar como consecuencia de la crisis; son el resultado del intento de reducir las presiones inflacionistas con medidas falsas.

¿Por qué son falsas? Porque *la inflación es una expresión patológica de distorsiones en el sistema económico real y no en el sistema monetario*. Con medidas económicas monetarias se puede combatir la inflación, pero a costa de una agravación de la crisis en otras regiones y con otras expresiones en el cuerpo social y económico. Una de las expresiones de la lucha contra la inflación es el endeudamiento de los países del Tercer Mundo. Entonces, no se puede combatir la inflación con medidas monetarias, sino sólo con cambios en el proceso productivo, y esto no ha ocurrido hasta ahora. *La reducción de la tasa de inflación en algunos países capitalistas no es más que un signo del desplazamiento de la inflación a otras regiones del mundo, a otras esferas económicas, sin encontrar una solución para las causas centrales de la inflación*. En este marco, es muy importante la situación en el mercado mundial. La lucha contra la inflación es un intento de desplazar los problemas del sistema monetario a otras regiones del mundo.

Precisamente en este marco se produce un crecimiento de la liquidez del sistema de crédito, del sistema bancario internacional; un crecimiento de liquidez internacional que se puede describir como una explosión de liquidez. Este año, los mercados internacionales de crédito tienen una amplitud superior a los dos billones (dos millones de millones) de dólares: ésta es una expresión de la separación entre el sistema monetario y el sistema real y productivo. La liquidez del sistema bancario facilitaba el endeudamiento de los países en vías de industrialización, especialmente de los países del Este (algunos países del Este) y de los países del Tercer Mundo (especialmente de los países latinoamericanos), como ahora se sabe muy bien. Existirían dos condiciones preliminares para el pago de las deudas internacionales. Primero, que los Estados de los países en vías de desarrollo reduzcan las inversiones que no dan ganancias, como las que sirven para el financiamiento continuo de guerras. Segunda condición preliminar muy importante: se debe realizar siempre una balanza comercial activa. Todo esto, sin embargo, es sólo posible cuando el mercado mundial se encuentra en una situación de expansión, mientras que ahora el mercado mundial es un mercado estancado.

Dos son las causas del estancamiento del mercado mundial:

a) Ante todo, el papel de las grandes multinacionales. Su comercio cubre casi el 80 por ciento del comercio internacional, de *todo* el comercio internacional; y si casi el 80 por ciento del comercio internacional es desarrollado por las grandes corporaciones multinacionales privadas, un buen 40 por ciento del comercio mundial no es más que el comercio entre las filiales de las grandes multinacionales. Cuando hablamos del mercado mundial, entonces, debemos saber que el comercio mundial es fundamentalmente un comercio en el interior de las grandes multinacionales, controlado por la administración (*management*) de las grandes corporaciones internacionales. Este es un punto muy grave y serio para todos los países del Tercer Mundo que son dependientes; es decir, que dependen de las exportaciones de sus productos para tener ganancias e ingresos y pagar con estos ingresos, en la balanza comercial, las deudas externas.

b) El mencionado estancamiento del mundo desarrollado es la consecuencia inmediata de la caída de la tasa de ganancia, de la caída de la *rentabilidad* del capital de los países desarrollados. En esta situación es casi imposible para el Tercer Mundo pagar la deuda externa. Este no es sólo un problema para los países subdesarrollados, sino también para los países desarrollados de Europa occidental, porque esto constituye una agravación de la crisis del crédito, que pronto podría convertirse por sus dimensiones en una crisis, no sólo del crédito, sino también de la economía, de la sociedad, de la política, del mercado mundial. Por eso esta situación bien puede compararse con la crisis de los años 30, de hace casi cincuenta años: también ahora estamos ante el final de un modelo histórico de acumulación.

Sobre este fondo tal vez sea útil clarificar también la situación coyuntural. No creo que en Estados Unidos exista cierta recuperación o repunte económico. Ciertamente, algunas industrias tienen un repunte, las industrias bélicas —es importante subrayar esto—, las industrias con alto nivel tecnológico; pero sólo algunas y no todas. Hay muchas empresas modernísimas que se encuentran hoy ante la quiebra. Tenemos una recuperación, pero se trata de una recuperación malsana; “malsana” en el verdadero sentido de la palabra, es decir, basada en la especulación.

No es una recuperación del sistema industrial, del sistema pro-

ductivo, y éste es el gran problema del desarrollo mundial: en los años posteriores a la segunda guerra mundial, hasta el derrumbe del sistema monetario internacional a principios de los años 70, el sistema capitalista mundial se basaba sobre la hegemonía económica de Estados Unidos, mientras que hoy esta hegemonía se basa solamente en las políticas monetarias. El dólar era fuerte en los años 50 y 60 porque la productividad de la economía estadounidense era la más elevada del mundo. Ahora el dólar es fuerte sólo porque las tasas de interés son altas. Esta es una diferencia muy seria, que incide en el funcionamiento del capitalismo mundial. No creo que el dólar será una moneda fuerte en los próximos cinco años: las tasas de interés más elevadas son siempre un signo de la debilidad de una moneda nacional, y no de su fuerza. Todo esto es muy importante para el desarrollo mundial y también para la paz en el mundo. El dólar es ahora fuerte y las tasas de interés en Estados Unidos son tan altas porque el déficit del presupuesto estatal es altísimo: 700 mil millones de dólares de déficit público; más o menos la misma cifra del endeudamiento global de los países del Tercer Mundo. ¡Un solo país del mundo, Estados Unidos, tiene así un déficit público equivalente al endeudamiento global de los países del Tercer Mundo! Semejante déficit público es el responsable de las altas tasas de interés actuales, que hacen imposible una recuperación mundial, y al mismo tiempo hacen imposible el pago de las deudas externas del Tercer Mundo. Estos son los motivos que me llevan a afirmar que la recuperación en Estados Unidos —si existe— es una recuperación malsana, no sólo para Estados Unidos sino para todo el mundo.

Para la formulación de una opción alternativa es preciso además considerar las consecuencias del cambio en los tipos de inversiones. En la fase de expansión las inversiones son fundamentalmente inversiones para extender la producción, para la innovación de los productos, para la ampliación de los mercados y, por lo tanto, en este proceso, son también inversiones para un aumento de los puestos de trabajo. El crecimiento económico está intrínsecamente unido al crecimiento de la ocupación: ésta es la gran fase de la prosperidad; la gran fase de las reformas sociales; la gran fase de la creación de empleos (*jobs*), de la ocupación, de la migración de la fuerza de trabajo (una migración no frustrante como la de hoy). Pero en la fase de estancamiento, es decir la fase de la crisis del desarrollo económico,

las inversiones cambian de carácter, se convierten en inversiones de racionalización del proceso productivo. Ya no son inversiones para la innovación de los productos, sino inversiones para la realización de innovaciones *en el proceso* de producción. Es decir, no son inversiones para la creación de nuevos mercados con nuevos productos, sino para mantener una situación, para mejorar la colocación de la empresa en un mercado fundamentalmente estancado. En este caso las inversiones sirven más para una reducción de los puestos de trabajo que para la creación de ocupación. Todo proyecto económico alternativo debería tener en cuenta esto: no se puede decir siempre que es necesario crear nuevos estímulos para la inversión del capital, ya que con esta inversión, dada la fase actual de racionalización, se estimula la eliminación y no la creación de puestos de trabajo.

La separación del proceso de crecimiento económico y del proceso de creación de ocupación, y la separación del sistema monetario y de crédito y del sistema real de acumulación y de comercio internacional: éste es el marco de funcionamiento del modelo político-social-económico. Los factores económicos que he delineado esquemáticamente parecen como una fuerza externa, una coacción durísima para todos los actores políticos en Europa occidental. Se puede echar un vistazo al nuevo libro de Gianni Agnelli y se comprenderá bien que éstos son los puntos de coacción externa para los factores sociales. De ello deriva una ideología que tiene cierta influencia sobre el tejido de ideas de los países de Occidente, según la cual el proceso político parece ser sólo un proceso de adaptación a los datos del mercado internacional. Y si los datos y los entes económicos son solamente una fuerza externa, una coacción impuesta desde afuera, no sólo no se puede desarrollar un proyecto alternativo, sino que no se puede ni siquiera desarrollar un proyecto tradicional keynesiano.

Este es el marco en el cual las presiones neoliberales y las ideologías monetarias neoconservadoras y neoliberales, tienen un éxito tan grande. Esas ideologías desarrollan esta lógica: existe una coacción externa que se puede describir como la fuerza del mercado; la política no es más que un esfuerzo de adaptación, de aproximación al mercado internacional, que más bien se debe fortalecer, creando las condiciones para su funcionamiento. Esto significa, a su vez, que se deben crear nuevas posibilidades para la rentabilidad de las empresas. Y naturalmente, para los sindicatos y para los obreros,

esto implica que se deben revocar algunas de las conquistas sociales de los años pasados. En mi opinión, el keynesianismo está muerto y se intenta la transición al neoliberalismo con una ofensiva muy dura por parte del capital. En esta situación, cuando el viejo modelo no funciona más y el modelo que se propone es un modelo contra los sindicatos y los trabajadores, sería necesario desarrollar otro modelo. Como resulta suficientemente claro que tal modelo alternativo no puede ser sólo *cuantitativo*, puede ser útil considerar cuáles podrían ser hoy los cambios *cualitativos* de un proyecto de economía alternativa.

Un modelo alternativo actual no puede ser el modelo revolucionario, porque no es éste el tiempo en que sea posible una revolución en Europa occidental; a mi juicio, no puede ser más que un modelo reformador. Sin embargo, de un modelo reformador es preciso considerar dos variantes: la luxemburguista, que apunta a una cierta dialéctica entre revolución y reformismo, y la de un reformismo que trata de reinstalar o de recuperar el viejo modelo de compromiso entre capital y trabajo.

Este segundo tipo de reformismo, de recuperación del compromiso entre capital y trabajo, en mi opinión no es posible, no puede funcionar. En el futuro próximo será imposible recuperar condiciones para un crecimiento acelerado de la economía, y el crecimiento de la economía equivale a un rápido crecimiento de la obtención de la ganancia. Pero el estímulo al crecimiento no es posible, como ya he dicho, por el carácter de las inversiones: las inversiones para reestructuración no crean nuevos puestos de trabajo. Por eso sería posible un crecimiento del capital, pero ésta no podría ser después la base para un compromiso por parte de los obreros y de los sindicatos; porque ese crecimiento no “paga”, no crea nuevos puestos de trabajo, o suficientes puestos de trabajo y no es, por lo tanto, una solución del problema para la masa de desocupados. Un crecimiento cuantitativo y un estímulo al crecimiento, entonces, no es posible a través del cambio de la relación entre capital y trabajo, que se expresa en la llamada “intensidad de capital”: para la creación de un nuevo puesto de trabajo ahora es necesario un capital diez veces mayor que el que se precisaba hace diez años. Tampoco funciona ya un estímulo al crecimiento, en el sentido cuantitativo del viejo modelo de intervencionismo keynesiano en la esfera de la circulación: los impulsos inflacionistas inmediatamente jugarían un papel muy importante en el proceso económico.

Por lo tanto, en un modelo alternativo resulta decisivo el control de las inversiones, de las tecnologías, del proceso de trabajo. Stewart Holland, un sindicalista laborista inglés, ha desarrollado recientemente un proyecto alternativo para Europa occidental. *Un proyecto para la recuperación de Europa* es precisamente el título del libro en el cual Holland dice que se debe responder a algunas cuestiones: qué producto, qué servicio, qué comercio se quiere. ¿Por qué se quiere determinado producto: porque se quiere obtener una ganancia o porque existe una necesidad social? Cuando se produce un producto, adónde va a terminar, quién gana con él, qué mercados son importantes para su comercio, cómo se produce, con qué amplitud de producción, con cuáles tecnologías, a qué precio, etc., etc. Son las preguntas que se pueden considerar cuando se comienza a desarrollar una opción alternativa. Y naturalmente sólo es posible una respuesta a estas preguntas si en la economía se realiza determinado grado de democracia. Porque si no se realiza una democracia industrial, las respuestas a estas preguntas son muy claras: se produce el producto porque se quiere lograr una ganancia y se produce para mercados donde se espera realizar una ganancia, etc.

Por eso las inversiones deben ser controladas socialmente por los trabajadores y por las organizaciones de los trabajadores, que en Europa son los sindicatos. Un segundo punto para una opción alternativa, tal vez el más importante, es la reducción del tiempo de trabajo. Si es verdad la situación descrita y no sólo es imposible crear nuevos puestos de trabajo en el sistema económico sino que tampoco es aceptable que se creen puestos de trabajo en el sistema económico "sumergido" (es decir, sin protección de las leyes sociales), sin control de los trabajadores y sin control de los sindicatos, entonces es necesaria una reducción del tiempo de trabajo. Mi opinión es que una reducción del tiempo de trabajo será propuesta de todos modos incluso por la patronal, pero ahora es ya muy importante (y éste es el punto de lucha, el punto de conflicto) ver cuál será la forma de reducción del tiempo de trabajo: quién paga por la reducción del tiempo de trabajo, quién controla el tiempo de trabajo y, por otra parte, quién controla el tiempo libre. También este último aspecto es muy importante, porque nos lleva a la cuestión de la responsabilidad sindical incluso con respecto al tiempo libre: un nuevo modelo de consumos, en el caso de que se reduzca el tiempo de trabajo, será un

terreno de conflictos en el futuro. Cuando tengamos una reducción del tiempo de trabajo digamos de un 20 por ciento (lo cual es posible), esto significará que el campo de la organización sindical se reducirá también en un 20 por ciento: invertir entonces el 20 por ciento de tiempo libre en un trabajo en el mercado sumergido, en la economía sumergida, en el trabajo “negro”, significa un paso atrás para los sindicatos. Una verdadera expansión del tiempo libre para la creatividad individual, personal, sería naturalmente un gran progreso para la gente; pero esto debe ser estimulado constantemente y en ello tiene que desarrollar cierta responsabilidad también el sindicato.

¿Una reducción del tiempo de trabajo, en el sentido de mayor flexibilidad para el capital, o una reducción con cierta rigidez controlada por parte del sindicato?

Finalmente, es preciso considerar que en un proyecto económico alternativo se debe reflejar también la *forma* del sindicato. El sindicato es tradicionalmente el sindicato de fábrica, con la base en la fábrica. Pero cuando la desocupación crece y se reduce el tiempo de trabajo, el sindicato debe cambiar en ese proceso su propia base, su forma; debe organizar también a los desocupados, debe desarrollar formas de organización del tiempo libre, etc.

Con el agotamiento del viejo modelo de keynesianismo, de corporativismo, la base de los conflictos de los años pasados ha llegado a un final del proceso de desarrollo. La respuesta neoliberal es intrínsecamente antisindical, el mercado no deja espacio para la acción obrera y sindical y por eso hay que combatir las ideologías y las políticas del neoliberalismo. La base del sindicato no se puede encerrar en la fábrica, sino que debe extenderse al sistema de formación, a las luchas de las mujeres, al espacio del Estado social, etc. Un proyecto alternativo tampoco puede encerrarse en el ámbito nacional porque la crisis es una crisis internacional. Y sin una solución de la crisis del crédito internacional no habrá solución de la crisis nacional. Este es el punto más importante para un proyecto de política alternativa. Sin una solución de la crisis de las deudas externas, del endeudamiento del Tercer Mundo, no será posible un nuevo *boom* o una nueva situación o una etapa o fase de prosperidad. Esto es absolutamente seguro. Y sin una solución de este problema no habrá espacio político para la formulación y la realización de una fuerte acción sindical.

En los sindicatos europeos existen muchas propuestas para una política económica alternativa, pero ningún sindicato considera los problemas de la formulación y realización de un programa alternativo como una cuestión internacional. No sólo en el sentido viejo y tradicional de la solidaridad sindical internacional, sino también en el sentido siguiente: que la crisis es una crisis internacional y que una solución de la crisis, el crecimiento y la creación de nuevos puestos de trabajo, la creación de nueva ocupación para la gente, y naturalmente para las nuevas generaciones, no es posible sin una solución de los problemas internacionales del mercado mundial. Esto vuelve muy difícil una política económica alternativa, pero son dificultades que se deben considerar políticamente, y no ignorarlas. Es verdad que es imposible una política alternativa por parte del sindicato sin cambiar el sistema capitalista. No obstante, se puede comenzar por el mercado de trabajo. La reducción del tiempo de trabajo es un método muy importante, tal vez el único método que funcionará, si es que puede funcionar algún medio para influir sobre el capitalismo. Yo soy pesimista: ¡pero hay que comenzar si se quieren cambiar las cosas! Sin cambiar las cosas, sin éxitos —aún éxitos pequeños—, la situación será más grave, más seria, más difícil en los próximos años.

Publicado en *Azimut*, revista sindical de economía, política y cultura. Milán, Italia, número 7, 1983.

La mano rebelde del trabajo*

Adolfo Gilly

Cuando el capital enrola la ciencia a su servicio, la mano rebelde del trabajo aprende siempre a ser dócil.

(citado por Karl Marx)¹

Ya Lasalle dijo una vez: sólo cuando ciencia y obreros, estos polos contradictorios de la sociedad, se unan, sofocarán entre sus brazos inflexibles cualquier dificultad. Todo el poder del moderno movimiento de los trabajadores se basa en el conocimiento teórico.

Rosa Luxemburgo (Reforma o revolución)

1. PREMISA

Como recuerda Elmar Altvater, "la crisis no es sino la agudización dramática de la normalidad burguesa".² Ella comporta una exacerbación de todas las contradicciones de ésta: socialización del trabajo / apropiación privada; producción de valores de uso / realización de valores de cambio; proceso de trabajo / proceso de valorización; acumulación / valorización, etcétera.

Pero viviendo el capitalismo, como la realidad misma, en la contradicción, cada crisis es también la ocasión y la forma de resolución de esas contradicciones: abriendo paso a una nueva fase del proceso de valorización, si resuelta por las tendencias espontáneas de la economía capitalista y por sus expresiones políticas; cediendo el lugar a nuevas relaciones sociales, si resuelta por las fuerzas conscientes de la política obrera.

La primera salida es la *normal* y, si se quiere, la propia del auto-

* Publicado en *Coyoacán*, revista marxista latinoamericana, México, D.F., núm. 13, 1981.

¹ Karl Marx, *Capital y tecnología* (Manuscritos inéditos, 1861-1863), México, Terra Nova, 1980, p. 66.

² Elmar Altvater, "Crisis económica y planes de austeridad", en *Transición*, Barcelona, 1978, núm. 1.

matismo del sistema. La segunda es la *excepcional*, porque requiere la ruptura de ese automatismo por fuerzas generadas dentro del sistema capitalista (la clase obrera), ruptura imposible si previamente no ha sido realizada en la conciencia de esas fuerzas, si no existe en ella como proyecto o como programa. Y si esto no es así, la clase obrera no se encuentra, con respecto a la sociedad, en la condición del albañil que prevé la construcción que se propone hacer, sino en la de la abeja cuyo “trabajo” está regulado por la “lógica” de la reproducción indefinida de la colmena.

Pero no es de la *crisis* ni de sus efectos de donde surge dicha conciencia, sino del conocimiento obrero socializado y organizado en su partido y articulado en éste con el programa marxista y el proyecto socialista.

2. LA AGRESION MASIVA DEL CAPITAL

Si la crisis es la agudización de la normalidad burguesa, ella comporta, en consecuencia, una agudización del sustrato de esa normalidad, la lucha de clases, la contradicción capital/trabajo, y de la forma de esa normalidad, la competencia entre diversos capitales. Dicho en otras palabras, la crisis comporta una renovada agresividad del capital contra la fuerza de trabajo y de cada capital contra los otros capitales para, a través de los procesos concomitantes de desvalorización de la fuerza de trabajo y de desvalorización del capital, recuperar la tasa de ganancia y relanzar la acumulación capitalista.

Esto significa, como también recuerda Altvater, que “la crisis implica una mutación de las premisas del proceso de valorización del capital”, mediante “la introducción de nuevas tecnologías, la reestructuración del proceso de trabajo y de producción, ya sea a nivel de las diversas unidades de capital, ya a nivel del conjunto del capital social, el reajuste de la división internacional del trabajo, la tendencia hacia la concentración y centralización del capital, las nuevas condiciones y formas de la intervención estatal en la economía”.³

Todas y cada una de estas transformaciones se operan, como es

³ Altvater, *op. cit.*

connatural al sistema, a través de la lucha y de la violencia contra la clase obrera y entre los diversos capitales. Cada una encierra en sí esa doble violencia y sólo puede abrirse camino a través de ella, rompiendo y reestructurando las anteriores relaciones verticales de dominación/subordinación (capital/trabajo), y horizontales de competencia (capital/capital) previas a la crisis.

Otros trabajos de este seminario⁴ se ocupan específicamente de este segundo aspecto decisivo de la reestructuración capitalista a través de la crisis. Queremos ocuparnos en lo que sigue particularmente del primer aspecto, de esa “agresión masiva del capital contra el trabajo asalariado” que constituye siempre una crisis de sobreproducción,⁵ y de las políticas en las cuales se implementa dicha agresión al nivel de la producción; en otras palabras, de lo que ha sido denominado el *uso capitalista de la crisis*.

Ese uso busca cambiar en beneficio de la reafirmación y recomposición del poder de la burguesía, utilizando las condiciones creadas por la crisis, las relaciones de fuerza capital/trabajo impuestas por las luchas obreras en la anterior fase de expansión y ocupación, relaciones materializadas en conquistas específicas de la clase trabajadora en la sociedad y en la producción: salarios, seguridad social, condiciones y horarios de trabajo, formas de control sobre el proceso productivo, sindicalización, organización política autónoma, derechos democráticos, etc.

Para ello necesita la subordinación del proletariado —por convicción ideológica o por destrucción de sus organizaciones— a esos proyectos de reestructuración, que son presentados como producto ineludible de la “racionalidad económica” y como medidas indispensables de “salvación nacional” fundadas en la “objetividad” de las leyes económicas.

Bajo esa cobertura ideológica se presentan las diferentes *políticas de austeridad*, comunes hoy a todos los Estados capitalistas, en las cuales se materializa la agresión generalizada contra los asalariados.

Pero justamente la condición del éxito de esas políticas es la ruptu-

⁴ El 7o. Seminario del doctorado de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM (febrero de 1981), en el cual fue presentado este trabajo.

⁵ Ernest Mandel, *La crisis*, México, Editorial Era, 1980, p. 258.

ra de la resistencia obrera —por sumisión de sus organizaciones o por destrucción de éstas, en caso contrario— a dicha ofensiva, en defensa de las conquistas anteriores.

Veamos las condiciones que el capital trata de reunir para obtener dicha ruptura.

3. EJERCITO INDUSTRIAL DE RESERVA Y ORGANIZACION OBRERA:

Históricamente, la situación más favorable al capital en su enfrentamiento con los asalariados lo constituye la desorganización de éstos o, lo que es lo mismo, el aumento de la competencia en el interior de la clase obrera por la venta de su mercancía, la fuerza de trabajo. Cuanto más fuertemente la *relación de competencia* entre fuerza de trabajo y fuerza de trabajo —por individuos, por ramas o por países— se sobreponga y domine a la *relación de solidaridad* que se basa, en último análisis, en la *relación de cooperación* implícita en el proceso de trabajo capitalista y en la realidad material del trabajador colectivo, tanto más fácilmente podrá el capital imponer su propia racionalidad en estado puro, que es la del mercado, contra la clase obrera y en la conciencia de ésta.

La crisis por sí misma, crea una serie de condiciones objetivas que facilitan esa tarea bajo sus dos formas complementarias e interpenetradas: por convicción y por represión. En esta agudización general de las contradicciones que buscan alcanzar un nuevo equilibrio, en cada contradicción se abre paso el interés del sector que se encuentra mejor preparado para tomar la iniciativa e imponer su *salida* a la crisis.

Sobre la burguesía la crisis determina: *a)* un nuevo impulso al proceso de concentración y centralización del capital, liquidando, absorbiendo o desplazando a las fracciones marginales del capital; *b)* una reestructuración consiguiente de la división internacional del trabajo; y *c)* una reorganización y actualización de las formas de intervención estatal en la economía, con los subsecuentes —o precedentes— reacomodos y desplazamientos en los representantes políticos del capital y en la composición del bloque de poder. Para la clase obrera esos mismos cambios implican, en primer lugar, la desocupación y la amenaza de desocupación, el crecimiento o la reapa-

rición (bajo formas abiertas o encubiertas) del ejército industrial de reserva y, en consecuencia, el aumento automático de la competencia en el interior de la fuerza de trabajo.

Desde este punto de vista, la crisis en principio coloca naturalmente, por sí misma, *a la defensiva* a la clase obrera y *a la ofensiva* al capital, que es quien toma enérgicamente la iniciativa para dar su propia salida. (Y decimos “en principio” porque una fuerte organización obrera, consolidada en la fase de expansión previa a la crisis a favor de la mayor cohesión de la clase debida, entre otras cosas, a la absorción total o parcial del ejército industrial de reserva, puede permitir al proletariado no sólo resistir el asalto del capital contra sus conquistas, sino incluso tomar iniciativas contra el capital, a condición de que éstas no queden en los marcos del sistema, dentro de los cuales sólo las soluciones burguesas, favorables a una u otra fracción del capital, son racionales y razonables).

Los cierres de empresas, la reducción de personal, el bloqueo de nuevas contrataciones (más, en ciertos países, la presión siempre presente del ejército industrial de reserva campesino), presentados todos como “sacrificios” que también pesan sobre el capital y ubicados dentro de una crisis mundial en la cual es visible que en otros países se recurre a las mismas medidas de “saneamiento”, colocan a la clase obrera en la situación de tener que defender, ante todo, el *puesto de trabajo*, aceptando sacrificar otras conquistas a esta defensa.

La lucha entre las diversas fracciones del capital —lucha real—, el sacrificio, la eliminación o el desplazamiento de las perdedoras —también real—, es lo que da su núcleo racional a la ideología de los “sacrificios compartidos”, y sirve para encubrir el hecho de que a través de la crisis se abre paso e impone sus intereses, contra la clase obrera y los otros capitales, la fracción más agresiva, moderna y concentrada del capital para abrir una nueva fase de acumulación. Al ser la portadora de esa necesidad del sistema —todá crisis, como es sabido, es la preparación de una nueva fase de acumulación—, esa fracción del capital lleva consigo la representación de *todo* el sistema (incluso de las fracciones desplazadas) y de su supervivencia, y la salida que propone constituye, por ello, la salida lógica.

Esa salida incluye como cuestión central, invariablemente, una extensión del ejército industrial de reserva bajo una u otra forma

(que veremos más adelante) y un debilitamiento consiguiente de la posición negociadora de la clase obrera.⁶

Desdichada la clase obrera si sus organizaciones y su ideología la conducen, en medio de la crisis, a aceptar la alianza que invariablemente le proponen las fracciones en desventaja del capital en torno a su política supuestamente “progresista”, “nacional” o “redistributiva” (los nombres son variados), porque se condenará de antemano a la derrota en las condiciones más desastrosas: la derrota no en la lucha por el propio programa, que aun así prepara las condiciones de victorias futuras, sino en la defensa del programa de una fracción de la clase enemiga (programa destinado de antemano al fracaso por la lógica misma del sistema y por lo tanto *utópico* en el peor sentido de la palabra, porque engañoso, desmoralizante e ilusorio). Lucha estéril si las hay, porque sólo deja desconcierto y desorganización en el proletariado, como pueden atestiguarlo las derrotas sufridas en esas condiciones, en los últimos quince años, en Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Bolivia.

4. AUSTERIDAD, PACTO SOCIAL, REPRESION

La política de austeridad, por otra parte, presentada como política de “salvación nacional”, supone siempre un enfrentamiento de cada fracción nacional de la clase obrera mundial con las otras clases obreras nacionales, en nombre de la *competitividad* de “su” capitalismo en el mercado mundial; y, por lo tanto, el ajuste de las demandas obreras a la exigencia de esa *competitividad capitalista* (es decir, a la lógica de la clase enemiga), lo cual tiene su expresión ideológica

⁶ “El capitalismo avanzado no puede evitar un período de expansión económica relativamente desacelerada si no logra destruir la resistencia de los asalariados y lograr así un aumento radical de la tasa de plusvalía. Esto es inconcebible, sin embargo, sin un período de estancamiento y de hecho, incluso sin una caída transitoria de los salarios reales. (...) En esta intensificación de la lucha de clases, el capital no tiene posibilidades de lograr un aumento efectivo de la tasa de plusvalía comparable al que se logró bajo la dictadura nazi o en la segunda guerra mundial, en tanto que las mismas condiciones en el mercado de trabajo inclinan la balanza de las ‘respectivas fuerzas combatientes’ en favor del proletariado. La extensión del ejército industrial de reserva se ha convertido por tanto, en la actualidad, en un instrumento consciente de política económica al servicio del capital” (Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Ediciones Era, 1979, p. 177).

en las llamadas “compatibilidades económicas”. Esto significa que las demandas obreras sólo son proponibles y las conquistas pasadas sólo son defendibles en la medida en que son “compatibles” con el funcionamiento del sistema (en otras palabras, en una época de crisis, con la necesidad del capital nacional de restablecer la tasa de ganancia y abrir un nuevo ciclo de acumulación).

Cada burguesía propone a su clase obrera este *pacto social*, esta lógica de las compatibilidades, cuya “necesidad objetiva” está demostrada en los “sacrificios” (cierres de empresas/desocupación) que la crisis ha impuesto a burguesía y clase obrera, pacto necesario para salvar conjuntamente la nación (el barco en el cual “navegamos todos” ..., salvo que unos en clase de lujo y los otros en la sentina) frente a las otras naciones con sus respectivos “pactos”. El nacionalismo es el cemento ideológico, preparado y probado por siglos, de esa propuesta.

Desde la *austeridad* italiana (incluida la versión *sui generis* formulada en Italia por Berlinguer) hasta el *pacto social* español (los pactos de La Moncloa y políticas derivadas), pasando por la austeridad francesa de Raymond Barre, la austeridad inglesa de Margaret Thatcher y las muchas otras austeridades en sus variantes nacionales, puede reconocerse, como lo han hecho diversos economistas marxistas, que asistimos a “una ofensiva de austeridad universal del gran capital contra los asalariados”.⁷

Pero como nacionalismo y sentido común (o sea, la ideología dominante) suelen no ser suficientes para hacer aceptar el pacto a la clase obrera o a todos sus destacamentos decisivos (sindicales y aun políticos), la burguesía esgrime al mismo tiempo el argumento del peligro —o la amenaza— de la dictadura terrorista, en caso de que el pacto social para establecer la austeridad no funcione. Las formas de presentar esta amenaza son tantas como burguesías (y en consecuencia, enfrentamientos capital/trabajo) hay en el mundo, desde el espantajo de la actividad *real* de las “Brigadas Rojas” en Italia hasta el franquismo (también *real*) del ejército y la guardia civil en España, pasando por la presencia (igualmente *real*) del ejército tras la silla presidencial en Colombia o en Perú.

El ejemplo práctico de que esa amenaza no es simbólica contribu-

⁷ Mandel, *op. cit.*, p. 177.

yen a darlo, por otra parte, aquellos países donde la resistencia de la clase obrera, aliada defensivamente a una fracción marginal de la burguesía y en definitiva con el programa de ésta (es decir, sin proponerse romper los marcos del sistema), y afirmada además en poderosas organizaciones construidas en la etapa anterior, ha sido tan grande como para bloquear todos los asaltos de la austeridad. Allí, esa resistencia ha exigido la intervención del ejército en primera persona para quebrarla por el terror y reorganizar dictatorialmente el sistema. Argentina (con la huelga general que en junio de 1975 derrotó al plan de austeridad de Isabel Perón y su ministro Rodrigo, y preparó así el recurso militar al golpe en marzo de 1976) podría ser el ejemplo clásico de este tipo de imposición represivo y terrorista de la austeridad; pero también corresponden a él los casos de Uruguay, Bolivia y, a su modo especial (gobierno de Allende, diverso del peronismo o la UDP), Chile.

Un caso peculiar de la combinación de ambos métodos podría ser la actual situación en Brasil (adelanto a su vez de la relación estatal que buscan institucionalizar las dictaduras vecinas). Los trabajadores brasileños han hecho la experiencia de la dictadura antiobrero en carne propia, a partir de 1964 y sobre todo desde 1968 ("Acto Institucional número 5"). El periodo que se inicia en 1976-1977 (tal vez antes) ha visto una notable reorganización de sus luchas y un aumento relativo de sus conquistas. Pero por factores a la vez nacionales e internacionales, se están agotando los efectos de la reorganización impuesta por la dictadura. La burguesía necesita imponer nuevas restricciones en las concesiones salariales arrancadas por la clase obrera en los últimos años. En consecuencia, algunos de sus sectores (los más amenazados directamente por la retracción de inversiones estatales y por el grado de organización de su proletariado, como el sector de bienes de capital) están llamando a un *pacto anti-recesivo*, en el cual ofrecen a sus trabajadores ciertas concesiones en cuanto a la garantía del puesto de trabajo (reducción del *turn over*) y derechos de organización (mediados por los "pelegos"), a cambio de que éstos acepten disminuir demandas salariales o que incidan en el salario.⁸

⁸ Francisco de Oliveira, "La situación económica del Brasil en la actual coyuntura internacional", conferencia en la DEP de la Facultad de Economía, UNAM, enero de 1981.

La alternativa, si este pacto no es aceptado y se confirma la posibilidad de recesión, sería, según los ideólogos de ese sector, un cierre de la “apertura democrática” y un endurecimiento del gobierno militar. Como se ve, en este caso los argumentos económicos y políticos se combinan específicamente para justificar los sacrificios, la moderación en las demandas y el pacto social.

5. INNOVACION TECNOLOGICA Y EJERCITO INDUSTRIAL DE RESERVA

La agresión del capital no se limita a las esferas de la ocupación, del salario y de las conquistas sociales (reducción de gastos sociales del Estado), ni sus métodos se agotan en la represión estatal o en la subordinación ideológica del proletariado a sus proyectos mediante la subordinación de sus organizaciones a la racionalidad capitalista.

El núcleo de la dictadura del capital sobre el trabajo no está, como es sabido, en las instituciones estatales sino en el proceso de producción, en la fábrica misma. En último análisis, no está en las condiciones de *compra* de la fuerza de trabajo en el mercado, sino en las condiciones de *uso* de la fuerza de trabajo (ya adquirida por el capitalista) en la producción —en el trabajo, pues.

Está —el núcleo, decimos, no toda la dictadura— en la organización capitalista del trabajo, organización que es siempre y en cada momento la expresión concentrada de la contradicción entre proceso de trabajo y proceso de valorización y de su solución capitalista.

Es allí donde el capital lleva constantemente su trabajo de Sísifo: hacer surgir la figura del obrero colectivo como condición de la organización capitalista del trabajo y tratar de impedir, al mismo tiempo, que del trabajador colectivo, de ese ser de innumerables brazos que decía Marx, surja una conciencia obrera colectiva y autónoma, sino una multitud pulverizada de conciencias individuales, es decir, una no-conciencia colectiva. El carácter insoluble de la empresa reside en que el proceso de trabajo, en el cual la mercancía fuerza de trabajo que el capitalista adquiere consume su valor de uso en el trabajo, requiere el pensamiento del trabajador (sin el cual no existen su conocimiento ni su iniciativa, y entonces su fuerza de trabajo no se materializa en trabajo, no tiene valor de uso); pero ese pensamiento es indivisible y no puede poner en movimiento al trabajo vivo del cual forma parte (y mover al trabajo objetivado, las

máquinas, que se le contraponen) sin materializarse al mismo tiempo (mal o bien, es otro problema) en pensamiento colectivo. En otras palabras: no hay fuerza colectiva de trabajo, cooperación, condición indispensable del proceso de trabajo capitalista, sin conciencia colectiva, condición elemental (no suficiente) de la organización obrera. La fuerza de trabajo es una mercancía que piensa, es decir, que resiste y tiene iniciativa, dentro del proceso de trabajo y fuera de él.

Y sin el proceso de trabajo capitalista, soporte material del proceso de valorización, no hay acumulación ni reproducción del capital. Pero a su vez la continuidad del proceso de valorización del capital (y más todavía en esa agudización de todas las contradicciones capitalistas que es la crisis) requiere que en el proceso de trabajo se llegue a la mayor eliminación posible de la iniciativa, la autonomía y el pensamiento de la fuerza de trabajo. Esta es la lógica última (no la única) que preside el proceso secular de introducción de innovaciones tecnológicas, enormemente acelerado con la tercera revolución tecnológica posterior a la Segunda Guerra Mundial.⁹

La otra lógica (en última instancia reductible a la anterior) es la dictada por la competencia entre los diversos capitales y la obtención temporaria de superganancias a través de la introducción de innovaciones en la tecnología todavía no extendidas al conjunto de la industria o rama de industria.

⁹ Karl Marx, *El Capital*, México, Siglo XXI. En los cuadernos publicados con el título de *Capital y tecnología*, op. cit., p. 64, Marx anota: "Las huelgas se llevan a cabo principalmente para esto, para impedir la reducción del salario o para arrancar un aumento del salario o para establecer los límites de la jornada de trabajo. En ellas se trata siempre de contener dentro de ciertos límites la masa absoluta o relativa del tiempo de plustrabajo o de hacer que el trabajador mismo se apropie de una de sus partes. Contra esto, el capitalista emplea la introducción de la maquinaria. En este caso la maquinaria aparece directamente como medio para acortar el tiempo de trabajo necesario; *idem* como forma del capital — medio del capital; poder del capital — sobre el trabajo, para reprimir cualquier pretensión de autonomía por parte del trabajo. En este caso, la maquinaria *también entra en escena intencionalmente como forma del capital hostil al trabajo*". Y entre varias citas, reproduce a continuación la siguiente de Peter Gaskell en *Artisans and Machinery*, Londres, 1836: "Los primeros patrones de la manufactura que debían confiarse enteramente al trabajo de la mano de obra, sufrían periódicamente graves e inmediatas pérdidas debido al espíritu rebelde de la mano de obra, que escogía el momento justo y ventajoso para ella, cuando el mercado presionaba de manera particular, para hacer valer sus pretensiones... se estaba acercando rápidamente una crisis que hubiera bloqueado el progreso de los manufactureros, cuando el vapor y su aplicación a las máquinas desviaron de golpe la corriente revirtiéndola contra los obreros".

De este modo, en la introducción de innovaciones tecnológicas dichos objetivos se combinan con otros dos: la reconstitución del ejército industrial de reserva,¹⁰ por un lado, y la destrucción de las condiciones sobre las cuales se dio previamente la organización de los trabajadores, por el otro.

Esto, al menos de tres maneras complementarias.

En primer lugar, no es sólo la existencia de capital excedente en los países centrales sino las posibilidades creadas por la llamada “revolución informática” lo que ha permitido la escala actual en que se realiza la exportación de capital productivo y la internacionalización de los procesos productivos. Esto facilita la utilización en los países semindustrializados de máquinas y equipo en vía de desvalorización en los países centrales, junto con máquinas último modelo, combinación que permite modernizar en los países receptores las relaciones de explotación y dominación del capital sobre los asalariados en relación con las existentes anteriormente y recomponer en los países centrales, con métodos más recientes, esas mismas relaciones, desorganizando las anteriores bases de organización y resistencia de la fuerza de trabajo en el seno de la producción.¹¹

Esto permite, por otro lado, internacionalizar el ejército industrial de reserva y presionar sobre las condiciones de organización

¹⁰ “En la actualidad el capital tiene a su disposición dos maneras de reconstruir el ejército industrial de reserva: por un lado, la intensificación de las exportaciones de capital y la reducción sistemática de las inversiones internas, lo que significa transferir capitales a donde todavía existe un exceso de mano de obra, en lugar de traer ésta a donde existe un exceso de capital; y por otro lado, la intensificación de la automatización o, en otras palabras, la concentración de inversiones para liberar la mayor cantidad posible de trabajo vivo (la industrialización ‘en profundidad’ más que ‘en amplitud’)”. Mandel, *op. cit.*, p. 179.

¹¹ “Ante todo debe tenerse en cuenta el lugar que ocupan estas economías (los países semindustrializados de América Latina) dentro de la estructura de la economía mundial. Al estar sometidas a las contradicciones que vive la acumulación del capital en los polos dominantes, ellas sufren desde el fin de los años cincuenta un proceso de internacionalización del capital *productivo* materializado en máquinas y equipos en vías de desvalorización y/o destrucción en los países centrales, que a su vez es *resultado* de las resistencias crecientes que encuentra la dominación-explotación de la clase obrera en los países desarrollados y *engendra* una estructura productiva particularmente heterogénea que es el fundamento de nuevas formas de sumisión del trabajo al capital en los países subdesarrollados” (Gilberto Mathias, “Acumulación del capital, proceso de trabajo y nuevas formas de las luchas obreras en América Latina”, en *Coyoacán*, México, núm. 9, julio-septiembre de 1980, p. 23).

y de negociación de la fuerza de trabajo frente al capital en los países centrales. Las diferentes partes de un producto (automóvil o aparato electrónico) pueden producirse en diferentes establecimientos y en diferentes países y montarse en otros: "existe una división internacional del trabajo que ahora ya atraviesa el producto mismo".¹²

En segundo lugar, permite introducir métodos más flexibles de organización del trabajo allí donde es mayor la resistencia obrera organizada (las llamadas técnicas de *job enrichment*, o enriquecimiento de tareas, de las cuales resulta una parcial recomposición de tareas antes pulverizadas al extremo por el taylorismo), y exportar los métodos más rígidos allí donde las posibilidades de control patronal-policial de los trabajadores en el interior del proceso productivo son mayores.¹³ En ambos casos, las viejas condiciones de organización de la fuerza de trabajo sufren alteraciones decisivas por iniciativa del capital.

En tercer lugar, el capital puede mantener y proseguir bajo su control el proceso de descalificación/recalificación (por lo tanto, recomposición) de la fuerza de trabajo, extendiéndolo a escala internacional y ampliando de este modo las fronteras relativas del ejército industrial de reserva y las relaciones de competencia en el interior de la clase obrera.

Innovación tecnológica e internacionalización del capital y de los procesos productivos son, por lo tanto, condiciones complementarias para la salida capitalista de la crisis y para la recomposición del poder burgués frente al proletariado. El capital internacionaliza su ofensiva, sin por ello interrumpir la competencia entre los muchos capitales, sino precisamente sobre esa base. Pero, al mismo tiempo, con la ideología de las "compatibilidades" empuja al proletariado a *nacionalizar* su respuesta, encerrándolo en los marcos de sus pasadas condiciones históricas de organización en cada país y de la mediación del Estado nacional.

Es indudable que, vista en el largo periodo histórico, la internacionalización del capital sería la internacionalización de la clase

¹² Lis De Sanctis, Paola Manacorda y Lucio Rouvery, "*L'automazione entra nella fabbrica e negli uffici*", *Dossier Lavoro della Manifesto*, Roma, octubre de 1980. Véase también nota 33 *infra*, sobre el "auto mundial".

¹³ Véase Mathias, artículo citado, *loc. cit.*, pp. 24-25.

obrero o la extensión internacional del trabajo asalariado y la tendencia a la homogeneización de su relación con el capital. Pero, aparte de las poderosas contratendencias que la estructuración del capitalismo en Estados nacionales opone a esta "tendencia", los conflictos se resuelven, las crisis se superan y las rupturas se operan en la historia concreta, no en el "largo plazo", y en esa realidad que es hoy la de la crisis, el capital lleva todavía la iniciativa.¹⁴

6. NUEVAS TECNOLOGIAS Y ORGANIZACION OBRERA

Son conocidos los estudios¹⁵ que muestran hoy, como Marx explicaba ayer,¹⁶ de qué modo la introducción de nuevas maquinarias y la consiguiente reorganización del proceso de trabajo van expropiando el saber obrero e incorporándolo al capital como su propiedad y como su poder sobre la fuerza de trabajo; en otras palabras, cómo el conocimiento abandona al trabajo vivo para incorporarse a subordinarse al trabajo muerto y potenciar a éste frente a aquél.

¹⁴ Es curioso y agudo, como otras de sus observaciones, el comentario de Antonio Negri a la famosa fase de Keynes sobre el largo plazo: "¿Qué es en realidad este futuro con el cual tan acremente quiere ajustar cuentas Keynes, si no una vez más aquella catástrofe para él y para los suyos, aquel partido de la catástrofe que ve vivir frente a sí como clase obrera? Desde este punto de vista la afirmación keynesiana, tantas veces superficialmente repetida: 'a largo plazo todos estaremos muertos', es casi un rabioso presagio de clase". (Sergio Bologna, Antonio Negri y otros, *Operai e Stato*, Milano, Feltrinelli, 1972, p. 87).

¹⁵ Entre otros, Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974 (hay traducción en español, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977); David F. Noble, *America By Design*, Nueva York, Oxford University Press, 1977; Benjamin Coriat, *Science, Technique et Capital*, Paris, Editions du Seuil, 1976; Benjamin Coriat, *L'atelier et le chronomètre*, Paris, Christian Bourgeois Editeur, 1978; Michel Freyssenet, *La division capitaliste du travail*, Paris, Savelli, 1977; Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, México, Siglo XXI Editores, 1979; Autores varios, *La division capitaliste du travail (Colloque de Dourdan)*, Paris, Editions Galilée, 1978; CEDT, *Les dégâts du progrès*, Paris, Editions du Seuil, 1977 (hay traducción en español); Ferdinando de Chiaromonte, *Sindacato, ristrutturazione, organizzazione del lavoro*, Roma, ESI 1978; *Dossier lavoro de le Manifesto*, Roma, *Il Manifesto*, 1980; más una abundante bibliografía italiana y revistas como *Clase*, *Primo Maggio*, *I Consigli* y otras. También diversos artículos de la revista *Capital and Class* de Londres.

¹⁶ En los manuscritos de 1861-1863, ahora publicados con el título de *Capital y tecnología*, op. cit., p. 157-160, Marx dice: "Por lo tanto, la tendencia de la producción a máquinarse manifiesta, por una parte, en un continuo despido de obreros (de empresas mecánicas o artesanales), pero, por la otra, en un constante reclutamiento, desde el

Pero al hacerlo así destruyen también, como recordamos antes, las condiciones materiales del proceso de trabajo sobre las cuales se organizó la fuerza de trabajo en fases anteriores y le plantean a ésta incógnitas nuevas, tanto para enfrentarse al capital como para relacionarse consigo misma. Esto había sido ya cuidadosamente constatado en 1836 por el señor Ure.¹⁷

momento que en un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas el plusvalor sólo puede aumentar a través del aumento del número de obreros ocupados simultáneamente. Esta atracción y repulsión son características, como lo es también, por consiguiente, la continua *oscilación del nivel de vida del obrero*.

“Con las huelgas se pone de manifiesto el hecho de que las máquinas, se usan e inventan a pesar de las exigencias directas del trabajo vivo, y sirven como medio para aplastarlo y someterlo. (Véase a Ricardo sobre la continua contradicción entre las máquinas y el trabajo vivo).

“En consecuencia, aquí es mucho más evidente la alienación de las condiciones objetivas del trabajo —del trabajo pasado— respecto al trabajo vivo como contradicción directa; al mismo tiempo, el trabajo pasado (o sea, las fuerzas sociales del trabajo, comprendidas las fuerzas de la naturaleza y de la ciencia) se presenta como arma que sirve, en parte para echar a la calle al obrero y reducirlo a la condición de *hombre superfluo*, en parte para privarlo de la especialización y acabar con las reivindicaciones basadas en esta última, y en parte para someterlo hábilmente al despotismo de la fábrica y a la disciplina militar del capital.

“En este aspecto resultan decisivas, por lo tanto, *las condiciones sociales* del trabajo creadas por la *fuerza productiva social* del trabajo y por el trabajo mismo, no sólo como fuerzas ajenas al obrero, fuerzas pertenecientes al *capital*, sino también como fuerzas hostiles a los obreros y que los oprimen, dirigidas contra cada uno de los obreros en defensa de los intereses del capitalista.

“Además, ya hemos señalado que el modo de producción capitalista no sólo cambia formalmente, sino que realiza una revolución en todas las condiciones sociales y tecnológicas del proceso laboral; el capital no se presenta ahora sólo como condiciones materiales de trabajo *que no pertenecen* al obrero —la materia prima y los medios de trabajo— sino como encarnación de las *fuerzas sociales* y de las formas de su trabajo común contrapuestas a cada uno de los obreros.

“El capital se presenta también bajo la forma de trabajo pasado —en la máquina automática y en las máquinas puestas en movimiento por él—; se presenta, como es posible demostrarlo, independiente del trabajo vivo; en lugar de someterse al trabajo vivo, lo somete a sí mismo; el hombre de fierro interviene contra el hombre de carne y hueso.

“La sumisión del trabajo del hombre de carne y hueso al capital, la absorción de su trabajo por parte del capital, absorción en que está encerrada la esencia de la producción capitalista, interviene aquí como hecho tecnológico. (...).

“El dominio del trabajo pasado sobre el vivo, junto con la máquina —y con el taller mecánico basado en ésta última— no sólo deviene social, expresado en la relación entre capitalista y obrero, sino también, por así decirlo, una *verdad tecnológica*”.

¹⁷ Anota Marx en *Capital y tecnología*, op. cit., p. 65: “Refiriéndose al invento de una nueva máquina textil, A. Ure afirma: ‘De este modo la horda de los descontentos, que se creía invenciblemente atrincherada detrás de las viejas líneas de la división del tra-

Esta constante reorganización ha sido llevada a formas extremas con el taylorismo y el fordismo y, en la actualidad, con la automatización. Esta, como señala Paola Manacorda, no constituye tanto una superación del taylorismo cuanto una ulterior evolución de éste al establecer “un nivel diverso, seguramente más global, de organización científica de la producción”.¹⁸

Ciertamente, la introducción de la automatización, como hemos recordado más arriba, no obedece solamente a las necesidades de subordinación de la fuerza de trabajo al capital. Creemos que Paola Manacorda precisa bien la cuestión¹⁹ y nos parece útil hacer la cita por extenso:

Para evitar retomar temas que ya han sido objeto de análisis en otros lugares y ocasiones —dice Manacorda como introducción a su informe—, queremos limpiar la escena de las dos interpretaciones, ambas reductivas y esquemáticas, que a veces se encuentran. La primera, de marca reformista, según la cual la automatización es sólo el fruto lógico y natural de un genérico “proceso científico y tecnológico”, que se debe aceptar sin discutir su finalidad y sus mecanismos; la segunda, que ve en la innovación tecnológica solamente la maniobra opresiva del capital con respecto a la clase obrera.

Queremos en cambio reiterar que los análisis más completos han conducido a entrever en la automatización, como en todos los fenómenos complejos que tienen lugar en una sociedad de clases, elementos contradictorios que son el fundamento de las decisiones tomadas y que se pueden resumir, esquemáticamente, del siguiente modo. La automatización ha sido:

bajo, ha sido atacada y vencida por los flancos y, habiendo sido aniquilados sus medios de defensa con la táctica mecánica moderna, se ha visto obligada a rendirse sin condiciones”.

¹⁸ “El otro carácter profundamente innovador de las tecnologías de automatización es la ruptura del carácter estrechamente determinístico del proceso productivo, y su sustitución por una lógica de sistema de tipo probabilístico, que ve a las diversas fases del proceso interrelacionadas de manera compleja y no necesariamente lineal. Es este carácter lo que ha llevado a muchos, como es sabido, a hablar de superación del taylorismo. Y ciertamente, es una superación si del taylorismo se asume solamente el carácter, justamente determinístico; mientras no se puede hablar de superación, sino de ulterior evolución, si se considera a la automatización como un nivel diverso, seguramente, más global, de organización científica de la producción” (Paola Manacorda, “*Modifiche del lavoro e nell' organizzazione del lavoro indotte da processi informatici e di automazione*”, informe preparado para la conferencia “*Realtà, tendenza e ideologia del lavoro in Italia*”, organizada por *Il Manifesto*, Milán, octubre-noviembre de 1980).

¹⁹ Manacorda, informe citado. Véase, en un sentido similar, las consideraciones de Gilberto Mathias en el artículo citado, *Coyoacán*, pp. 21-23.

- un instrumento para enfrentar por parte del capital, la creciente complejidad y turbulencia del ambiente externo, sea bajo la forma de mercados o la de productos tecnológicamente nuevos;
- una estrategia para recuperar, al menos en parte, la flexibilidad del proceso productivo puesta en cuestión por la rigidez de la clase obrera y por la organización del trabajo rígidamente taylorista;
- una respuesta a algunas exigencias planteadas por la clase obrera, en términos de eliminación de la nocividad y repetitividad del trabajo y de recomposición de las tareas;
- un instrumento, especialmente en lo referente a la automatización administrativa, para acelerar la circulación del capital.

Las interpretaciones que tienden a avalar sólo la motivación técnico-económica o sólo la política son, por lo tanto, bastante limitadas, y descuidan los profundos entrelazamientos que siempre se presentan entre estos dos aspectos en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Pero si bien ambos componentes deben ser incluidos y comprendidos en su interrelación específica en cada caso si ha de formularse una política obrera frente a la política del capital, nos interesa aquí ocuparnos del salto ulterior que la aceleración de la innovación tecnológica introduce en la lucha del capital por la desorganización y la subordinación de la fuerza de trabajo; o, en otros términos, del *uso capitalista de las transformaciones del proceso de trabajo para la desorganización de la fuerza de trabajo*.

Recapitulemos muy esquemáticamente las grandes etapas históricas de este proceso.

Maquinismo y gran industria

El obrero colectivo se constituye con la formación y la extensión de la gran industria, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Esa clase obrera, en proveniencia directa del artesanado y de la manufactura, es decir, antes dueña de su oficio, no es todavía expropiada totalmente de sus conocimientos. Progresivamente, parte de éstos se incorporan a las máquinas, pero nuevos conocimientos, nuevas prácticas con respecto al funcionamiento de las propias máquinas se crean nuevamente y son reapropiados por la fuerza de trabajo. Este proceso es muy nítido cuando son introducidas las máquinas llamadas “universales”, en las que el obrero debe recurrir, para operar con ellas, a los conocimientos del viejo oficio tanto sobre

el instrumento como sobre el objeto de trabajo.²⁰ Pero ese “saber práctico” se reproduce, bajo otras formas, hasta en las más modernas industrias de proceso, químicas y petroquímicas.²¹

Aquella clase obrera, en transición entre el oficio y el maquinismo, que comenzaba a sufrir los embates del taylorismo desde inicios del siglo y que a partir de 1914 iba a ser atacada por la cadena de montaje (que desde ese año empezó a producir ininterrumpidamen-

²⁰ Sobre la introducción de máquinas todavía muy poco especializadas en las fábricas *Renault*, a principios de siglo, dice Michel Freyssenet: “Los grados en la mecanización y la especialización de las máquinas son muy variados y van a elevarse rápidamente, echando las bases para la automatización. El maquinismo tampoco se impone de un golpe en todas las fabricaciones. En una misma fábrica coexistieron durante mucho tiempo obreros de oficio y obreros de máquina. Lo que es importante señalar es que éstos fueron considerados, en esa época, como obreros descalificados con relación a aquéllos”. Sin embargo, sus conocimientos se remitían todavía directamente a los del oficio, como recuerda Alain Touraine (citado por Freyssenet): “A falta de un conocimiento riguroso de los metales y del modo de trabajo de las herramientas, era preciso confiar en la experiencia personal del obrero. El cortador de madera escoge personalmente su materia de trabajo; el tornero siente la vibración de la pieza mal fijada, demasiado profundamente atacada por la herramienta. (...) Las antiguas perforadoras eran denominadas *sensitivas*. El perforador, como el tornero, modificaban continuamente, con movimientos delicados, la marcha de la máquina, adaptándola a la naturaleza del metal y a la precisión del trabajo que se quería obtener” (Michel Freyssenet, *op. cit.*, p. 42).

²¹ Roberto Linhart, en un estudio sobre el proceso de trabajo en las grandes unidades de refinación petrolera y de producción petroquímica de base, dice: “El proceso de producción aparece gobernado por un doble sistema de saber. Por un lado, el saber teórico: aplicación de la química a cierto número de reacciones que son desencadenadas a escala industrial. (...) Por otro lado, un saber práctico, adquirido empíricamente en el lugar de trabajo por los obreros de fabricación — operadores y ayudantes de operador, pero sobre todo jefes de puesto —, saber que ellos se transmiten oralmente, y lo cual no excluye, por lo demás, los particularismos entre puesto y puesto. (...) Se podría imaginar que este saber práctico se reduce a una pura y simple explicación sectorial del saber teórico. Sin embargo, no es así: hay un margen de divergencia. Constituidos a partir de bases diferentes y conservados por prácticas perfectamente distintas, los dos saberes no coinciden. *De ahí surge un desdoblamiento entre el funcionamiento oficial de la unidad de producción y su funcionamiento efectivo*. En teoría, habría que proceder de tal modo, que obedece a la teoría química de la reacción. En la práctica, se procede de tal otro modo que corresponde mejor al funcionamiento ‘cómodo’ puesto a punto por los tanteos de los obreros de fabricación. Por supuesto, la dirección de la empresa conoce bien ese desdoblamiento”. A continuación, Linhart explica las diversas razones por las cuales la empresa acepta y hasta estimula esa situación. (Robert Linhart, “*Procès de travail et division de la classe ouvrière*”, en *La division du travail — Colloque de Dourdan*, *op. cit.* Véase en el mismo sentido, en el mismo volumen, la ponencia de Benjamin Coriat, “*Differentiation et segmentation de la force de travail dans les industries de process*”.

te los primeros modelos T en la fábrica *Ford*), es la clase obrera de donde surgió la primera gran ola mundial de enfrentamiento con el capital; la que organizó entre los años diez y los años veinte de este siglo los consejos obreros en Alemania, en Italia, en Inglaterra; la que contribuyó a demoler el imperio austrohúngaro, la que hizo las huelgas generales de esos años en América Latina (Argentina, Chile, Perú, México, Brasil); la que, en una prefiguración del futuro proletariado industrial, organizó como *Industrial Workers of the World* en Estados Unidos; la que en la punta más avanzada de ese asalto internacional a las posiciones del capital formó los soviets en Rusia y abrió la primera brecha, que ya no volvió a cerrarse, en el sistema capitalista mundial con el establecimiento de la “República de los Soviets”.²²

Ciertamente, ya hay aquí una primera ampliación del ejército industrial de reserva a través de la descalificación de la fuerza de trabajo. Pero el proceso está apenas en sus inicios, y en cambio ha llegado a maduración la constitución del obrero colectivo, precisamente sobre la combinación mencionada, en cuya figura se disuelven definitivamente el antiguo artesano y sus reminiscencias mutualistas y se afirma con energía juvenil un personaje nuevo y ya maduro, el obrero de la gran industria, seguro de sí mismo y conocedor de su enemigo; aquel que realizará, entre otras, hazañas como la ocupación de las fábricas en Italia en septiembre de 1920.

Contra esa figura se lanza la nueva ofensiva del capital y su reestructuración de las fábricas, espoleada además por las exigencias de la industria de guerra a partir de 1914.²³

²² *Critique*, revista de estudios soviéticos y teoría socialista, Londres, núm. 3, 1974, publicó un ensayo de Chris Goodey, “*Factory, Committees and the Dictatorship of the Proletariat (1918)*”, en el cual se analiza el surgimiento de los consejos antes de la revolución rusa y el tipo de obreros especializados que resultaban elegidos como delegados para integrarlos.

²³ En el libro citado, Antonio Negri pone el acento sobre este aspecto del proceso: “Taylorismo, fordismo, tienen esta función inmediata: quitar el partido bolchevique a la clase, a través de la manifestación del modo de producir y la descalificación de la fuerza de trabajo; introducir por esa vía nuevas fuerzas obreras en el proceso productivo”

Taylorismo y fordismo

La introducción del taylorismo y del fordismo (y con él, la cadena de montaje, la producción para el consumo de masa, los salarios más altos que favorecen este consumo y ligan al obrero a la empresa *Ford*), en las industrias entonces de punta revoluciona la anterior organización del trabajo y constituye un nuevo e insidioso “ataque por los flancos”, como diría Ure, contra “las viejas líneas de la división del trabajo” en donde se había afirmado la organización obrera luego de años de luchas y experiencias nacionales e internacionales.

El sistema de Taylor, que él mismo llamó inicialmente “sistema de dirección por fijación de tareas”, se constituye como un tipo de organización del trabajo que es a la vez un proceso de expropiación del saber obrero en provecho del capital, reduciendo ese saber a sus elementos más simples (estudio de tiempos y movimientos para cada tarea) y recomponiéndolo bajo la forma de tareas precisas fijadas por la dirección a cada trabajador. En las palabras de Benjamín Coriat:

La idea de tarea resume y concentra en sí todos los principios básicos del taylorismo:

- Mediante la reducción del saber obrero a sus elementos más simples, donde la tarea se define como la parte más pequeña de un proceso homogéneo de trabajo, se opera el trastrocamiento que el taylorismo realiza.
- Toda la *actividad clasificatoria* del taylorismo, el estudio “científico” de *los tiempos y los movimientos* no busca otra cosa que definir *tareas simples* fijadas a los obreros y susceptibles de ser controladas.
- Finalmente, y este es un elemento muy importante, la tarea instaura la práctica *individual* del obrero, allí donde el equipo y las solidaridades de grupo — surgidas de los oficios — eran fuertes y vivaces.²⁴

De este modo, agrega el mismo autor, “todo lo que el maquinismo todavía no ha realizado en materia de expropiación técnica de los obreros, el taylorismo lo realiza por medio de la organización del trabajo y, con eso mismo, viene a tomar el relevo del maquinismo y a imprimirle un nuevo impulso”.²⁵ (confróntese una afirmación simi-

²⁴ Coriat, *Science, Technique et Capital*, op. cit., p. 120.

²⁵ Coriat, op. cit., p. 133. En el mismo lugar, Coriat resume así su apreciación sobre “el papel histórico desempeñado por Taylor y el taylorismo”: “Todo cuanto Marx anuncia

lar de Paola Manacorda en cuanto a la relación que guarda la automatización con el taylorismo, su predecesor, incluida en la nota 19).

El taylorismo, iniciado en Estados Unidos, se extiende a Europa y se afirma allí bajo la presión de las necesidades de la producción de guerra, entre 1914 y 1918. En las fábricas *Renault*, la primera reacción contra el taylorismo es el abandono de la empresa por muchos obreros; después, en diciembre de 1912, estalla la primera huelga contra la nueva organización del trabajo; suspendida por tratativas, vuelve a comenzar el 10 de febrero de 1913 y termina el 26 de marzo, con la victoria de la patronal. La reconversión de las fábricas para la industria de guerra de 1914 termina de afirmar los nuevos métodos de organización del trabajo.²⁶

El siguiente paso, que completa el taylorismo, lo constituye la invención de la cadena de montaje, elemento central (pero no único) del método de explotación/dominación de la fuerza de trabajo concebido por Henry Ford y extendido luego a todo el mundo. Citemos nuevamente a Benjamín Coriat:

Ford, con la introducción de la *cadena*, realiza un desarrollo creador del taylorismo que lo lleva —desde el punto de vista del capital— a una especie de perfección. En efecto, la introducción de la cadena de montaje permite al mismo tiempo:

- incorporar los tiempos y movimientos en el maquinismo mismo;
- “desmigajar” y “parcelizar” en grados nunca alcanzados hasta entonces los gestos requeridos por parte del trabajo vivo;
- todo esto, haciendo posible una considerable intensificación del trabajo.

Y por supuesto es el trabajo muerto (la propia cadena) lo que constituye el fundamento del proceso de trabajo. No tiene pues nada de

en lo que se refiere a las *características específicamente capitalistas del proceso de trabajo* (parcelización de las tareas, incorporación del saber técnico en el maquinismo, carácter despótico de la dirección). Taylor, en lo que toca a él, *lo realiza*, o más exactamente le da una esfera de extensión que hasta entonces no tenía. El interés excepcional que presenta Taylor reside en que se trata de la expresión *consciente, concentrada y sistemática* de los intereses del capital en un momento estratégico de su historia. Hace conscientes a la burguesía los imperativos de la valorización del capital con relación a las formas a imprimir al proceso de trabajo, formas que Marx, en forma deductiva, anunciaba”

²⁶ Freyssenet, *op. cit.*, p. 43. En el mismo lugar, Freyssenet registra: “Alphonse Merrheim, secretario de la Federación de Metalúrgicos CGT, escribía en 1913 en *La Vie Ouvrière*: ‘La inteligencia es expulsada de los talleres y de las fábricas, no deben

sorprendente que la cadena fordiana, desde 1920, haya ganado terreno incesantemente y haya sido adoptada cuantas veces la naturaleza del producto lo permitía.

Taylorismo más fordismo determinan, entonces, un nuevo impulso de las fuerzas productivas y les imprimen hasta en sus aspectos materiales (como objetos físicos) características muy precisas. Si se trata de “una revolución de las condiciones de producción”, es una revolución interna al capital, en su beneficio y sobre cuyo proceso tiene el dominio completo.²⁷

Taylorismo y fordismo, con su trastrocamiento de las anteriores condiciones de trabajo, extienden el proceso de descalificación de la fuerza de trabajo, vuelven a ampliar las fronteras reales o potenciales del ejército industrial de reserva y operan una recomposición de la clase obrera. Nace lo que posteriormente se ha llamado el obrero-masa, el obrero de la cadena de montaje. La lucha para volver a anteriores formas de organización del trabajo es una lucha perdida, como se comprueba desde las primeras huelgas contra el taylorismo. La clase obrera no tarda en comprender que debe reorganizarse para hacer frente y derrotar el nuevo desafío desde adentro mismo de la producción.

De esa lucha fue naciendo una nueva forma de unidad y de articulación entre las diversas categorías y calificaciones de obreros crea-

quedar allí sino brazos sin cerebros, autómatas de carne y hueso adaptados a autómatas de hierro y de acero. Si esto es lo que se llama progreso, nosotros debemos estar contra esa forma de progreso. Pero esto no es el progreso. No se puede decir más claramente que la forma de desarrollo de las fuerzas productivas está dictada por las relaciones sociales de producción”.

²⁷ Coriat, *Science...*, p. 126. A todo lo cual el mismo autor agrega el siguiente comentario: “La idea de la ‘neutralidad’ de las técnicas tan fuertemente anclada entre los economistas y que corresponde a la tesis según la cual las máquinas, herramientas, medios de producción en general, poseen como objetos materiales características que son requeridas por las reglas ‘técnicas’ de su fabricación, tiene aquí un desmentido muy neto. Por supuesto, la técnica permanece. Pero antes que la técnica, está la política, la lucha de clases y la apropiación de la técnica por el capital. Lo cual explica y hace posible que las características técnicas sean las que exigen no la mayor eficacia del trabajo ‘en general’ —lo que en realidad no quiere decir nada: no se trabaja ‘en general’ sino siempre bajo determinadas relaciones de producción—, sino la maximización del producto (para hablar con rigor, hay que decir: del *plusvalor*) en las condiciones de una división del trabajo que asegura al capital el dominio sobre el proceso de trabajo. Recordemos que estos dos objetivos no son *contradictorios*. La instauración de la dominación es, en cierto modo, la condición de la extorsión máxima de plusvalor, por lo que ambos imperativos aparecen mucho más como complementarios”.

das por las modificaciones en el proceso de trabajo. Esas luchas estuvieron en la base del surgimiento en Estados Unidos, en los años treinta, de los grandes sindicatos de industria y del CIO, así como de las grandes movilizaciones y conquistas del 1936 en Francia. La incorporación de nuevas fuerzas obreras, muchas veces de origen campesino, a las fábricas, sólo transitoriamente tuvo el efecto de rebajamiento de la anterior conciencia obrera que buscaba el capital. Después de un tiempo, la recomposición de la clase, combinada con una situación favorable en el mercado de trabajo, dio origen a una mezcla explosiva para el mantenimiento de las condiciones de control del capital sobre el proceso productivo.

De esa combinación surgió, entre otros, el gran movimiento de masas que dio origen a los nuevos sindicatos industriales en Argentina en los años iniciales del peronismo (1944-1946) y a la formación de las comisiones internas como órganos unitarios y democráticos de control de los trabajadores dentro del proceso productivo. De ella, y de las viejas tradiciones del proletariado italiano, surgieron en la gran ola de luchas de 1968 y 1969 (especialmente en el llamado “otoño caliente” de 1969) los *consigli*, los consejos de fábrica que son hasta hoy, pese a los ataques incesantes de la patronal y a los procesos de burocratización interiores, la estructura de base de los grandes sindicatos unitarios italianos. La misma combinación fue operándose en Brasil durante los años del desarrollo capitalista estimulado por la dictadura militar, particularmente a partir de 1968, y de allí vinieron el impulso, las formas organizativas y los nuevos dirigentes de las huelgas entre 1978 y 1980 que renovaron el sindicalismo brasileño y dieron origen al Partido de los Trabajadores.²⁸

En este punto, durante los años setenta, la crisis y la resistencia obrera a las políticas de austeridad aceleraron la introducción de innovaciones tecnológicas desarrolladas a partir de la segunda post-

²⁸ La revista *Coyacán* ha publicado diversos artículos sobre esta temática. Véase el número 4: Francisco Leal, “La Oposición Sindical en el resurgimiento del proletariado brasileño”; Oposición Sindical, “Nuevas formas de organización obrera en Brasil”. Número 5: CEP, “Luchas obreras y desarrollo de la Ford en Gran Bretaña”; Adolfo Gilly, “Los consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia”. Número 6: Iris Santacruz Fabila, “Nueva industria y cambios en la clase obrera en México”. Número 7 y 8: Tullo Vigevani, “Sindicatos, comisiones de fábrica y reorganización del movimiento obrero en Brasil (1964-1979)”; Ronaldo Munck, “El movimiento sindical en Brasil y en Argentina: estudio comparativo”. Número 9: Gilberto Mathias, “Acumulación del

guerra y estimularon, en los países centrales, los procesos de automatización y nuevas modificaciones en el proceso de trabajo (estimulando, por eso mismo, la exportación de maquinaria en proceso de desvalorización a los países semindustrializados donde las condiciones de organización de la fuerza de trabajo no oponen la misma resistencia).

Automatización

La automatización, introducida todavía gradualmente en algunos procesos productivos y más aceleradamente en otros (según el carácter del proceso mismo, las disponibilidades de capital, las necesidades de aceleración de la circulación del capital, la resistencia obrera, etc.), constituye una nueva fase de la organización capitalista del trabajo. En relación con las técnicas de control de la fuerza de trabajo, reúne características comparables y objetivos idénticos a los de las anteriores fases de la innovación tecnológica, pero en forma mucho más concentrada. Su introducción es sumamente desigual, tanto en el interior de cada empresa,²⁹ como en una misma rama de industria, en diversos países o en diversas ramas de industria. Veremos más adelante las razones que tienden a hacer persistir y reproducir esta desigualdad.

En el informe antes citado, Paola Manacorda sostiene que, con relación a las anteriores tecnologías de mecanización, la automatización constituye “un efectivo salto cualitativo, y que su carácter innovador no está tanto en haber llevado hasta el límite extremo de velocidad y regularidad del proceso de transformación de la materia, si-

capital, proceso de trabajo y nuevas formas de las luchas obreras en América Latina”: John Humphrey, “Los obreros del automóvil y la clase obrera en Brasil”; Guillermo Almeyra, “La clase obrera en la Argentina actual”; Augusto Urteaga, “Autonomía obrera y restauración empresarial: una experiencia de comités de fábrica” También aparecen varios artículos relacionados con estos problemas en *Cuadernos Políticos*, núms. 24, 26 y 27.

²⁹ La *Fiat* italiana, por ejemplo, ha impulsado más la automatización en aquellos departamentos donde, por un lado, el proceso de trabajo la facilitaba, pero, por el otro, la resistencia obrera a trabajos pesados y nocivos era mayor y estimulaba las luchas en todo el establecimiento: soldadura, pintura, prensas. Dichas operaciones, en la planta similar de la *Fiat* brasileña, continúan realizándose con los métodos anteriores, con alta intensidad de trabajo vivo, pero con un fuerte control represivo-policial sobre éste, imposible en la empresa de Turín.

no en haber integrado en sí misma el *Sistema informativo de la Producción*, es decir tanto las informaciones sobre el proceso de transformación de la materia, cuanto las informaciones relativas al gasto (erogación) de fuerza de trabajo”.³⁰

Al controlar de este modo el gasto de fuerza de trabajo, impidiendo al mismo tiempo su control por parte del obrero ya que la información pasa a través del sistema automatizado al cual el trabajador está subordinado, la automatización viene a constituir la respuesta más avanzada, desde el punto de vista del capital, al problema que se había planteado Taylor y del cual partía toda su concepción.

“La gran mayoría de los obreros — anotaba Taylor — creen que si trabajaran a su velocidad óptima, causarían un daño considerable a la profesión provocando la desocupación de muchos de sus colegas” (...). “Debido a esta opinión falsa, una gran parte de los obreros de

³⁰ A lo cual agrega esta precisión: “Cuando hablamos de automatización, nos referimos a modificaciones tecnológicas bastante diversas, aunque todas derivadas de la misma tecnología de base, la tecnología electrónica, y de la misma concepción general, la de la integración del sistema informativo en el sistema productivo. Las diferencias entre los diversos tipos de automatización están constituidas por la mayor o menor integración de los dos procesos, por la mayor o menor globalidad y extensión de la automatización y, fundamental, por la relación entre automatización y organización de conjunto del trabajo”

Harley Shaiken explica así este control del gasto de fuerza de trabajo:

“El ‘sistema de administración de fábrica’ por computadora da a la administración la capacidad de efectuar estudio de tiempos tanto de la producción como de los trabajadores calificados durante 24 horas por día y 7 días por semana. El sistema une una gran computadora central con un microprocesador instalado en la máquina. Cuando la máquina funciona, esto es registrado en la gran computadora central. Cuando la máquina no produce una pieza en el tiempo asignado esto resulta evidente de inmediato no sólo para la computadora. Esa información aparece en una pantalla de televisión en la oficina del capataz y queda registrada en hojas especiales por la computadora. La pantalla de televisión da instrucciones al capataz para que vaya a la máquina e investigue el problema. La hoja impresa es enviada también a la administración superior para su análisis. Cada minuto de tiempo del trabajador es tomado en cuenta. El registro muestra con cuántos minutos de retraso regresó de su tiempo de comida y de reposo, cuántos minutos estuvo parada la máquina sin explicación y cuántos minutos de interrupción se registraron.

“Con este sistema ya no es el capataz quien decide disciplinar a los obreros. El se limita a cumplir las decisiones “automáticas” del sistema. Esto impide que el supervisor se vuelva ‘tolerante’ o ‘amistoso’ hacia el operador.

“En una fábrica donde se instaló este sistema, los obreros idearon rápidamente una manera de tomarse un descanso y dejar que la máquina funcionara ‘cortando aire’. Durante un tiempo, todo el mundo estuvo contento: los obreros podían controlar su ritmo de trabajo y las computadoras continuaban registrando sus números.

nuestros dos países (Estados Unidos y Gran Bretaña) *disminuyeron deliberadamente su ritmo de trabajo* a fin de disminuir la producción". A lo cual agrega esta observación penetrante: "difícilmente se encontrará en cualquier establecimiento moderno importante, cualquiera que sea el modo de pago de los salarios, un obrero competente que no dedique una parte importante de su tiempo a estudiar cuál es la *lentitud límite* a la cual puede ir, convenciendo al mismo tiempo a su patrón de que va a un ritmo normal".³¹ Tanto el sistema Taylor como el salario a destajo habían atacado este problema, pero no lo habían resuelto. Lo mismo ocurrió con la cadena: la clase obrera encontró los modos para recuperar el control sobre su propio gasto de fuerza de trabajo y para contrarrestar, al menos en parte, los efectos de las nuevas técnicas.

Mediante la automatización el capital lanza un nuevo asalto a fondo contra las líneas de defensa donde, a través de luchas y experiencias, se había atrincherado y lanzaba otra vez sus contraofensivas la clase obrera. La organización del trabajo, los equipos de trabajo, la división de tareas y los departamentos de fábrica sobre los cuales se basaban la organización de delegados y consejos de fábrica son cambiados y transformados por las nuevas tecnologías. Esto no

"Pero entonces la administración comparó la cantidad de piezas registradas con la cantidad de piezas producidas y contraatacó conectando la computadora directamente con el motor de la máquina. Cuando una máquina corta metal, consume más energía que cuando funciona en el vacío. De este modo, la administración podía decir cuándo realmente se estaban produciendo piezas. Se terminaron los descansos no autorizados.

"Este control gerencial sin precedentes sobre la fuerza de trabajo representa un cambio mayor en las condiciones de trabajo, cambio impuesto bajo la cobertura de la introducción de nueva tecnología. Si el objetivo fuera sólo reunir información, en cada máquina se instalaría una terminal de computadora y el trabajador podría registrar allí su producción al final de su turno. Entonces el trabajador estaría dando información a la computadora, en lugar de que la computadora estuviera controlando al trabajador.

"Los sistemas de información por computadora están establecidos de modo de colocar también al obrero especializado bajo un control patronal más estrecho. Muchas de las tradiciones de los obreros calificados adquiridas en dura lucha, tales como la prevención contra el estudio de tiempos, se ven así debilitadas y minadas por la base. En todas las áreas de la fábrica y en todos los turnos se llevan registros de las interrupciones del trabajo. Pueden llevarse en cada establecimiento aún de una empresa tan grande como la *General Motors* y pueden ser comparados para la investigación de diferentes tipos de respuesta ante determinada disciplina" (Harley Shaiken, "In These Times", *The Brave New World of Work in Auto*, New York, 19-25 de septiembre de 1979).

³¹ Coriat, *op. cit.*, pp. 111-112.

se produce instantáneamente, sino que es un proceso gradual y combinado con el mantenimiento en zonas extensas y mayoritarias de las anteriores formas de organización del trabajo. Pero el proceso ha sido puesto en camino, junto con otros métodos de ataque contra las posiciones conquistadas por los trabajadores.

Por ejemplo, el autocontrol por los obreros de ciertos ritmos y pausas del trabajo, reconquistado del taylorismo y de la cadena, vuelve a ser puesto en cuestión por un sistema que tiende a cerrar todos los poros del proceso productivo.

La penetración capilar de la informática en el proceso de trabajo ha tenido un efecto de compresión general de todos los tiempos en los cuales se basaba precedentemente el proceso productivo, reduciéndolos integralmente a la dimensión de “tiempo real”. Tendencialmente, cada fracción de tiempo muerto conexas a la transmisión-decisión- retrasmisión de directivas viene reducida a cero, reduciendo integralmente el tiempo de fábrica a tiempo directamente productivo (es decir, a tiempo que se incorpora totalmente al producto).³²

No hace falta decir que la crisis, y sus formas específicas en la segunda mitad de los años setenta e inicios de los ochenta, resulta un

³² Marco Revelli, “La informática, dueña de la fábrica”, en *Dossier lavoro de la Manifesto*. En este mismo artículo agrega Revelli: “Esta posibilidad de arrancar al obrero cuotas mayores de trabajo en el mismo arco de tiempo pasa por otro efecto significativo inducido por la informatización de la fábrica, el que podríamos llamar ‘efecto de desorientación’, conectado con la facultad del capital de modificar continuamente su propia morfología trastrocando la relación espacio-temporal en el interior del ciclo productivo. La facultad obrera de percibir y controlar las cuotas de trabajo erogado e incorporado a la mercancía —elemento de fuerza en el ciclo de luchas del último decenio— se basaba, en efecto, en la capacidad de establecer un nexo inmediato entre tiempo de trabajo y cantidad de producto (número de piezas en la unidad de tiempo), capacidad relacionada con la repetición de operaciones iguales según un orden siempre igual a sí mismo y con la posibilidad de medir los tiempos de la producción sobre un recorrido fijo en el cual el ‘hacerse’ de la mercancía era inmediatamente ubicable. Con la facultad del capital de cambiar rápidamente el tipo de producto que pasa por el flujo de la producción y de modificar continuamente el recorrido productivo cambiando en orden diverso los segmentos del proceso productivo la dimensión temporal resulta dilatada y comprometida según una lógica y un orden totalmente comandados por el capital y cada vez menos cognoscibles la fuerza de trabajo, a punto tal que resulta realizar un efectivo control obrero sobre la productividad del propio trabajo, es decir sobre la cantidad de trabajo erogado en la unidad de tiempo. Es todo un patrimonio de inteligencia técnico-científica obrera, acumulada en años de experiencia dentro del capital, hecha de trucos y sabiduría, de maniobras y de refinado análisis de las tareas, que es arrasado con brutalidad”

poderoso estimulante de este proceso de cambios. La incorporación de la informática permite abrir otros frentes de ataque del capital contra la fuerza de trabajo mediante:

- Una aceleración del proceso de descalificación/recalificación, que debilita las posiciones de la clase obrera y facilita el aumento del *turn over* cuando los sindicatos no están en condiciones de resistir.
- Una descentralización de la producción en diversos países o en diversos establecimientos en el mismo país, que permite al capital sortear los focos de resistencia obrera en tal o cual punto del proceso productivo desviando esa producción sobre otro establecimiento o importando partes del producto o el producto entero de sus filiales en el exterior. Esto pueden hacerlo hoy tanto la *Volkswagen* como la *Renault*, y es uno de los motivos de preocupación de los trabajadores estadounidenses de la *General Motors* con relación a la construcción del moderno establecimiento de Ramos Arizpe, Coahuila. La *Fiat* importa motores de sus filiales en Polonia, España y Brasil y los monta en carrocerías fabricadas en Italia, así como las maquiladoras producen en México partes enteras de los aparatos electrónicos que se montan en Estados Unidos.³³

³³ Pino Ferraris, en "*Fiat Import*", *Il Manifesto*, 24 de enero de 1981, dice: "En 1979 la *Fiat*, importando a Italia más de 60 000 autos fabricados en el exterior, conquistaba el puesto del sexto exportador en nuestro país, por encima de la *Opel* y apenas por debajo de la *Talbot*. En 1980, seguramente, habrá subido más en la lista. No sabemos todavía cuánto importó la *Fiat* de Polonia y de España, pero *Business Week* nos informa que, sólo del Brasil, llegaron a Italia 150 000 motores y varios miles de autos del modelo "127". Con la caída de la *Fiat* exportadora (-20 % en 1980) y con el crecimiento de la *Fiat* importadora, Agnelli parece calificarse como un útil colaborador de la buena marcha de nuestra balanza comercial". El año 1980 fue de huelgas por despidos y suspensiones masivas en la *Fiat*, pese a lo cual la productividad del trabajo, según cálculos de Ferraris, habría aumentado hasta un 20 % en ese período.

El proyecto más característico de esta tendencia es tal vez el nuevo "auto mundial" (*worldcar*) lanzado a partir de 1981 tanto por la *Ford* como por la *General Motors*. Dice al respecto Harley Shaiken: "Además de las nuevas formas de automatización en la fábrica, la tecnología de las computadoras está cambiando la forma en que las corporaciones operan a escala global. Las computadoras y las telecomunicaciones permiten que las decisiones básicas se tomen en la casa matriz, mientras la fabricación se descentraliza por todo el mundo para explotar los bajos salarios y otras ventajas en el exterior. *Ford*, por ejemplo, acaba de completar un nuevo centro de computación de 10 millones de dólares en Dearborn, suburbio de Detroit. Durante el día, 5000 ingenieros y técnicos en todo Estados Unidos alimentan el sistema, y por la noche sus colegas en Gran Bretaña, Alemania, Suiza y España pueden tener acceso a la misma información y así trabajar en el mismo proyecto. Respondiendo a las decisiones básicas tomadas en

- Una descomposición y recomposición de las tareas según nuevas líneas, determinadas por el capital para contrarrestar, absorber o disolver las formas de resistencia obrera.

- Una desconcentración mayor, en pequeños establecimientos subsidiarios, de parte de la producción de la gran fábrica, disminuyendo el blanco que ésta ofrece a las luchas obreras y tratando de debilitarla como lugar principal de organización del sindicato, al mismo tiempo que mantiene el cinturón protector frente a la crisis y las luchas obreras constituido por muchas empresas pequeñas y medianas.

- Una creciente separación, en la fuerza de trabajo, entre el proceso de ideación, cada vez más expropiado al obrero de fábrica y concentrado en un número cada vez más reducido de técnicos, y el proceso de ejecución, simplificado y parcelizado al máximo y desprovisto cada vez más de todo contenido concreto. Dentro del sector obrero se opera a su vez otra separación entre una categoría de *gestores del sistema automático*, con cierto conocimiento de su funcionamiento y ciertas posibilidades de intervenir en él, y otra de *alimentadores y controladores* pasivos, con exclusivas funciones de vi-

Dearborn, los técnicos de *Ford* en todo el mundo están en condiciones de relacionarse entre sí como si estuvieran en la misma habitación.

“El nuevo auto mundial de *Ford* es un producto de este tipo de tecnología de computadoras. Aunque *Ford* lo presenta en Estados Unidos como un ‘luchador contra importaciones’, las partes del auto se fabrican en doce países del mundo, desde Yugoslavia hasta Brasil. “Al mismo tiempo que pide restricciones a la importación de vehículos armados, *Ford* está expandiendo su (propia importación) de motores, transmisiones y componentes electrónicos”, declaró al *Wall Street Journal* William Niskanen Jr., ex director económico de *Ford*. (...)”

Este proceso interesa directamente a México, como lo explica a continuación el mismo ensayo:

“La tendencia hacia ‘fuentes’ extranjeras, como se la conoce en la industria, se ve en la construcción de fábricas de motores en México. *General Motors* está construyendo una planta capaz de producir 500 000 motores de seis cilindros por año; *Chrysler* está duplicando la capacidad anual de su fábrica, aún no terminada, hasta 440 000 unidades; *Ford* está construyendo una fábrica que producirá inicialmente 500 000 motores o más, y *Volkswagen* ha cancelado planes para una fábrica de motores en Estados Unidos a cambio de una expansión de 300 000 unidades de su actual fábrica mexicana. El mercado mexicano del automóvil, aunque crece rápidamente, no se espera que supere los 500 000 autos anuales en 1985, dejando así una buena parte de estos 1 700 000 motores para exportación a Estados Unidos” (Harley Saiken, “*The New World Car*” en *The Nation*, New York, 11 de octubre de 19807).

gilancia. Estas características están siendo ahora extendidas rápidamente al trabajo de oficina.

- En el sector de los técnicos, una misma separación entre funciones de ideación y funciones de rutina que en el sector obrero, y mismos procesos de descalificación/recalificación.

- Nuevas posibilidades de potenciar el trabajo a domicilio, subordinándolo bajo nuevas formas a la gran producción industrial y agregando así otro elemento de presión sobre la fuerza de trabajo (en lo que constituye una ampliación parcial y disimulada del ejército industrial de reserva). Según Paola Manacorda, en Estados Unidos comienza a abrirse camino “la tendencia a la desaparición del lugar físico del trabajo colectivo y a la extensión del trabajo a domicilio ligado al lugar de trabajo mediante terminal”.

Todas estas son, evidentemente, tendencias contrarrestadas por otras contratendencias, y no procesos cumplidos y terminados.³⁴ En vastísimos sectores la automatización es todavía cosa del futuro, y en otros la automatización crea nuevas tareas no automatizables, generalmente trabajos realizados por fuerza de trabajo no calificada y menos pagada. Según Manacorda, en teoría la automatización ya está prácticamente completada en la industria de ciclo continuo, mientras que en la industria de ciclo discreto el obstáculo actual reside en la limitación de la tecnología (a su vez determinada por las ingentes cantidades de capital necesarias al estudio y puesta a punto de ulteriores progresos). En los servicios, todos los no personalizados (correos, transporte, etc.), pueden automatizarse al estado actual de la tecnología, no así los personalizados (sanidad, enseñanza, etc.). “En éstos el proceso productivo no es automatizable no tanto por defecto de tecnología, sino por insuficiente conocimiento analítico del propio proceso y por lo tanto imposibilidad de su reproducción uniforme”. Por otro lado, agrega, “el costo que comporta no tanto la tecnología cuanto el estudio y la simulación de las tareas y su inserción en un proceso integrado se justifica sólo cuando no haya disponible fuerza de trabajo a bajo costo y más flexible que la tecnología”.

³⁴ Al respecto, véase Gianni Rigacci, *Reestructuración y reorganización en las fábricas italianas*, en *Coyoacán*, México, núm. 14, 1981.

La misma autora, en otro trabajo,³⁵ observa:

en el curso del progreso de la tecnología ha habido una promesa constante de reducción de la fatiga, a la cual ha correspondido en la realidad, en cambio, una continua *sustitución* de formas de fatiga diversas: desde la *muscular*, anterior al maquinismo, y la *nerviosa*, introducida precisamente por el maquinismo con la necesidad de hacer frente a mecanismos del tipo estímulo-respuesta, hasta la que hoy parece presentarse como fatiga típica de las formas de trabajo automatizado, es decir la fatiga *mental*. Esta consiste no ya en la serie de mecanismos de respuesta a estímulos, sino en la necesidad de *entrar en un esquema lógico desconocido*, y de adaptarse a él.

Lo cual nos lleva a un último problema: qué posibilidades tienen los trabajadores de recuperar el conocimiento del ciclo productivo y, en consecuencia, de restablecer formas de control sobre él, reorganizando sus líneas de defensa y de ataque contra el capital desde el interior mismo de los nuevos procesos de trabajo.

La automatización, en la medida en que se extienda, lleva en sí un posibilidad de revolucionarización permanente del proceso de trabajo; o, si se quiere usar la vieja metáfora, el paso por parte del capital a una “guerra de movimientos” contra la fuerza de trabajo en el terreno mismo donde ésta se atrinchera para una “guerra de posiciones”: en la organización del trabajo. Esa posibilidad, está contenida no en la tecnología de la automatización (o sea, no es una cuestión “técnica”), sino en un hecho social: el capital conoce el proyecto del proceso productivo y su lógica; la fuerza de trabajo es despojada, por el ritmo mismo de los cambios, de la posibilidad de conocerlo. El capital tiene la iniciativa en la división del trabajo a escala del establecimiento, de la empresa, del territorio nacional, de la rama de industria y a nivel internacional; la fuerza de trabajo sufre esa iniciativa, es su objeto. Puede resistir, y lo hace, a veces con relativo éxito. Pero sus líneas vuelven a ser desbordadas. No tiene en sus manos la clave de la iniciativa, el poder en la sociedad: es la ley del sistema y el secreto último del proceso de valorización del capital.

Siendo esa la ley, la organización de la producción y del trabajo es

³⁵ Manacorda: y otros *L'automazione entra nella fabbrica negli uffici*, en *Dossier...*, op. cit.

un *secreto*, que pertenece por derecho y por entero al capital. Es lo que constata Manacorda en el informe citado:

En teoría, sería totalmente hipotizable una organización en la cual los trabajadores producen, controlan, actualizan y mantienen el sistema automatizado; en la práctica, la tecnología es producida en general fuera del establecimiento, es *un dato* que la clase obrera encuentra frente a sí, y en torno a ella debe recomponer y hacer progresar sus propios conocimientos y capacidades de control.

La cantidad de proyecto y control que está insertada en un sistema automatizado es, en efecto, tal que excluye que el trabajador individual pueda intervenir para modificarla, o incluso solamente que, gestionándola pasivamente, pueda aprender a conocerla en profundidad. Lo que el obrero del sistema ve es la apariencia del proceso de trabajo, no su lógica intrínseca, porque no le es dado conocer el proyecto lógico que está detrás. De esto parece derivar, en definitiva, a nivel de la subjetividad, el sentido de no estar sometido como en la cadena, sino de ser propiamente un engranaje del sistema, una parte de éste que deba plegarse a su lógica.

¿Ha conseguido entonces el capital, con la automatización, traspasar la última línea defensiva de su antagonista? ¿Ha expropiado e incorporado a sí mismo todos los conocimientos, todo el antiguo saber obrero, logrando así el objetivo de reducir el proceso de trabajo a puro gasto de fuerza de trabajo, sin pensamiento y sin iniciativa? ¿Todo trabajo se ha convertido en puro trabajo abstracto e intercambiable? ¿Llegó, pues, a la última frontera y sólo le falta universalizar el uso de la automatización e instalarse en ella indefinidamente?

Si bien desde el punto de vista del capital éste parecería ser el caso, basta que extienda la mano para que los frutos se alejen. La automatización lleva a un punto crítico todas las contradicciones del modo de producción capitalista y desde el punto de vista opuesto, el del trabajador colectivo, lleva a la necesidad objetiva de generalizar la lucha de fábrica en lucha política, y de fundar ineludiblemente ésta en aquélla, porque enfrentar al capital en la fábrica se vuelve imposible sin dominar el conjunto del proceso de producción social. Son los mismos obstáculos que la automatización alza frente a la lucha de los asalariados los que obligan a ésta a adquirir un carácter político, es decir, a abarcar críticamente al conjunto de las relaciones sociales opiniéndoles su proyecto comunista.

El informe de Paola Manacorda plantea algunos de esos obstáculos:

Hay una posible estrategia de *reapropiación del control*, entendida no sólo como conocimiento del entero proceso productivo, sino sobre todo como posibilidad de intervenir en él. Esta posibilidad se vuelve técnicamente realizable por las tecnologías electrónicas, precisamente por su capacidad de permitir un control capilar sobre todas las fases del trabajo; por lo tanto, esto parecería requerir sólo un potencial de movilización y de lucha para ser puesto en práctica. Pero incluso con relación a esta perspectiva estratégica hay una serie de problemas importantes.

Ante todo, la real dificultad para los trabajadores de reapropiarse de los conocimientos científicos y técnicos incorporados en el sistema. Si es cierto que la máquina tradicional había incorporado el conocimiento obrero en términos de energía a emplear, material a utilizar, movimientos a realizar; también es cierto que el sistema automático incorpora todo esto, más un mecanismo de coordinación de las fases que no proviene directamente de la "ciencia obrera", o que por lo menos se encuentra en el sistema con un grado de "intensidad de conocimiento" no inmediatamente abordable por la subjetividad obrera.

Con esto no se quiere decir que tal reconstrucción sea imposible, sino sólo que la cantidad de "ciencia", entendida como formalización de los lenguajes, uso de modelos matemáticos para la simulación de los procesos decisionales, recurso a estructuras lógicas complejas para el gobierno del sistema, convierte a la reconstrucción del conjunto del proceso productivo en una tarea mucho más ardua que el simple conocimiento de "qué sabe hacer el robot" o "qué hay que hacer para obtener su funcionamiento". No es indiferente para este problema también la cuestión de las dimensiones del proceso y de la cantidad de trabajadores involucrados en él. Si el proceso entero se basa en 130 000 trabajadores, en parte descentralizados, ¿cuáles son las posibilidades de reconstruirlo a partir de grupos homogéneos (grupos de departamento) lo suficientemente pequeños como para tener la oportunidad de expresar conocimientos concretos y subjetividad?

Es posible refundar un proceso productivo con objetivos de "liberación del trabajo", es decir de asunción de responsabilidades decisionales a nivel colectivo, de posibilidades de autocontrol de la erogación de la fuerza de trabajo, de determinación de los contenidos del trabajo, todo esto a *tecnología dada*, aunque no a *organización dada*. Probablemente esto es posible dando al término "control y proyectación del ciclo" un significado más amplio, que se refiera cada vez menos a las modalidades concretas de la transformación de la materia, y cada vez más a las modalidades de gestión de la información, ya sea la relativa a la transformación de la materia, ya sea, sobre todo, la que se refiere a la erogación de la fuerza de trabajo.

Las reflexiones y el razonamiento de esta extensa cita y la serie —inconclusa— de problemas que ella plantea, nos reconducen a lo antes dicho. Con la automatización, el capital parece haber terminado su tarea de expropiación de los productores directos, primero de sus medios de producción, finalmente de su saber y su pensamiento. Por lo mismo, ha llegado a maduración última la vieja consigna de Marx, la expropiación de los expropiadores, sola que puede dar una razón y una estrategia a las innumerables luchas parciales y sin cuyo objetivo global éstas se ven cada vez más condenadas a una defensiva que, en lugar de permitir mantener las posiciones alcanzadas, se ve permanentemente desbordada y desorganizada por el dinamismo y la iniciativa del capital.

Pero, a su vez, la automatización tiene su propio límite en el modo de producción capitalista y crea, por otro lado, nuevas potencias de lucha en los trabajadores. En primer lugar, no sólo por cuestiones técnicas sino por los imperativos del proceso de valorización, el capital no extiende la automatización a todas las ramas o a todas las empresas de una rama (ni aun a todos los departamentos de una empresa). Como recuerda Mandel:³⁶

Una vez entendida la esfera de la producción del capitalismo tardío como una unidad contradictoria de empresas no automatizadas, semiautomatizadas y automatizadas (en la industria y en la agricultura y por tanto en todos los sectores de la producción de mercancías), se hace evidente que el capital, por su propia naturaleza, *debe* oponer una creciente resistencia a la automatización después de cierto límite. Las formas de esta resistencia incluyen el uso de mano de obra barata en las ramas semiautomatizadas de la industria (como el trabajo femenino y juvenil en las industrias de textiles, alimentos y bebidas), que amplía el umbral de rentabilidad para la introducción de los sistemas plenamente automatizados; los cambios constantes y la competencia mutua en la producción de los sistemas de máquinas automatizadas, que impiden el abaratamiento de estos sistemas y de este modo su introducción más rápida en otras ramas de la industria; la búsqueda de nuevos valores de uso, que se producen primero en empresas no automatizadas o semiautomatizadas, etcétera. El punto más importante es que, así como en la primera fase de la gran industria operada por maquinaria las grandes máquinas no fueron producidas por máquinas, sino por el trabajo vivo, así en la actual primera etapa de la automatización las

³⁶ Mandel, *El capitalismo tardío*, op. cit., p. 202-203.

piezas de las máquinas automáticas no son construidas automáticamente, sino en la línea de ensamble. De hecho, la industria que produce medios de producción electrónicos tiene una composición orgánica de capital *notablemente baja*.

En segundo lugar, hay un límite absoluto para la automatización dentro de las leyes mismas del modo de producción. Dice el mismo autor, a continuación de las líneas precedentes:

La producción automática de máquinas automáticas constituirá por lo tanto un nuevo viraje cualitativo, igual en significado al surgimiento de la producción maquinizada de máquinas a mediados del siglo pasado (...) Estamos aquí frente al límite inherente absoluto del modo de producción capitalista. Este límite absoluto no reside ni en la penetración total del capitalismo en el mercado mundial (es decir, la eliminación de las esferas de producción no capitalistas), como creía Rosa Luxemburgo, ni en la imposibilidad final de valorizar el total de capital acumulado, como creía Henryk Grossman. Ese límite reside en el hecho de que la masa de plusvalía misma disminuye como resultado de la eliminación del trabajo vivo del proceso de producción en el transcurso de la etapa final de mecanización-automatización. El capitalismo es incompatible con la producción completamente automatizada en toda la industria y la agricultura, debido a que ello ya no permite la creación de plusvalía o la valorización del capital. Es imposible, por tanto, que la automatización se extienda a toda la esfera de la producción en la era del capitalismo tardío.

En realidad, como anota más adelante:

la automatización capitalista en cuanto desarrollo poderoso tanto de las fuerzas productivas del trabajo como de las fuerzas destructivas y enajenantes de la mercancía y el capital, viene a ser la quintaesencia objetivada de las antinomias inherentes al modo de producción capitalista.

En tercer lugar, finalmente, la automatización, sobre todo en la forma en que ella existe en la realidad del modo de producción capitalista, combinada con la semiautomatización o la simple maquinización, no elimina ni puede eliminar la figura del trabajador colectivo ni, por lo tanto, su pensamiento y su conciencia, que no empiezan ni se agotan en el proceso de trabajo aunque en éste se ubique su punto de fricción más agudo con el capital. Al expropiar capacidades y conocimientos al trabajador individual, la automatización

plantea nuevos problemas al obrero colectivo, en la medida en que al despojar de contenido concreto al proceso de trabajo llevando al extremo los aspectos rutinarios ya contenidos en el taylorismo, exacerba también el contenido de explotación que es el sustento del proceso de valorización.

Pero, al mismo tiempo, la automatización presenta por primera vez ante los ojos de los productores directos, después del largo proceso de expropiación de sus medios de trabajo y de los conocimientos del oficio, los instrumentos y la posibilidad de reapropiarse inteligentemente el conocimiento y el control del conjunto del proceso productivo global. Y si el dominio del proceso y de los instrumentos de trabajo en forma individual había llegado a una especie de virtuosismo en el maestro artesano, la automatización crea las condiciones de su reapropiación, infinitamente ampliada, pero sólo posible en forma colectiva y como productor colectivo. Es decir, ella ofrece los medios materiales para la realización del proyecto social de la clase obrera, su programa socialista, incluida la superación de la división manual e intelectual del trabajo y del carácter mercantil de la fuerza de trabajo; o sea, la abolición del asalariado.

Pero apropiarse de esos medios materiales exige romper los lazos de las relaciones sociales de producción capitalistas que los aprisionan y ponerlos al servicio y bajo el control de la inteligencia colectiva de los productores democráticamente organizados. La automatización, el arma más moderna del capitalismo para desorganizar las filas de la clase obrera, coloca a ésta, colectivamente, ante su propio programa socialista. En ese sentido las batallas de clase por el control de las condiciones de organización del trabajo, en la forma compleja y desigual que ésta asume internacionalmente y en cada país, deben ser hoy, más que nunca, una escuela de socialismo si es que al mismo tiempo han de dar resultados prácticos e inmediatos en cada lugar de trabajo.

Febrero de 1981.

Rápido despliegue y guerra nuclear

La estrategia militar de Reagan

Andrew Winnick

El aparato militar

Está en camino la formación de un aparato militar: el más grande que haya emprendido cualquier país en la historia del mundo, con la excepción de Estados Unidos y Alemania al comienzo de la segunda guerra mundial. Por ejemplo, hay planes de que la marina norteamericana aumente su caudal de barcos de 400 a 700, y se planea un aumento en el arsenal nuclear norteamericano: de cerca de 25 000 puntas de combate que hay ahora, a un nuevo total de más de 42 000, un salto de un 70 %. Está en marcha el desarrollo de una Fuerza de Rápido Despliegue de 100 000 hombres, formado en parte con unidades reorganizadas y en parte con unidades nuevas. Se planea un nuevo sistema para el depósito de armas que almacenará grandes cantidades de equipo militar norteamericano: tanques, helicópteros, transportadores blindados de tripulación, artillería, municiones, y piezas de repuesto. Se instalarán en bases militares recién construidas, o que se planea construir, en varios lugares del mundo. También hay planes para el despliegue de dos nuevas completas generaciones de bombarderos (los B-I y los Stealth), una nueva generación de tanques (los MX-I) y de transportadores blindados de tripulación, una nueva generación de submarinos nucleares armados con misiles intercontinentales (los Trident). Y luego, por supuesto, están los nuevos sistemas de misiles: los Cruise, los Pershing II y los MX. Y en la cima de todo esto, se ha decidido renovar la investigación y el despliegue de nuevas armas químicas, y desplegar la bomba de neutrones, que destruye a la gente pero no a las cosas. Lo que esta-

mos viendo es el reequipamiento total de la más grande fuerza militar que el mundo haya visto jamás.

Lo que está pasando no es un simple resultado de las políticas de Reagan, aunque Reagan ha acelerado el proceso en gran parte. Salvo algunas decisiones específicas de sistemas de armamento —como los bombarderos B-1 y la bomba de neutrones— muchos de estos planes de expansión empezaron desde el gobierno de Carter. El desarrollo del submarino Trident, la Fuerza de Rápido Despliegue, la instalación de depósitos militares como el de la Isla Diego García en el Océano Índico, y los sistemas de misiles Pershing y Cruise empezaron todos bajo el gobierno de Carter. La embestida general de este aparato militar surge tanto de elementos importantes en los partidos demócrata y republicano, como de la estructura corporativa de los Estados Unidos. El aparato militar es seis veces más grande que el que se usó en la guerra de Vietnam. Es una virtual duplicación de los gastos militares que Estados Unidos hace anualmente: el doble de los ya extendidos niveles que el gobierno de Carter alcanzó en sus últimos años.

A pesar de esta historia, es necesario comprender el alcance del compromiso que tiene el gobierno de Reagan con este aparato militar, y entender que este rearmamento se busca teniendo enfrente a la oposición casi unánime de los principales economistas en los Estados Unidos. De la extrema izquierda a la extrema derecha, los economistas y los principales hombres de negocios han insistido en que las consecuencias económicas de la rápida expansión de los gastos militares pueden ser catastróficas para la economía norteamericana, causando déficit presupuestales enormes y nunca vistos, altas tasas de interés que debilitarán la economía, y un aumento completo de la inflación. Pero esto no ha disuadido a Reagan. ¿Por qué? ¿Qué presiones lo mueven para seguir con sus planes? ¿Qué tipo de pensamiento está detrás del tal furor y de tal disposición a correr el riesgo de traer lamentables consecuencias económicas para los Estados Unidos?

Estas son las preguntas clave: ¿por qué se está dando esta gran expansión militar norteamericana, y por qué se está dando ahora en la forma particular en que la vemos? ¿Es simplemente el resultado de una manía de echar a andar aparatos militares? ¿Se debe simplemente a la presión económica de proporcionar dinero y ganancias a la industria de la guerra, a pesar de las consecuencias para el resto de

la economía? ¿Es esto un simple resultado de los personales sueños locos que persiguen unos cuantos líderes? La respuesta a todas estas preguntas, y a las que siguieran por el estilo, es: No. No estamos tratando con tontos ni con gente que carezca de una visión estratégica. En los altos niveles de la estructura del poder norteamericano, hay una concepción muy clara de lo que están haciendo y de por qué lo están haciendo. Hay una concepción muy clara de las estrategias subyacentes que imponen, en la mayoría de los casos, la elección de los sistemas de armamento que van a desarrollar.

Simultáneamente, se busca ejecutar tres visiones estratégicas. Y Estados Unidos intenta cumplir las tres al mismo tiempo: una razón crucial de por qué el costo es tan alto. Aunque estas estrategias no están desvinculadas, tienen un enfoque distinto, hasta un extremo impactante. Así que de principio hay que ver cada una de ellas por separado.

Contención e intervención en el Tercer Mundo

La primera concepción estratégica es que Estados Unidos necesita prepararse militarmente para responder, con nuevas formas, a las luchas de liberación y otros sucesos en el Tercer Mundo. Hay la convicción de que, a pesar de la anterior capacidad y los esfuerzos militares norteamericanos, han fallado con mucho los intentos de bloquear militarmente las luchas de liberación del Tercer Mundo, y Estados Unidos no se ha sentido capaz de intervenir en otras situaciones donde quiso hacerlo: Libia es un ejemplo que se ha mencionado muchas veces.

Obviamente, la experiencia de Vietnam fue decisiva para dejar sentir esa percepción de impotencia: Estados Unidos había sufrido su primera gran derrota militar. Pero los líderes norteamericanos han visto el caso de Vietnam tan sólo como parte de un patrón más amplio. Comprendieron que una vez que un movimiento guerrillero de liberación ha desarrollado una fuerte presencia militar y cuenta con una base popular, ya sólo puede ser bloqueado —si es que puede ser bloqueado— con un despliegue militar de tan gran escala, que resultaría económica, e incluso militarmente, insostenible.

Así, en 1975 el deseo de Kissinger y el Pentágono de intervenir en

Angola militarmente (no tan sólo por medio de la ayuda militar y las operaciones secretas) fue bloqueado por fuerzas políticas del sistema norteamericano que, al tiempo que no querían ver triunfar ahí el movimiento de liberación, tampoco estaban dispuestas, viendo las consecuencias de Vietnam, a enfrentar los riesgos políticos, económicos y militares que encierra una intervención armada directa.

De ahí en adelante, Estados Unidos buscó una estrategia alternativa. Esto era aceptar que tal vez Estados Unidos ya no tenía la capacidad política o militar para detener un determinado movimiento de liberación nacional, pero que aún podía ser capaz de desviarlo hacia una dirección aceptable. Esta alternativa pasó por tres pruebas principales: en Zimbabwe (Rhodesia), Nicaragua, e Irán. Pero la estrategia fracasó en cada uno de estos casos. Esta alternativa política admitía la imposibilidad de seguir apoyando eternamente a las dictaduras militares pro-norteamericanas o de gobiernos minoritarios de blancos. La estrategia alternativa también admitía que los movimientos populares de democracia y de liberación nacional se habían vuelto prácticamente imparable, y de que en gran parte estos movimientos se desarrollaban como una respuesta a las prácticas de gobiernos represivos. Sin embargo, Estados Unidos esperaba canalizar los movimientos populares para hacer arreglos políticos y económicos que coincidieran con los intereses norteamericanos. Esto se haría identificando y detectando a las clases medias y los sectores de la sociedad “pragmáticos”, “orientados a los negocios”, y tratando de ayudarlos para que adquirieran poder, retirando la ayuda al régimen dictatorial o de minoría blanca (de Rhodesia o de Somoza o del Sha) en un momento crucial (muchas veces con el disgusto de ciertos elementos dentro del sistema norteamericano que tenían una cercanía particular con ese régimen). La esperanza era instalar en el poder, en esas sociedades, un elemento pro-negocios, pro-capitalismo, pro-occidental, para no tener un gobierno más populista o socialista. Pero la estrategia no funcionó en ninguno de estos lugares.

Aunque pluralista, el gobierno que llegó al poder en Nicaragua no ha sido tan pro-negocios, pro-capitalista o tan pro-norteamericano como se esperó en un principio; en vez de eso se ha vuelto más populista y más de izquierda de lo que Estados Unidos considera aceptable. La estrategia no funcionó en Zimbabwe, donde Estados Uni-

dos tuvo que aceptar unas elecciones de las que surgió un gobierno que resultó mucho más antagónico de lo que se esperaba contra las posiciones norteamericanas. Y obviamente no funcionó en Irán, donde, en vez de instalar y solidificar el gobierno pro-negocios, pro-occidente de Bajtiar, llegó al poder un Jomeini rotundamente anti-norteamericano.

En todos estos casos, Estados Unidos vio que no funcionaba su política de “tercera fuerza”, de “punto intermedio”. La lección de Vietnam se reforzó con la experiencia más reciente en El Salvador, donde el apuntalamiento de un impopular régimen militar —con dinero, armas y consejeros militares norteamericanos— está teniendo poco éxito contra un movimiento armado de liberación con una base sustancial en las masas, con zonas liberadas desde las que operar, y sofisticación militar. De un modo parecido, la experiencia en Nicaragua fue muy frustrante. Los esfuerzos para lograr la desestabilización política y económica, y los ostensibles esfuerzos ocultos para presionar militarmente (apoyando a los Contras) tuvieron pocas probabilidades de hacer algo más que contener las acciones del gobierno nicaragüense. De hecho, esos esfuerzos aumentaron el riesgo de una guerra regional a gran escala. Incluso el presidente en curso del Estado Mayor Conjunto norteamericano admitió públicamente que una guerra así sería un desastre si no se cuenta con el apoyo político en los Estados Unidos para lo que, necesariamente, sería una guerra larga. (La ayuda a movimientos guerrilleros “amistosos” en Angola y Afganistán, lo mismo que en Nicaragua, indica que ésta puede ser una nueva técnica puesta a prueba).

Empezada a fines de los setenta, bajo el gobierno de Carter, y acelerándose después en los años de Reagan, está surgiendo una nueva estrategia. Durante el gobierno de Carter se decidió que el único modo exitoso de “bloquear” la llegada al poder de movimientos de liberación “izquierdistas” es actuar de un modo contundente, rápido y en un escenario “anticipado”. En esta nueva estrategia es necesario intervenir antes de que el movimiento nacional de liberación adquiera mucha fuerza militar, antes de que desarrolle un amplio y sofisticado movimiento de guerrilla, y antes de que controle importantes zonas liberadas desde las cuales operar. Pero la necesidad de intervenir con gran rapidez y sorpresa fue dictada por consideraciones tanto políticas como militares. Estados Unidos es práctica-

mente el único país en el mundo dispuesto a arriesgar una intervención militar así. En Europa Occidental casi no hay apoyo para este tipo de política. De ahí que, si tal intervención se tomara un periodo considerable de tiempo —lo cual significa *meses*, no años— casi con toda certeza se dará un movimiento de respuesta mundial en las Naciones Unidas e incluso entre los aliados europeos, de modo que la intervención sostenida se volvería menos viable políticamente. También hay un miedo real a que vuelva a surgir un movimiento norteamericano contra la guerra, y que tome forma con más rapidez de lo que ocurrió en los sesenta. (En el aumento de este miedo, desempeñó un papel muy importante el éxito de los elementos progresistas norteamericanos para movilizarse rápidamente en torno a las cuestiones de El Salvador y Nicaragua).

Así, el elemento clave en esta nueva estrategia es que Estados Unidos debe ser capaz de la intervención militar contundente, y que debe hacerlo casi de manera instantánea. Con ese fin se decidió desarrollar la Fuerza de Rápido Despliegue. La FRD está diseñada para colocar tropas de combate de 20 000 hombres en cualquier parte del mundo en un término de 24 horas, y otras de 100 000 en una semana o diez días. Este es el propósito de la FRD: una intervención militar instantánea y contundente.

A fines de los setenta, Estados Unidos no tenía la capacidad de colocar en el lugar necesario a las tropas de combate y mucho menos al equipo pesado necesario (tanques, transportes blindados para tripulación, artillería, helicópteros) y las municiones requeridas. Pero ahora se han reorganizado las divisiones de transporte aéreo 101 y 82, y se están preparando aviones C-5A para enviar a las primeras tropas de 20 000 hombres. Además, el ejército se está reorganizando para tener otros 100 000 hombres disponibles de inmediato. Aparte de otras unidades especiales como las Navy's Seal (una unidad de comando), están en proceso de equipación, entrenamiento y aumento las unidades Army's Ranger y Green Beret. Pero eso es sólo el comienzo. Las primeras tropas de 20 000 hombres pueden movilizarse junto con sus armas y municiones, e incluso con algún equipo pesado si aumenta el número de C-5A y otros aviones de transporte, tal como está sucediendo ahora. Pero todavía no es posible transportar por aire las grandes cantidades de equipo pesado que necesitan esas unidades y similares (e.g., la Ranger), incluso para una operación

breve. Tampoco es viable el transporte marítimo desde Estados Unidos, a menos de que los objetivos estén “a un lado de nosotros”; los barcos son demasiado lentos. Tardan semanas en recorrer, aunque sea parcialmente, el mundo (cosa que descubrieron los ingleses en las Malvinas). Por lo tanto, esta estrategia requiere grandes reservas de equipo pesado, municiones y combustibles en las bases militares estadounidenses que hay en el mundo. Por ejemplo, en la Isla Diego García del Océano Índico, cerca del Golfo Pérsico, se está desarrollando uno de estos depósitos. Se han puesto en marcha acciones para asegurar o extender las bases en África del Este, el Mediterráneo Oriental, Latinoamérica, el Lejano Oriente que da al Pacífico y en cualquier parte.

Tal estrategia requiere enormes esfuerzos de aprovisionamiento. Estados Unidos tendrá que construir miles de tanques y de otra clase de equipo con el único fin de almacenarlos, y eso es muy caro. Pero esto es tan sólo una parte de lo que se requiere, y no necesariamente la parte más cara. La FRD sólo puede lograr una intervención exitosa si cuenta con un apoyo total, aéreo y de artillería, desde el momento en que las primeras tropas llegan a tierra. La marina es el único modo posible de proporcionar ese apoyo.

El apoyo naval adquiere muchas formas. Primero, los portaaviones deben estar en posición de proporcionar bases aéreas tácticas flotantes para apoyar de cerca a las tropas de tierra. Segundo, los barcos deben estar disponibles para transportar materiales desde los depósitos de suministros y para actuar como bases cercanas de reabastecimiento. Tercero, los barcos deben estar en posiciones accesibles con sus cohetes y cañones de largo alcance, para apoyar y proteger los esfuerzos de reabastecimiento y, si es posible, de manera directa a las tropas de combate. Si no se dispone inmediatamente de las fuerzas navales como parte integral de la Fuerza de Rápido Despliegue, la estrategia no podría llevarse a cabo. Pero como los barcos tardan mucho tiempo en llegar a cualquier parte, se necesitan flotas que estén cerca del lugar en que podrían usarse.

Para este fin, Estados Unidos planea casi la duplicación de su marina, de 400 a más de 700 barcos. Por primera vez en la historia el Océano Índico tendrá una flota estadounidense permanente. Se aumentarán las flotas del Pacífico, el Atlántico Sur y el Mediterráneo. Una de las cosas necesarias para lograr esta ex-

pansión naval es construir dos nuevos portaviones y su correspondiente flota de barcos.¹

Ya se echaron a andar, de modo bastante perturbador, los primeros elementos de la FRD. Junto con otros siete países, Estados Unidos participa en la Fuerza de Paz de las Naciones Unidas en el Desierto del Sinaí, que se ha interpuesto entre los egipcios y los israelíes. La contribución inicial de Estados Unidos a esa Fuerza de Paz fue el Tercer Batallón de la División 82 transportada por aire, que es una parte de la FRD. El general encargado especificó que alternará otros batallones de la división 82 en esta posición de entrenamiento, y admitió que una de las razones de que se utilicen estas unidades particulares es que pueden actuar como elemento primordial de la FRD en cualquier parte del Medio Oriente.

Otros indicios de esta nueva estrategia son el aumento de maniobras militares en Egipto y Africa del Este —y, por supuesto, en Honduras—, y el envío de fuerzas navales y portaviones, e incluso el acorazado *New Jersey* que acaban de rehabilitar, a las aguas del Caribe y del Pacífico en las costas de Centroamérica. (Hace poco mandaron al *New Jersey* de la costa de Nicaragua al Líbano). Tanto en El Salvador como en Nicaragua es ya demasiado tarde para intentar la nueva estrategia de la FRD. Pero seguramente la utilizarían si en Honduras y Guatemala surgieran movimientos guerrilleros con posibilidades de amenazar a los gobiernos pro-estadunidenses.

El único modo de que el poder militar de Estados Unidos tenga un efectivo impacto *político* en el Tercer Mundo es que se crea firmemente en el uso de esa fuerza militar. Durante mucho tiempo, Kissinger y otros funcionarios en los gobiernos de Carter y Reagan han discutido que por el síndrome de Vietnam (esto es, el miedo a intervenir militarmente y empantanarse, lo que mantuvo a Estados Unidos fuera de Angola), el único modo de devolverle la credibilidad a

¹ Es importante observar que, excepto por la posible participación en un esfuerzo de primer ataque, los portaviones no están diseñados para una guerra con la Unión Soviética. El cálculo de la Marina misma es que la expectativa de vida de los portaviones en caso de guerra con la Unión Soviética es cuando mucho de veinte a treinta minutos. No pueden esconderse: los satélites soviéticos los monitorean y los submarinos soviéticos siguen cualquier fuerza operativa de un portaviones. Por eso admite que un ataque de misiles los destruiría a los pocos minutos de que empezaran las hostilidades con la Unión Soviética. Por tanto, la misión principal de los portaviones está enfocada al Tercer Mundo.

la amenaza norteamericana de usar la fuerza, es precisamente volver a usarla en alguna parte del mundo, y usarla lo más pronto posible. Por eso Honduras y Guatemala, y también Libia y el Medio Oriente, son regiones particularmente vulnerables a servir como “un ejemplo” de esto en un futuro próximo.

Cuando este artículo estaba a punto de salir para la imprenta, tuvo lugar la invasión estadounidense a Granada. De un modo lamentable pero exacto, la invasión a Granada refleja la validez de este análisis y revela dos elementos adicionales que se habían pasado por alto.

La invasión de Granada echó mano de las unidades Airborne, Range, Seal y Marine respaldadas por la artillería naval y por el apoyo aéreo, para una contundente invasión de sorpresa sacada del libro de planes de la FRD. El hecho de que Granada esté tan cerca de los Estados Unidos permitió el uso de bases locales como áreas estacionarias, en vez de usar las extensas redes de nuevos depósitos que todavía no están listas. Era de esperarse la reacción negativa de los aliados europeos y de la Organización de los Estados Americanos, pero, como también se esperaba, no se opuso ningún obstáculo a la invasión siempre y cuando los militares encargados de planearla aseguraran que la invasión se haría y terminaría con rapidez.

La retirada de la mayor parte —pero no de todas— las tropas estadounidenses, logró el resultado que se deseaba de silenciar rápidamente la protesta política de Europa y América Latina y de los mismos Estados Unidos. Pero la cuestión sobre cuánto tiempo permanecerían las últimas unidades estadounidenses, y sobre la naturaleza de su papel como fuerza invasora, plantean dudas aún por resolverse.

La invasión de Granada reveló también otros dos elementos de la estrategia de la FRD. Primero, la supresión casi completa de noticias. Como recurso para limitar la protesta política que, como en Vietnam, podría desatar las acciones de la fuerza militar estadounidense en un país del Tercer Mundo, el control de los medios informativos fue casi total. Comparados con la censura que usa Reagan, son pálidos los esfuerzos de Johnson y Nixon para manipular los medios de comunicación durante la guerra de Vietnam. La nueva censura de Reagan y la manipulación de los medios informativos es una faceta de la estrategia de la FRD que seguramente volveremos a ver.

Segundo, también somos testigos del uso de unidades militares de

países cercanos para paliar la responsabilidad de Estados Unidos. Esta es, por supuesto, una táctica muy antigua que los grandes poderes han usado con frecuencia. Es una táctica que volveremos a ver cuando en el futuro se utilice la FRD, como segura y tristemente sucederá.

La capacidad para una guerra nuclear táctica

El segundo elemento, nuevo y de grandes gastos en la estrategia militar estadounidense, es el desarrollo de una capacidad para librar una guerra nuclear táctica en cualquier parte del mundo, pero especialmente en lugares cercanos a las fronteras de la Unión Soviética y China, y de poder hacerlo dentro del contexto de un campo de batalla “integrado” —esto es, un campo en el que se utilicen las armas convencionales, nucleares y químicas—. Es necesario distinguir entre una guerra táctica y una guerra nuclear limitada, porque son dos cosas diferentes. Esta distinción puede parecer absurda (y de algún modo lo es), pero por desgracia es importante para comprender el surgimiento de las estrategias militares estadounidenses.

El uso táctico de las armas nucleares se refiere a la utilización de bombas “pequeñas” en “operaciones de escenario”; esto es, armas utilizables en el campo de batalla para detener el avance de un ejército contrario o para destruir sus áreas de abastecimiento y estancia. Estas armas deben diferenciarse de las más grandes, que pueden utilizarse contra los centros militares, industriales y de población del ejército enemigo y su suelo nacional. Las armas nucleares tácticas, tal como se planean y existen ahora, se disparan con piezas de artillería transportadas en misiles pequeños o distribuidas por los aviones tácticos en una extensión de 5 a 200 millas. Por otro lado, una “guerra nuclear limitada” prevé la utilización directa de armas a gran escala contra blancos o áreas seleccionadas; e.g., atacando solamente los centros militares, no los industriales o de población, y evitando una guerra mundial total.

Las armas nucleares tácticas han sido la elección estratégica para “el escenario europeo” desde mediados de los cincuenta. Junto con sus aliados de la OTAN, Estados Unidos decidió que en vez de enfrentar la intensificación de las fuerzas convencionales en los pac-

tos Soviético y de Varsovia, en especial de las divisiones de infantería y los vehículos blindados (tanques, artillería motorizada y transportadores de tripulación de infantería) el Occidente desplegaría armas nucleares de corto alcance y baja potencia. Estas armas apuntan a la misma Alemania Occidental, con la teoría de que para detener a un ejército que invada desde el Este se debe disparar de frente a él y a sus unidades de avance. Sobra decir que desde hace unos veinticinco años a numerosos habitantes de Alemania Occidental no los entusiasma la posibilidad de que los ataquen las armas nucleares lanzadas por la OTAN, para *salvarlos* de un ataque de las fuerzas convencionales del Pacto de Varsovia.

En el gobierno de Carter, y ahora en el de Reagan, esta opción nuclear táctica, que en Europa se ha empleado desde hace mucho tiempo, es parte de una nueva estrategia de contención. Es parte central de la “Doctrina Carter” mantener el control occidental de las riquezas petroleras del Golfo Pérsico mediante la fuerza militar. Si la Unión Soviética decide intervenir militarmente en el Golfo Pérsico, podría tomar los yacimientos petrolíferos tan “fácil” y “rápidamente” como los Estados Unidos podrían tomar los de México.² Estados Unidos no podría hacer nada, militarmente, para impedirlo; no hay ninguna posibilidad de que Estados Unidos pueda colocar tropas o equipo suficiente en tierra para impedir que los soviéticos se apoderen de los yacimientos petrolíferos del Medio Oriente. Sería poco efectiva, incluso, la intervención de una FRD armada convencionalmente. Los oficiales norteamericanos han admitido que si se utilizara en esas circunstancias, la FRD sería aventajada e incluso destruida en un término de veinticuatro a cuarenta y ocho horas.

¿A qué se refería Carter cuando afirmó que los Estados Unidos estaban obligados a intervenir militarmente para impedir la ocupación de cualquier campo petrolero en el Medio Oriente? Hablaba de una estrategia, solamente una: guerra táctica nuclear. Esa sería la única manera de que Estados Unidos pudiera bloquear un movimiento militar soviético de ese tipo. Si cualquier tropa soviética cruzara la frontera entre la Unión Soviética e Irán por ejemplo, Estados Unidos emplearía *inmediatamente* armas nucleares. El *timing* es el

² Pero esto es poco probable, en parte porque la Unión Soviética es el productor más grande de petróleo y gas natural y tiene las mayores reservas mundiales.

componente crucial, ya que sólo sirve si la respuesta es inmediata. Una vez que las tropas soviéticas cruzaran la frontera de Irán, llegarían al Golfo Pérsico y se apoderarían de los campos petroleros en cuando mucho treinta y seis o cuarenta y ocho horas, lo mismo que haría Estados Unidos si invadieran México. Si se dejan pasar uno o dos días no quedaría sino la posibilidad de volar los campos petroleros que se desea salvar. Nada se ganaría con esperar un día. Esto significa que la "Doctrina Carter" indicaba el deseo norteamericano de convertir la frontera en un páramo nuclear a través del cual nadie hubiera podido moverse.

Estas armas tácticas serían misiles lanzados por aviones ubicados en sus bases o disparados por artillería naval. En el programa de Reagan, los Estados Unidos harían inmediatamente accesibles estas armas para las fuerzas armadas y las FRD en todo el mundo. Esto llevaría a una expansión mamut del arsenal nuclear táctico de Estados Unidos. Cualquier buque mayor de combate y numerosas bases terrestres y de traslado aéreo de armas, así como las FRD, quedarían virtualmente provistas de un arsenal completo de armas nucleares. Esto significa un 70 % del aumento planeado de armas nucleares norteamericanas, de 25 000 a más de 42 000 y del desarrollo planeado de una nueva generación de armas nucleares tácticas.

El otro componente de esta estrategia es el concepto de "campo de batalla integrado", en el que no sólo se emplearían armas nucleares sino también químicas. Con este fin, Reagan ha ordenado un nuevo esfuerzo de investigación y desarrollo para perfeccionar las armas químicas. Además, una vez que estas condiciones de batalla sean creadas, será necesario reequipar todos los tanques, camiones y tropas con implementos protectores que les permitan funcionar en un ambiente químico producido por las armas propias o por las del enemigo. Este esfuerzo forma parte de las amplias inversiones militares norteamericanas. Aún está por verse la oposición política que encontrarán los planes militares de Reagan en el Congreso.

Guerra nuclear limitada

Desde los primeros sesenta, la estrategia fundamental de Estados Unidos hacia la Unión Soviética se ha denominado, acertadamente,

MAD (destrucción mutua asegurada); todo parece indicar que esta estrategia ha sido compartida por la Unión Soviética. Cada nación posee misiles intercontinentales, bombarderos y submarinos armados con misiles (la llamada tríada de armas nucleares) en cantidad y seguridad suficientes para convencer al otro bando de que si ataca primero podrá ser totalmente destruido.

Sin embargo, ambos bandos están convencidos de su capacidad para resistir un primer ataque y responder “adecuadamente”. Además, ninguno de los dos bandos está interesado en absorber voluntariamente un primer ataque, que implicara una destrucción significativa de su capacidad militar antes de que ésta fuera empleada —por no hablar de los millones de muertes civiles y de las inevitables consecuencias económicas y políticas—. El poder de disuación de cada uno se basa en la creencia de que pueden lanzar su contraataque antes de que llegue el ataque inicial del adversario. Los sistemas de observación con satélites y otros sistemas de monitoreo están diseñados para dar tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética la información inmediata acerca del lanzamiento de misiles en cuanto abandonan la superficie del mar o la tierra. La estructura de toma de decisiones en que se basa la estrategia de la mutua destrucción asegurada exige que cada bando tenga entre cuarenta y cinco minutos y una hora para recibir la alerta de un ataque. Esto es para que un bando cuente con ese tiempo para enterarse de que el otro inició su ataque.

Resulta aterrador descubrir que en varias ocasiones las fuerzas militares norteamericanas han avanzado más de veinte o veinticinco minutos en la cuenta para lanzar sus misiles debido a errores de comunicación, informaciones confusas de los satélites, errores humanos o fallas en las computadoras. Presumiblemente lo mismo ha ocurrido en la Unión Soviética. Así de cerca ha estado el mundo del Armagedón.

La estrategia de guerra nuclear limitada que subyace en el deseo norteamericano de instalar una nueva generación de misiles en Europa Occidental, los Pershing II y los sistemas Cruise, altera radicalmente las bases de la actual estrategia MAD.

Estos nuevos misiles, cuyo despliegue ha empezado ahora, cambian el marco temporal de la toma de decisiones y la interpretación estratégica de la MAD. Los misiles poseen las siguientes característi-

cas: Primero, el tiempo que toma a los Pershing II llegar al territorio de Europa Occidental y la Unión Soviética es de quince minutos; de hecho algunos estiman que el tiempo puede reducirse cinco o diez minutos entre el lanzamiento y el impacto. Esto reduce el tiempo de decisión para la Unión Soviética de cuatro y cinco a poco más de diez minutos. Segundo, este sistema de misiles es increíblemente preciso. Si las proyecciones son correctas, pueden caer a menos de 30 metros del blanco elegido, en vez del margen del error habitualmente estimado de 1 300 metros. Tercero, los misiles Cruise están diseñados para volar muy bajo, ascendiendo y descendiendo en el campo, a una distancia de quince a cuarenta y cinco metros de los obstáculos superficiales, haciendo casi imposible su detección para los sistemas de radar en tierra.

Estas características cambian significativamente el balance de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Una vez instalados estos misiles, la Unión Soviética encontrará: 1) que su tiempo de decisión para responder se ha reducido considerablemente, y por lo tanto las posibilidades de una respuesta equivocada son mayores, y 2) que debido a la gran precisión de los nuevos misiles, las posibilidades de que los suyos sobrevivan un primer ataque se reducen considerablemente, lo que hará “necesaria” una respuesta inmediata a cualquier *posible* ataque norteamericano. Así la combinación de estas dos circunstancias orillará a la Unión Soviética a adoptar una estrategia de “lanzamiento por alarma” en vez de “lanzamiento por ataque confirmado”, tal como fue expresado por Andropov recientemente. Por lo tanto, el mundo está ahora más cerca de un posible desastre.

Los nuevos misiles europeos de los Estados Unidos también acercan la posibilidad de una guerra nuclear limitada que convierte a Europa Occidental y no a Estados Unidos en sí mismo en terreno de una guerra nuclear. Por eso once viejos generales y almirantes de la OTAN, incluidos Bastian y Vollmer de Alemania, Sanguinetti de Francia, Pasti de Italia, Harbottle de Inglaterra y Von Mayenfeldt de Holanda, dieron el paso sin precedente de firmar un documento en el que podría leerse: “Las armas norteamericanas de primer ataque en el umbral de la Unión Soviética son la mejor mecha para encender una guerra nuclear. Norteamericanos, les suplicamos ¡No desplieguen los misiles Pershing y Cruise en Europa! Por el bien de la humanidad ¡no lo hagan!”

Un primer golpe estaría dirigido sólo a las instalaciones soviéticas y del Pacto de Varsovia es decir, a las principales áreas de tropa, bases militares, silos con misiles y bases navales. El ataque estaría diseñado para destruir la capacidad militar de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, de acuerdo con el escenario, Estados Unidos podría anunciar a la Unión Soviética que le quedan dos opciones: 1) absorber el ataque, renunciando a su condición de potencia militar, sin sufrir ataques directos a sus centros industriales y poblacionales. (Aunque, por supuesto, la precipitación radiactiva sobre los blancos militares afectaría inevitablemente a las poblaciones de Europa Oriental y la Unión Soviética). O 2), podría elegir un contraataque contra los propios Estados Unidos, en cuyo caso éstos lanzarían los misiles ubicados en su territorio, en submarinos y bombarderos estratégicos que de otra manera no hubieran sido empleados, contra los centros industriales y urbanos de la Unión Soviética. Incluso bajo la primera opción, la Unión Soviética podría intentar detener los misiles iniciales, lo que implica “aceptar” que los misiles soviéticos exploten sobre Alemania Occidental. Esta nación en particular quedaría devastada incluso en la primera opción como un sacrificio “necesario” para esta estrategia nuclear limitada. En el otro caso, a la Unión Soviética se le permitiría renunciar a su poderío militar para salvar (lo mejor que pudiera) sus poblaciones y capacidad industrial y seguir existiendo como nación; o bien dejar de existir al destruirse mutuamente los dos bandos.

Es así que, para la tercera parte de la nueva estrategia militar norteamericana, se están instalando en Europa los misiles Pershing II y Cruise. Su diseño proporciona a Estados Unidos una nueva capacidad de ataque inicial contra la Unión Soviética de manera que sólo sería amenazada Europa Occidental y no Estados Unidos, y de cualquier manera alteran drásticamente el balance estratégico de fuerzas.

El mito de los propósitos defensivos

Es indispensable entender que estos misiles son fundamentalmente ofensivos y no defensivos. Están diseñados para que Estados Unidos pueda iniciar una guerra nuclear con la presunción de “ganarla”. Ante la posibilidad de una invasión soviética a Europa Occidental, la

OTAN ya tiene las armas nucleares tácticas requeridas para responder. Y éstas serían reforzadas por el despliegue de los misiles Pershing II y Cruise. De hecho, en los últimos meses el general Bernard Rogers, comandante en jefe de la OTAN (con el apoyo de un coro de “expertos” y periodistas entre quienes se cuentan Michael Howard del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos y Flora Lewis del *New York Times*) han sostenido públicamente que si los aliados de la OTAN aceptan el incremento en sus gastos de armamento convencional por encima del 4 % del índice de inflación (lo que significa un incremento nominal de 10 a 15 por ciento) anualmente por los próximos 6 años, la OTAN tendría la fuerza suficiente para contener a la Unión Soviética y sus aliados sin empleo de *ninguna* arma nuclear, es decir, incluso sin los misiles Pershing II y Cruise ni las armas nucleares menores. Rogers y colaboradores proveen el desarrollo de nuevas armas “inteligentes” de alta tecnología que son precisas y difíciles de detectar, y que podrían emplearse contra las fuerzas principales y de segundo orden del Pacto de Varsovia. Estas podrían desplegarse abundantemente.

Aunque los aliados de la OTAN ya aceptaron un incremento del 3 % por encima de la inflación en el gasto militar, ni siquiera el nuevo gobierno conservador de Kohl en Alemania Occidental planea más de 1 % al año. De tal manera que el nuevo propósito podría ser una posición de retroceso diseñada para nuestros aliados de la OTAN tanto como para la Unión Soviética. Por debajo de las afirmaciones de Rogers y los otros, al parecer hay cuatro finalidades interrelacionadas, aparte del evidente objetivo militar:

1. Trasladar una mayor parte de lo que cuesta “defender” a Europa Occidental a los aliados que están ahí. Estados Unidos evitaría el costo de un posterior desarrollo y despliegue de los Pershing II y reduciría en gran parte el costo de los misiles Cruise que deben producirse (los Cruise, a diferencia de los Pershing, están planeados para usarse fuera de Europa).

2. Obligar a los gobiernos europeos aliados a tomar fondos presupuestales ya asignados para programas sociales, que necesitan llevar a cabo frente a la severa recesión mundial, para reducir así “el giro al socialismo” en estos países. Rogers, al referirse a los costos de esta nueva estrategia, a la que se ha dado el nombre de “Batalla por tierra

y aire 2000", aceptó que requeriría "sacrificios en los beneficios sociales"

3. (a) Fortalecer la economía de Estados Unidos aumentando la exportación de armas convencionales que son esenciales para las ganancias de muchas corporaciones norteamericanas; y/o (b) debilitar la competitiva posición de la industria civil europea, especialmente la de Alemania Occidental, forzando un cambio importante en la investigación, la ingeniería y los recursos industriales, para dirigirlos a la expansión de su industria armamentista.

4. Aislar y perturbar al movimiento pacifista europeo diciéndoles a sus miembros, en esencia, lo siguiente:

— Si de veras están en contra de las armas nucleares, pero quieren una Europa Occidental fuerte, capaz de mantener el balance militar necesario para asegurar la paz, entonces aprueben y apoyen (un cuatro por ciento de) la confección y abastecimiento de las armas convencionales en vez del despliegue de los Pershing II y los misiles Cruise. (El *International Herald Tribune* recoge las declaraciones del general Rogers donde éste dice que "los grupos antinucleares quieren las mismas cosas que yo").

— Pero, si no apoyan esta alternativa, están haciendo evidente que (a) en realidad no desean una Europa fuerte y pacífica, y (b) ustedes son, de hecho, o víctimas y cómplices ingenuos o de plano agentes de la URSS en sus esfuerzos por neutralizar, primero, y luego dominar a Europa Occidental.

Más aún, es absurda la estipulación de que los sistemas de los Pershing II y los Cruise son una necesaria respuesta defensiva al despliegue de los SS-205 soviéticos, con todo lo indeseable que es este despliegue de la Unión Soviética.

Los Estados Unidos y la OTAN ya tienen numerosas armas nucleares en submarinos en los mares Mediterráneo y Báltico, bombarderos por toda Europa Occidental, y misiles balísticos intercontinentales con base en Estados Unidos; todo esto significa una amenaza estratégica para la Unión Soviética. Además, entre Inglaterra y Francia tienen 162 misiles nucleares fuera del control de la OTAN; y todos esos misiles tienen capacidad para llegar a la Unión Soviética. Cuando Estados Unidos hace los balances de poder en Europa y habla de la amenaza ostensible de los SS-205, no incluye en su consideración estos sistemas estratégicos. Casi no hay duda de que se pro-

yecta una nueva capacidad ofensiva. Esto es lo que ha traído una nueva vida al movimiento de paz europeo, que incluye, por primera vez, importantes figuras militares.

Las pláticas de Ginebra

Ya desde su origen, los planes para introducir nuevas armas nucleares estratégicas han producido reacciones cautas en la mayoría de los europeos, incluso entre los líderes más conservadores. Fueron los europeos quienes insistieron en el plan de “doble-banda”: empezar los preparativos para el despliegue, pero realizar al mismo tiempo las pláticas en Ginebra para el desarme y utilizar la amenaza del despliegue para que la Unión Soviética haga más concesiones, con la esperanza de que nunca haga falta desplegar realmente los nuevos misiles. Pero mientras que la mayoría de los europeos esperaban una reducción mutua de armamento, Estados Unidos siguió una política que ofrecía renunciar al despliegue de estas nuevas armas *sólo* si la Unión Soviética aceptaba una reducción definitiva, y unilateral, de sus armas. Es difícil creer que alguien en el gobierno de Estados Unidos pensó seriamente que los soviéticos aceptarían esto. De ahí se concluye que Estados Unidos en efecto estaba muy comprometido con este tercer elemento de su nueva estrategia militar, y tenía que seguirla, mientras que los europeos, incluso con la participación de oficiales militares, temían que esto sucediera.

Pero en el verano de 1983, Estados Unidos empezó a adoptar un tono un poco más flexible en Ginebra. Había tres razones principales para esto: primero, la Unión Soviética había dejado en claro que tomaría el despliegue de los nuevos misiles como una provocación de orden mayor. (Esto puede compararse a una inversión de papeles del intento soviético para poner misiles en Cuba a principios de 1960). Segundo, los movimientos por la paz europeos y norteamericanos habían logrado presionar en buena medida a los gobiernos de Estados Unidos y la OTAN. Tercero, y más importante, en varias declaraciones públicas la Unión Soviética había dejado en claro que no tendría éxito el principal propósito estratégico para el que estos misiles están diseñados. Anunciaron esto: con que uno solo de estos misiles fuera lanzado contra ellos, ellos de inmediato lanzarían todo

lo que tenían directamente a Estados Unidos. La Unión Soviética así, dejó en claro que bajo ninguna circunstancia absorbería un primer golpe “limitado”.

Hay motivos para creer que en Washington se oyó y creyó esta declaración, volviendo inútil el despliegue de estos misiles, excepto como propaganda y gesto de guardar la apariencias para Reagan y para algunos de los líderes conservadores europeos que ya estaban en un limbo político a favor del despliegue. El cambio de esta situación también puede explicar las nuevas alternativas que propuso el general Rogers, y la reciente oposición al despliegue que han expresado figuras del sistema como Robert McNamara, quien ahora está en contra de la estrategia de guerra nuclear limitada, afirmando que “las armas nucleares no ayudan a ningún propósito militar, sea el que sea. Son totalmente inútiles excepto para disuadir al oponente de usar las suyas”. Por otro lado, el ataque de las fuerzas soviéticas que derribaron al avión coreano han engendrado una nueva animosidad antisoviética que el gobierno de Reagan usó como un justificante para adoptar de nuevo una posición de línea dura respecto a las pláticas de Ginebra y respecto al tema del despliegue.

Los cortes al presupuesto

Bajo las presiones que trajo el aumento sin precedentes de los déficit presupuestales con Reagan (aumento tres veces mayor que cualquier otro en la historia), seguido de los efectos en las tasas de interés, la balanza de pagos norteamericana y los efectos generales en la economía, y con la presión mundial de un creciente movimiento por la paz, el Congreso ha reducido el monto en el gasto militar en relación con el aumento que Reagan solicitó originalmente. Pero, por desgracia se ha ganado poco que sea positivo. Porque en lo que Reagan se ha visto obligado a hacer concesiones es en una parte sustancial del plan de aumentos para los salarios militares, en algunos beneficios para militares retirados, en los planes para aumentar las pensiones militares y otras facilidades de servicios; y en parte del personal extra que Reagan quería. Pero ni uno solo de los sistemas importantes de armas ha sido bloqueado. Y de un modo especial, las “autorizaciones por fuera del presupuesto” (según se las distingue de

las asignaciones *dentro* del presupuesto) siguen en su programa original.

Hay signos de serios descontentos entre el personal militar que está sufriendo los cortes y esto afectará el reenlistamiento, sobre todo entre el personal de mantenimiento más especializado que tiene la posibilidad de encontrar trabajos en la economía privada. Pero dado el alto y continuo grado de desempleo, hay poco peligro de que los militares dejen de obtener su personal autorizado. Por lo que respecta a las Fuerzas de Rápido Despliegue, el entrenamiento de las tropas de avance de 100 000 hombres se reducirá un poco y a algunos de ellos los volverán a colocar en otras actividades militares, en vez de conseguir un nuevo personal; pero todo eso también está programado.

El punto clave es que a menos —y hasta que— el movimiento pacifista y el Congreso dirijan los cortes presupuestales a los elementos que expone este artículo, poco se conseguirá para impedir el desarrollo de las nuevas estrategias.

Final en contra

La gran expansión de los gastos militares y de la capacidad militar que ahora está en camino, deben entenderse dentro del contexto de las decisiones a largo plazo, tanto del gobierno de Carter como el de Reagan, para llevar a cabo los tres nuevos diseños de estrategia militar descritos arriba; debe verse así y no como el deseo irracional de un hombre: Reagan, para simplemente entender y fortalecer al militarismo norteamericano. Pero una vez entendido esto, las gentes progresistas que no quieren ver tal expansión del poder militar deben hacerle frente a los puntos y las consecuencias estratégicas. De otro modo, correremos el riesgo de que nos tomen por “meros moralistas”, como “ingenuos, aunque bien intencionados”, o como “cómplices inconscientes de la Unión Soviética”.

Debemos ser capaces de, y estar dispuestos a, enfrentar directamente estas nuevas estrategias militares, haciendo explícito que:

1. Entendemos el propósito de, y por tanto no queremos, que Estados Unidos desarrolle una Fuerza de Rápido Despliegue.
2. No estamos dispuestos a aceptar el uso de la guerra nuclear tác-

tica como estrategia, ya sea en Europa, el Golfo Pérsico, o cualquier otra parte.

3. No queremos que Estados Unidos gane una capacidad de primer golpe *de ningún tipo* contra la Unión Soviética.

4. Consideramos peligrosísima y equívoca la idea de que una guerra nuclear táctica o limitada podría “contenerse” en un nivel de destrucción “razonable y aceptable”

En este sentido, sólo si el movimiento por la paz está dispuesto a demostrar que entendemos y que vamos a enfrentarnos a toda la gama de estrategias que impulsan al aparato militar que se encamina, podemos esperar que nos tomen en serio. Más aún, tenemos la obligación de instruir a la gente, con honestidad, sobre lo que está pasando y sobre *por qué está pasando*, de modo que puedan decidir por ellos mismos el curso que desean para sus gobiernos.

De *Socialist Review*, republicado de *Nexos*

Mayakovsky y la revolución, la ilusión del encuentro*

Renée Poznanski

Se ha presentado frecuentemente a Mayakovsky como el cantor de la Revolución. En efecto, el poeta participó plenamente en los acontecimientos y puso sus dotes de creador al servicio del nuevo poder. Sin embargo, el divorcio progresivo que fue dándose en los años que siguieron, entre Mayakovsky y la realidad posrevolucionaria —y en el que algunos comentaristas vieron incluso la causa esencial de su suicidio en 1930— nos lleva a plantearnos una serie de preguntas sobre la convergencia entre el poeta y los acontecimientos revolucionarios y la parte imaginaria que suscitó este acuerdo.

Un examen minucioso de la actitud de Mayakovsky en 1917 nos permitirá responder parcialmente a estas preguntas; por lo demás, un análisis de este tipo no se puede concebir más que a la luz de ciertos datos característicos del periodo que precedió a esta conmoción.

Los vínculos de Mayakovsky con el movimiento revolucionario datan de sus años jóvenes. En 1908 se dedicó de lleno a la actividad revolucionaria clandestina, en el seno del Movimiento Socialdemócrata, bajo el nombre de “Camarada Konstantín”. Sufrió tres arrestos, de los cuales el primero se prolongó varios meses, desde el 2 de julio de 1909 hasta el 9 de julio de 1910,¹ y desempeñó un impor-

*Tomado de *L'Homme et la Société*, n.º 59-62, enero-diciembre de 1981. Traducción de Isabel Vericat, en *Cuadernos Políticos*, No. 34, oct.-dic. de 1982.

¹ Utilizamos el calendario juliano que estuvo en vigor en Rusia hasta el 1.º de febrero de 1918.

G. I. Lourié, “K biografii V. V. Maĭakovskogo po arkhivnym materialam” (A propósito de la biografía de Mayakovsky según documentos de archivos), *Katorga i Ssylka*, Moscú, 1971, libro 77, pp. 63-84.

tante papel en su vida. Fue después de esta larga meditación forzosa, enriquecida por lecturas de poesía y literatura, cuando decidió salir de las filas del Partido para consagrarse al estudio.²

En el transcurso de esta nueva vida, dedicada al principio a la pintura, la arquitectura y la escultura, Mayakovsky conoció a David Burliuk, quien lo orientó sobre la corriente futurista.

Aunque su expresión no era política, en Rusia el futurismo se presentó desde su aparición como una rebelión contra todas las tradiciones. El programa de renovación de los futuristas se fundaba en “una toma de conciencia de las formas específicas de la civilización contemporánea dominada, según ellos, por el triunfo conjunto de la gran ciudad y del maquinismo”.³ Cambio de contenido: “Vemos con más frecuencia reverberaciones eléctricas que la vieja luna romántica”, escriben los futuristas, y añaden:

Nosotros, citadinos, ignoramos los bosques, los campos, las flores; no conocemos más que los túneles de las calles con su movimiento, su estruendo, sus resplandores fugitivos, su ir y venir eterno;⁴

pero también cambio en la forma que debía ser la expresión de este nuevo contenido,

En la ciudad no hay líneas redondeadas, regulares, medidas. Los ángulos, las rupturas, los zigzags, esto es lo que caracteriza el cuadro de la ciudad.⁵

La visión poética, reflejo de esta nueva civilización, tenía que expresarse abruptamente.

Pero el futurismo era mucho más que una nueva escuela poética. Pretendía “menos producir obras que provocar un shock en la sensibilidad de los contemporáneos”.⁶ Los futuristas recitaban sus po-

² Sobre el “dilema” que precedió a esta decisión, véase V. Mayakovsky, *Sobranie Sochinenii v chesti tomakh* (Obras en 6 tomos), Moscú, 1973 (citado como Sob. Soch. 6), “Ya Sam” (Yo mismo), t. I, p. 3.

³ C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même*, ed. Seuil, París, 1970, p. 22.

⁴ *Ibid.*, p. 23.

⁵ *Loc. cit.*

⁶ *Ibid.*, p. 24.

emas en el curso de giras durante las cuales se presentaban en las calles vestidos con sombrero de copa, excéntricos (así es como el “blusón amarillo” de Mayakovsky se volvió legendario) y el rostro pintado de todos colores.⁷ Sus apariciones iban siempre acompañadas de la exaltación de su propio genio y suscitaban desórdenes; ésta es la razón por la cual muchas veces fueron interrumpidas por la policía o simplemente prohibidas por los gobernadores, inquietos por las posibles consecuencias. A título de ejemplo, el “plan de acción” preparado por Mayakovsky, Kámensky y Burliuk fue seguido al pie de la letra por sus ejecutantes. El objetivo consistía en preparar una de sus primeras apariciones de este género. Los términos eran los siguientes:

1. En tres días exactamente, al mediodía, los tres poetas —Mayakovsky, Kámensky y Burliuk—, llamativamente vestidos, de sombrero de copa, con los rostros pintados, irán al Puente Kuznetsky y, paseándose allí, recitarán por turno sus poemas, en voz alta y con total seriedad.
2. No se hará caso de las posibles burlas de los tontos ni del desprecio burgués.
3. A la pregunta: ¿quiénes son ustedes?, contestarán con toda seriedad: los genios de nuestro tiempo, Mayakovsky, Burliuk, Kámensky.
4. A todas las demás preguntas: es así como viven los futuristas. No nos interrumpan en nuestro trabajo. Escuchen.
5. Proporcionar a Mayakovsky un blusón amarillo.⁸

El manifiesto de los futuristas, publicado en diciembre de 1912, era igualmente provocador tanto por su título, “Una bofetada al gusto del público”, como por su contenido; rechazaba sin apelación todas las glorias literarias pasadas y presentes y sólo reconocía a los firmantes de este manifiesto como representantes de la época en el plano artístico.⁹ Así pues, el movimiento futurista, con Mayakovsky

⁷ Cf. los testimonios al respecto recogidos en Wiktor Woroszyński, *Vida de Mayakovsky*, ed. Era, Serie Claves, México, 1980.

⁸ *Ibid.*

⁹ V. Mayakovsky, *Polnoie Sobranie Sochinenii - 13 vol.*, Moscú, 1955-1961 (Obras completas en 13 tomos), citado *Sob. Soch.* 13. t. 13, pp. 244-45.

a su cabeza, era esencialmente una rebelión contra todas las verdades adquiridas y sobre todo una revuelta antiburguesa. Todo era voluntariamente excéntrico, provocador, los títulos de los poemas, su contenido, su forma y la manera como se presentaban al público. Todo era un exceso, la rebelión contra todas las convenciones y tradiciones. Mayakovsky resumió de la manera siguiente el contenido de uno de sus mejores poemas, *La nube en pantalones* (1915): “¡Abajo vuestro amor, abajo vuestro arte, abajo vuestro régimen, abajo vuestra religión!”.¹⁰ Y efectivamente, los futuristas acompañaban muchas veces estas manifestaciones de excentricidad con declaraciones de indiferencia a propósito de cualquier tema propiamente político. Es más, los futuristas consideraban que sus más peligrosos adversarios eran “los que dan un papel preponderante a la ideología, sea de derecho o de izquierda, y mediante esto ejercen sobre el Arte una opresión ilegítima”.¹¹ Pero el desprecio por el statu quo “implicaba inevitablemente en aquella época una cierta simpatía por el movimiento revolucionario”.¹² Por lo demás, aunque los futuristas no daban una definición clara, precisa y basada en un análisis sociológico, de los burgueses, objeto de sus ataques, no es por eso menos cierto que el blanco de sus acusaciones eran los mismo fenómenos que el de numerosos panfletos políticos.

Sin embargo, en rebelión contra todos y contra todo, los futuristas eran los más aislados dentro de la intelligentsia tradicional. Ciertamente que Alexander Blok declaró a V. Gippius en 1913 que consideraba notable a Mayakovsky y lo admiraba por su “democratismo”.¹³ Pero esta actitud siguió siendo excepcional. La idea de que Mayakovsky era un simple charlatán sin el menor talento, “una burla total de la belleza, de la ternura, de Dios”¹⁴ estaba mucho más extendida dentro de la intelligentsia.

Máximo Gorki se esforzó por hacer reconocer la poesía de Mayakovsky pero tuvo que enfrentarse a una encarnizada oposición del

¹⁰ V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 468.

¹¹ C. Frioux, “Lunacarskij et le futurisme russe”, *Les Cahiers du Monde Russe et Sociétique*, enero-marzo de 1960, p. 309.

¹² A. Kaun, “Russian poetic trends on the Eve and on the Morning after 1917”, *The Slavonic and East European Review*, vol. 20, 1941, p. 71.

¹³ V. Gippius, *V stretchi s Blokom* (Encuentros con Blok), Leningrado, 1941, p. 20.

¹⁴ B. Lararevski, en 1915, en S. Kosman, *Mayakovsky. mifi deistvitelnost* (Mayakovsky, mito y realidad), París, 1968, p. 37.

establishment intelectual. Según una descripción de María Andreievna, la compañera de Gorki, fue el propio Mayakovsky quien tomó la iniciativa y en el otoño de 1914 fue a visitar a Gorki, entonces en Finlandia.¹⁵ A este primer contacto siguieron muchos más en los años siguientes. El propio Mayakovsky, quien en 1912 escribía que a

todos los Máximo Gorki, Kuprin, Blok, Remizov, Sologub, [...] Bunin, etcétera [...] sólo les hace falta una villa a orillas del río. Pues ésta es la recompensa que el destino concede a los sastres. Desde lo alto de los rascacielos contemplamos su nulidad,¹⁶

fue en busca de la aprobación de Máximo Gorki, temeroso de su juicio. El escritor, le reconoció talento a Mayakovsky; derramó incluso algunas lágrimas, emocionado por la lectura que le hizo el poeta de su *Nube en pantalones* y cuando más tarde fue presionado para que expresara una opinión sobre los futuristas, declaró: “Tienen algo”.¹⁷ Gorki consagró también a los futuristas un artículo publicado en abril de 1915 en la revista *Zhurnal Zhurnálov*, en el cual, aunque condenaba sus lados excesivos, los presentaba como “voces jóvenes que aspiran a una nueva vida”.¹⁸ Se trataba en realidad de un llamado a la intelligentsia para que les reconociera su derecho de ciudadanía. Este artículo fue bastante mal recibido y suscitó el asombro de algunos amigos de Gorki. Así, L. Andréiev calificó a los futuristas de “abyecta miseria”¹⁹ y, en las diferentes revistas, los ataques dirigidos contra los futuristas se acompañaron de ataques contra Gorki por haberles reconocido talento. Y, Annenkov admitió sin embargo que, más que sus exhibiciones caprichosas o la calidad de sus poemas, era el padrino de Gorki el que había acelerado el avance de Mayakovsky en la jerarquía literaria.²⁰

¹⁵ W. Woroszyński, *op. cit.* Véase también V. Katanyan, Mayakovsky, *Literaturnaia Khronika* (Crónica literaria), Moscú, 1956, p. 68.

¹⁶ Moscú, diciembre de 1912, *Una bofetada al gusto del público*, en V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, t. 13, p. 245.

¹⁷ Según los recuerdos de V. Kámsky en W. Woroszyński, *op. cit.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ El 4 de mayo de 1915 en *Birjevye Vedomosti*, en W. Woroszyński, *op. cit.*

²⁰ G. Annenkov, “The poets and the Revolution, Blok, Mayakovsky, Esenin”, *Russian Review*, vol. 26, 1967, p. 137.

En el periodo prerrevolucionario el poeta estaba, pues, relativamente aislado en el seno de la intelligentsia y solamente el apoyo de Gorki le permitió publicar algunos de sus poemas. El acercamiento entre los dos hombres se acentuó también por la postura pacifista que adoptaron frente a la primera guerra mundial. No obstante, cuando estalló la guerra, Mayakovsky tuvo un primer movimiento de regocijo por la destrucción del arte antiguo, el derrumbamiento de las catedrales: “El arte ha muerto —escribió—, y no compadezco al arte [...] La vida sigue adelante, encontrando nueva belleza”.²¹ El poeta no vaciló en declarar que “la guerra quizás sólo se ha inventado para servir de pretexto a un buen poema”.²² Bunin cuenta en sus Memorias que, el día de la declaración de guerra, Mayakovsky se subió al monumento Skobelev en Moscú y declaró versos patrióticos.²³ En el mes de agosto se fue incluso a alistarse como voluntario porque “un poeta ha de ver la guerra por sí mismo y experimentarlo todo”,²⁴ pero no fue aceptado a causa de su pasado revolucionario. Sus sentimientos patrióticos encontraron expresión en versos ilustrados con carteles (*lubki* en ruso) de contenido nacionalista; sin embargo, en los artículos que publicó a finales de 1914 en la revista *Nov*, la propaganda a favor de la guerra se unía con los argumentos a favor del futurismo. El poeta defendía la tesis según la cual los futuristas eran los mejor adaptados al periodo de violencia que era la guerra. Esta última, al desalojar a los filisteos que habían dominado la poesía hasta entonces, abría el camino al arte verdadero, futurista.²⁵ La guerra se vivía como el pretexto, el acontecimiento que permitía que se impusiera el futurismo.

Pasado este primer periodo de entusiasmo, el poeta adoptó poco a poco una actitud pacifista, poco frecuente en el medio de los intelectuales rusos. En su poema *La guerra y el universo*, prohibido por la

²¹ En *Nov*, en W. Woroszyński, *op. cit.*

²² Citado en C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même*, *op. cit.*, p. 7.

²³ I. Bunin, *Vospominania* (Recuerdos), París, 1950, p. 240.

²⁴ Véase el testimonio de su hermana, Ludmila Mayakovskaya, en W. Woroszyński, *op. cit.*; así como la autobiografía de Mayakovsky, “Ya Sam” (Yo mismo), *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 15.

²⁵ E. J. Brown, *Mayakovsky, a poet in the Revolution*, Princeton University Press, 1973, p. 111.

censura y que no pudo publicarse hasta después de la Revolución de febrero, escribió:

Entre los aullidos
y los chirridos
elevanté hoy
mi voz,
única humana,²⁶

y protestó en términos crudos y violentos contra el carácter inhumano de la guerra. “Repugnancia y odio por la guerra”,²⁷ escribiría por otra parte en su autobiografía.

También, cuando fue llamado a servicio en el ejército, parece que gracias a la intervención de Gorki, se le destinó a la Escuela Militar Automovilística de Petrogrado en lugar de ser enviado al frente. Prestó sus servicios en compañía de otros intelectuales como el artista Radakov, V. Shklovski, Ossip Brik y muchos más.²⁸ En una carta dirigida a su familia, explicó que su trabajo consistía en dibujar croquis técnicos y este puesto le permitía en realidad proseguir normalmente todas sus otras actividades.²⁹ Colaboró en particular en el periódico de Gorki, *Letopis (Crónica)*, y esta asociación fue más que amistosa; manifestaba una afinidad de puntos de vista entre los dos hombres no sólo sobre el problema de la inutilidad de la guerra sino sobre la esperanza de una revolución próxima. Esta esperanza no era nueva en Mayakovsky. Estaba ya expresada en varios de sus poemas y, en especial, en *La guerra y el universo*; además, Mayakovsky, después de haber pasado del estado de revolucionario profesional al de bohemio antiburgués, de artista de vanguardia, ¿no había ya predicho en *La nube en pantalones*, errando solamente por un año, “Bajo la corona de espinas de las revoluciones, avanza el año 1916”?³⁰

“Mayakovsky entró en la Revolución como en su propia casa”,³¹ escribía su amigo V. Shklovski evocando las primeras jornadas de la

²⁶ V. Mayakovsky, “Voïna i Mir” (La guerra y el universo), *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 137, traducido en C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même*, op. cit., p. 7.

²⁷ V. Mayakovsky, “Ya Sam” (Yo mismo), *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 15.

²⁸ E. J. Brown, op. cit., p. 146.

²⁹ V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, vol. 13, p. 23.

³⁰ V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 70, traducido en C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même*, op. cit., p. 7.

³¹ V. Shklovski, *Mayakovsky and his circle*, Nueva York, 1972, p. 97.

Revolución de Febrero. El poeta se dejó dominar, en efecto, por la atmósfera revolucionaria que revestían las calles de Petrogrado. “El ambiente de las calles lo emborrachaba. Al contarnos sus impresiones olvidaba toda cautela o restricción”,³² relataba por otra parte un periodista amigo de Gorki, V. Desnitsky. Los primeros días lo sorprendieron corriendo sin arma en dirección del tiroteo. Y cuando encontró a A. S. Tijónov, en la madrugada del 28 de febrero, con una pila de *Izvestia* recién impresos bajo el brazo, se puso a gritar: periódicos, periódicos, y en su entusiasmo arrebató unos cuantos de la mano de Tijónov.³³ Es obvio que el ambiente mismo de las calles en revolución se conjugaba perfectamente con su temperamento de poeta. Un deseo tal de encontrarse en los mismos lugares de la acción nos remite por lo demás a las razones por las que había decidido, al inicio de la guerra, alistarse como voluntario en el ejército. El poeta tenía que experimentarlo todo por sí mismo. De la misma manera, en la escuela militar en la que prestaba sus servicios, participó en el arresto del general Sekretiev, Comandante de la Escuela, y describió esta acción como una “gozosa operación”. Todos los testimonios parecen pues indicar que en los primeros días Mayakovsky fue sobre todo sensible a la fiesta revolucionaria. Su entusiasmo se expresaba en el mes de abril en un poema, *Crónica poética, la Revolución*,³⁴ que revelaba la importancia que tenían para el poeta los acontecimientos que acababa de vivir.

Ciudadanos,
Hoy se desmorona un “antes” milenario
Hoy los cimientos de nuestro mundo se tambalean
Hoy
Hasta el último botón de nuestra vestimenta
Reconstruiremos la vida a fondo.³⁵

El maximalismo que contienen estos versos es característico del temperamento del poeta, pero su importancia sobrepasa el cuadro social y político. Viéndolos a la luz de la actividad del poeta durante

³² Citado en W. Woroszylski, *op. cit.*

³³ A. Serebrov, *Vospominania* (Recuerdos), 1940, en Katanyan, *Literaturnaja Khronika* (Crónica literaria), *op. cit.*, p. 89.

³⁴ V. Desnitsky, en W. Woroszylski, *op. cit.*

³⁵ V. Mayakovsky, “Revoliutsia” (Revolución), *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 198.

el mes de marzo en el terreno de la organización de las artes, fuerza es pensar que se trataba de un grito de esperanza aplicado esencialmente a la promesa de un porvenir brillante para el arte de vanguardia.

Así pues, Mayakovsky estuvo particularmente activo desde los primeros días, participando en todas las manifestaciones y reuniones de artistas y escritores que tuvieran por fin la organización de las artes en la Rusia revolucionaria. En este terreno también el poeta adoptó una línea de vanguardia o, más exactamente, se esforzó por impedir que cualquier otra corriente literaria fuera institucionalizada. Recordó al respecto, en un artículo publicado en *Novy Lef* en 1927, que en el curso de una de estas reuniones, ante la posibilidad de que uno de los comités organizadores de los que formaba parte entrase a la Academia, un “barbudo” se había levantado y declarado: “Mayakovsky no entrará en la Academia más que pasando por encima de mi cadáver; y si a pesar de todo entra, yo dispararé”.³⁶

Toda la actividad del poeta durante estas primeras semanas de la Revolución tuvo por fin evitar, que respecto a él y respecto al movimiento futurista, se reprodujera la situación prerrevolucionaria caracterizada por el anatema lanzado contra ellos por la intelligentsia. La Revolución despertó efectivamente en los artistas de vanguardia una gran esperanza. Annenkov describía en estos términos su estado de ánimo:

Ingenuamente (nuestra juventud y nuestro odio a la guerra desempeñaron un papel significativo), creíamos [...] que la Revolución social coincidía con la Revolución en las artes.³⁷

Y en lo que concierne más especialmente al movimiento futurista, evoca uno de sus paseos por las calles de Petrogrado, en marzo o abril de 1917, en compañía del poeta Zdanevich, en el curso del cual este último había declarado: “Tendríamos que publicar una colección de poemas dedicada a Kerensky como primer dirigente de un Gobierno Futurista”.³⁸ Con la Revolución todo era posible.

Desde comienzos del mes de marzo se llevó a cabo una intensa ac-

³⁶ V. Mayakovsky, “Tolkonie Vospominania” (Todosalvo recuerdos), *Novy Lef*, Moscú, 1927, n. 8-9, en *Sob. Soch.* 13, t. 12, p. 150.

³⁷ Y. Annenkov, *Dnevnik motkh vstretch* (Diario de mis encuentros), 2 vol., Nueva York, 1966, t. I, p. 183.

³⁸ *Ibid.*, p. 184.

tividad en torno al problema de la organización de las artes en la nueva Rusia. Desde el 4 de marzo se empezaron a reunir en casa de Gorki cerca de cincuenta intelectuales y artistas que se pronunciaron por la creación de un nuevo Ministerio de las Artes. Eligieron una comisión de doce miembros encargada de establecer contacto con el Gobierno Provisional y de la que formaban parte Gorki, Benois, Chaliapin.³⁹ Parece ser que Mayakovsky estuvo presente en esta reunión, sin que haya llegado hasta nosotros una relación de sus intervenciones.⁴⁰ Esta comisión fue el núcleo de una Conferencia compuesta igualmente por representantes del Gobierno Provisional y del Soviet de Obreros y Soldados, que recibió en los días siguientes la aprobación del Instituto de Historia y de la Academia de las Artes y que, después de haberse fragmentado en ocho comisiones especializadas, parecía encarnar el nuevo "Gobierno de las Artes".⁴¹ Esta actividad de organización fue contemporánea al llamado que lanzó Gorki para la protección de las Artes y, en *Rech* del 7 de marzo, el periódico del Partido Cadete, se publicó una información indicando que el Gobierno Provisional compartía enteramente la opinión de que era indispensable tomar una serie de medidas para garantizar la salvaguarda de los tesoros artísticos y que, con este fin, se proponía nombrar una comisión.⁴²

Para Mayakovsky todo este despliegue de actividad que daba origen ya sea a resoluciones concernientes a la salvaguarda y la protección de lo que existía antes, o bien a comisiones, siempre agrupadas en torno a Benois o Gorki, dos representantes de un arte superado a su juicio, corría el riesgo de desembocar en el dominio de una corriente literaria determinada que dependería del nuevo gobierno. Y ésta es la razón por la que emprendió con sus amigos una especie de contraofensiva de los artistas de vanguardia. Se constituyeron en grupo y tomaron por este motivo el nombre de Asociación "Libertad del Arte" e inmediatamente fueron considerados como la corriente "de izquierda". Parece que desde el inicio esta organización encontró un eco

³⁹ *Rousskaja Literatura Kontsa XIX. natchala XX veka* (La literatura rusa a fines del siglo XIX y principios del XX). Moscú, 1972, t. III, 1908-1917, p. 668.

⁴⁰ E. A. Dinershtein, "Mayakovsky b Fevralie i Oktjabrie 1917" (Mayakovsky en febrero y octubre de 1917), *Literaturnoe Nasledstvo*, 1958, n. 65, p. 543.

⁴¹ *Rousskaja Literatura*, op. cit., p. 668.

⁴² *Rech* del 7 de marzo de 1917.

favorable entre los intelectuales y los artistas. En su asamblea constituyente, que tuvo lugar el 11 de marzo, se convocó a todos los simpatizantes a una reunión el 12 de marzo y se redactó la plataforma de la nueva organización en los términos siguientes:

Adoptando el punto de vista de que las condiciones legales normales de la vida artística rusa sólo las puede resolver una Asamblea Constituyente compuesta por todos los artistas y que la convocación de semejante asamblea sólo será posible después de la guerra, la Asociación "Libertad del Arte" protesta categóricamente por los intentos antidemocráticos de ciertos grupos de obtener el control del arte mediante el establecimiento de un Ministerio de las Artes.⁴³

A la reunión el 12 de marzo de 1917 en el Teatro Mijáilowski acudieron 1 403 personas.⁴⁴ Mayakovsky tomó la palabra y su discurso da una idea bastante precisa de sus preocupaciones en aquel momento. Se presentó en primer lugar como el representante de las corrientes de izquierda del arte ruso que habían enarbolado la bandera de la revolución, para declarar que el arte estaba en peligro. Temía, en efecto, que por la gravedad del momento, se pusiera el arte al servicio de designios políticos. Ahora bien, en lo que atañía al trabajo político de organización del país, declaraba tener plena confianza en el Gobierno Provisional y el Soviet. Pero, se apresuraba a añadir, "el Arte es nuestra causa"; el poeta se proponía como finalidad obtener el libre derecho a la autodeterminación de todos los artistas. Atacaba también a la Comisión de los Doce, a pesar de todo el respeto que le merecía Gorki en especial; en su opinión, no había sido constituida de acuerdo a las reglas democráticas. Atacaba con virulencia a A. Benois y lo declaraba incompetente para todo lo concerniente a la organización del arte nuevo, ya que estaba completamente vinculado al pasado. Proponía en conclusión que se constituyera un órgano provisional flexible y democrático, y se oponía a la creación de un Ministerio de las Artes terminando su intervención en estos términos: "¡Viva la vida política rusa y viva el arte, libre de política!".⁴⁵ A lo largo de esta reunión se aprobaron la mayor parte

⁴³ En E. A. Dinershtein, *op. cit.*, p. 546.

⁴⁴ *Loc. cit.*

⁴⁵ V. Mayakovsky, *Sob. Soch.*, 13. t. 13, pp. 243-244.

de las propuestas de Mayakovsky y se decidió, en particular, la elección democrática de una Comisión encargada de preparar la convocatoria de una Asamblea Constituyente.⁴⁶

Este discurso de Mayakovsky es interesante en varios aspectos. Se encuentra expresado de manera muy clara el temor de que una corriente artística se “adueñe del poder”, y este argumento es el que impulsa al escritor a abogar por la independencia del arte frente al poder político. En esta etapa del desarrollo de la Revolución, la *intelligentsia* reformista es la que descuella en los terrenos intelectuales y artísticos, esa misma *intelligentsia* que, antes de la Revolución, se oponía tan violentamente a Mayakovsky y los futuristas. Por otra parte, esta desconfianza hacia lo político era la prolongación natural de la actitud de los futuristas antes de la Revolución.

A esta bohemia gozosa, dedicada al culto del arte [escribe C. Frioux], no le gustaba que se mezclaran al arte y las prédicas ideológicas, así fueran marxistas. Junto con ellos, Mayakovsky maltrata a los escritores de tesis.⁴⁷

Pero Mayakovsky expresaba además claramente en este discurso su apoyo al gobierno fruto de la Revolución y encargado de la organización política del país. Lo que podía esperar en lo referente a las tendencias artísticas que él representaba y que le eran caras, en esta etapa del desarrollo revolucionario, era que la libertad recientemente adquirida permitiera a los futuristas obtener derecho de ciudadanía en el nuevo *establishment* artístico.

En los debates que siguieron al discurso de Mayakovsky en esta misma reunión del 12 de marzo, ante la posibilidad evocada por uno de los oradores de que los alemanes logran una victoria rápida sobre Rusia, el poeta respondió: “No tenemos solamente el mejor arte del mundo, tenemos también el mejor ejército del mundo”.⁴⁸ Esta nueva actitud frente a la guerra se encontraba en uno de sus dibujos (*lubki*) aparecidos en la revista *Novaya Zhizn*, que debió realizar a

⁴⁶ V. Katanyan, *op. cit.*, p. 89.

⁴⁷ C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même*, *op. cit.*, p. 7.

⁴⁸ E. A. Dinershtein, *op. cit.*, p. 548.

finales de marzo de 1917. Se trataba de un dibujo en dos partes en las que se mostraba “A quien el soldado defendía antes” y “a quien defiende ahora”. El soldado, su pose, su enemigo, estaban representados de la misma manera en los dos dibujos; pero en el primero el soldado defendía al Zar y a las capas privilegiadas de la población, mientras que en el segundo dibujo defendía a los representantes del pueblo, firme bajo banderas en las que había las inscripciones siguientes: “Tierra y Libertad” (para el campesino), “República Democrática” (para el obrero) y “Libertad” (para el soldado).⁴⁹

El carácter mismo de los lemas, así como el hecho de no impugnar ya la situación de guerra, acercan a Mayakovsky a las posiciones gubernamentales y refuerzan la declaración del 12 de marzo de apoyo al Gobierno Provisional. Si faltara alguna otra prueba al respecto, el órgano del Partido Cadete, *Rech*, informó a sus lectores el 17 de marzo que Mayakovsky le había hecho donación de aproximadamente 110 rublos, recolectados en una lectura pública de sus poemas, para que se distribuyeran entre las familias que habían sufrido en la lucha por la libertad.⁵⁰

El radicalismo de Mayakovsky en marzo de 1917 no era pues de ningún modo político. El poeta se incorporó con entusiasmo a la Revolución, y su activismo revolucionario, su maximalismo, no concernían más que al ámbito de la organización de las artes y tenían por origen el temor de ser excluido.

Sin embargo, a pesar de las resoluciones tomadas el 12 de marzo, los periódicos tenían cada vez más en cuenta la próxima creación de un Ministerio de las Artes. El 17 de marzo, ante esta situación, los miembros de la Asociación “Libertad del Arte” se reunieron en casa de L. Zheverzhéyev y tomaron la iniciativa de convocar una nueva reunión en el Teatro Troitsky para protestar por la creación de un Ministerio de las Artes.⁵¹ Ahora bien, en esta reunión del 21 de marzo, Mayakovsky, paradójicamente, en vez de continuar favoreciendo la creación de un órgano democrático que representara a todas las tendencias del Arte, hizo hincapié en la necesidad de un órgano específicamente futurista; al colocarse así “a la izquierda de las fuer-

⁴⁹ *Ibid.*, p. 551; y V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, t. 13 p. 243.

⁵⁰ *Rech* del 17 de marzo de 1917.

⁵¹ V. Katanyan, *op. cit.*, p. 90.

zas de izquierda" y quebrantar el frente constituido anteriormente, irritó a muchos de sus camaradas.⁵² Al día siguiente de la reunión, Mayakovsky partió a Moscú, en donde permaneció hasta el 31 de marzo. También allá trató de organizar la vida artística sobre los mismos principios que en Petrogrado y favoreció las relaciones entre las dos asociaciones de artistas de Moscú y Petrogrado.⁵³

Se puede afirmar pues que, después de un mes de Revolución, Mayakovsky había adquirido, gracias a su actividad en el terreno de la organización de la vida artística, un nuevo prestigio y una nueva autoridad. La Revolución había institucionalizado en cierta manera al eterno anticonformista. El poeta llegó incluso a incorporarse el 4 de abril a la Comisión de Gorki, a la que había combatido no obstante con tanto vigor, bajo reserva de que se le hicieran una serie de modificaciones.⁵⁴ Después de haber obtenido el reconocimiento en el seno del mundo intelectual y artístico, Mayakovsky se desinteresó completamente de este tipo de actividad. La última reunión a la que acudió fue el 8 de abril. A partir de entonces lo reclamaban otros intereses.

Así pues, cuando participó en la velada poética organizada el 14 de abril de 1917 por la sociedad literaria "El Arte para todos" en la sala de conciertos del Instituto Tenichevsky, cuando Meyerhold iba a hacer su discurso sobre el nuevo significado del arte a partir de la Revolución,⁵⁵ Mayakovsky interrumpió al crítico Chukovsky que trataba de presentarlo y se puso a declamar sus versos.⁵⁶ Era obvio que las reuniones teóricas le aburrían y hasta octubre no se presentó en público más que para recitar su propia poesía.

Parece claro que, desde el estallido de la tempestad revolucionaria, era el arte lo que le ocupaba y las nuevas perspectivas que se le ofrecían favorecidas por la nueva coyuntura. Mayakovsky estuvo de total acuerdo con los acontecimientos revolucionarios cuando su temperamento de artista era el incitado. Así, cuando tuvo lugar la

⁵² *Loc. cit.*; véase también los testimonios citados en E. A. Dinershtein, *op. cit.*, p. 548; lo mismo en W. Woroszyński, *op. cit.*

⁵³ E. A. Dinershtein, *op. cit.*, pp. 548-49.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 550.

⁵⁵ Vsiévolod Meyerhold, *Ecrits sur le théâtre*, t. I, 1891-1917, ed. La Cité, Lausanne, 1973, p. 272.

⁵⁶ V. Katanyan, *op. cit.*, p. 92.

“primera velada republicana” en el Teatro Ermitage de Moscú y sus amigos se declararon los “poetas de la Revolución Universal”, el poeta participó en la euforia general.⁵⁷ No podía, sin embargo, decidirse a abandonar sus actitudes provocadoras frente a la *intelligentsia* tradicional. Bunin, enemigo encarnizado del poeta futurista, contó cómo, el 3 de abril de 1917, en un banquete organizado para la inauguración de una exposición de pintura finlandesa, Mayakovsky se comportó como un verdadero patán; en presencia de toda la “élite intelectual de Petersburgo”, de los Ministros del Gobierno Provisional, de antiguos diputados de la Duma, así como de los embajadores de países extranjeros, Mayakovsky se puso a comer de todos los platos, beber de todos los vasos, y con sus aullidos impidió que Miliúkov pronunciase su discurso.⁵⁸

Hay otros ejemplos de esta ligereza del poeta frente a los acontecimientos. Según otro testimonio, se le ocurrió la idea de presentar a las elecciones municipales de Petrogrado su propia lista de futuristas acompañando su proposición con esta burlona reflexión: “Quién sabe. Estando así las cosas, puede que hasta sea elegido Presidente...”⁵⁹ Indudablemente el artista bohemio “jugaba” con la Revolución. Y se sublevaba cuando las reglas del juego amenazaban con llegar a ser demasiado serias. En mayo de 1917, por ejemplo, asistió a una reunión de la Sociedad de Poetas y Pintores Proletarios. A lo largo de la discusión, se planteó el problema de fundamentar la clase del arte y se propuso que la definición se basara en la afiliación al partido. Mayakovsky, irritado por este punto de vista, declaró que le parecía mucho más importante tomar en cuenta el tipo de talento del interesado y sus ideas generales.⁶⁰ Efectivamente, a partir del momento en que había decidido abandonar la vida de revolucionario profesional, el poeta ya no se había inscrito a ningún partido.

En los primeros meses de la Revolución, Mayakovsky consagró una gran parte de su actividad a la creación literaria. Se encargó de publicar lo que la censura había prohibido en el periodo prerrevolucionario. En el *Novy Satirikon* del 11 y 17 de marzo, publicó los

⁵⁷ Cf. el testimonio de Kámensky en W. Woroszyński, *op. cit.*

⁵⁸ *Loc. cit.*

⁵⁹ *Ibid.* Testimonio de Asiéyev.

⁶⁰ V. Katanyan, *op. cit.*, p. 93. Según O. I. Leshkova, *Vospominania* (Recuerdos), 1935.

párrafos de *La nube en pantalones* que la censura zarista no había dejado pasar.⁶¹ En los números del 2 de febrero y 4 de abril de 1917 del periódico *Letopis* apareció la quinta parte de su poema *La guerra y el universo*, en tanto que la cuarta se publicó en un Almanaque titulado *Un milagro en el desierto* impreso en Odessa.⁶² Fue también uno de los colaboradores permanentes del periódico de Gorki, *Novaya Zhizn*, desde su aparición (el primer número data del 18 de abril). En esta publicación fue donde aparecieron en julio sus dibujos (*lubki*). También en *Novaya Zhizn* fue donde publicó su poema *Revolución en mayo*, así como otros dos poemas cortos, *Historia sobre Caperucita Roja*, sátira de los cadetes, en julio, y *A modo de respuesta*, poema pacifista, en agosto.

En su autobiografía, Mayakovsky fecha el final de su colaboración con *Novaya Zhizn* en agosto de 1917.⁶³ Numerosos historiadores soviéticos utilizaron este dato para sugerir que Mayakovsky se había sometido mediante este acto a una decisión del comité central del Partido Bolchevique del 20 de agosto de 1917 por la que se pedía a todos los miembros del Partido que dejaran de colaborar en la publicación de Gorki. Parece, sin embargo, que esta hipótesis carece de base. En efecto, por una parte esta decisión no fue efectiva ya que la cuestión de la colaboración con *Novaya Zhizn* fue de nuevo objeto de debates en el seno del comité central, seguidos de nuevas tentativas de pláticas entre la redacción del periódico y el partido bolchevique. En realidad, los bolcheviques participaron oficialmente en la publicación hasta el 5 de octubre. El nombre de Mayakovsky todavía se citaba incluso entre los colaboradores permanentes de la publicación en el número del 10. de octubre.⁶⁴ Parece pues que hubo alguna confusión en el espíritu del poeta en lo concerniente a esta cuestión.

De hecho, durante esta primera etapa de la Revolución, fuera de las primeras jornadas revolucionarias, Mayakovsky reaccionó muy poco a los diversos giros políticos. Vivió intensamente el ambiente agitado de los primeros días, apoyó al Gobierno Provisional, se ocu-

⁶¹ *Russkaya Literatura*, op. cit., p. 667.

⁶² V. Katanyan, op. cit., p. 92.

⁶³ V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 17.

⁶⁴ E. A. Dinershtein, op. cit., p. 555.

pó de la organización de las artes por temor a quedar excluido y siguió llevando su vida de bohemio.

Los desórdenes en las calles no lo inquietaban.⁶⁵ Ni las crisis gubernamentales, ni las grandes cuestiones políticas y sociales ni el pueblo aparecían en sus diversas intervenciones. Únicamente el problema del arte le interesó un tiempo; y su pacifismo, tardío, sólo se traduce en su participación en *Novaya Zhizn* en donde de hecho se concretaba a publicar sus obras en la sección literaria.

Aunque tampoco se pronunció sobre los acontecimientos de julio, ni directamente ni a propósito de ellos, ni sobre la reacción resultante, parece, sin embargo, que marcaron la evolución del poeta. Hay diversos testimonios de que Mayakovsky no participó directamente en los acontecimientos.⁶⁶ Y aunque el Comité de Soldados de la Escuela Militar, en la que él todavía prestaba sus servicios, apoyó activamente al Gobierno Provisional, parece claro que Mayakovsky no estuvo nunca activo en este campo.⁶⁷

Los sentimientos del poeta inmediatamente después de la crisis de julio se expresan en dos poemas cortos. El primero atacaba la indecisión de los dirigentes sin nombrarlos y expresaba el temor de una restauración de los Romanov aprovechando la debilidad del Gobierno. El segundo representaba una caricatura de Kerensky, al que comparaba con Napoleón Bonaparte.⁶⁸ “Rusia se kerenskiza”,⁶⁹ escribió Mayakovsky al hablar de agosto de 1917 en su autobiografía. En estas palabras se adivinaba una desilusión frente a la Revolución bastante parecida a la resentida por el poeta Alexander Blok en la misma época. Después de las jornadas de julio es también cuando Mayakovsky se propone la desmovilización. Y, en efecto, el 3 de agosto obtuvo una licencia de tres meses por razones de salud, licencia que una nueva decisión del 6 de noviembre de 1917 transformó su desmovilización definitiva.⁷⁰ De las jornadas de julio hasta la insurrección de

⁶⁵ V. Shklovski, *Viaje sentimental*, ed. Anagrama, Barcelona, 1972.

⁶⁶ Véanse los testimonios de L. I. Zheverzhéiev y N. N. Puninen E. A. Dinershtein, *op. cit.*, p. 560.

⁶⁷ E. A. Dinershtein, *op. cit.*, pp. 560-62.

⁶⁸ V. A. Katanyan, *Rasskazy o Maiakovskom* (Historias sobre Mayakovsky), Moscú, 1940, pp. 34-35.

⁶⁹ V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 17.

⁷⁰ E. A. Dinershtein, *op. cit.*, pp. 562-63.

octubre, Mayakovsky termina también la redacción de su poema *El hombre*, definido por V. Shklovski como “un libro triste sobre un poeta que no llega a obtener el amor verdadero”.⁷¹ Los críticos soviéticos en su gran mayoría encontraron en este poema indiscutiblemente pesimista una desilusión respecto a la revolución burguesa y vieron la espera de la Revolución de Octubre.⁷² Nos parece más bien que, aunque el pesimismo de Mayakovsky era sin duda alguna en esta época parcialmente el fruto de una visión desengañada del rumbo que tomaba la Revolución, este poema estaba separado de hecho de la realidad inmediata.

La actividad de Mayakovsky, durante estos dos últimos meses del régimen burgués, se reducía a lecturas públicas de sus poemas. Pasó parte de septiembre en Moscú y uno de los discursos que pronunció allí se titulaba “Los bolcheviques del arte”.⁷³ Y, en un artículo de 1927, recordando esta época, evocaba dos versos que había escrito entonces:

¡Coman piñas, mastiquen nueces,
Ya llegan sus últimos días, burgueses!⁷⁴

El entusiasmo de los primeros días de la Revolución, la voluntad de cambiarlo todo, y la exigencia de que se le diera al movimiento futurista su reconocimiento, habían dado lugar al pesimismo y a la desilusión. El anticonformismo, la oposición al modo de vida y de pensamiento burgueses no se habían desmentido en lo que respecta al poeta. Pero tanto en fervor del arrebató revolucionario como en el pesimismo de su caída, Mayakovsky se había comportado sobre todo como artista, inquieto por asegurar a la vanguardia el lugar que le correspondía.

⁷¹ V. Shklovski, *Mayakovsky and his Circle*, Nueva York, 1972, p. 99.

⁷² Véase un análisis detallado de la crítica soviética respecto al poema que se encuentra en E. J. Brown, *op. cit.*, pp. 154-63.

⁷³ V. Katanyan, *op. cit.*, p. 95. Parece que este discurso no se publicó. Por lo menos hasta ahora no hemos encontrado ningún rastro.

⁷⁴ V. Mayakovsky, *Tolko nie Vospominania* (Todo salvo recuerdos), *Novy Lef*, Moscú, 1927, n. 8-9, en *Sob. Soch.* 13, t. 12, p. 151.

La adhesión de Mayakovsky a la Revolución de Octubre fue inmediata.

¿Aceptar o no aceptar? Para mí no había tal problema (ni para otros futuristas de Moscú). Era mi revolución. Fui al Smolny. Hice todo lo necesario.⁷⁵

Así evoca Mayakovsky en su autobiografía el apoyo instantáneo que dio al nuevo régimen. Sin embargo, también en aquel momento, lo que Mayakovsky privilegia es su actividad artística, que pone evidentemente al servicio de la Revolución pero en la medida en que la epopeya revolucionaria permanece fiel a sus impulsos destructores y renovadores y corresponde así a su propio proyecto en el terreno del arte.

Los acontecimientos revolucionarios por sí mismos, “la fraternización entre campesinos y obreros”, conmovieron al poeta.⁷⁶ Cuando el ambiente se cargaba de intensidad, se sentía a sus anchas. La descripción que hizo de la toma del Palacio de Invierno es lírica: la oleada popular ponía cerco al Palacio.

**Como si las manos apretaran la garganta,
la hermosa garganta del palacio
y el patio del palacio
abrazara el torso de la multitud
con los brazos de sus verjas.⁷⁷**

Y de nuevo, como después de la Revolución de Febrero, el poeta dirige sus miradas hacia la organización del arte en primer lugar.

A principios del mes de noviembre, el comité central recién elegido por el II Congreso de los Soviets trató de reunir en el Palacio Smolny a toda la intelligentsia de Petrogrado. Según el testimonio de un militante del partido bolchevique, se había llevado a cabo un

⁷⁵ V. Mayakovsky, “Ya Sam” (Yo mismo), *Sob. Soch.* 6, t. I, p. 17. Traducido parcialmente en C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même, op. cit.*, p. 8.

⁷⁶ Según el testimonio de Y. Tcherniak, *Vospominania* (Recuerdos), 1939, en V. Kattanyan, *op. cit.*, p. 96.

⁷⁷ Citado y traducido en C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même, op. cit.*, p. 124.

gran esfuerzo para que la propaganda y la información llegaran a toda persona interesada. Las autoridades soviéticas querían ganarse a la intelligentsia para que colaborara con ellas. A la invitación no acudieron más que unas cinco o siete personas entre las que se contaban A. Blok, V. Meyerhold y V. Mayakovsky.⁷⁸ La discusión que tuvo lugar a lo largo de esta velada tenía por finalidad determinar la futura organización de la intelligentsia. Mayakovsky dio muestras de su buena disposición y se mostró particularmente feliz en el curso de esta reunión que se prolongó una buena parte de la noche. Es interesante hacer notar que, entre los presentes, Mayakovsky era el único representante activo de una escuela artística. La presencia de los otros participantes sólo testimoniaba su adhesión personal al nuevo poder. Esto llevó quizás a Mayakovsky a hacerse algunas ilusiones sobre la futura colaboración entre el arte de vanguardia y las autoridades revolucionarias.

También, el 17 de noviembre de 1917, cuando el Comité Provisional Representante de la Unión de Artistas y Conexos se reunió de nuevo, Mayakovsky asistió a la sesión. Había sido elegido miembro del Comité Ejecutivo el mes de marzo de 1917, pero había dejado de ir a las reuniones desde el mes de agosto. En líneas generales había tres corrientes en el seno del Comité: el bloque de izquierda con Mayakovsky, el bloque de derecha agrupado alrededor de F. Sologub y el centro sin partido.⁷⁹ Pero inmediatamente después de los acontecimientos de octubre, estas tres corrientes se reunieron para defender la independencia del arte en relación al gobierno. Así cuando Lunacharsky, el nuevo Comisario del Pueblo para la Educación, propuso al Comité Provisional la creación de una nueva institución compuesta en partes iguales por los delegados del Soviet de los Representantes Obreros, Soldados y Campesinos, y por los delegados del mundo de las artes para que organizara la vida artística, el Comité Provisional se rehusó el 12 de noviembre y se declaró el único competente en este terreno, además de exigir a las nuevas autoridades los medios necesarios para ejercer su competencia.⁸⁰ La decisión se tomó por unanimidad. Hay que recordar al respecto que, por muy

⁷⁸ B. Malkin, *Vospominania* (Recuerdos), 1937, en W. Woroszylski, *op. cit.*

⁷⁹ E. A. Dinershtein, *op. cit.*, p. 564.

⁸⁰ *Loc. cit.*

grande que haya sido la simpatía que sintieron los futuristas por la Revolución, la desconfianza en relación a cualquier tentativa de subordinación de su arte a objetivos políticos era en ellos tradicional.⁸¹

Sin dejarse desalentar a pesar de todo, Lunacharsky lanzó un nuevo llamado a los artistas del Comité Provisional en el cual abandonaba su proyecto inicial y les pedía que se ocuparan inmediatamente del problema de la conservación de los Palacios y Museos “sin sufrir ninguna dilación”.⁸² En lo que respecta a la nueva organización de las artes, el texto del llamamiento lanzado por Lunacharsky era bastante vago y difería la decisión subordinándola a una amplia discusión democrática posterior. En la reunión que tuvo lugar el 17 de noviembre y a la que asistió Mayakovsky, todas las mociones presentadas —hubo tres, incluida la moción llamada “de izquierda” presentada por Meyerhold— se pronunciaron, con diversos matices, por una negativa rotunda al nuevo Comisario del Pueblo. Los protocolos de la sesión muestran que de setenta personas presentes sólo Mayakovsky y un arquitecto, Staborovski, estaban a favor de una colaboración con el nuevo poder. En esa ocasión, Mayakovsky se encontró aislado, en su deseo de colaborar con las autoridades soviéticas, incluso ante sus camaradas futuristas.

Esta colaboración no carecía sin embargo de conflictos. Con su apoyo —en una coyuntura caracterizada por un divorcio casi total entre por una parte el poder soviético y por otra el mundo intelectual y artístico— y consciente igualmente de la afinidad entre su mundo interior y la Revolución en devenir, Mayakovsky podía tener la esperanza de confiscar la atención y la ayuda de las autoridades en provecho de la vanguardia artística. Pero la situación evolucionó por otro rumbo. Según el testimonio de Ossip Brik, futurista-formalista y amigo íntimo de Mayakovsky, entre los que cooperaban con los bolcheviques se encontraba también su viejo enemigo Alexandre Benois, quien veía en las autoridades soviéticas la “mano de hierro” capaz de proteger los valores culturales y los monumentos del pasa-

⁸¹ Cf., “Carta abierta a los señores Lunacharsky, Filosofov y Nevedomski”, de N. Burliuk, en *Pervyi Journal rousskikh Futouristov*, Moscú, 1914, citado en C. Frioux, “Lunatcarskij et le futurisme russe”, *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, enero-marzo de 1960, p. 309.

⁸² El texto de este llamado está publicado en E. A. Dinershtein, *op. cit.*, pp. 565-66.

do.⁸³ O. Brik describió en los términos siguientes el encuentro de los dos hombres en el despacho de Lunacharsky:

Encontrarse a sus antiguos "enemigos" en la oficina del comisario revolucionario dejó perplejo a Mayakovsky. Sus apasionadas proposiciones futuristas encontraban una feroz resistencia de parte de los "defensores de lo viejo" Y —maravilla de maravillas— Lunacharsky, el comisario revolucionario, escuchaba con mayor atención los consejos de Benois respecto a la organización de museos que las peroratas archirrevolucionarias de Mayakovsky.⁸⁴

- El poeta, entusiasmado por la Revolución, esperaba de los bolcheviques una reciprocidad que a los nuevos dirigentes no les parecía evidente. El quería poner su arte al servicio de la Revolución, pero un arte de contenido y de forma revolucionarios, testigo de la afinidad que existía entre sus versos y el estado de ánimo de los revolucionarios. En 1927 recordaba con orgullo la información que había aparecido en los primeros días de octubre en los periódicos de Petrogrado: los marinos habían tomado el Palacio de Invierno recitando los dos versos que él había compuesto:

Coman piñas, mastiquen nueces.
Ya llegan sus últimos días, burgueses.⁸⁵

El poeta se sentía, pues, perfectamente al unísono con los acontecimientos que él vivía como una fiesta continua.

En los meses siguientes, Mayakovsky se dedicó también un poco al cine, escribió varios poemas cantando las glorias de la Revolución y pasó gran parte del tiempo recitando sus poemas, en especial en el "Café de los Poetas" en Moscú. Este fenómeno de la aparición de "cafés" en Rusia, fue característico del periodo inmediatamente posterior a la Revolución. Los problemas de transportes y suministro de papel tuvieron como consecuencia el cierre de muchas edi-

⁸³ O. M. Brik, "Mayakovsky, redaktor i organisator" (Mayakovsky, redactor y organizador), *Literaturnyi Kritik*, 1936, n. 4, p. 116.

⁸⁴ *Loc. cit.*

⁸⁵ V. Mayakovsky, "Tolkonie Vospominania" (Todosalvo recuerdos), *Novy Lef*, Moscú, 1927, n. 8-9, en *Sob. Soch.* 13, vol. 12, p. 152.

toriales. Los “cafés” eran casi el único medio que tenían los artistas de dar a conocer su obra al público. Cada escuela literaria tenía su propio café.

A finales del año 1917, Kámensky y Burliuk crearon el “Café de los Poetas”, en el Callejón Nastasinsky en Moscú. Muy pronto Mayakovsky se hizo cargo de la dirección. Según el testimonio de I. Ehrenburg, en este café

los presentes se dividían en actores y espectadores. El público estaba constituido por los restos de la burguesía: enriquecidos, escritores, filisteos en busca de diversión. Es dudoso que Mayakovsky pudiera divertirlos: aunque había mucho en su poesía que no podían entender, sentían que había una evidente afinidad entre estos extraños poemas y los marineros que caminaban por Tverskaya.⁸⁶

La calidad del público era lo que estaba quizás en el origen del pesimismo y el hastío que transmitían las cartas que Mayakovsky dirigió a su amiga Lila Brik en aquella época. Otras, por el contrario, daban pruebas de la popularidad de la que se beneficiaba el futurismo, y esto ya en diciembre de 1917.⁸⁷ En cualquier caso, en este café, los futuristas, incluido Mayakovsky, daban rienda suelta a su fantasía y anticonformismo. S. Spassky, quien trabajó un tiempo para ellos, cuenta cómo, en ocasión de una velada en el “Café de los Poetas”, un estudiante y dos muchachas, que resultaron ser partidarios de la Asamblea Constituyente, entraron en el café con un paquete de periódicos en la mano; Burliuk los compró todos. Montó luego al estrado, rompió los periódicos en pedacitos y dijo: “No apoyaremos a los moribundos” Mayakovsky aprobó la acción de Burliuk, declarándose bolchevique sin reservas.⁸⁸

Pero Mayakovsky no quería dejar únicamente a los visitantes de su café el privilegio de escuchar su poesía. Quería que la calle se beneficiara de la fiesta poética y que participara así en la fiesta revolucionaria. Este era el objeto de su *Decreto sobre la Democratización del Arte* que se difundió en todas las calles de Moscú. En este decreto,

⁸⁶ I. Ehrenburg. *Un écrivain dans la Révolution*, ed. Gallimard, Paris, 1963, p. 46.

⁸⁷ Carta a los Brik, mediados de diciembre de 1917, en V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, vol. 13, p. 28.

⁸⁸ Testimonio de Serguei Spassky en W. Woroszyński, *op. cit.*

Mayakovsky y sus amigos futuristas, se presentaban como los depositarios del “arte revolucionario de la juventud”. Defendían la unión del arte y la calle, convertida en materia prima de artistas y escritores; los conciertos debían tener lugar al aire libre, los pintores debían decorar los inmuebles, los poemas se debían pegar en los muros.⁸⁹ Kámensky describió en los siguientes términos lo que él pensaba al pegar este decreto en las calles de Moscú: “Yo estaba convencido de que cada ciudad, pueblo y aldea podía convertirse en un asombroso y visionario despliegue de celebraciones pintorescas”.⁹⁰

Con el mismo espíritu, Mayakovsky se dirigía a los actores que estaban ensayando para la representación de una de sus obras y evocaba “La gran fiesta de la Revolución”.⁹¹ Para los futuristas, cada acontecimiento se convirtió a partir de entonces en la ocasión de transformar las calles en fiesta artística, tanto la aparición de su publicación como las festividades del 1.º de mayo de 1918, y sobre todo la celebración del Primer Aniversario de la Revolución de Octubre.

A partir de marzo de 1918, con la aparición del único número de *Gazeta Futuristov* (Revista de los Futuristas), se expresó claramente la exigencia de los futuristas a tener acceso a un estatuto privilegiado en el Estado revolucionario. En este número, Burliuk, Kámensky y Mayakovsky declaran ser los verdaderos revolucionarios del arte⁹² y Mayakovsky dirigía una “Carta abierta a los obreros” en la que se mofaba del arte antiguo que todavía se proponía a los trabajadores y se pronunciaba a favor de una Revolución espiritual; “La revolución de la sustancia —socialismo-anarquismo— no debe concebirse aparte de la revolución de la forma: futurismo”,⁹³ escribía, y para dar un ejemplo del resultado de la colaboración entre las dos revoluciones, “quizás —añadía— los artistas convertirán el polvo gris de las ciudades en un arcoiris multicolor”.⁹⁴

⁸⁹ Colectivo. “Dekret n. 1 o demokratizatsii iskusstva” (Decreto n. 1 sobre la democratización del arte), en V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, t. 12, pp. 443-44. También en W. Woroszyński, *op. cit.*

⁹⁰ Testimonio de Kámensky en W. Woroszyński, *op. cit.*

⁹¹ V. Mayakovsky, “Obrachtchenie k aktioram” (Dirigido a los actores), 1918, *Sob. Soch.* 13, vol. 12, p. 445.

⁹² Cf. E. J. Brown, *op. cit.*, p. 191.

⁹³ “Otkrytoe pismo rabotchim” (Carta abierta a los obreros), *Gazeta Futuristov*, Moscú, 1918, n. 1, 15 de marzo, en V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, t. 12, pp. 8-9.

⁹⁴ *Loc. cit.*

A los ojos de Mayakovsky, la revolución que él sin embargo celebraba en cada uno de sus poemas, no había llegado hasta el final. En el poema “Es demasiado pronto para regocijarse”, reprocha a las autoridades el no haber atacado el arte antiguo en estos términos:

Cuando encuentran a un oficial del ejército blanco
¡Al paredón!
¿Y Rafael?
¿Ya olvidaron a Rastrelli?
Es hora de disparar
sobre los muros de los museos [...].
¿Y por qué
no han atacado a Pushkin
y a los demás generales de lo clásico?⁹⁵

Este poema fue el punto de partida de una polémica con Lunacharsky quien, a pesar de defender a los futuristas en estos términos: “Los futuristas fueron los primeros en apoyar la revolución. En ellos es en quienes encontró el eco más directo”,⁹⁶ condena “las tendencias destructivas respecto al arte del pasado”⁹⁷ que se expresaban en el poema de Mayakovsky. Pero solamente se trataba de los primeros síntomas de la incomprensión que iba a crecer entre la vanguardia artística y la política.

La Revolución a la que se adhirió el poeta presentaba aspectos muy particulares. El le exigía enormemente. Por lo demás, el desprecio que profesaba por la intelligentsia (la cual se lo devolvía con creces) lo llevó a subrayar el carácter singular de su percepción, a fin de fijar bien los límites con esta intelligentsia, incluso cuando ésta tomaba partido por las autoridades revolucionarias. Mayakovsky ya ridiculizaba a los intelectuales antes de la revolución; si hablaba de ellos ahora, era para hacer obvio el miedo del que daban muestras ante los acontecimientos. Así fue respecto a Ehrenburg, al

⁹⁵ “Radovatsia Rano” (Demasiado pronto para regocijarse) XII, 1918, Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, t. 2, pp. 16-17, traducido en: P. Pascal, *Les grands courants de la pensée russe contemporaine*, ed. L’âge d’homme, Lausanne, 1971, p. 65.

⁹⁶ En el artículo: “Lojka Protivofadiya” (Una cucharada de antídoto): *Iskusstvo Kommuny* 1918, n. 4. Cf., A. Lunacharsky, *Sobranie Sochinenií v 8 tomakh* (Obras en 8 tomos), t. 2, pp. 206-08.

⁹⁷ *Loc. cit.*

que clasificó en marzo de 1918 entre los "intelectuales horrorizados":⁹⁸ y también en su *Alfabeto sociético*, en el que ridiculiza a los intelectuales en estos términos:

*Al inteligente no le gusta el riesgo
Si es rojo, es con mesura, como un rábano.*⁹⁹

Sin duda alguna la relación de Mayakovsky con la revolución no tenía el aspecto místico que caracterizaba la adhesión de A. Blok o de A. Biely al proceso revolucionario. Sin embargo, bajo otra forma, ciertos caracteres comunes que parecían no obstante el fruto de una generación diferente, acercaban estos dos tipos de actitud. En especial, se encontraba en todos los poetas rusos (salvo Briúsov) que se incorporaron a la Revolución de Octubre el odio al viejo mundo en su representación pequeñoburguesa. Mayakovsky, indudablemente, veía en la revolución el medio de trastocar el orden burgués. En él, como en Blok, una repulsión instintiva por un modo de vida y de pensamiento se conjugó en la época histórica con la denuncia sistemática de una clase social, la burguesía, por un partido político y con un fin específicamente político. Esta conjunción acercó sin duda alguna al poeta a los bolcheviques. En sus últimas obras, uno de los fenómenos que Mayakovsky denuncia más vigorosamente es la persistencia del espíritu pequeñoburgués a pesar de la conmoción política. Decepcionado, constata:

Octubre ha rugido,
vengador,
justiciero
y tras su ala con plumaje de fuego
habéis dispuesto
vuestros utensilios de cocina.¹⁰⁰

Respecto al fenómeno burgués, había en el poeta una verdadera continuidad.

⁹⁸ V. Mayakovsky, *Sob. Soch.* 13, vol. 12, p. 10.

⁹⁹ V. Mayakovsky, "Sovietskaya Azbuka" (El alfabeto ruso), en *Sob. Soch.* 6, t. 2, p. 512.

¹⁰⁰ En C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même*, op. cit., p. 97.

Sus ataques contra el "burgués grosero" en 1916, el *nepman* y el burócrata que la sociedad soviética tenía que barrer de su camino, eran tan feroces tanto porque tenían uno y otro mal gusto, llevaban o imponían una existencia vegetativa, sin fervor, cuanto porque eran gordos, glotones, vulgares, estúpidos e insensibles. Para el poeta esto era casi tan grave como su parasitismo objetivo.¹⁰¹

Contra estos personajes, los guardias rojos, obreros, hombres políticos, tenían a su cargo en la revolución, cada quien en su terreno, una misma tarea. El hombre político disponía como instrumento de combate de la lucha política; el guardia rojo se expresaba valiéndose de su arma; y el poeta de las palabras.¹⁰² En cuanto al poeta y al obrero, eran ambos proletarios, uno de espíritu y el otro de cuerpo.¹⁰³ Tal era la traducción que hacía el poeta de la lucha de clases y de la alianza entre ciertas clases durante el periodo revolucionario. El enemigo seguía siendo el mismo: la burguesía. Dentro de este cuadro, el artista quedaba integrado a la sociedad, participaba activamente de su época.

La Revolución era además para Mayakovsky una especie de absolución otorgada a su anticonformismo. En varias ocasiones se sintió obligado a justificar su carácter bohemio.

Aquí no se comprende lo que es la bohemia. Yo jamás me he instalado en un bar a beber cerveza ni he sido un golfo. La bohemia era una sociedad de gente de talento, refinada y de sutil inteligencia.¹⁰⁴

Pero, a pesar de este alegato, el poeta tenía el sentimiento de que este temperamento no estaba siempre de acuerdo con las fuerzas que salieron victoriosas de la Revolución. "Sí, soy un bohemio —decía—. éste es mi gran problema: quemar todo mi pasado de bohemio para elevarme hasta las alturas de la Revolución".¹⁰⁵

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 86.

¹⁰² V. Mayakovsky, "Etu Knigu doljen protchest'kajdyi!" (¡Todos han de leer este libro!) 1918. *Sob. Soch.* 13, vol. 12, p. 12.

¹⁰³ V. Mayakovsky, "Poet-Rabochi" (El poeta-obrero), 1918. *Sob. Soch.* 13, t. 2, pp. 18-19.

¹⁰⁴ V. Mayakovsky, "Vystupleniie na dispute o Bohemii" (Intervención en una discusión sobre la bohemia), 19 de noviembre de 1926. *Sob. Soch.* 13, t. 12, p. 490.

¹⁰⁵ En Joseph Freeman, *An American Testament: A Narrative of Rebels and Romantics*, Nueva York, 1936, p. 368.

Finalmente, lo que atrajo a Mayakovsky a la Revolución fue su juventud. El apoyo que el poeta prestó a la Revolución fue en cierta manera su firma en un certificado de juventud, la garantía de no sentar cabeza: tal era efectivamente el temor del que escribió: “Espero, confío en que jamás me llegará la hora del vergonzoso sentido común”.¹⁰⁶

Más allá de las razones que tuviera Mayakovsky para apoyar la revolución o del carácter de su compromiso, no deja de ser cierto que, a pesar de las reservas que manifestó sobre algunos de sus desarrollos, se puso totalmente a su servicio durante aquellos años. Entre 1919 y 1922 por ejemplo, trabajó intensamente para la oficina de telégrafos rusa haciendo carteles de propaganda sobre la guerra civil, protección contra las epidemias, apoyo a los campesinos, etcétera. Se han catalogado setecientos de estos carteles, pero indudablemente produjo muchos más.¹⁰⁷ Los servicios que prestó al joven Estado soviético fueron innumerables y, sobre todo, muchos de sus poemas o de sus obras de teatro dedicados a la gloria de los acontecimientos de los que fue testigo, simbolizan esta época de conmociones revolucionarias.

No obstante, muchos críticos contemporáneos de Mayakovsky censuraron las bases mismas de su adhesión. En la medida en que, en la nueva coyuntura, cada escuela literaria trataba de imponerse como la depositaria legítima de la realidad revolucionaria, no es sorprendente que sus más feroces adversarios fueran los partidarios del arte proletario. V. Polonski, el crítico de *Revolutsia i Pechat*, reconocía desde luego que Mayakovsky, a la cabeza de los futuristas, se había incorporado inmediatamente a la revolución.¹⁰⁸ Pero explicaba por otra parte que este movimiento, que reunía a “los elementos más revolucionarios de la bohemia literaria”,¹⁰⁹ era el grupo más oprimido en la sociedad burguesa y que no tenía por lo tanto nada

¹⁰⁶ En C. Frioux, *Mayakovsky par lui-même*, op. cit., p. 54.

¹⁰⁷ B. Thomson, *The Premature Revolution, Russian Literature and Society, 1917-1946*, Londres, 1972, p. 140.

¹⁰⁸ Viacheslav Polonsky, *O Sovremennoi Literaturā* (Sobre la literatura contemporánea), Moscú, 1929, p. 254.

¹⁰⁹ Viacheslav Polonsky, *Otcherki literaturnovo dvijeniya revoliutsionnoĭ epokhi* (Ensayos sobre el movimiento literario de la época revolucionaria), Moscú, 1929, pp. 25-26.

que perder y sí todo que ganar al apoyar la Revolución. Y la Revolución, siempre según V. Polonski, les había permitido efectivamente pasar de los “subterráneos de la bohemia” a los “salones lujosos de las academias”.¹¹⁰ Reprochaba a Mayakovsky no ser en realidad más que un burgués excéntrico que disimulaba bajo los lemas revolucionarios una rebelión burguesa, bohemia.¹¹¹ Con el mismo espíritu, Kornel Zelinski, otro crítico marxista, vinculaba el “fenómeno” Mayakovsky a la intelligentsia “nihilista tradicional”.¹¹²

Mayakovsky gozó sólo del favor de Lunacharsky quien, como ya hemos visto, por una parte agradeció a los futuristas su incorporación inmediata al nuevo poder y, por otra parte, encontraba en sus obras ritmos que se conciliaban con la época revolucionaria. Sin embargo, sólo con motivo de la oración fúnebre que pronunció a la muerte de Mayakovsky le otorgó el título de poeta proletario.¹¹³ Hasta entonces, y esto el poeta lo consideraba una injuria, Mayakovsky sólo se había contado entre los “compañeros de viaje”

En realidad parecería que el acuerdo entre Mayakovsky y el poder bolchevique se basaba en un malentendido. La convergencia entre la vanguardia política y la artística era de hecho accidental. Lenin sentía desconfianza instintiva hacia todas las nuevas teorías literarias y aspiraba a que las masas tuvieran acceso a la cultura y civilización tradicionales.¹¹⁴ Este proyecto era exactamente el opuesto a las ambiciones de Mayakovsky quien preconizaba por su parte la destrucción de todo el pasado cultural y artístico a favor de su nueva escuela, revolucionaria tanto de forma como de contenido.

Pero el que analizó con más sutileza la actitud de Mayakovsky cuando los acontecimientos de 1917 sigue siendo Trotsky.

En su libro *Literatura y Revolución*, Trotsky proponía en primer lugar un análisis del movimiento futurista en su conjunto. Para él, el futurismo era la expresión en el terreno del arte de las transforma-

¹¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹¹ Cf. el artículo de V. Polonsky “Sigue el bluff”, en *Novi Mir*, n. 5, mayo de 1927, en W. Woroszyński, *op. cit.*

¹¹² K. Zelinski, *Na Literatúrnóm postú*, n. 5, 1928, “¿Hemos de irnos con Mayakovsky?”, en W. Woroszyński, *op. cit.*

¹¹³ *Literaturnáa Gazeta* del 2 de abril de 1930, y C. Frioux, *op. cit.*, p. 317.

¹¹⁴ Esta cuestión se analiza en R. Poznanski, *Intelligentsia et Révolution*, ed. Anthropos, París, 1981.

ciones técnicas y sociales que habían marcado el fin del siglo XIX y el comienzo del XX. Había nacido "como meandro del arte burgués".¹¹⁵ Era por tanto ilusorio conceder demasiada importancia a las protestas violentas contra la vida y el arte burgués tan características de los manifiestos futuristas durante el periodo que precedió a la Revolución. Los románticos habían hecho lo mismo en su época. Además, añadía Trotsky.

llevaban el pelo largo, ostentaban un color de piel verdoso, y Teófilo Gautier, para colmar de vergüenza a la burguesía, se vestía con un sensacional chaleco rojo. La blusa amarilla de los futuristas es, sin ninguna duda, una sobrineta nieta del chaleco romántico que suscitó tanto horror entre los papás y las mamás. Como se sabe, ningún cataclismo siguió a estas protestas rebeldes, a estos pelos largos y chalecos rojos del romanticismo. La opinión pública burguesa pudo adoptar inmediatamente a estos *gentlemen* y canonizarlos en sus manuales escolares.¹¹⁶

Solos pues, los azares de la historia crearon este vínculo entre futurismo y Revolución. Sin esta última, el futurismo hubiera sentado cabeza y hubiera acabado por ser aceptado por la sociedad. Además.

La Revolución proletaria rusa estalló antes de que el futurismo hubiese tenido tiempo de liberarse de sus infantilismos, de sus blusas amarillas, de su excitación superflua, y antes de que hubiese podido ser consagrado oficialmente, es decir transformado en escuela artística políticamente inofensiva y con un estilo aceptado. La conquista del poder por el proletariado sorprendió al futurismo cuando todavía era perseguido. Y esta circunstancia lo lanzó en brazos de los nuevos señores de la vida, tanto más cuanto que el acercamiento y el contacto con la revolución le fueron facilitados por su filosofía, es decir por su falta de respeto hacia los valores antiguos, y por su dinamismo.¹¹⁷

Ciertos aspectos específicos del futurismo lo acercaron a la Revolución debido a la coyuntura histórica. Al haber intervenido ésta en un momento oportuno del crecimiento del movimiento, hizo posible

¹¹⁵ L. Trotsky, *Literatura y Revolución*, t. I, ed. Ruedo Ibérico, París, 1969.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 84.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 85.

la vinculación. Trotsky subrayaba también los aspectos positivos que caracterizaban al futurismo.

El futurismo es contrario al misticismo, a la deificación pasiva de la naturaleza, a la pereza aristocrática y cualquier otro tipo de pereza, al ensueño y al tono lacrimoso; y es favorable a la técnica, la organización científica, la máquina, la planificación, la voluntad, el valor, la velocidad, la precisión; es en definitiva favorable al hombre nuevo, armado de todas estas cosas.¹¹⁸

Estos eran los aspectos que acercaban al futurismo a la construcción revolucionaria.

Sin embargo, no por eso el futurismo dejaba de conservar los estigmas de su origen social, la bohemia burguesa. Tal era el sentido del llamado a romper a toda costa con el pasado.

En otros términos, no tiene sentido más que en la medida en que los futuristas están ocupados en cortar el cordón umbilical que los une a los pontífices de la tradición literaria burguesa.¹¹⁹

Pero un llamado de este tipo sólo se justificaba si se dirigía a los demás miembros de la intelligentsia. Se situaba a nivel de pelea escolar. "La ruptura de los futuristas con el pasado es, en definitiva, después de todo, una tempestad en el mundo cerrado de la intelligentsia."¹²⁰ La clase obrera, el pueblo en general, no conocía la literatura del pasado y este rechazo no tenía ningún sentido para ella. Era característico del "nihilismo bohemio".¹²¹ Trotsky, por el contrario, reubicaba la Revolución de Octubre en la tradición del movimiento revolucionario internacional y resumía así los defectos del futurismo:

Lo malo no está en la "negación" por el futurismo de las sagradas tradiciones de la intelligentsia. Al contrario, reside en el hecho de que no se siente así mismo como parte de la tradición revolucionaria.¹²²

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 96.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 85.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 86.

¹²¹ *Loc. cit.*

¹²² *Ibid.*, p. 87.

Después de expresar estas reservas, Trotsky concedía una muy especial atención a Mayakovsky. Le reprochaba, por supuesto, su desmesura,

Mayakovsky tiene un pie sobre el Mont Blanc y el otro en el Elbrus. Su voz domina el trueno. ¿Se puede uno maravillar de que trate familiarmente a la historia y de que tutee a la revolución?¹²³

Sus gritos ya no incitaban tanto cuando atacaba temas verdaderamente importantes. Por otra parte, su tono era demasiado familiar cuando hablaba de socialismo; “el autor dice vulgaridades para codearse con el socialismo y la Revolución”.¹²⁴ No por esto es menos cierto que, a su manera, Mayakovsky estaba vinculado a la Revolución. Según Trotsky,

para Mayakovsky la revolución ha sido una experiencia verdadera, real y profunda porque se ha desplomado como el rayo y el trueno sobre las mismas cosas que Mayakovsky odiaba a su manera y con las que todavía no se ha reconciliado. En esto reside su fuerza.¹²⁵

Así pues, aunque Trotsky reconociera la fuerza del vínculo que unía a Mayakovsky, como tal pero también como representante del movimiento futurista, con la Revolución, definía también los límites ideológicos de la adhesión del poeta a la conmoción que tenía lugar.

Este análisis nos permite comprender toda la parte de malentendido que estaba en germen en 1917 entre la vanguardia política y la artística. Mayakovsky, siguiendo en esto el paso tradicional de la *intelligentsia*, se dejó seducir por la revolución transformada en él en mito, el cual, según Raymond Aron, “sirve de refugio al pensamiento utópico y se convierte en el intercesor misterioso, imprevisible, entre lo real y lo ideal”.¹²⁶ Beneficiándose del “prestigio del modernismo estético”¹²⁷ y de la convergencia entre la denuncia del filisteo por el artista y del burgués por el revolucionario, este mito se aureoló

¹²³ *Ibid.*, p. 99.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 102.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 98.

¹²⁶ Raymond Aron, *L'opium des intellectuels*, ed. Gallimard, París, 1968, p. 105.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 77.

también con el prestigio de la rebelión¹²⁸ contra todos los conformismos, todas las convenciones. Es la fuerza de su influencia la que llevó a Mayakovsky a insertar su creatividad en el marco de la Revolución, negándose a ver que las jornadas revolucionarias cedían el paso a la organización posrevolucionaria con el cortejo del conformismo que llevaba a su vez consigo. Es de hecho una Revolución imaginaria, cuyos rasgos se fijaron en el espíritu del poeta a la luz de los primeros acontecimientos revolucionarios, la que Mayakovsky trató de hacer revivir perpetuamente en su obra.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 83.

LA DÉCADA TRÁGICA. Ocho ensayos sobre la crisis argentina. 1973-1983, Editorial Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1984, 252 páginas.

La producción intelectual del exilio seguramente ocupará un lugar destacado en el análisis de los tormentosos últimos años vividos en estos países, asolados por lo que se llamó genéricamente “las dictaduras del cono sur de América Latina”. Pese a que al entrar en los detalles, los procesos de cada uno de estos países —Argentina, Bolivia, Chile y Uruguay— tienen sus particularidades, ciertamente la instauración de estos regímenes brutalmente represivos ahogó totalmente la vida cultural, política y social, limitando a una ínfima expresión todo intento de indagación de tan dramática realidad. Así el exilio constituye una fuente imprescindible a la hora de un balance global de estos años. Si bien es preciso señalar que el exilio no constituyó ninguna panacea —como repiqueteaba el discurso de la dictadura— permitió, sin duda, una tarea más sistemática en la medida que hubo una mayor circulación de las ideas en un contexto de pluralidad, junto a frecuentes polémicas y variadas publicaciones que dieron cabida a la producción intelectual. Ello dio lugar a numerosos ensayos, investigaciones, artículos, novelas, cuentos, poesías y otras expresiones, en su mayor parte todavía desconocidas en el país y que a su manera contribuyeron en la denuncia de las dictaduras, sus métodos brutales, al tiempo que abrieron el cauce para un conocimiento más profundo del fenómeno.

Al derrumbarse la dictadura militar en Argentina las editoriales tradicionales, y algunas nuevas, comenzaron por hacer conocer aquellos trabajos. Tuvieron inicialmente prioridad los que denunciaban el genocidio y destacaban la lucha por los derechos humanos, para luego, lentamente, pasar a los ensayos que intentan indagar sobre las causas y las consecuencias de estos años trágicos.

Casi una década desde aquel interregno democrático donde proliferaron los nuevos títulos en los escaparates de las librerías devorados por un mercado ávido. Después, el oscurantismo, la persecución de autores y lectores, libreros y editores. Hoy reaparecen algunos viejos libros escondidos en algún sótano intrépido y poco a poco se van conociendo algunas “novedades” que tienen ocho años de exhibirse en otros escaparates de Europa y América. Libros que provocaron ya encendidas polémicas y fueron contestados por otros libros, artículos y notas. Sin embargo, el fenómeno de hace diez años se repite ante un mercado ávido pero empobrecido, frente a una sociedad civil todavía aturdida por una época funesta.

La Década Trágica, título con que la editorial Tierra del Fuego ha publicado ocho ensayos sobre la crisis argentina, se inscribe entre los numerosos trabajos del exilio, muchos desconocidos hasta ahora en el país. Constituyen estos ensayos, al decir de los autores, “un análisis no cronológico de la Argentina de los últimos años” que busca indagar sobre las causas que dieron origen a esta década trágica, así como a las consecuencias de la prolongación de esta crisis y a las inquietudes sobre el camino a recorrer para su superación.

Varios enfoques son posibles de encontrar en estos trabajos. No obstante, existen puntos comunes en el núcleo (o los núcleos) en que se apoyan la reflexión y las conclusiones.

En primer lugar las especificidades de la crisis argentina son reconocidas como parte de la crisis mundial. Y si inédito fue el régimen militar instaurado en 1976, tanto por sus métodos como por sus objetivos de una “refundación” de la Argentina, no menos inédita es la crisis mundial de la economía capitalista que se inicia a comienzos de la década del setenta. Crisis mundial y agotamiento de un modelo de acumulación en el país, se dan la mano para dar origen a una infernal combinación.

La crisis argentina es reconocida en estos ensayos como el resultado de la combinación de estos factores, a la vez entrelazados con las propias contradicciones y frustraciones del pasado político. Así, al abordar la economía y la política en los años setenta, como al analizar la evolución de las luchas de la clase obrera y los obstáculos que se oponen a su reorganización, en los distintos trabajos se abordan y analizan los cambios operados en la realidad a partir del

complejo proceso de utilización de la crisis por parte del bloque dominante, en su fase de desarticulación salvaje del modelo anterior y la reestructuración puesta en marcha. Al mismo tiempo, el análisis de los autores señala que este proceso se realiza a través de una dura disputa interburguesa, entre la tendencia de someter la economía argentina a la racionalidad imperante en el mercado mundial y la resistencia de aquellos sectores desplazados. No se acude, por lo tanto, al fácil trámite de reducir la tragedia argentina a la obra maléfica de insaciables especuladores y mesiánicos generales, ni tampoco a las poderosas fuerzas imperialistas que manejan a su antojo las marionetas autóctonas. De igual forma se destacan los efectos de la crisis sobre la clase obrera y las dificultades que deberá sortear para avanzar en su reorganización, alcanzar autonomía organizativa y política.

La guerra de las Malvinas recorre también estos trabajos como un hilo conductor. Junto a la crisis y como uno de sus aspectos, se adjudica a la guerra de las Malvinas no sólo el visible papel de precipitar el derrumbe de la dictadura y abrir el camino a la salida electoral, sino también de estar inscrita en los sueños de “gran potencia” de la burguesía argentina, exacerbados por la propia dinámica del régimen militar. Es decir, que la aventura de los militares estaba de alguna manera implícita en la necesidad de cerrar el camino a la lucha interburguesa con un proyecto que concitara la “unidad nacional” y subordinara a un sector importante de la pequeña burguesía y aún de la clase obrera a ese proyecto, en tanto enfrentaba un acelerado proceso de desgaste y el comienzo de una protesta que amenazaba generalizarse.

Es aquí donde *La Década Trágica* pone el acento sobre un problema generalmente soslayado por la izquierda: la denuncia de la guerra de las Malvinas como una maniobra del régimen militar que no se contrapone sino que se complementa a toda su metodología: secuestros, torturas, campos de concentración y ataque sistemático a los ingresos de los asalariados. Asimismo, se pone de manifiesto la interrelación entre las necesidades políticas internas de Galtieri con las de Margaret Thatcher que confluyen en el marco de la crisis mundial. En tanto que en “Las Malvinas, una guerra del capital” se aborda el tan controvertido tema de la cuestión nacional, poniendo a luz las limitaciones del discurso “antimperialis-

ta" de quienes desde la izquierda apoyaron el conflicto, en "La malvinización de la política" se incursiona en las consecuencias de la guerra sobre la sociedad civil y el agotamiento de las propuestas políticas tradicionales.

Por su parte, en "El derrumbe de la dictadura", Dabat formula los interrogantes que la salida electoral suscita a los argentinos en la medida que las distintas opciones no permiten avizorar la solución a los graves problemas planteados, al menos "dar empleos y remuneraciones dignas a los trabajadores y desbaratar el aparato de muerte y terror construido por los militares".

Finalmente, "Argentina después de la dictadura", resume brevemente los duros años del régimen militar a la vez que pone de manifiesto los requerimientos esenciales para abrir una nueva etapa de progreso social y cultural fundamental para superar definitivamente la oscura noche del terror.

La Década Trágica, es pues una parte de los trabajos necesarios para un debate a realizarse, aquel que despojado de sectarismo, dogmatismos varios y un doctrinarismo infecundo, sea capaz de iniciar un nuevo ciclo de polémicas enriquecedoras. Así también se habrá de contribuir al desenvolvimiento de nuevas formas de participación democrática de la sociedad civil, de autorganización de la clase obrera, de una verdadera reformulación de sus programas y objetivos, fundamental para que los fantasmas del pasado no vuelvan a tomar cuerpo en el futuro.

Carlos Suárez

**Se terminó de imprimir en
TALGRAF, Potosí 4471, Capital,
en el mes de diciembre de 1984.**

CUADERNOS DEL SUR responde a un acuerdo entre personas, las que integran el Consejo Editorial. La revista es ajena a toda organización. La pertenencia, actual o futura, de cualesquiera de sus integrantes a partidos o agrupamientos políticos sólo afecta a éstos de modo individual; no compromete a la revista ni ésta interfiere en tales decisiones de sus redactores.

CUADERNOS DEL SUR es un órgano de análisis y de debate; no se propone, ni ahora ni en el futuro, ser un organizador político ni promover reagrupamientos programáticos.

El Consejo asume la responsabilidad del contenido de la revista, pero deslinda toda responsabilidad intelectual en lo que atañe a los textos firmados, que corren por exclusiva cuenta de sus autores, cuyas particulares ideas no son sometidas a otro requisito que el de la consistencia expositiva. El material de la revista puede ser reproducido si se cita la fuente y se añade la gentileza de comunicárnoslo. Las colaboraciones espontáneas serán respondidas y, en la medida de nuestras posibilidades, atendidas.

Cuadernos del Sur

CARLOS A. BROCATO • *Golpismo y militarismo en la Argentina*

EDUARDO LUCITA • *Argentina: Reorganización del movimiento social y proyecto alternativo*

ALBERTO J. PLA • *Heterogeneidad y profundidad de la crisis mundial*

ELMAR ALTVATER • *Una recuperación malsana*

ADOLFO GILLY • *La mano rebelde del trabajo*

ANDREW WINNICK • *Rápido despliegue y guerra nuclear*

RENNE POSNANSKI • *Mayakovsky y la revolución, la ilusión del encuentro*

RESEÑAS.